



Curso de lengua castellana

Tercer Libro

DEL MISMO AUTOR

EDITADAS POR ESTA CASA

NUESTRO IDIOMA. Curso de lenguaje para los grados superiores de la enseñanza primaria.

CURSO DE LENGUA CASTELLANA. Libro Primero. Adaptado a los nuevos programas del Primer Año de los Colegios Nacionales, Escuelas Normales y Escuelas de Comercio.

CURSO DE LENGUA CASTELLANA. Libro Segundo. Adaptado a los nuevos programas del Segundo Año de los Colegios Nacionales, Escuelas Normales y Escuelas de Comercio.

LECCIONES DE LITERATURA ESPAÑOLA Y ARGENTINA, y Antología comentada y anotada. Adaptadas al nuevo programa del Cuarto Año de las Escuelas Normales y Escuelas de Comercio.

LECCIONES DE LITERATURA ESPAÑOLA, y Antología comentada y anotada. Adaptadas al nuevo programa del Quinto Año de los Colegios Nacionales y Liceos de Señoritas.

273,60

Dupl.

ROBERTO F. GIUSTI

de la Academia Argentina de Letras

Profesor en el Instituto Nacional del Profesorado
y en los
Colegios Nacionales Manuel Belgrano y Mariano Moreno

Curso de lengua castellana

Libro Tercero

Adaptado a los nuevos programas del Tercer Año de los Colegios Nacionales, Escuelas Normales y Escuelas de Comercio.

Gramática razonada y fundada en variados ejercicios de aplicación. Sintaxis de la oración simple y compuesta. Nociones de Etimología. Fonética. Métrica. Temas de composición. Antología.

PRIMERA EDICIÓN



ANGEL ESTRADA Y Cía. - Editores

466 - Bolívar - 466 * Buenos Aires

1

9

3

9

*Régimen Legal de la Propie-
dad Intelectual. Ley 11.723.*

A LOS SEÑORES PROFESORES:

Completo con este Libro el CURSO DE LENGUA CASTELLANA que he compuesto conforme a los programas para la enseñanza secundaria, normal y comercial, aprobados por resolución superior de mayo de 1936.

En el presente Libro, los capítulos más importantes son los que desarrollan y amplían las nociones de sintaxis expuestas en los dos anteriores. La enseñanza de la sintaxis, circunscripta hasta el año pasado a fórmulas generales, que solían aprenderse vaciadas de todo contenido práctico, ha sido vivificada por los nuevos programas mediante el análisis de los diferentes casos de coordinación y subordinación de las oraciones y el de las construcciones más características de nuestra lengua. Esta parte del programa no hace concesiones a la pereza intelectual, pues le exige al alumno el ejercicio constante de sus facultades de observación y raciocinio. ¿Cómo no ha de saber aplicarlas al conocimiento de la estructura y recursos de su idioma, si tan provechosamente las usa en el estudio de las matemáticas y ciencias fisiconaturales?

Ha sido mi propósito guiar al alumno por este camino, al poner a su alcance, simplificada y despojada de los casos demasiado particulares, la doctrina sintáctica expuesta en la Gramática de la Academia Española, que es el fundamento de la parte normativa del nuevo programa, si bien la cotejé siempre con la de Andrés Bello y otros autorizados gramáticos, y aun, en ciertas ocasiones, me arriesgué, quizás atrevidamente, a optar por mi propio juicio. No ignoran los señores profesores cuántos delicados problemas se suscitan en

sintaxis. No los he eludido, aunque he preferido, por lo común, proponer una solución aceptada, a originar en la mente del alumno, con discusiones demasiado sutiles, confusión y dudas. Creo que, siendo la que en este Libro se expone, gramática viva, no presenta dificultades inaccesibles a la inteligencia de adolescentes de quince a diez y seis años, edad ordinaria de los alumnos del tercer curso. Las dificultades serán menores, si los señores profesores persuaden a sus discípulos a considerar los abundantes ejemplos que este Libro les ofrece, no una cosa secundaria, indiferentemente agregada a las definiciones y demás doctrina gramatical, sino esencial para comprender esta última, su fundamento mismo; de ahí que cada ejemplo deba ser objeto en clase de un atento examen. Recomiendo asimismo hacer en el aula o fuera de ella, como convenga, los ejercicios destinados a fijar mejor lo aprendido, cuyo número es corto, pues he creído conveniente reducirlos al indispensable. Allí donde el ejercicio no figura, es que a mi parecer basta con el cuidadoso análisis de los ejemplos.

Los diez capítulos desarrollan punto por punto, apenas con ligeras adiciones, la materia del programa, también dividido en diez partes. Su distribución en 56 lecciones, hecha para facilitar las referencias, no es nada rígida. Cada lección expone la materia calculada para una clase ordinaria; sin embargo, el profesor sabrá mejor que nadie, en la práctica de la enseñanza, cuando pueda tratarse en una sola clase el asunto de dos lecciones, y cuando una de éstas pida mayor espacio de tiempo.

La aceptación que los dos primeros libros de este Curso han merecido de parte de mis colegas, la cual ha sido, lo digo sinceramente, la mayor satisfacción de mi vida de profesor y escritor, me permite esperar que el tercero y último, compuesto según el mismo método que los precedentes, alternando en él la teoría con la aplicación práctica y las lecturas amenas e instructivas, pueda ser igualmente juzgado por ellos un útil auxiliar para la enseñanza de nuestra lengua.

R. G.

Febrero de 1939.

NOTICIAS PRELIMINARES

LA LENGUA CASTELLANA

1. Nuestra lengua es la *castellana*. Así fué llamada porque primeramente fué hablada en Castilla, región de castillos (en latín, en plural, *castella*, y por derivación, *Castiella* y *Castilla*) situada al principio en la región central cantábrica, al norte del río Duero. Castilla fué desde el siglo VIII una tierra fronteriza del reino de León, última avanzada cristiana sobre las tierras conquistadas por los musulmanes. Emancipada de León en el siglo X, erigida en reino en el XI, fué engrandeciéndose y ensanchándose a expensas de los reinos vecinos y de los territorios ganados a los moros, hasta que el castellano se impuso en toda la península como lengua culta nacional.

Consumóse la unidad de España bajo la hegemonía castellana, con la unión matrimonial de los Reyes Católicos, Isabel, de Castilla, y Fernando, de Aragón, realizada en la segunda mitad del siglo XV, y con la trasmisión más tarde de ambas coronas a un solo monarca, el nieto de ambos, el emperador Carlos V.

Coincidiendo cronológicamente con estos hechos históricos, se producía el descubrimiento y colonización de América, donde el castellano ha encontrado ancho campo para difundirse desde el sur de los Estados Unidos hasta la Patagonia.

2. La lengua oficial de España también es llamada lengua *española*, denominación que ha sido adoptada por la Academia en el título de su Diccionario de la Lengua, a partir de la edición de 1925.

Esta segunda denominación, que tiene antiguo abolengo, es resistida por algunos escritores, los cuales sostienen que *lenguas españolas* con igual derecho que el castellano son el *catalán* y el *gallego*.

3. La lengua *castellana* o *española* es una continuación moderna del latín, lo mismo que las demás lenguas de Europa llamadas por tal motivo lenguas *neolatinas* o *romances* (de Roma).

Llevaron el latín a la península ibérica los legionarios que la conquistaron a partir del siglo III a. de C., y los labradores, comerciantes, maestros, magistrados, funcionarios y demás gente que la colonizaron y diéronle la civilización y cultura romanas. Esa lengua no fué el *latín literario* que podemos leer en los escritores clásicos, sino el *latín vulgar*, hablado por aquellos conquistadores, administradores y colonos, el cual tenía con el primero diferencias apreciables de léxico y formas sintácticas.

4. Las principales lenguas *neolatinas* o *romances* son, además del *castellano*, el *portugués* o *gallego-portugués*, el *catalán*, el *francés*, el *provenzal*, el *italiano* y el *rumano*.

Tres de ellas son habladas en la península ibérica: el *gallego-portugués*, el *castellano* y el *catalán*.

El *vascuence* o *éuskaró*, acaso descendiente de la antiquísima lengua hablada por los habitantes de la península anteriores a la conquista romana, los *iberos* o *iberos*, nada tiene que ver por supuesto con las llamadas lenguas *neolatinas*.

5. Se llaman *dialectos* ciertas hablas de escaso o ningún desarrollo literario, relegadas al uso familiar, a diferencia

de la lengua general o literaria, las cuales subsisten en determinadas regiones. Entre los diferentes dialectos hablados en España, hay el *gallego* (emparentado como lengua literaria con el *portugués*), el *leonés*, el *bable* o *asturiano*, el *aragonés*, el *andaluz* (que es apenas una variedad del castellano), el *valenciano* y *mallorquin* (emparentados con la lengua catalana), etc.

Todos estos dialectos son asimismo derivaciones regionales del latín vulgar.

6. Aunque en mucho menor grado que los elementos latinos, han contribuído a formar en el curso de los siglos el idioma *castellano* o *español*, otros elementos diferentes.

Además de las primitivas lenguas *ibéricas*, de las cuales subsiste el *vascuence*, han participado en la formación del castellano por orden de importancia, el *árabe*, las *lenguas germánicas*, el *griego*, y más modernamente esta última lengua, usada para la formación de palabras técnicas y científicas, y otros idiomas europeos, tales como el *francés*, el *italiano*, el *gallego-portugués*, el *catalán*, etc., así como las lenguas *indígenas americanas*, todas las cuales lo han enriquecido con abundantes vocablos.

7. Dará idea de la difusión del castellano, el idioma romance hablado desde la cuna por mayor número de hombres, el siguiente cuadro estadístico publicado en 1935:

LOS QUE HABLAN CASTELLANO EN EL MUNDO

Europa:

España (sin Canarias, 1930)	23.008.739
Turquía europea (sefarditas, 1930)	70.000
Grecia (idem, idem)	90.000
Yugoeslavia (idem, idem)	20.000

* Las fechas entre paréntesis indican el año en que fué tomado el dato estadístico.

Rumania (ídem, ídem)	20.000
Bulgaria (ídem, ídem)	15.000

Total	23.223.739
-------------	------------

Asia:

Turquía asiática (sefarditas, 1930)	45.000
Siria (ídem, ídem)	22.000
Palestina (ídem, ídem)	33.000

Total	100.000
-------------	---------

África:

Plazas de soberanía del Norte de África (1930)	113.630
Tánger (1931)	19.000
Canarias (1930)	555.128
Fernando Poo y Annobón (1931)	40.000

Total	727.758
-------------	---------

América del Norte:

Nuevo México (Estados Unidos, 1930)	250.000
México (1930)	16.552.722

Total	16.802.722
-------------	------------

América del Centro:

Guatemala (1932)	2.195.242
El Salvador (1932)	1.522.186
Honduras (1930)	854.184
Nicaragua (1930)	750.000
Costa Rica (1933)	539.654
Panamá (sin zona del canal, 1930)	467.459

Total	6.328.725
-------------	-----------

Antillas:

Cuba (1933)	4.011.088
República Dominicana (1932)	1.200.000
Puerto Rico (1930)	1.543.913

Total	6.755.001
-------------	-----------

América del Sur:

Colombia (1930)	8.223.000
Venezuela (1932)	3.261.734
Ecuador (1932)	2.554.693
Perú (1930)	6.237.000
Bolivia (1932)	3.066.815
Chile (1930)	4.287.445
Argentina (1933)	11.846.655
Uruguay (1932)	1.941.398
Paraguay (1932)	870.197
	<hr/>
Total	42.288.937

Oceanía:

Islas Filipinas (1933)	1.500.000
	<hr/>
Total	1.500.000

Individuos de habla castellana que habitan en países de otros idiomas, comprendiendo españoles, hispano-americanos y sefarditas (en países distintos de los citados)

2.500.000

Total

2.500.000

Total de los que hablan castellano en el mundo 100.226.882

LAS GRANDES CIUDADES DE HABLA CASTELLANA

(De más de 100.000 habitantes)

1. Buenos Aires, Argentina (1931)	2.167.620
2. Barcelona, España (1930)	1.005.565
3. México, México (1930)	960.905
4. Madrid, España (1930)	952.832
5. Santiago de Chile, Chile (1930)	696.231
6. Habana, Cuba (1930)	589.079
7. Montevideo, Uruguay (1931)	481.725
8. Rosario, Argentina (1931)	480.936
9. Manila, Filipinas (1930)	324.552

10. Valencia, España (1930)	320.199
11. Lima, Perú (1928)	265.000
12. Córdoba, Argentina (1930)	253.182
13. Bogotá, Colombia (1928)	235.421
14. Sevilla, España (1930)	228.729
15. Avellaneda, Argentina (1931)	209.512
16. Valparaíso, Chile (1930)	198.205
17. Málaga, España (1930)	188.010
18. Zaragoza, España (1930)	173.987
19. Guatemala, Guatemala (1931)	165.928
20. La Plata, Argentina (1928)	165.813
21. Bilbao, España (1930)	161.987
22. Murcia, España (1930)	158.724
23. Guadalajara, México (1931)	150.000
24. La Paz, Bolivia (1929)	146.930
25. Barranquilla, Colombia (1928)	139.974
26. Caracas, Venezuela (1926)	135.253
27. Monterrey, México (1930)	129.748
28. Cali, Colombia (1928)	122.847
29. Medellín, Colombia (1928)	120.004
30. Guayaquil, Ecuador (1930)	120.000
31. San Juan, Puerto Rico (1930)	114.158
32. Puebla, México (1930)	111.791
33. Granada, España (1930)	118.179
34. Córdoba, España (1930)	103.106
35. San Salvador, El Salvador (1932)	102.000
36. Quito, Ecuador (1932)	101.000
37. Asunción, Paraguay (1932)	100.000

Esta estadística fué reproducida en *La Prensa* de Buenos Aires, en un artículo titulado *El imperio verbal de Castilla*, por el escritor español Francisco Grandmontagne, quien la acompañaba de atinadas consideraciones, de las cuales transcribimos los párrafos que más conciernen al asunto tratado en el presente capítulo y cuya lectura hecha en clase y en alta voz recomendamos:

EL IMPERIO VERBAL DE CASTILLA

El salto del lenguaje nacido en la pobre y árida meseta peninsular no puede ser mayor ni más brillante. Y aun fué más lejos en su primer impulso: numerosos parajes de Norte América conservan su bautismo castellano. Un centenar de audaces exploradores cruzó por primera vez aquellas remotas soledades, siendo el verbo de Castilla el primer idioma europeo que se escuchó en la Florida, Alabama, Georgia, Arkansas, Tejas, Luisiana, California, Kansas, Nebraska, Virginia, en las profundas hoces del Colorado y en las márgenes del soberbio Misisipi, cuya primera descripción de su curso, en castellano está hecha. Si este lenguaje no arraigó, adquiriendo duradera permanencia en el gran país, fué porque no podía alcanzar a tanto el aliento invasor o inmigratorio, ya disperso en otras regiones, en todo lo largo del continente.

.....

El castellano es hoy el idioma de veinte pueblos, tendidos en una extensión territorial enorme que va desde las Antillas hasta la Patagonia. Juzgando por tan dilatada superficie geográfica, la gran lucha lingüística futura se librará entre el inglés y el castellano. Y no son pocos los sociólogos que, en esta lucha de absorción, creen en el triunfo del último. Este problema, cuya solución guardan los siglos venideros, suele ser tema de constantes disquisiciones entre los escritores norteamericanos. El sol no se ha puesto en el imperio idiomático. La fuerza expansiva, el dinamismo de la lengua castellana no tiene igual en la historia humana. Y esta vasta comunidad verbal empieza a tener una evidente influencia en el sentido de transmitir América a España sus ideas, su ritmo vital y sus instituciones políticas. España se va americanizando visiblemente en costumbres y tono de vida, ganando con ello en impulsos progresistas de todo género.

.....

No es solamente la lengua castellana el instrumento expresivo de gran parte de los hijos del Nuevo Mundo. El cosmopolita torrente inmigratorio procedente de todos los pueblos europeos, tiene que cambiar sus idiomas propios por el castellano. A través de América, y en alas del comercio internacional, el castellano va ganando multitud de parlantes entre todas las razas.

.....

Pero lo extraño es la adhesión que los núcleos israelitas esparcidos por Salónica, Esmirna, Siria, Palestina y diversos puntos de Turquía y Grecia guardan al castellano, a la lengua de sus remotos tataradeudos, los judíos españoles expulsados durante el reinado de los Reyes Católicos. En su vida familiar, los sefarditas hablan el castellano arcaico del siglo XV, manteniendo celosamente, en medio de otros idiomas, aquel viejo y puro romance en que se expresaran sus longincuos ascendientes.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

LA LENGUA ESPAÑOLA

¿Lengua española? Así la llamamos y la quisiéramos oír llamada; pero por motivos opuestos a los erizados por los recelos peninsulares y extrapeninsulares. No por exclusivismo, sino por librarla del falso exclusivismo provinciano que la denominación de "castellana" le da. Verdad que al formarse nuestra lengua literaria, sobre la cual se ha ahormado nuestra lengua común, fué el castellano la materia prima como lo fué el toscano en Italia y el dialecto de la isla de Francia en Galla. Francia, observa con clarividencia Menéndez Pidal, dió su nombre a toda la nación, y francés llamamos por eso a su idioma común; Toscana no dió su nombre a la península mediterránea, y el idioma literario y general de Italia no se llama toscano, sino italiano. Castilla es como Toscana, no como Francia. Pero es que, además, nuestra forma más culta de lengua arrancó, cierto, de la modalidad idiomática de las gentes castellanias; pero no se identificó con ella. Desde ese momento en Castilla como fuera de Castilla, ha habido personas habituadas al hablar culto y general a toda la nación, y personas sin normas idiomáticas que las ceñidas al terruño donde transcurre su vida. La lengua literaria y general vuela a otra altura. Y el habla de los cultos de toda España y el habla de los labriegos castellanos siguieron en direcciones distintas desarrollando su respectiva evolución.

AMADO ALONSO.

Filólogo español residente en la Argentina. Sobre el mismo tema del fragmento anterior, ha publicado recientemente un pequeño libro, en el cual con brillo y abundante doctrina estudia la «historia espiritual de tres nombres»: *Castellano, Español, Idioma Nacional*.

SINTAXIS Y MORFOLOGÍA

CAPÍTULO PRIMERO

CLASIFICACIÓN Y ENLACE DE LAS ORACIONES

Clasificación de las oraciones simples

Lección 1.ª

La *oración simple* u *oración* en el sentido gramatical estricto, consta de un solo sujeto y un solo predicado.

Conocemos ya su clasificación en *enunciativas*, *interrogativas*, *admirativas*, *desiderativas* e *imperativas* o *exhortativas*.

Las *enunciativas* (también llamadas *aseverativas*) afirman o niegan la realidad de un hecho o la posibilidad del mismo.

Pueden ser *afirmativas* y *negativas*.

La *afirmativa* declara que el predicado conviene al sujeto, y tratándose de oraciones impersonales, que la acción expresada por el verbo se realiza o puede realizarse:

El oro es maleable.

Las provincias argentinas eligen dos senadores al Congreso.

Llueve.

A esta hora Arturo habrá llegado.

La *negativa* declara que el predicado no conviene al sujeto, y tratándose de oraciones impersonales, que la acción no se realiza o no puede realizarse:

Mi compañero nunca está contento.
 Wáshington no aceptó una tercera reelección a la presidencia.
 No lloverá.

Estas oraciones tienen a veces un carácter *dubitativo*, cuando expresan la duda en la mente de quien habla respecto de lo que afirman o niegan:

Quizás él sea inocente.
 Probablemente serán las ocho.

Las *interrogativas* encierran una pregunta:

¿El cielo está nublado?
 ¿Llegaron los huéspedes?
 ¿Lloverá hoy?

Las *admirativas* o *exclamativas* afirman algún hecho en tono de sorpresa o admiración:

¡Qué ancho es el Río de la Plata!
 ¡Cuánto te quiero!

Las *desiderativas* (también llamadas *optativas*) expresan el deseo de que se verifique o no un hecho:

Así saliese el sol.
 Ojalá tengas éxito.
 Leve le sea la tierra.

Frecuentemente el sentido *desiderativo* y el *exclamativo* se juntan en una sola oración.

Las *imperativas* o *exhortativas* expresan ruego, mandato o prohibición:

Regresen pronto.
 Estudia bien esta lección.
 No te bañes después de comer.

Las oraciones interrogativas

Las oraciones interrogativas expresan un estado mental intermedio entre la afirmación y la negación. Unas formulan

una duda que se contesta por sí o por no, por ejemplo: *¿Fué Juan al colegio?*; otras piden por respuesta un elemento de juicio que falta en la pregunta. Éste se expresa por los pronombres (con valor sustantivo o adjetivo) y adverbios interrogativos: *qué, cuál, quién, cuyo, dónde, cuándo, cuánto, cómo*. La duda del que habla — la pregunta propiamente dicha — puede recaer en ellos sobre el sujeto, sobre el verbo o sobre cualquier elemento de la oración, complemento del nombre o del verbo.

Los ejemplos siguientes explicarán mejor cuál es el término sobre el que recae la pregunta, siempre indeterminado por su naturaleza.

ORACIONES INTERROGATIVAS

SOBRE QUÉ RECAE LA PREGUNTA

¿Quién habló?	Sobre el sujeto.
¿Qué libro es éste?	Sobre una cualidad del sujeto.
¿Qué es eso?	Eso es el sujeto; la pregunta recae sobre el predicado nominal.
¿A quién buscas? ¿cuál deseas?	Sobre el complemento directo de persona o de cosa.
¿Qué opinión tienes?	Sobre una cualidad del complemento directo.
¿A quién daremos el premio?	Sobre el complemento indirecto.
¿Con quién iremos?	Sobre el complemento circunstancial de compañía.
¿De qué trata el libro?	Sobre el complemento circunstancial de argumento.
¿Dónde está?	Sobre el complemento circunstancial de lugar.
¿Cuándo vendrás?	Sobre el complemento circunstancial de tiempo.
¿Cuánto caminó?	Sobre el complemento circunstancial de cantidad.
¿Cómo sigue?	Sobre el complemento circunstancial de modo.

Leer y recitar:

TRIOLET

¿Quién cantará tu gloria en el futuro,
Patria, cuando en los siglos te levantes
como un hogar hospitalario y puro,
quién cantará tu gloria en el futuro?
Surgir entonces del misterio oscuro
quisiera, por vivir esos instantes...
¿Quién cantará tu gloria en el futuro,
Patria, cuando en los siglos te levantes?

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.

Escritor argentino contemporáneo, nacido en 1891, particularmente celebrado como ensayista. Esta breve composición, que lleva por su estructura el nombre francés de *triolet*, pertenece a su pequeño libro de versos, *Sonetos y triolets* (1919).

Interrogación directa e indirecta

Lección 2.^a

La interrogación puede ser *directa* e *indirecta*.
No es lo mismo decir:

Alberto me preguntó: ¿Qué haces?

y

Alberto me preguntó qué hacía.

En el primer ejemplo el que pregunta es Alberto; en el segundo, el que habla repite con palabras suyas la pregunta de Alberto.

Qué hacía también es una oración interrogativa, igualmente encabezada por el pronombre *qué*; pero indirecta.

En la directa, la oración interrogativa no es parte de otra. En la indirecta, la oración interrogativa puede ser complemento o sujeto de otra. En este caso no lleva el signo de interrogación, si bien es señalada por el acento en el vocablo que la introduce, pronombre o adverbio interrogativo. También puede ser introducida por la partícula *si*.

EJEMPLOS:

Dime *cuánto vale* (complementaria directa).

Preguntó *dónde estaba el tesoro* (complementaria directa).

El niño preguntó *si saldría o no* (complementaria directa).

Tuvo competencia sobre *cuál había sido mejor caballero* (QUIJOTE).

Cuál había sido mejor caballero, regida por la preposición *sobre* es una complementaria circunstancial.

Qué hace de noche es un secreto.

Qué hace de noche es el sujeto de la oración copulativa; *un secreto*, el predicado nominal.

Cuándo volvería era la pregunta general.

Cuándo volvería es el sujeto de la oración copulativa; *la pregunta general*, el predicado nominal.

No se sabe *cuántos son*.

En el ejemplo precedente *cuántos son* también es el sujeto de la oración *no se sabe*, de carácter impersonal.

Esta última clase de oraciones, llamadas pasivas reflejas de carácter impersonal, se estudiarán en el cap. VI.

Las oraciones indirectas son *sustantivas*, o sea, desempeñan en la cláusula la misma función sintáctica que el sustantivo en la oración simple. Cuando hacen de sujeto, siempre llevan el verbo en singular, aun cuando expresen una idea plural o sean varias. Además del último ejemplo, examínese el siguiente:

Quiénes murieron y quiénes huyeron no se supo nunca.

Estaría mal dicho, por supuesto, *no se supieron*.

Ejercicio

Señálense las oraciones interrogativas indirectas en los ejemplos siguientes y dígase qué oficio hacen en la cláusula, si de sujeto o complemento. Adviértase que no por encabezar la cláusula, son necesariamente el sujeto, y que éste no va siempre al comienzo.

Dime qué deber harás. Repitan a qué equivale la suma del cuadrado de los catetos. Qué papel desempeñaré lo ignoro. Qué fué del viajero es un misterio. No se sabe cómo está hecho. Se ignora qué extensión tiene. Todavía no vemos cuál de los dos saldrá vencedor. Me preguntó qué deseaba. Los historiadores están divididos sobre a quién de sus hermanos embistió primero el rey don Sancho (*Quintana*). Averigüe dónde está. No sabemos si nos dejarán ir.

La interrogación retórica

La *interrogación* puede ser usada también como recurso literario para dar más energía al pensamiento. Esta figura es propia de la oratoria y de los escritos polémicos, donde el orador o el escritor se propone convencer a los oyentes o estrechar al adversario presentando las razones como otras tantas preguntas; y también lo fué de la poesía lírica y dramática.

LECTURAS

Señálense en los fragmentos siguientes las interrogaciones retóricas:

En ese libro (La Biblia), aprendió Petrarca a modular sus gemidos; en él vió Dante sus terríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento (1) los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro fray Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa

y majestad, henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, sobre los mustios collados y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? (2). ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las alas de una imaginación incomparable? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

(JUAN DONOSO CORTÉS, orador español del siglo XIX).

(1) El poeta de Sorrento es Torcuato Tasso, autor de *La Jerusalem libertada*.
 — (2) Cuando esto se escribía, creíase que la *Canción a las ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro, a la cual se refiere el orador, era de Francisco de Rioja.

Cuando Segismundo, en la 1.^a Jornada de *La Vida es Sueño* despierta en el palacio real, rodeado de criados y músicos, él que ha vivido prisionero en una torre, expresa su admiración de este modo:

¡Válgame el cielo, qué veo!
 ¡Válgame el cielo, qué miro!
 Con poco espanto lo admiro,
 con mucha duda lo creo.
 ¿Yo en palacios suntuosos?
 ¿Yo entre telas y brocados?
 ¿Yo cercado de criados
 tan lucidos y briosos?
 ¿Yo despertar de dormir
 en lecho tan excelente?
 ¿Yo en medio de tanta gente
 que me sirva de vestir?

Decir que sueño es engaño:
 bien sé que despierto estoy.
 ¿Yo Segismundo no soy?
 Dadme, cielos, desengaño.

(PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, dramaturgo español del siglo XVII).

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
 sobre el collado que a Junín domina?
 ¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
 del combatir y del vencer desina? (1)
 ¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
 y en su mente la rompe y desordena,
 y a los más bravos a morir condena,
 cual águila caudal que se complace
 del alto cielo en divisar su presa
 que entre el rebaño mal segura pace?
 ¿Quién el que ya descende
 pronto y apercebido a la pelea?
 Preñada en tempestades le rodea
 nube tremenda: el brillo de su espada
 es el vivo reflejo de su gloria:
 su voz un trueno; su mirada un rayo.
 ¿Quién aquel que al trabarse la batalla,
 ufano como nuncio de victoria,
 un corcel impetuoso fatigando
 discurre sin cesar por toda parte?
 ¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

(Del canto a Bolívar por *La victoria de Junín*).

La interrogación retórica lleva dentro de sí la respuesta. El escritor a veces se contesta a sí mismo, como puede verse por el último verso del fragmento de Olmedo, y por los siguientes de Calderón:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
 ¿Qué es la vida? Una ilusión,

(1) Desina, licencia por designa.

una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño
y los sueños sueños son.

Coordinación y subordinación de las oraciones

Lección 3.ª

Las oraciones simples en la cláusula u oración compuesta pueden ser *coordinadas* o *subordinadas*.

Son *coordinadas* cuando van enlazadas, por lo menos las dos últimas, por alguna conjunción; pero sin que ninguna oración modifique gramaticalmente el sentido de otra o de algún término de otra.

El juicio enunciado en cada una de ellas se expresa como independiente del indicado por las demás.

EJEMPLOS:

Llegué, vi y vencí.

Lucía canta e Isabel toca el arpa.

Antonio no trabaja ni Pedro estudia.

O no lo sabes, señora, o eres falsa y desleal (QUIJOTE).

Él es capaz; sin embargo nadie pone a prueba sus aptitudes.

Hemos trabajado; por consiguiente tenemos derecho a descansar.

Cuando las oraciones coordinadas no van enlazadas por conjunciones y están simplemente yuxtapuestas, se llaman *independientes*, por ej.:

La historia es maestra de la vida; la filosofía es un consuelo.

Subordinadas son las oraciones que dependen de otra o de un término de otra, completando su sentido. Por eso las hemos llamado también (v. Segundo Libro) *complementarias* o *dependientes*.

Si decimos:

El profesor quiere | que estudiemos

la segunda oración no tiene sentido por sí misma, y el de la primera queda incompleto sin el complemento de aquélla.

Habiendo en una cláusula una oración *subordinada*, dependerá de otra llamada *principal*. Ésta encierra el juicio dominante. En el ejemplo anterior: *El profesor quiere* es la principal; *que estudiemos*, la subordinada. Pero no es necesario que la subordinada siga a la principal. También puede precederla, por ej.:

Apenas sale el sol | me levanto.

La principal es *me levanto*; la subordinada, que hace de complemento circunstancial y no tiene sentido por sí misma, es: *apenas sale el sol*. Pueden en este caso invertirse.

Clases de coordinación

Hay cinco clases de coordinación: *copulativa*, *disyuntiva*, *adversativa*, *causal* y *consecutiva*.

Coordinación copulativa

La *coordinación copulativa* es la más elemental y sencilla. Consiste en enlazar dos o más oraciones mediante las conjunciones *y* (o en su lugar, *e*) y *ni*.

La conjunción *y* (o *e*, ante palabras que empiecen por *i* o *hi*), puede vincular dos o más oraciones o términos oracionales. Lo segundo sucede cuando las oraciones tienen elementos comunes y éstos se enuncian una sola vez, estableciéndose la coordinación sólo entre los elementos semejantes.

EJEMPLOS:

Las Parcas eran tres: Cloto devanaba el estambre de la vida de los hombres, Láquesis lo hilaba *y* Átropos lo cortaba.

Moreno *y* Paso fueron los secretarios de la Primera Junta.

Fernando *e* Isabel vincularon las dos coronas de Castilla *y* Aragón.

Era (don Quijote) de complexión sana, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador *y* amigo de la caza.

Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes
y en el silencio del juncal murieron.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Magdalena, Susana *y* Selva cosen *y* bordan.

La vida es lucha *y* la muerte descanso (se sobrentiende *es*).

Se lo dije una *y* dos *y* cien veces, *y* no lo pude convencer.

Un sol de plomo *y* púrpura incendia el horizonte.

(VILLAESPEA).

Digase si en los ejemplos anteriores la conjunción enlaza oraciones o términos oracionales (sujetos, predicados nominales o verbales, o complementos del nombre). Descomónganse en diferentes oraciones dichas cláusulas.

Ni equivale por su origen etimológico a *no + y*, o sea a *y no*. Sirve para coordinar oraciones negativas. Pondremos a continuación los casos más comunes.

a) EJEMPLOS DE UN SUJETO COMPUESTO QUE PERMITE DESCOMPONER LA CLÁUSULA EN DOS ORACIONES:

Ni Moreno *ni* Belgrano alcanzaron a ver coronada su obra.
o bien:

No alcanzaron a ver coronada su obra *ni* Moreno *ni* Belgrano.

b) EJEMPLOS DE DOS O MÁS PREDICADOS QUE NO CONVIENEN A UN SOLO SUJETO:

El perro del hortelano *ni* come *ni* deja comer.
o bien:

El perro del hortelano no come *ni* deja comer.

c) EJEMPLOS DE VARIOS PREDICADOS QUE NO CONVIENEN CONJUNTAMENTE A VARIOS SUJETOS:

Ni la lectura *ni* los viajes lo hacían feliz *ni* le daban descanso.
o bien:

La lectura y los viajes *ni* lo hacían feliz *ni* le daban descanso.

o bien:

La lectura y los viajes no lo hacían feliz *ni* le daban descanso.

d) EJEMPLOS DE ORACIONES NEGATIVAS QUE NO TIENEN SUJETOS NI PREDICADOS COMUNES:

Ni yo lo busco *ni* él me necesita.

o bien:

Yo no lo busco *ni* él me necesita.

Que tiene a veces valor de conjunción copulativa, en expresiones como las siguientes: dale *que* dale, corre *que* corre; esto es correr, *que* no caminar.

Coordinación disyuntiva

Lección 4.ª

La *coordinación disyuntiva* se vale principalmente de la conjunción *o* (y por razones de eufonía *u*, ante vocablo que empiece con *o*). Mediante ella, se significa que de dos o más oraciones, cuando una alcanza eficacia excluye a la otra o las otras. La exclusión también se produce entre términos oracionales.

EJEMPLOS DE COORDINACIÓN DISYUNTIVA DE DOS O MÁS ORACIONES:

Almorzaremos en el tren *o* lo haremos en la misma estación.

Los niños nunca estaban ociosos: *o* estudiaban *o* trabajaban *o* jugaban.

EL PREDICADO CONVIENE A UNO DE LOS SUJETOS O AL OTRO:

Te servirá este cuaderno o esta libreta.

Como si dijéramos:

Te servirá este cuaderno o te servirá esta libreta.

Concordancia. — El verbo también puede concertar con los sujetos en plural. Lo conceden tanto Bello como la Academia, conforme al uso, aunque la lógica parezca pedir el verbo en singular.

UNO U OTRO DE LOS PREDICADOS CONVIENE AL SUJETO:

Este alumno todo el día habla o molesta.

LA DISYUNTIVA SE ESTABLECE ENTRE COMPLEMENTOS DIRECTOS, INDIRECTOS O CIRCUNSTANCIALES:

El anciano leía siempre a Homero o la Biblia.

Este traje servirá para ti o para tu hermano.

El vapor atracará en la dársena o en Puerto Nuevo.

ADVERTENCIA. — Nótese que a veces la conjunción o tiene otro valor: explica o aclara un nombre o una oración enunciados anteriormente; por ej.: *Homero fué, según la tradición, un aedo o poeta cantor; las lenguas romances o neolatinas son las derivadas del latín.*

En la coordinación disyuntiva caben también ciertas cláusulas que se construyen con las conjunciones llamadas *distributivas*, como *ya, ora, ahora, bien* y también *que*, en ciertos casos, las cuales indican una contraposición entre oraciones, y se repiten al comienzo de cada una, por ej.:

Ya estudie, ya trabaje; ora de fiesta, ora de paseo, ora de jarana; ahora en verso, ahora en prosa; bien despierto, bien dormido; que quieras o que no quieras, etc.

Coordinación adversativa

La *coordinación adversativa* contrapone dos juicios o establece entre ellos cierta oposición, corrigiendo el segundo la significación del primero. A veces, pues, no establece una

contrariedad completa entre dos oraciones, sino que es simplemente *correctiva* o *restrictiva* de lo que afirma la primera.

La coordinación adversativa, lo mismo que la copulativa y disyuntiva, se establece no sólo entre oraciones mas también entre elementos oracionales, por haberse omitido los términos análogos que se sobrentienden en aquéllas.

La coordinación adversativa (o simplemente correctiva) se establece mediante las conjunciones *sino*, *sino que*, *pero*, *empero*, *mas*, *aunque*, *antes*, *antes bien*, y otras locuciones conjuntivas como *con todo*, *no obstante*, *sin embargo*, *fuera de*, *a pesar de*, *si bien*, *bien que*, *excepto*, *salvo*, *menos*, algunas de las cuales suelen tener oficio distinto.

EJEMPLOS:

No corre *sino* vuela.

No ensilles el bayo *sino* el tordillo.

No temía la muerte, *antes* la deseaba.

No estoy en deuda con él, *antes bien* es él mi deudor.

El maestro era severo, *pero* bondadoso.

Él no sólo posee muchos libros, *sino que* los ha leído.

No nos dejes caer en tentación, *mas* libranos del mal.

Yo creía que él vendría a visitarnos; no se le vió, *empero*, la cara. *Aunque* estaba enfermo, quiso salir.

La casa es muy amplia; *sin embargo* no me agrada (*no obstante, con todo*).

La profesión que has abrazado es digna, *bien que* poco lucrativa.

La contrariedad mayor la establece la conjunción *sino*, que contrapone siempre una oración afirmativa a una negativa. *Antes*, adverbio de tiempo, usado como conjunción, solo o reforzado por el adverbio *bien*, también denota oposición y preferencia de un juicio respecto de otro. *Pero* establece oposición, pero no incompatibilidad entre las dos oraciones. Encabeza siempre la oración coordinada, a dife-

rencia de *empero*, que puede ir detrás de la palabra con que aquélla empiece. *Mas* es la adversativa más atenuada.

ADVERTENCIA.—No se debe abusar de la coordinación adversativa. No hay razón lógica para construir la cláusula contraponiendo continuamente los juicios, vicio que ha sido ridiculizado en la difundida frase: *era de noche y sin embargo llovía*. Además muchos parecen no conocer otra conjunción adversativa que *pero*, la cual puede ser reemplazada a menudo por las equivalentes, variando o no la construcción.

Coordinación consecutiva y causal

Lección 5.ª

La *coordinación consecutiva* indica que lo que se expresa en una oración es efecto lógico o consecuencia de lo que se dice en la que la precede. La establecen las conjunciones y locuciones conjuntivas que hemos llamado (ver Segundo Libro) *continuativas* o *ilativas*, como *pues*, *luego*, *conque*, *por tanto*, *por lo tanto*, *por consiguiente*, *por ende*, *así que*, *así es que*, *ahora bien*, etc.

EJEMPLOS:

Tú hiciste el daño: *sufre, pues*, el castigo.

Eres hombre, *luego* eres mortal.

No estudiaste durante la semana; *conque* no pienses salir el domingo.

Estoy dispuesto a contestar; *por tanto* pregunta lo que quieras.

Los tres ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos; *por consiguiente* suman 180 grados.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos
y allegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

(JORGE MANRIQUE).

COORDINACIÓN Y SUBORDINACIÓN CAUSALES. — Las oraciones llamadas *causales*, según la Academia y otros autorizados gramáticos, pueden ser *coordinadas* y *subordinadas*.

Procuremos ante todo distinguirlas de las *consecutivas*.

En la cláusula:

Sufre el castigo, *pues* erraste

la segunda oración es causal porque indica una relación de causa a efecto con relación a la primera.

En la cláusula:

Erraste; *sufre*, *pues*, el castigo

la relación se ha invertido. La segunda oración es consecutiva, porque expresa el efecto o consecuencia de la primera.

La oración que expresa la causa puede también enunciarse antes que la otra con que se coordina: *Pues erraste, sufre el castigo*.

¿CÓMO DISTINGUIR LA COORDINACIÓN CAUSAL DE LA SUBORDINACIÓN? — Aceptada esta distinción, conviene establecer que los gramáticos no son muy explícitos sobre el particular, pues la diferencia, siendo a veces muy sutil, no es fácil de ver. A nuestro juicio, la Academia cita oraciones como coordinadas, que son subordinadas.

Las coordinadas causales indican algo que lógicamente *puede ser* la causa o razón del hecho afirmado en otra oración, mientras que las subordinadas explican la causa real de ese hecho. La trabazón lógica entre las subordinadas es mayor que entre las coordinadas.

EJEMPLOS DE COORDINACIÓN CAUSAL:

Sufre la pena, *pues* cometiste la culpa.

Esfuézate, *que* el decaimiento en los infortunios apoca la salud.

Lo habrá examinado, *pues que* lo ha resuelto.

Sin duda está malo, *puesto que* no ha venido.

Renuncia tú a visitarlo; *supuesto que* él no te ha de recibir.

Los ejemplos anteriores han sido tomados de la Gramática de la Academia. Nótese el carácter hipotético de los tres últimos. En ellos no se dice que la oración causal indique la causa necesaria del hecho que la otra expresa, sino una razón posible de él.

Las conjunciones y modos conjuntivos coordinantes causales son *pues, que, porque, pues que, puesto que, supuesto que*, etc.

EJEMPLOS DE SUBORDINACIÓN CAUSAL:

El placer que nos causan los objetos bellos es puro *porque no es un placer de los sentidos*. (COLL Y VEHÍ).

De que mi señora la duquesa haya escrito a mi Teresa Panza... estoy muy satisfecho. (QUIJOTE).

Como era milicia de tanta estimación, todos procuraban tenerla en su favor. (MONCADA).

Como recibí tarde el aviso, no llegué a tiempo.

Lo sé de fijo, *como que el lance ocurrió delante de mí*.

Léanse atentamente los ejemplos anteriores, también extraídos de la Gramática de la Academia, y se verá que dichas oraciones causales subordinadas indican siempre la causa efectiva de lo que la otra expresa. Son verdaderos complementos.

Las conjunciones y modos conjuntivos subordinantes causales son *porque, de que, ya que, como, como que, dado que, debido a que, a causa de que, en razón de que, por cuanto*, etc. El verbo va en modo indicativo, aunque también a veces en subjuntivo. Esto último nunca ocurre con las coordinadas. El verbo en subjuntivo es un indicio cierto de que no lo son.

Ejercicio

Procure el alumno distinguir las coordinadas causales de las subordinadas en las cláusulas siguientes:

Fortuna te dé Dios, hijo, *que* el saber poco te basta. No lo hizo *porque* no quiso. Escipión fué testigo de la ruina de Numancia; *pues* no puede llamarse propiamente conquistador de la ciudad. Calla y ten paciencia, *que* día vendrá en que verás por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio (QUIJOTE). No me precio de entendido, — de desdichado me precio; *que* los que no son dichosos ¿cómo pueden ser discretos? (LOPE DE VEGA). Yo te concedo el permiso *porque* eres tú quien me lo pide. *Ya que* no vas tú, iré yo. Como viniese de noche, nadie lo reconoció. Celebremos solos la reunión, *porque* él probablemente no vendrá. No trates con altanería a los humildes, *porque* acaso son superiores a ti. Ya le dije a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, *que* no eran sino molinos de viento (QUIJOTE). No hemos perdido en este negocio, *puesto que* el balance arroja un superávit. Y *pues* la puerta nos cierra, entremos por la ventana. *Supuesto que* te favorece la suerte, aprovéchate de ella. Del agua mansa me libre Dios, *que* de la brava me libro yo. Fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, *pues* no le podrían dar más cuerda (QUIJOTE). Lo desafío y reto *en razón de que* hizo mal en defraudar a esta pobre (QUIJOTE).

Leer y recitar:

SONETO

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que esperó no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Este hermoso soneto *A Cristo crucificado* es de autor incierto. Fué atribuído a Santa Teresa de Jesús, a San Ignacio de Loyola y a San Francisco Javier; y también al franciscano fray Pedro de los Reyes y al agustino fray Miguel de Guevara, que murió misionero en Méjico en 1640. La cuestión no está resuelta. El autor expresa en él con gran sutileza los sentimientos comunes en los místicos españoles de los siglos XVI y XVII.

ESTUDIANTE!

Macana!!!
tu amigo

Debeis tener un concepto claro del Libro.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA SUBORDINACIÓN DE LAS ORACIONES

Clasificación de las oraciones subordinadas

Lección 6.^a

Las oraciones subordinadas hacen el mismo oficio que los complementos.

Si decimos:

Te pido *tu ayuda prestame 10\$*

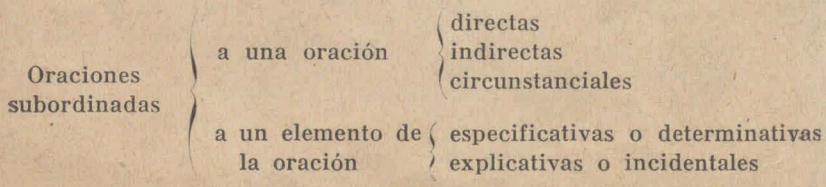
tu ayuda es el complemento directo del verbo *pedir*.

Si decimos:

Te pido *que me ayudes*

¿qué pido? *que me ayudes*. También es el complemento directo. Pero como es un conjunto de palabras donde hay un verbo en modo personal, forma una oración. Será, pues, una oración *complementaria*. Esta oración no tiene sentido de por sí: completa el sentido de la anterior y depende de ella. Por eso se llama también *subordinada* o *dependiente*, y la oración de la cual depende, *principal* o *subordinante*.

Lo mismo que los complementos, las oraciones subordinadas pueden estarlo al verbo, que es decir a una oración entera, o a uno de los elementos de la oración. De este modo:



Se dividen también en *sustantivas*, *adjetivas* y *adverbiales*, según que hagan en la cláusula el oficio de un sustantivo, de un adjetivo o de un adverbio.

Compárense las cláusulas siguientes dos a dos:

Ese hombre necesita *auxilio* (sustantivo).

Ese hombre necesita *que lo auxilién* (oración sustantiva).

El hombre *trabajador* (adjetivo) siempre se abre paso en la vida.

El hombre *que trabaja* (oración adjetiva) siempre se abre paso en la vida.

Estudia *bien* (adverbio).

Estudia *como debes hacerlo* (oración adverbial).

\$

\$

Oraciones subordinadas a otra

Las oraciones subordinadas a otra desempeñan en la cláusula la misma función sintáctica que el sustantivo en la oración simple, o que el adverbio. Son llamadas por eso, según los casos, *sustantivas* o *adverbiales*.

Son sustantivas las subordinadas *directas* e *indirectas*, y ciertas clases de *circunstanciales*.

EJEMPLOS DE SUBORDINADAS DIRECTAS:

Aseguro *que no vino nadie*.

Le rogué *que volviese en seguida*.

Temo *que no apruebes el examen*.

Le supliqué *que volviese pronto*.

Alberto me explicó *cómo hizo el deber*.

Pregunta *qué comeremos hoy*.

Nadie sabe *cuál será su último día*.

Supimos *quién era*.

Averiguaré *dónde estuviste*.

Luisa ignora *cuándo regresará*.

Dime *si regresarás a la hora*.

MARGARITA

La mayoría de estas oraciones son introducidas por la partícula *que*, llamada conjunción por la Academia. Nosotros, siguiendo a Bello, preferimos llamar este *que*, anunciativo, porque hace el oficio de anunciar la oración que le sigue.

Sea la oración:

Ansío que regreses.

¿Qué ansío? *Esto*: tú regreses. En cambio del pronombre neutro *esto*, aparece el *que* anunciativo.

En ciertos casos el *que* puede omitirse, como en el ejemplo: *Le supliqué volviere pronto.*

Otras oraciones subordinadas directas son preguntas convertidas en interrogaciones indirectas (ver lección 2.^a), tales como, entre los ejemplos anteriores: *Pregunta qué comeremos hoy*; *supimos quién era*; *Luisa ignora cuándo regresará*; *averiguaré dónde estuviste*, etc.

No se confundan las oraciones *cuándo regresará*, *dónde estuviste*, que son el término directo del verbo, o sea subordinadas directas, con oraciones circunstanciales, por el hecho de que empiecen por *cuándo* o por *dónde*, adverbios interrogativos que indican tiempo o lugar; porque éstos modifican las voces verbales *regresará* y *estuviste*, de las subordinadas, y no se refieren al verbo de la principal.

Otras subordinadas directas son dubitativas y las introduce entonces la conjunción *si*, como en el ejemplo: *Dime si regresarás a la hora.*

EJEMPLOS DE SUBORDINADAS INDIRECTAS Y CIRCUNSTANCIALES:

INDIRECTAS.—Regalaré este libro *a quien diga mejor la lección*.
La cocinera preparó este plato *para quienes sepan apreciarlo* (1).

(1) Para la Academia dichas oraciones deben analizarse de este modo: Regalaré este libro *a aquel que diga mejor la lección*; la cocinera preparó este plato *para aquellos que sepan apreciarlo*, pues según su doctrina, *quien* lleva el antecedente implícito y se desdobra en *aquel que* o en locuciones tales como *la persona que* u otras análogas. Siendo así, las oraciones puestas por nosotros como ejemplo de *indirectas*, resultarían especificativas. (Ver lección siguiente). La Academia reserva el nombre de *indirectas* para las oraciones *inales*, que nosotros estudiaríamos entre las *circunstanciales*, a fin de establecer un paralelismo con los complementos.

EJEMPLOS DE ORACIONES CIRCUNSTANCIALES: ↓

El testigo fué citado *para que declarara ciertos hechos de importancia.*

Fuí a la fiesta *porque me invitaron.*

Sin que nadie lo viese, una mañana se armó de todas sus armas. (QUIJOTE).

Se empeñó *en que escribiría con la mano izquierda.*

Yo estaría contento *con que aprobase la asignatura con nota de distinguido.*

Se habla *de que habrá vacaciones de invierno.*

Todas llevan delante del *que* subordinante la preposición correspondiente.

ORACIONES SUSTANTIVAS QUE HACEN OFICIO DE SUJETO. —

Hay oraciones que pueden hacer oficio de sujeto en la oración. Como tales son, por supuesto, sustantivas. A éstas las hemos llamado (Segundo Libro), *inordinadas*, porque el nombre de subordinadas, o sea dependientes, no les conviene.

EJEMPLOS:

No importa *que no venga.*

Estaba escrito *que él moriría joven.*

Es conveniente *que te moderes.*

Es evidente *que nos ha engañado.*

Es lástima *que sea haragán.*

Cómo vive es un misterio.

Me sorprende *que no lo sepas.*

El que tarde tanto me intriga.

Analícense las cláusulas anteriores y se notará que la oración en letra bastardilla (*inordinada*) hace oficio de sujeto del verbo de la otra oración. ¿Qué es lo que *no importa*? *que no vengas*. ¿Qué es lo que *estaba escrito*? *que él moriría joven*. ¿Qué es lo que *es conveniente*? *que te moderes*, etc.

Ejercicio

Subrayar en las cláusulas siguientes las oraciones sustantivas, indicando si son subordinadas directas, indirectas o circunstanciales, o bien si hacen oficio de sujeto:

Ruégale que venga con nosotros. Yo te pregunto si vendrás al teatro. Comprobé que el texto estaba equivocado. Daré un premio a quien recite mejor la poesía. Tengo mucho apetito porque estoy en ayunas desde ayer. El profesor pidió que le dijéramos la verdad. El pobre suplicaba se compadeciesen de su miseria. No continuó sus estudios porque no tenía voluntad. Te pregunto para que me contestes. Jugaré con cuantos vengan. Nunca creí que fueras tú. Temo no me reciba. Es claro que él no puede ir. Es fácil que él venga. Dime cuándo vendrás. Mira cómo escribe. Me pregunto quién era aquel hombre. El que se me crea tonto me ofende. Tratábamos de que él consintiera en partir. No sé cuál es el último. Huyó sin que nadie lo notara.

Leer y recitar:

MORIANA CAUTIVA

Moriana en un castillo
con ese moro Galván
jugando estaba a las tablas
por mayor placer tomar.

Cada vez que el moro pierde
bien perdía una ciudad;
cuando Moriana pierde
la mano le da a besar.

Del placer que el moro toma
adormecido se cae.
Tendió la vista a los montes,
caballero vió asomar.

Llorando viene y gimiendo
palabras de gran pesar:

—Arriba, canes, arriba,
 que mala rabia os mate!
 en jueves matáis el puerco
 y en viernes coméis la carne.
 ¡Ay, que hoy hace los siete años
 que ando por aquestos valles,
 trayendo los pies descalzos,
 las uñas corriendo sangre,
 buscando triste a Moriana,
 la hija del emperante!

Captiváronla los moros
 la mañana de san Juan,
 cogiendo rosas y flores
 en las huertas de su padre.

Bien le conoce Moriana,
 con alegría y pesar;
 lágrimas de los sus ojos
 en la faz del moro dan.

ANÓNIMO.

Romance del cual existen varias versiones del siglo XVI. La presente es una refundición de aquéllas hecha por Ramón Menéndez Pidal.

Oraciones subordinadas a un elemento oracional

Lección 7.^a

Las subordinadas a un elemento oracional (nombre o pronombre) son llamadas oraciones *adjetivas* porque hacen el mismo oficio que un adjetivo o participio. Se clasifican en oraciones *especificativas* y *explicativas*.

Efectivamente, o especifican un término, o lo enriquecen con alguna significación accesoria, explicando alguna circunstancia del mismo.

ORACIONES ESPECIFICATIVAS O DETERMINATIVAS

EJEMPLOS:

Suj. lógicoEl libro *que lei* es muy hermoso.Pred. nominal lógicoMi primo es el hombre *que necesitas*.C. directo lógicoDevuélveme el libro *que te presté*.C. indirectoEl Congreso votará una pensión para los ancianos *que tengan*lógico*más de sesenta años*.C. circunstancial lógicoVivimos en la casa *que mira al mar*.

Las oraciones en bastardilla completan la significación del término al cual se ligan mediante el pronombre relativo *que*. Si las suprimiéramos, la oración restante tendría sentido gramatical, pero otro sentido.

Hallé un pañuelo

no significa lo mismo que:

Hallé un pañuelo *que había perdido*.

Ahora sabemos de cuál pañuelo se trata. Queda especificado.

La relación entre el término de la principal (*antecedente*) y la subordinada se establece mediante los pronombres relativos *que, cual, quien y cuyo*.

Estos relativos pueden desempeñar en las oraciones de que forman parte todos los oficios sintácticos y llevar las preposiciones que convengan a cada caso.

Por tal motivo, las oraciones adjetivas subordinadas a un término, son llamadas también *oraciones de relativo*.

EJEMPLOS:

El muchacho *del cual hablamos* | no está dispuesto.

Traigo | al niño *a quien buscabas*.

Don Quijote vivía | en un lugar de la Mancha *de cuyo nombre dijo Cervantes no querer acordarse*.

Donde, adverbio de lugar, también puede encabezar oraciones de relativo:

He conocido la casa *donde* (en la cual) *nació Belgrano*.

ORACIONES EXPLICATIVAS O INCIDENTALES

El banano, *que es una planta de tierras cálidas*, da excelentes frutos en Salta y Jujuy.

Por el ejemplo anterior puede verse la diferencia entre una oración especificativa y una explicativa. Esta última hace el oficio de una aclaración, de un paréntesis, cuya supresión no varía el sentido de la oración principal: *El banano da excelentes frutos en Salta y Jujuy*. Por eso se llaman *incidentales*.

✧ También las oraciones explicativas son de relativo, y se relacionan con el antecedente comúnmente por medio del anunciativo *que*.

NOTA.— Pueden hacer oficio asimismo de complemento de un nombre o adjetivo ciertas oraciones sustantivas, las cuales llevan la preposición *de*, por ej.: Me afligía el temor *de que lo supiesen en casa*; la sospecha *de que él fuese culpable*, no me dejaba dormir; lo arrestaron por sospechoso *de que hubiese tenido complicidad en el delito*.

¿QUÉ DIFERENCIA HAY ENTRE LAS ESPECIFICATIVAS Y LAS EXPLICATIVAS?—Las oraciones de relativo especificativas se unen íntimamente con el antecedente; las explicativas se separan del antecedente por una breve pausa en la enunciación y por una coma en la escritura.

Las oraciones explicativas se pronuncian durante toda su extensión en un tono grave, algo inferior al de los grupos contiguos.

Las oraciones explicativas pueden suprimirse sin variar el sentido de la oración principal; las especificativas, no.

Las oraciones explicativas pueden convertirse en oraciones independientes o en subordinadas adverbiales; las especificativas, no.

Léanse con la entonación correspondiente estas dos cláusulas y adviértase la diferencia de sentido entre las dos oraciones de relativo.

ESPECIFICATIVA: La senda *que dobla a la izquierda* lleva al bosque.

EXPLICATIVA: La senda, *que dobla a la izquierda*, lleva al bosque.

Por la primera entendemos que hay varias sendas, y especificamos que entre ellas la que lleva al bosque es la *que dobla a la izquierda*. En la segunda, explicamos solamente una circunstancia propia de la senda. Convertida la explicativa en independiente, resultarían dos oraciones: *La senda lleva al bosque. Ella dobla a la izquierda*.

La misma diferencia existe entre las dos siguientes:

ESPECIFICATIVA: Los rebeldes *que no se sometieron* fueron condenados.

EXPLICATIVA: Los rebeldes, *que no se sometieron*, fueron condenados.

La primera dice que fueron condenados los rebeldes *que no se sometieron*: los especifica. La segunda, que todos

los rebeldes fueron condenados, y de ellos explica la circunstancia accesoria de que no se sometieron. Convertida la explicativa en subordinada adverbial, la cláusula resulta así: Los rebeldes, *porque no se sometieron*, fueron condenados.

Ejercicio

Distínganse entre las siguientes oraciones adjetivas, las especificativas de las explicativas, subrayando con una raya las primeras y con dos las segundas:

Todos los relojes que nos ha mostrado usted son de calidad inferior. Los niños que advirtieron el peligro huyeron. San Martín, que murió en un voluntario destierro, es nuestra gloria más pura. Llegaron los soldados que estaban heridos. La composición que has escrito, me gusta mucho. Los niños, que advirtieron el peligro, huyeron. Las señoras, que deseaban descansar, se retiraron. Se retiraron las señoras que deseaban descansar. Es dichoso el hombre cuyas necesidades son pocas. Los soldados, que estaban heridos, llegaron. El primer tren que corrió en la Argentina salía de Plaza Lavalle. El señor a quien me recomendaste me atendió muy bien. Las estrellas, que parecen ser simples puntos brillantes, son millones de veces mayores que la tierra. El (equivale a *aquel*) que hable en clase será amonestado. Mi perro, que es tan manso, ayer tuvo un acceso de irritación. Los hombres que alardean mucho de su ciencia no son los más sabios. El joven que miente pierde la confianza de todos. Llegamos a un pueblo en el cual nunca habíamos estado. Las riquezas, tras las cuales el hombre tanto se afana, son bienes engañosos.

Oraciones finales y causales

Lección 8.ª

Las dos clases principales de oraciones sustantivas circunstanciales son las *finales* y las *causales*.

FINALES. — Las finales (que la Academia considera *indirectas*) expresan el fin o la intención a que tiende lo que se afirma en la oración principal. Son introducidas por los

modos conjuntivos *a que, para que, a fin de que*, y la conjunción compuesta *porque* (de *por + que*). También se emplea algunas veces *que*.

EJEMPLOS:

Fueron hasta su casa, *a que* los viesan disfrazados.
 Te hemos llamado *para que expliques tu conducta*.
 Le aviso *a fin de que esté prevenido*.
Porque sepas cuanto te quiero, te perdono.
 Dió voces al huésped de casa *que* le ensillase el cuartago.

(CERVANTES).

CAUSALES. — En el capítulo anterior han sido estudiadas las subordinadas causales, y distinguidas de las coordinadas. Explican el motivo o la causa real del efecto enunciado en la oración principal y emplean generalmente las conjunciones o modos conjuntivos *porque, de que, ya que, como y como que*.

EJEMPLOS:

El tren se salió de los rieles *porque marchaba a excesiva velocidad*.
 No te engrías *de que triunfes* (porque triunfes).
Ya que así lo quiere nuestro destino, armémonos de resignación.
Como estaba impaciente, no quiso esperarte.
 Nadie lo estima, *como que no hace nada para conseguirlo*.

JOSÉ MANUEL ESTRADA

José Manuel Estrada fomentaba en los alumnos del colegio la inclinación a los estudios literarios. La austeridad de su carácter y de su indiscutible talento inspiraban a todos respeto y simpatía. Dos veces nos reunió en una de las salas más grandes del edificio para hacernos escuchar su palabra de maestro y moralista. Fué una con motivo del aniversario de la Revolución Argentina, cuya síntesis histó-

rica, carácter fundamental y tendencias vitales, nos expuso, en su estilo deslumbrador, con la magia de una oratoria cálida y sonora: La otra vez el tema de la conferencia fué la tiranía de Rosas, con motivo de la muerte del tirano y la pretensión de una parte de su familia de honrar su memoria. Jamás ha llegado José Manuel Estrada a un grado más alto de elocuencia arrebatadora que aquella noche inolvidable en que nos hizo temblar y vibrar como sacudidos por una corriente eléctrica, al contacto de su acento de inspirado. Aquel discurso, que todos mis contemporáneos recuerdan seguramente con admiración, es una pieza retórica de primer orden. La tiranía de Rosas era abarcada en una síntesis admirable, seguida en su desarrollo y sorprendida en su origen, hasta sacar del estudio de sus accidentes y sus excesos una lección moral que ojalá tuvieran siempre presente los pueblos que pasan del quietismo de la indiferencia culpable al extravío más criminal aún de la demagogía. Una tormenta de aplausos saludaba cada uno de los períodos de aquella oración, cuyo estilo y belleza de imágenes iba *in crescendo*, hasta concluir con un rasgo enternecedor que hizo latir el corazón de todos, al escuchar de boca del maestro que si sus lecciones eran amadas, y recogidas por nosotros, él también podría exclamar como Horacio: *Non omnis moriar*, ¡no moriré del todo! A la salida y bajo la impresión de aquel triunfo espléndido y merecido, la banda estudiantil lo acompañó, aclamándolo, hasta su domicilio.

Admirable talento, en verdad, el del antiguo rector del Colegio Nacional y profesor universitario de derecho constitucional. Ese talento se muestra en todos sus escritos, tan numerosos como sólidos, desde el *Ensayo histórico sobre la revolución de Antequera*, hasta sus *Leciones de Derecho Constitucional*. Su estilo fúlgido y enérgico tiene las sonoridades del bronce y la consistencia del acero. Es un estilo oratorio por excelencia, lleno de imágenes y de frases de efecto que compendian una situación complicada o reúnen un largo análisis en un rasgo brillante y decisivo. Ese carácter especial de la forma de que se reviste su pensamiento resalta de una manera palpable en el siguiente párrafo que citamos de memoria: "La humanidad vive en universal dependencia; todos los hombres dependemos unos de otros, unos por ordenación jerárquica, otros recíprocamente por comunión solidaria de determinados intereses. Sólo es posible llegar a la completa independencia, no obstante esas leyes normales de la

vida, en virtud de dos condiciones: o por una robustez extraordinaria de carácter, o por la ruptura de todos los vínculos sociales. Es decir, por uno de estos dos extremos: o por la suprema moralidad, o por la ínfima desmoralización. La plena libertad pertenece a los que ocupan los puntos extremos en la escala moral: los que tocan en las nubes, o los que se revuelven en el fango: los cedros o los hongos”.

La condensación del pensamiento que se cristaliza en una frase que abarca un vasto horizonte es uno de los recursos retóricos empleados con más éxito y maestría por el distinguido publicista. Sus *Lecciones de Historia Argentina* están repletas de máximas que invitan a la reflexión y quedan grabadas en la memoria.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

Escritor y diplomático argentino del siglo XIX. Fué uno de nuestros mayores críticos literarios. Las páginas anteriores pertenecen a su ameno libro *Recuerdos literarios*. El alumno no ignora que José Manuel Estrada, cuya silueta traza García Mérou, fué un ilustre publicista y orador católico, famoso por la austeridad de su vida y la brillantez de su talento. Nació en Buenos Aires en 1842 y falleció en la Asunción del Paraguay en 1894.

CAPÍTULO TERCERO

SUBORDINACIÓN DE LAS ORACIONES (CONTINUACIÓN)

Lección 9.^a

Tienen carácter adverbial las oraciones subordinadas *de lugar, de tiempo, de modo* (modales), *comparativas, consecutivas, condicionales y concesivas*.

Las subordinadas de lugar

Las oraciones subordinadas de lugar se unen a la principal por el adverbio relativo *donde*.

a) Éste aparece en las oraciones subordinadas adverbiales, cuando el antecedente es un adverbio demostrativo de lugar, del cual *donde* es el correlativo. Puede tomar, precedido de preposición, las formas *a donde* (o *adonde*), *de donde*, *en donde*, *por donde*, *hacia donde*, y *hasta donde*.

EJEMPLOS:

Aquí fué **donde** nació.

Allí es **donde** vive.

Era *allá* **adonde** se dirigían.

De aquí fué **de donde** partieron los aviadores.

Por ahí fué **por donde** pasó.

Allá es **hacia donde** se encamina.

Hasta allá es **hasta donde** corrieron.

Con excepción de *donde* y *en donde*, las demás formas se usan con verbos de movimiento.

b) El antecedente puede ser un nombre que indique lugar.

EJEMPLOS:

El primer teatro que funcionó en Buenos Aires fué *el de la Ranchería*, en donde se representó el "Siripo" de Lavardén.

Nos encaminamos *a casa*, adonde llegamos al atardecer.

Pizarro y sus trece compañeros se juramentaron en *la isla del Gallo*, de donde partieron a conquistar el Perú.

Mi casa está edificada *en el lugar por donde* antes pasaba el arroyo.

ADVERTENCIA.— Cuando el antecedente es un nombre de lugar, algunas de estas oraciones subordinadas constituyen un caso particular de las oraciones adjetivas y se confunden con éstas, como se vió en la lección 7.^a; v. gr.: *ésta es la casa donde nació*, que equivale a: *ésta es la casa en que nació*.

Donde, a veces lleva envuelto el antecedente, según se ve por los ejemplos que siguen:

Donde manda capitán, no manda marinero.

Se vino **a donde** don Quijote estaba.

No adivinábamos **de donde** procedía la noticia.

Pasó **por donde** estábamos reunidos.

Oraciones que pueden completarse de este modo o de otro equivalente:

Allí donde manda capitán, no manda marinero.

Se vino *al lugar donde* estaba don Quijote.

No adivinábamos *el lugar de donde* procedía la noticia.

Pasó *por el sitio donde* estábamos reunidos.

Do, por *donde*, antes muy usado en verso, lo es cada vez menos, pues hoy se juzga afectación arcaica. También significó antiguamente *de donde*, lo mismo que *donde*, por ej.: *La luz do el saber llueve* (LUIS DE LEÓN), es decir: *La luz de donde el saber llueve*; *se acogió a las tinajas donde había sacado su agradable espuma* (QUIJOTE), es decir: *de donde había sacado*, etc.

Leer y recitar:

REÍD MUCHO, HERMANITAS

Reíd mucho, hermanitas, reíd con esa risa tan fresca y tan sonora, con esa risa fuerte que llena nuestra casa de salud. La sonrisa no es para vosotras todavía: ¡qué suerte!

Que vuestra risa sea como una fuente, y vierta su chorro alegre sobre nuestra melancolía: sea como una caja de música, que abierta perennemente suena desde que empieza el día.

Hermanas: reíd de una vez toda vuestra sana alegría de dueñas del patio, que mañana —¡ah, mañana!— quién sabe si os habremos de oír.

¡Ay, hermanas, hermanas juguetonas! ¡Ay, locas rabetas de la abuela! ¿Cuál de esas lindas bocas será la que primero dejará de reír?

EVARISTO CARRIEGO.

Popular poeta argentino, nacido en Paraná en 1883, fallecido en Buenos Aires en 1912.

Oraciones temporales

Lección 10.ª

Las oraciones subordinadas *temporales* indican el tiempo en que se verifica lo significado en la oración principal. Su antecedente es un adverbio o una locución o nombre que indica tiempo.

Los vocablos usados como relativos temporales son *cuando*, *cuanto*, *como* y *que*. Los tres primeros llevan casi siempre callado el antecedente; el último lo lleva expreso.

USO Y SIGNIFICACIÓN DE LOS RELATIVOS TEMPORALES:

Cuando puede tener distintos antecedentes adverbiales, o callar el antecedente. Con el antecedente *entonces* indica simultaneidad de lo expresado en las dos oraciones, principal y subordinada, por ej.:

Fué *entonces cuando* le conocimos el carácter.

Lo mismo, cuando no lleva antecedente, que es lo común:

La vida huye más rápido, **cuando** más la necesitamos.

Apareció la barca salvadora, **cuando** el náufrago ya había perdido las fuerzas.

Cuando salió, todos lo aplaudieron frenéticamente.

Cuando nos volvamos a encontrar, hablaremos de ello.

Con el antecedente *apenas* en la oración principal, *cuando* expresa en la subordinada sucesión inmediata en el tiempo:

Apenas se había despedido Juan, **cuando** entró su hermano.

Estas oraciones suelen constituirse solamente con el adverbio *apenas*, con omisión del relativo *cuando*, v. gr.:

Apenas me vió, salió a saludarme.

Con los antecedentes *aun no*, *no bien* y otros, el relativo denota que la acción aun no ha terminado en la oración principal cuando empieza a verificarse lo que expresa la subordinada:

Aun no se había acostado, **cuando** vinieron a llamarlo.

No bien llegó el ministro, **cuando** empezó la fiesta.

En el último ejemplo, es más común omitir el relativo *cuando*:

No bien llegó el ministro, empezó la fiesta.

Como. Este vocablo, aunque de ordinario indica modo, y otras veces causa, fin y condición, también puede indicar tiempo. Se construye con *así* y otros antecedentes, o bien, sin antecedente, y significa sucesión inmediata de tiempo entre la subordinada y la principal:

Así como entró en la venta, conoció a don Quijote.

Como vieron que los habían sorprendido, huyeron (en el sentido de *cuando*).

Más común que la forma *así como* es hoy la locución *así que*, según veremos más adelante.

Cuanto. Como adverbio de cantidad, en ciertas oraciones expresa duración en el tiempo. Lleva como antecedente el correlativo *tanto* o bien se construye sin antecedente expreso, lo que resulta más elegante:

Caminamos *tanto* tiempo **cuanto** estaba dispuesto por las instrucciones.

Duró la batalla **cuanto** duraron las municiones.

y aun más concisamente, callando el verbo de la subordinada:

Duró la batalla, **cuanto** las municiones.

Con la preposición *en* denota a veces simultaneidad de los hechos expuestos en las dos oraciones, y otras sucesión inmediata:

EJEMPLO DE SIMULTANEIDAD, EQUIVALIENDO A *mientras*:

En **cuanto** anduvo por su patria, nadie apreció su valor.

EJEMPLO DE SUCESIÓN INMEDIATA, EQUIVALIENDO A *al punto que*, *en seguida que*, etc.

En **cuanto** venga, avísame.

Que, también hace oficio de relativo temporal, y puede indicar con relación al antecedente, formando con él locu-

ciones compuestas, *simultaneidad*, *anterioridad*, *posterioridad*, *sucesión inmediata*, *duración desde* y *duración hasta*.

Indicando *simultaneidad*, se lo encuentra en locuciones tales como *mientras que*, *en tanto que*, *entre tanto que*, *a tiempo que*, *ahora que*, *al punto que*, *a la sazón que*, etc:

En tanto que esperamos el almuerzo, paseemos un rato.
Ahora que somos amigos, no debemos separarnos.

Mientras que, es una construcción poco usada; lo ordinario es construir la cláusula solamente con *mientras*, v. gr.:

Mientras estudio, él repasa.

En las locuciones *antes que*, *antes de que* y *primero que*, denota la anterioridad del hecho expresado en la principal:

Vamos a ponernos de acuerdo antes que él venga.

En la locución *después que* o *desde que*, indica posterioridad del hecho expresado en la principal:

Después que nos dejaste | nunca paca — en hartura el ganado ya. (GARCILASO).

En las locuciones *así que* y *luego que*, denota sucesión inmediata de tiempo:

Así que se enteró del suceso, saltó a caballo.
Luego que entre, retírense todos.

También aparece en las locuciones *desde que*, *hasta que* y *siempre que*, con la clara significación que surge de los ejemplos siguientes:

Desde que probé este chocolate, lo prefiero a todos.
No saldrás hasta que yo regrese.
Siempre que venía a casa, me traía caramelos.

Las oraciones temporales encabezadas por *que* y *cuando*,

si el antecedente es un nombre, tienen carácter especificativo o explicativo.

EJEMPLOS DE ORACIONES TEMPORALES DE CARÁCTER ESPECIFICATIVO:

El día que tú naciste, grandes señales había (ROMANCE DE AMENÁBAR).

Llegamos a Europa *el año en que estalló la guerra*.

EJEMPLOS DE ORACIONES TEMPORALES DE CARÁCTER EXPLICATIVO:

Volveremos *en otro momento*, cuando estés más sereno.

El carácter de ese muchacho se descubrió *un día*, cuando lo sometieron a una dura prueba.

Ejercicio

Subráyense en las cláusulas siguientes las oraciones temporales, señálense los términos correlativos de tiempo, o bien dígase si falta uno de ellos, e indíquese cuál relación temporal hay entre la subordinante y la subordinada (anterioridad, simultaneidad, posterioridad):

Quando salgamos de aquí, entonces te contaré todo. Quando llega el cartero, Elsa sale siempre a recibirlo. Apenas había dejado de existir, cuando se supo la noticia en la ciudad. Antes que amanezca, nos pondremos en camino. Mientras hacen sus deberes, se tiran pelotillas de papel. Después que hayas descansado, hablaremos. Tan pronto como llegó la noche, nos retiramos a nuestras habitaciones. En cuanto acabe el deber, saldré a jugar. Llegamos a tiempo que anoecía. No se vayan hasta que yo les avise. Desde que te fuiste, mamá no tiene descanso. El viaje duró tanto cuanto duró el dinero. Las burlas duraron cuanto mi larga paciencia. Cuando se come en familia, la comida parece más gustosa. Aun no nos habíamos acostado, cuando nos ordenaron emprender de nuevo la marcha. Partiremos no bien llegue la primavera. Así como entré, reconocí a mi viejo amigo. En tanto que peleaba, lanzaba atroces pullas contra el adversario. Al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí... cuanto tenía adentro (QUÍJOTE). Antes que él llegue, quiero hacerte una advertencia. Estudien hasta que yo vuelva. Las frutas deben recogerse cuando están maduras.

EJEMPLO. — Cuando salgamos de aquí, entonces te contaré todo. Términos correlativos: entonces... cuando. Hay simultaneidad.

Adviértase que el orden de las dos oraciones, subordinante y subordinada, es casi siempre indiferente.

Leer y recitar:

CAMINO A LOS PAREDONES

En la greda reseca ni una sola gramilla.
A un lado el alto nudo de las sierras; y enfrente
otro muro de piedra, oxidado y caliente.
Y el cielo casi verde. Y la tierra amarilla.

El espino. Palmeras negras, chicas, quemadas,
sobre el plano arenoso. No hay aves. Un profundo
silencio. En las laderas, grandes piedras echadas
y algo del primitivo cataclismo del mundo.

En el largo crepúsculo de las tardes serranas
aquellos bultos pétreos toman formas humanas
y animales: un indio, una lanza, algún potro.

Y los nervios tirantes, los ojos y el oído,
miedosamente esperan ver, de un momento a otro,
levantarse las piedras, volar el alarido.

ALFONSINA STORNI.

Poetisa argentina contemporánea, nacida en 1892, fallecida en 1938.

Oraciones subordinadas modales

Lección 11.ª

Las oraciones modales corresponden a los adverbios de modo, y son también correlativas. El término que generalmente las une a la principal es el relativo *como*, que lleva como antecedente un adverbio de modo o ciertos sustantivos, de los cuales *modo* y *manera* son los más usuales.

EJEMPLOS:

Murió *serenamente*, **como** vivió.

Quisiera verte siempre *así* **como** te veo ahora.

Ella cocina *al modo* **como** se estila en Salta.

Los niños pensaron *la manera* **como** podían escalar el muro.

De ordinario se calla el antecedente, cuando éste es el adverbio *así* o un nombre, por ej.:

Quisiera verte siempre **como** te veo ahora.

Ella cocina **como** se estila en Salta.

Los niños pensaron **como** podían escalar el muro.

EJEMPLOS DE SUBORDINADAS MODALES CON OTROS TÉRMINOS DE ENLACE:

Te harás hombre *según que* vayas conociendo mundo.

El hombre muere *según* vive.

Según sea tu aplicación, *así* serán tus notas.

Saldrás el domingo *según y como* te portes en la semana.

Oraciones subordinadas comparativas

Lección 12.^a

Las oraciones comparativas pueden ser de *modo, cualidad o cantidad*, y son correlativas.

Las *comparativas de modo* se parecen mucho a las *modales*, con las que es fácil confundirlas. Proponemos estos dos ejemplos:

Se portó *groseramente*, **como** se porta un palurdo. (*Modal*).

Se portó **como** se porta un palurdo. (*Comparativa*).

En el primer ejemplo, la modal se refiere al adverbio *groseramente* de la principal; en el segundo, comparamos ambas oraciones.

Las comparativas de modo se valen del adverbio *como* o de su equivalente *cual*, con antecedente o sin él.

EJEMPLOS:

Como un niño que ha perdido a su madre, *así* me sentía yo desamparado y solo.

La muchedumbre llenaba la plaza **como** un río cuando se desborda.

Se lanzó sobre él *tal como* una fiera sobre su presa.

No procedas **como** tu primo (se sobrentiende: *procede*).

Se arroja entre los hierros, y se mete, **cual** perro espumajoso (ERCILLA).

Se abalanzó sobre mí *tal cual* un perro rabioso.

Cual es empleado más en poesía, lo mismo con valor de adverbio que de adjetivo, en este último caso, en singular y en plural.

Las *comparativas de cualidad* y las *de cantidad* pueden establecer dos relaciones entre los conceptos comparados: de igualdad y de desigualdad.

Los términos de la comparación pueden ser de distinta naturaleza, tal como se verá por los pocos ejemplos siguientes:

Esta película es más instructiva que amena.

(Se compara *la película* con ella misma en cuanto a sus cualidades).

Esta película es tan aburrida como un día de lluvia.

(Se comparan dos cosas: *la película* y *el día de lluvia*, con relación a una cualidad que les es común).

He visto tantas películas como días tiene el año.

(Se comparan en cantidad dos cosas: *películas* y *días*).

Los términos de correlación más frecuentes en las comparativas de igualdad son éstos:

tal	cual
tal	como
tanto	cuanto
tanto	como
tan	cuan
tan	cuanto
así	cual

Tal, cual, tanto y cuanto, hacen a veces el oficio de adverbios y otras de adjetivos. En este último caso son variables.

EJEMPLOS DE COMPARATIVAS DE IGUALDAD CUALITATIVA O CUANTITATIVA:

El hijo era *tal cual* era el padre.

Tanto vales *cuanto* tienes.

Tanta era su miseria *cuanta* (era) su paciencia.

Tenía *tantas* deudas *como* pelos (tenía) en la cabeza.

Luis es *tan* bueno *como* (es) desinteresado.

Cual el cuervo, *tales* sus huevos.

El antecedente puede faltar, v. gr.:

Te daré *cuantas* facilidades necesites

o sea:

tantas facilidades *cuantas* necesites.

Nótese el frecuente carácter elíptico de estas oraciones comparativas, en las cuales se sobrentienden los elementos o términos de la principal comunes a ambas oraciones y que nosotros hemos puesto entre paréntesis.

EJEMPLOS DE COMPARATIVAS DE DESIGUALDAD CUANTITATIVA O CUALITATIVA:

El pan negro es *más* aconsejado *que* el blanco (se sobrentiende: *es aconsejado*).

Este mueble ofrece *más* molestias *que* ventajas (se sobrentiende: *ofrece*).

Este joven es *menos* alto *que* aquél (se sobrentiende: *es*).

El Uruguay tiene *menos* longitud *que* el Paraná (se sobrentiende: *tiene*).

NOTA.— El alumno ya ha estudiado que los adjetivos *bueno, malo, grande y pequeño* tienen las formas comparativas *mejor, peor, mayor y menor*. Se dice: *Este traje es mejor que aquél*, envolviendo en el vocablo *mejor* el concepto de *más bueno*.

Cuando *mejor* y *peor* modifican a un verbo equivalen como adverbios a *más bien* y *más mal*, por ej.: *Vive mejor que antes; escribe peor que habla*.

Oraciones subordinadas consecutivas

Lección 13.^a

La Academia distingue las consecutivas subordinadas, de las coordinadas, ya estudiadas en este libro en la lección 5.^a. Las subordinadas expresan la consecuencia de una acción, circunstancia o cualidad indicada en la oración principal, a la que se enlazan íntimamente mediante el relativo *que*, referido a un antecedente. Los principales términos de correlación son los siguientes:

tanto	} que
tan	
tal	
así	
de modo o de tal modo	
de manera o de tal manera	
en grado	

EJEMPLOS:

... Y miran *tan* confusos lo presente, *que* voces de dolor el alma siente. (RODRIGO CARO).

Tal fijó en mí los ojos, *que* no pude resistirle la mirada.

Estaba *así* impaciente y enojado, *que* mirarle a la cara no podía. (ERCILLA).

Ejercicio de recapitulación

Subrayar las oraciones subordinadas e indicar su naturaleza:

Mi casa es el sitio donde me encuentro más a gusto. El poeta Esteban De Luca murió en un naufragio, cuando volvía del Brasil. Trabaja tanto cuanto puede. Serás considerado según te portes. La mujer es más resistente al dolor físico que el hombre. Te reconocí así como entraste. Aun no habían dado las doce, cuando llegamos al pueblo. En esta estancia hay tantas vacas como ovejas. ¿Qué es nuestra vida más que un breve día? Como los ríos, que en veloz

corrida se llevan a la mar, tal soy llevado — al último suspiro de mi vida (EPÍSTOLA MORAL). Porque tanto no te amé — cuanto ahora te aborrezco (GIL POLO). Tan lejos estaba de su casa, cuan cerca de la mía. Como lo siento, así lo digo. Al punto en que con más furia llovía, llamaron a la puerta. Esto decía yo, cuando, riendo — celestial ninfa apareció (ARGENSOLA). Como canta el abad, así responde el sacristán. Donde las dan, las toman. Más vale buena fama, que dorada cama. Allá va la lengua, do duele la muela. Había tal neblina que no se veía a dos pasos. No abrió la boca hasta que llegó su abogado. Después que dejaste el colegio, todos te extrañan. Como se vive, se muere. Cuando el villano está en el mundo, no conoce a Dios ni al mundo.

DE CÓMO CONOCÍ AL GENERAL MITRE *

En ese tiempo era yo todavía estudiante de derecho. Sin embargo, ya bullía en mi mente la concepción de una obra cuyo comienzo debía convertirse más tarde en epílogo.

La ciudad de los Reyes, a principio del siglo décimoséptimo; Santa Rosa de Lima. Conocía los títulos de algunos libros que trataban de estos asuntos; pero, ¿dónde hallar esos libros? Comprendí que era forzoso recurrir a la biblioteca americana del general Mitre. Buena ocasión, además, para conocer al hombre ilustre. Pretecto, dirá alguno. Recuerdo, en efecto, que algo de eso hubo también. ¿Por qué no confesarlo? Curiosidad y vanidad, a pesar de su mala fama, suelen ser, como ciertas personas de la misma calaña, excelentes inspiradoras.

He creído, desde temprano, en la magia psíquica. Los grandes hombres son los demiurgos; ellos hacen la historia. La de toda nación puede reducirse a un escaso número de biografías. Conviene acercarse a los grandes hombres. Por lo pronto su conversación y hasta su silencio, y, en muchos casos, su sonrisa enseñan lo que no se aprende en los más admirables escritos. Diríase que la idea, a semejanza de ciertas aguas, pierde parte de su virtud ignota al alejarse de la fuente. Los libros, en cierto modo, son botellas de espíritu.

* Esta anécdota fué publicada en *La Nación*, el 8 de julio de 1927, el día de la inauguración de la estatua del general en los jardines de la Recoleta.

Cuando entré en la famosa librería, hallábase el general Mitre revisando tarjetas en el cajón de un escritorio.

Debí expresarme con bastante vaguedad y con un poco de frío en la voz, que correspondería al que empezaba a sentir en las piernas, porque, de pronto el general redobló su cortesía, compadecido, seguramente, de mi "trac", como llaman a eso en Francia. Aquí lo llamamos de otro modo.

Prodújose entonces un hecho que me llenó de profunda emoción, pero cuyo sentido interior sólo he comprendido, de súbito, en estos últimos días, y — cosa extraña — al contemplar la estatua del prócer y mientras un obrero, sentado en el brazo, como en la rama de un árbol, ataba allí un extremo del velo simbólico.

Así que el general me hubo ofrecido un asiento, junto a un pequeño bufete, púsose a buscar en los estantes dos libros que yo acababa de mencionar y algún otro que él creyó oportuno recomendarme. Un rato después lo colocaba sobre la mesa, ante mí. Yo quise ponerme de pie, pero él me contuvo con ademán amablemente imperioso.

—¿Usted querrá pluma y papel?— me preguntó en seguida.
Trájome unas hojas.

Por fin ofreciome la pluma con que había estado escribiendo un rato antes.

Y volviése a su escritorio y a sus tarjetas, acabando por engolfarse en la lectura de un viejo libro con cubierta de pergamino.

No fué, por cierto, muy fecunda, esa primera vez, mi investigación literaria. El estudioso rumor casi imperceptible de las páginas removidas allí cerca ocupaba mucho más mi atención que los datos de dudosa utilidad que iba yo descubriendo como de reojo y copiando maquinalmente para justificar mi consulta; pero, en cambio, preguntome ahora ¿qué importaba mi trabajo de entonces comparado con el ejemplo inolvidable de aquella gloriosa frente de soldado inclinada sobre los libros? Nunca me pareció más grande el insigne argentino cuya alma inmensa se identifica siempre en mi pensamiento con nuestra cordillera, con nuestro río, con nuestra llanura.

Muy lejos estaba yo de imaginar lo que representaba allí mi presencia. Teníame a mí mismo, con toda justicia, por un muchacho cualquiera y era precisamente esa condición la que hacía posible mi papel. Para el general Mitre — ahora lo comprendo — yo era en ese instante la juventud de su patria, el estudiante de su patria, en

cuyos ojos brillaba sin duda la lucecilla de la ambiciosa fiebre. Por eso me trajo los libros y me ofreció el papel y la pluma. Servidor de esperanzas, hubiera hecho igual cosa con otro, y aun más tal vez si se hubiera tratado de un estudiante harapiento, porque es sabido que su corazón, como el de todo hombre verdaderamente superior, iba primero hacia las gentes humildes.

Esta anécdota, que desprende, a mi ver, luz espiritual de lámpara modesta y revela hasta dónde llegaba en ocasiones la sencillez de aquel grande hombre — personificación de la gloria —, se ha encendido en mi conciencia hace pocos días, como ya lo dije, y me ha hecho comprender ella misma su sentido con esa misteriosa voluntad que conservan algunos recuerdos.

ENRIQUE LARRETA.

Ilustre novelista argentino contemporáneo, nacido en Buenos Aires en 1875, autor de *La gloria de don Ramiro*.

1942
1875

67

CAPÍTULO CUARTO

SUBORDINACIÓN DE LAS ORACIONES (CONTINUACIÓN)

Oraciones condicionales

Lección 14.^a

El período condicional consta de dos oraciones, una principal y otra subordinada, relacionadas mediante la conjunción *si*, por ej.:

Si estudio, | aprobaré el curso.

La condición o hipótesis se expresa en la subordinada, llamada *prótasis*. La consecuencia o efecto, en la principal, llamada *apódosis*. El orden es casi siempre indiferente, si bien las *prótasis* precede más veces a la *apódosis*.

Las dos oraciones son correlativas. A la interrogativa dubitativa: *¿aprobaré el curso?*, responde la subordinada: *si estudio*.

En el período condicional pueden concebirse tres modos de relación entre las oraciones: *necesaria*, *imposible* y *contingente*.

1.º En el primer modo, de *relación necesaria*, enunciada la condición en la *prótasis*, la consecuencia se afirma como cierta, por ej.:

Si llueve, se salvará el maíz.

La *prótasis* simplemente sienta una premisa y deduce una consecuencia.

2.º En el segundo modo, de *relación imposible*, la pró-tasis enuncia un hecho que estimamos no realizado o irrealizable, y por tanto la consecuencia no es posible, por ej.:

Si te portaras bien, tendrías mejores notas.

El sentido de esta oración supone el de esta otra:

Pero como no te portas bien, no tendrás mejores notas.

Es decir que, como la prótasis envuelve una negación, implícitamente afirmamos que no es posible la consecuencia. Bello llama por eso estas oraciones, de *negación implícita*.

3.º En el tercer modo, de *relación contingente*, la prótasis expone un hecho dudoso, cuya realización no afirmamos como cierta, y por tanto la consecuencia es conjetural, o, como se dice, contingente, pues su realización depende de que se verifique o no el antecedente, por ej.:

Si tuvieres dineros, habrás (tendrás) consolación.

(ARCIPRESTE DE HITA).

Se emplean también como conjunciones condicionales los vocablos *como* y *cuando* con subjuntivo en la prótasis. Se los reconocerá con valor de tales por el sentido de la oración y por ser siempre posible la sustitución de la prótasis por otra encabezada por *si*.

EJEMPLOS:

Como llegues tarde, te quedarás en casa.

Cuando yo lo olvidara, no lo olvidará mi padre.

Conviértanse las condiciones precedentes en otras encabezadas por *si*, poniendo el verbo en un tiempo del modo indicativo.

El mismo valor condicional tienen ciertas locuciones como *siempre que*, *dado que*, *supuesto que*, *con tal que*, *con sólo que*, *con que* y otras más.

EJEMPLOS:

Te prestaré el libro, *siempre que* me lo devuelvas. X
Dado que no haya cambiado de conducta, no merece nuestra confianza.

Iré, *con tal que* ustedes pasen a buscarme.

Le devolvían el empleo, *con sólo que* prometiese no reincidir.

Con que vayas una vez, has cumplido.

Conviértanse las condicionales precedentes en otras encabezadas por *si*, variando el tiempo verbal.

También se puede expresar la condición mediante las preposiciones *a* y *de* seguidas de un infinitivo, y a veces *con*, por ej.:

A no *hallarse* allí junto el barbero... ella *diera* consigo en el suelo. (QUIJOTE).

De escribir, hazlo pronto.

Con haberse dejado ver un instante, la rebelión se habría aplacado.

Conviértanse en subordinadas encabezadas por la conjunción *si*.

Correspondencia de los tiempos verbales entre la subordinante y la subordinada

Lección 15.^a

Ponemos a continuación los casos más comunes:

1) En el primer caso, de relación necesaria, en la prótasis se usa siempre el modo indicativo (presente, pretérito perfecto, pretérito indefinido o pretérito imperfecto), y en la apódosis el tiempo que convenga al sentido, el cual admite gran variedad de voces.

EJEMPLOS:

Si *voy* a la fiesta (presente), te *llevo*.

Si *he faltado* a mi deber (pret. perfecto), me *castigarás*.

Si ella *llamaba* en su auxilio (pret. imperfecto), la *matan*.

Si *llegué* tarde (pret. indefinido), lo *sabrías*.

Cámbiense los tiempos de verbo de la apódosis, cuantas veces lo consienta el sentido.

2) En el segundo modo, de relación imposible, se presentan dos casos:

a) Si la condición se refiere al presente (que comprende el futuro), se emplea en la prótasis el pretérito imperfecto de subjuntivo (formas en *ra* o *se*), y en la apódosis, el potencial simple o las formas en *ra* del imperfecto, por ej.:

Si *tuviera* (o *tuviese*) dinero, *compraría* (o *comprara*) la casa.

b) Si la condición se refiere al pasado, en la prótasis se emplea el pluscuamperfecto de subjuntivo y en la apódosis el potencial compuesto, o las formas en *ra* del pluscuamperfecto, cuando la consecuencia también sea pasada, y el potencial simple cuando los efectos perduran, por ej.:

Si *hubiera tenido* (o *hubiese tenido*) dinero, *habría comprado* (o *hubiera comprado*) la casa.

Si *hubiera estudiado* (o *hubiese estudiado*), *me hallaría* en mejor condición.

En general, la forma en *se* del subjuntivo (v. gr.: *comprase*), no debe usarse en la apódosis condicional. No se ponen aquí las excepciones posibles.

Algunas veces se usa el pretérito imperfecto de indicativo:

Si *hubiera tenido* dinero, *compraba* la casa.

CORRECCIÓN DE UN VULGARISMO.— Es un grosero vulgarismo, muy difundido en ciertas regiones de nuestro país, usar el potencial en la prótasis. Construcciones tales como *si tendría dinero*, o *si habría estudiado*, deben ser rigurosamente evitadas, pues dan patente de ignorancia y vulgaridad a quien las emplea.

3) En el tercer modo, de relación contingente, manda la gramática tradicional que en la prótasis se emplee el futuro de subjuntivo, y en la apódosis el modo indicativo — presente o futuro —, una oración exhortativa o el potencial simple.

EJEMPLOS:

Si alguien *viniere*, me llamas (o me llamarás).

Si el jueves él no *hubiere venido*, nos iremos solos (o nos vamos, o *vauámonos*, o nos *iríamos*, según el sentido).

Si así no lo *hicieréis*, Dios y la Patria os lo demanden.

También podría decirse, en cambio de la exhortativa, que es la fórmula usual del juramento, *os lo demandarán* u *os lo demandarían*.

El futuro de subjuntivo o futuro hipotético es casi exclusivamente propio del castellano. No existe ni en latín ni en las demás lenguas romances, con excepción del portugués. También en castellano tiende a desaparecer, siendo hoy una forma casi anticuada, y más en la Argentina, donde ha desaparecido aún del lenguaje literario, y sólo se conserva en ciertas fórmulas del lenguaje legal o forense, por ejemplo, en expresiones como las siguientes:

El que *atentare* contra las autoridades constituídas, será reprimido, etc.

El que *hubiere falsificado*, etc.

Según las relaciones de tiempo que quieran indicarse, se sustituye el futuro de subjuntivo por otras formas verbales, reduciéndose a dos, por consiguiente, en la práctica del habla viva, los modos de expresión del período condicional.

EJEMPLOS:

Si te *portares* bien, serás recompensado (puede decirse: *si te portas*).

Si *hubiere venido* ya, hacedlo esperar (puede decirse: *si ha venido*).

La Academia considera reprehensible incorrección en estos casos contingentes, la sustitución del futuro por la segunda forma del pretérito imperfecto en *se*; sin embargo pueden señalarse de ella ejemplos antiguos y modernos.

Ejercicio

Analizar los períodos condicionales siguientes, distinguir en ellos la prótasis y la apódosis, indicar el modo de relación y la correspondencia de los tiempos verbales:

Si vinieras a casa, conocerías a mis padres. Si hubiésemos salido temprano, la excursión habría sido más agradable. Como tuviese mejor carácter, sería más querida. Yo te perdono, con que te enmiendes. Saldrás el domingo, con tal que sepas la lección. Si hubiese estudiado, sabría mucho más. Si no entiendes, aplícate más. Si quieres jugar, vete al patio. Como estudie así, llegará lejos. La muerte le diera con mis manos, si pudiera (CALDERÓN). Nosotros firmaremos, con tal que tú te responsabilices. Seríamos más indulgentes con los defectos ajenos, si miráramos los nuestros. Si amares, serás amado. Los jueces te absolverán, siempre que pruebes tu inocencia. Como haya muchas truchuelas, podrán servir de una trucha (QUIJOTE). En caso de que vayas a Buenos Aires, te encargaré algunas compras. Si cantan “Aída”, iré a escucharla. Esta mujer pareciera mucho mejor si callara (CAÑIZARES). A ser yo más fuerte, le haría frente a ese grandullón. De haberlo sabido, yo no le habría dicho eso. Si yo tuviera dinero, lo devolvía en obras de beneficencia. (Nótese el caso poco común de un pretérito imperfecto en la apódosis). Si el sabio no aprueba, malo; si el necio aplaude, peor (IRIARTE). (Restitúyanse los verbos callados en las dos apódosis).

A semejanza de los ejemplos dados, fórmense otros períodos con las diferentes conjunciones y locuciones condicionales.

SI

Si puedes conservar tu cabeza, cuando a tu alrededor todos la pierden y te cubren de reproches;
 Si puedes tener fe en ti mismo, cuando duden de ti los demás hombres, y ser indulgente para su duda;
 Si puedes esperar y no sentirte cansado por la espera;
 Si puedes, siendo blanco de falsedades, no caer en la mentira y si eres odiado, no devolver el odio;
 sin que te creas, por eso, ni demasiado bueno,
 ni demasiado cuerdo!

Si puedes soñar, sin que los sueños, imperiosamente, te dominen;

Si puedes pensar, sin que los pensamientos sean

tu objetivo único;
 Si puedes encararte con el Triunfo y el Desastre,
 y tratar de la misma manera a esos dos impostores;
 Si puedes aguantar que a la verdad por ti expuesta
 la veas retorcida por los pícaros,
 para convertirla en lazo de los tontos;
 o contemplar que las cosas a que diste tu vida
 se han deshecho,
 y agacharte, y construirlas de nuevo,
 aunque sea con gastados instrumentos!

Si eres capaz de juntar, en un solo haz,
 todos tus triunfos y ganancias,
 y arriesgarlos, a cara o cruz, en una sola vuelta;
 y si perdieras, empezar otra vez, como cuando empezaste,
 y nunca más exhalar una palabra sobre la pérdida sufrida!
 Si puedes obligar a tu corazón, a tus fibras y a tus nervios,
 a que te obedezcan aún después de haber desfallecido,
 y que así se mantengan, hasta que en ti no haya otra cosa
 que la Voluntad gritando: "¡Persistid, es la orden!"

Si puedes hablar con multitudes y conservar tu virtud,
 o alternar con Reyes y no perder tus comunes rasgos;
 Si nadie, ni enemigos ni amantes amigos,
 puede causarte daño;
 Si todos los hombres pueden contar contigo,
 pero ninguno demasiado;
 Si eres capaz de llenar el inexorable minuto,
 con el valor de los sesenta segundos de la distancia final;
 Tuya será la tierra, y cuanto ella contenga,
 y —lo que vale más— serás un Hombre, hijo mío!

RUDYARD KIPLING.

(Traducción de Antonio de Tomaso).

Rudyard Kipling fué un famoso escritor inglés, nacido en la India. Falleció en 1936. Entre sus obras narrativas, *El Libro de las Tierras Vírgenes*, tan interesante para los jóvenes, es conocido en todos los idiomas. También goza de fama universal la poesía cuya traducción publicamos, titulada en inglés *If*, en castellano, *Si*, condicional. Admirable lección de serenidad, conformidad y fortaleza, conocemos de ella dos traducciones argentinas, una, en colaboración, de Joaquín V. González, y la que publicamos, debida a Antonio de Tomaso, escritor, orador parlamentario, tribuno y estadista de relevantes dotes, fallecido tempranamente en 1933 a los cuarenta y tres años de edad.

Oraciones concesivas

Lección 16.^a

Las oraciones concesivas expresan una contrariedad real o posible a la realización de lo dicho en la principal, sin que esta contrariedad, no obstante, invalide o impida lo afirmado en aquélla.

Sea el ejemplo:

Aunque estoy cansado, | iré a la fiesta.

¿Qué expresa esta cláusula? Algo se opone a que se realice lo dicho en la principal: *iré a la fiesta*. ¿Qué se opone? El estar cansado: *aunque estoy cansado*. Sin embargo, a pesar de esta contrariedad, se cumplirá lo afirmado en la principal.

Se llaman *concesivas* precisamente, porque, aun *concediendo* la objeción o dificultad que exponen, la principal no es invalidada.

Corresponden, entre las subordinadas, a las adversativas entre las coordinadas.

Convertida la oración anterior en coordinada adversativa, diríamos:

Estoy cansado, *pero* iré a la fiesta.

Las locuciones concesivas más empleadas modernamente son *aunque, así, si bien, siquiera, por más que, cuando, aun cuando, bien que, mal que* y algunas más, y también la locución *por ... que* y un adjetivo o un adverbio intercalado.

La Academia dice que cuando la objeción se proponga como real, las concesivas llevan el verbo en indicativo, y cuando se proponga como posible, lo llevan en subjuntivo.

EJEMPLOS:

Aunque es mal año, sembraremos. (Contrariedad real).

Así lo ahorquen, no declarará. (Contrariedad posible).

Si bien fué herido, siguió combatiendo. (Contrariedad real).

Atiéndeme, *siquiera sea* un instante. (Concesión posible).

Por más que dijo, no nos convenció. (Contrariedad real).

Cuando hablara hasta mañana, no nos persuadiría. (Concesión posible).

Aun cuando llueva, iremos. (Contrariedad posible).

Bien que el viaje fué largo, nos resultó agradable. (La contrariedad es real).

Mal que le pese, hará lo que digo. (Contrariedad posible).

Por mucho que habla, nadie lo escucha. (Contrariedad real).

Por malo que sea, lo amansaremos. (Objeción posible).

Por listos que fuesen, habían de arruinarse. (Objeción posible, conjetural).

También tiene valor concesivo la preposición *con* seguida de infinitivo (*Con ser* duquesa me llama amiga. QUIJOTE), y locuciones como *sea lo que fuere, suceda lo que suceda, que quieras o que no quieras* y otras semejantes.

Ejercicio


Analizar las oraciones concesivas siguientes e indicar el modo verbal y si la contrariedad es real o posible.

Aunque es hermosa, es antipática. Aunque sea su hijo, no hace diferencias entre él y nosotros. Por más que corría, no conseguía alcanzarlo. Cuando quisiera olvidarte, no podría. Por malo que sea el espectáculo, nos divertiremos más que quedándonos en casa. Así llueva a cántaros, no faltaremos. Aun cuando me cueste la vida, cumpliré mi deber. Si bien estaba enfermo, no quiso faltar. Bien pudiste venir, aunque lloviese. Por temprano que vengas, ya estaré levantado. Mal que le cueste, debe hacer este sacrificio. Siquiera sea por un instante, muéstrate al público. Con ser extranjero, no habla mal el castellano. Que llores o que no llores, irás. No quería ir aunque se lo rogáramos. Aunque tarde, reconoció su culpa. (Nótese la elipsis del verbo en la prótasis, y restitúyase).

A semejanza de las oraciones precedentes, formar otras con las diferentes locuciones conjuntivas.

Analícese las oraciones subordinadas de este soneto:

SONETO



Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho,
si te labra prisión mi fantasía.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Célebre poetisa mejicana del siglo XVII, una de las más grandes figuras literarias de América. Nació en 1651 de madre mejicana y padre vascongado. Su nombre era Juana Inés de Asbaje. Fué dotada de singular belleza y talento; la devoró el ansia de saber; después de haber amado intensamente, participando en la vida mundana del Virreinato, en 1669 profesó en el monasterio de San Jerónimo bajo el nombre que ella hizo famoso. Consagró sus últimos años al ascetismo y a la caridad, y falleció de la peste, en 1695, asistiendo a sus hermanas en religión.

CAPÍTULO QUINTO

SINTAXIS DEL SUSTANTIVO Y DEL ADJETIVO

Sintaxis del sustantivo

Lección 17.^a

El sustantivo puede ejercer en la oración las siguientes funciones:

- 1) de sujeto;
- 2) de predicado nominal;
- 3) de complemento de un verbo: directo, indirecto o circunstancial;
- 4) de complemento de otro nombre: determinativo o explicativo (*aposición*);
- 5) de apóstrofe y exclamación (*vocativo*).

EL SUSTANTIVO SUJETO. — Cuando hace oficio de sujeto el sustantivo puede ocupar cualquier lugar en la oración, antes del verbo, que es el orden regular, o después; ya precediéndolo, ya siguiéndolo inmediatamente, o bien separado de él por algún complemento del mismo verbo.

EJEMPLOS:

La tarde era serena.

En medio del bosque se levantaba una choza.

Todavía florece en el huerto el rosal.

San Martín, en su retiro de Grand Bourg, cerca de París, vivía una vida apacible y modesta.

Por supuesto, entre el sustantivo sujeto y el verbo se introducen los complementos o las oraciones complementarias de ese mismo sustantivo, que forman con éste el sujeto lógico.

EJEMPLOS:

Las obras de Homero *son* inmortales.

El deporte que más me agrada *es* la natación.

EL SUSTANTIVO, PREDICADO NOMINAL. — Como predicado nominal el sustantivo sigue al verbo, que es lo común, o le precede, inmediatamente o con otras palabras intermedias, por ej.:

Nosotros *somos* alumnos de tercer año. Alumnos de tercer año *somos* nosotros.

EL SUSTANTIVO, COMPLEMENTO DEL VERBO. — El orden de los complementos del verbo, tratándose de sustantivos, en sintaxis regular es éste: primero el complemento directo, luego el indirecto y por último los circunstanciales.

EJEMPLO:

S.
V.
C. D.
C. I.
C. C. L.

La comisión repartió juguetes a los niños en el estadio.

Pero la índole de nuestra lengua permite alterar este orden, como se ha visto en los análisis hechos hasta ahora.

Véanse algunas inversiones posibles de la oración dada:

V.
S.
C. D.
C. I.
C. C.

Repartió la comisión juguetes a los niños en el estadio.

C. D.
C. I.
V.
S.
C. C.

Juguetes a los niños repartió la comisión en el estadio.

C. C.
V.
S.
C. D.
C. I.

En el estadio repartió la comisión juguetes a los niños.

S.	V.	C. I.	C. D.	C. C.
La comisión	repartió	a los niños	juguetes	en el estadio.
C. C.	S.	V.	C. D.	C. I.
En el estadio	la comisión	repartió	juguetes	a los niños.
C. I.	C. C.	S.	C. I.	C. D.
A los niños	en el estadio	la comisión	<i>les</i> repartió	juguetes.
V.	C. I.	C. D.	C. C.	S.
Repartió	a los niños	juguetes	en el estadio	la comisión.

La inversión del orden regular es llamada *hipérbaton*.

Cuando los complementos son varios, lo general es anteponer unos y posponer otros al verbo.

EJEMPLOS:

En el ojo de coral
del higo fresco y tardío
titila por las mañanas
una gota de rocío.

(SALVADOR RUEDA, *español*).

Al golpe del oro solar,
estella en astillas el vidrio del mar.

(JOSÉ JUAN TABLADA, *mejicano*).

Análcese los complementos.

MODOS ADVERBIALES CON LAS PREPOSICIONES *a* y *de*. — Muchos de los sustantivos que hacen oficio de complementos circunstanciales, precedidos de alguna preposición, no son otra cosa que *modos adverbiales*, o sea locuciones equivalentes a adverbios. Largas listas de ellos se han visto en los libros anteriores de este Curso. Ponemos aquí una tercera lista en la cual figuran solamente sustantivos precedidos de las preposiciones *a* y *de*, que son las más usuales. Los damos precedidos de un verbo:

tirar <i>a bullo</i>	correr <i>a paso de carga</i>
andar <i>al trote</i>	proceder <i>al revés</i>
ir <i>a caballo</i>	describir <i>a vista de pájaro</i>
volver <i>a pie</i>	hacer algo <i>de propósito</i>
elegir <i>a dedo</i>	deshacer algo <i>de intento</i>
comprar <i>a ojo</i>	terminar <i>de golpe</i>
vestir <i>a la moda</i>	desafiar <i>de frente</i>
tomarse <i>a golpes</i>	caminar <i>de prisa</i>
estar algo <i>a la mano</i>	morirse <i>de risa</i>
irse <i>a las manos</i>	odiar <i>de muerte</i>
quedamos <i>a mano</i>	detenerse <i>de paso</i>
llover <i>a cántaros</i>	conocer <i>de vista</i>
reír <i>a carcajadas</i>	encontrar <i>de casualidad</i>
mandar <i>a paseo</i>	enfermar <i>de rabia</i>
correr <i>al galope</i>	leer un libro <i>de un tirón</i>
pelearse <i>a muerte</i>	ir <i>de paseo</i>
ir <i>al paso</i>	trabajar <i>de balde</i>
andar <i>a paso de buey</i>	fumar <i>de vicio</i>

Con los modos adverbiales citados, fórmense oraciones. El alumno puede indicar otros, buscándolos en un buen diccionario, por ejemplo el de la Academia Española.

EL SUSTANTIVO, COMPLEMENTO DETERMINATIVO. — El complemento determinativo de un nombre se coloca después de éste inmediatamente, o bien con una palabra, locución u oración intermedia.

EJEMPLOS:

Las *naranjas de Concordia* son muy apreciadas.

La historia es *maestra de la vida*.

Casa con dos puertas mala es de guardar.

Rosa sin espinas no la hay.

Bebió hasta las heces *el cáliz de la amargura*.

Este regalo es para *el hijo de mi quintero*.

La noticia, muy exagerada, *del suceso*, corrió por toda la ciudad.

En la falda de la colina se veía *una casa*, al parecer nueva, de tejas rojas.

La vida, que pocos conocen, *de ese hombre*, es ejemplar.

El complemento determinativo también puede preceder al nombre al cual está subordinado, particularmente en el verso:

EJEMPLO:

*Del salón en el ángulo oscuro
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.*

(BÉCQUER).

El orden regular sería:

En el ángulo oscuro del salón.

EL SUSTANTIVO, COMPLEMENTO EXPLICATIVO. — El complemento explicativo se coloca de ordinario después del sustantivo al cual se refiere, aunque a veces suele precederlo o hay entre ambos alguna palabra o locución.

EJEMPLOS:

Ulises, héroe de la Odisea, padeció infinitos trabajos.

Rubén Darío, gran poeta de América, nació en Metapa, ciudad de Nicaragua.

...envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas
virgen sin mancha, *mi oración de niño.*

(NÚÑEZ DE ARCE).

Mi oración de niño, virgen sin mancha, volaba, etc.

EL SUSTANTIVO HACE OFICIO DE VOCATIVO. — Como apóstrofe y exclamación el sustantivo puede colocarse al principio, en medio o al fin de la cláusula.

EJEMPLOS:

Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte... (SARMIENTO).

Para y óyeme, *oh Sol*, yo te saludo... (ESPRONCEDA).

Ven, *hija*, ven, que el templo está derruido. (GUIDO Y SPANO).

...si todo se repite, calla, triste *criatura*. (ALFONSINA STORNI).

Ejercicio

Diga el alumno cuál función ejercen los sustantivos impresos en *bastardilla* en los ejemplos siguientes:

Aquiles, héroe de la *Iliada*, mata a *Héctor* en el *canto* vigésimo-segundo.

Solis entró en el *Mar Dulce*, ancho río de *aguas* oscuras.

Duerme *el criado*, y está velando *el señor*. (CERVANTES).

En un *vaso* un tierno *ramo*
llevo de un *naranjo* en *flor*:
el *perfume* de la *patria*
aun *aspiro* en su *botón!*

(JOSÉ E. CARO).

Flor de *jazmín*:
tu *sueño* arrullan con su blando *son*
los *árboles* floridos del *jardín*.

(ENRIQUE DÍEZ CANEDO).

Ramo de *flores*:
para ti son *amores* los *cantares*;
para ti son *cantares* los *amores*.

(ID.).

Doctor es el *higo* chumbo,
estudia *ciencia* de *espinas*,
y en el ilustre *birrete*
le sale *borla* amarilla.

(SALVADOR RUEDA).

Leer y recitar:

A M I R A

¿Conocéis a la rubia y tierna Amira?
¡Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
hay en su voz la suavidad de un ruego.

El flamenco nadando en la laguna
entre el verde juncal, no es más gallardo:
espira un vago resplandor de luna,
tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
de su candor al virginal destello;
se sueña con las rosas, con la aurora,
con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste,
siguiéndola invisible, la perfuma,
y que su blanca y ondulante veste
por el aire agitada hiciese espuma.

Ayer la vi pasar en lontananza,
e imaginó mi alma entristecida,
era el ángel de la última esperanza
que buscaba el sepulcro de mi vida.

CARLOS GUIDO SPANO.

Ilustre y popular poeta argentino, nacido en Buenos Aires en 1827, fallecido a los 91 años de edad, en 1918. Su primera colección de versos fué *Hojas al viento*, de 1871; la segunda, *Ecos lejanos*. En prosa publicó *Ráfagas*.

Sintaxis del adjetivo

Lección 18.ª

El adjetivo modifica la significación del nombre o del pronombre. Sus funciones son dos: *predicativa* y *atributiva*.

1) Es predicado nominal cuando mediante un verbo se refiere a un sustantivo. Generalmente se une al sujeto mediante los copulativos *ser* y *estar*; pero también hacen ese oficio otros verbos intransitivos.

EJEMPLOS:

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era...

(GABRIEL Y GALÁN).

El niño está enfermo.
El viento soplabla blando y próspero.
Ese hombre parece loco.
El proyecto nació muerto.

2) Puesto junto al nombre, precediéndolo o siguiéndolo, tiene una función atributiva. Nosotros hemos llamado al atributo en los libros anteriores, simplemente *calificativo* (1).

Largas brumas violetas
flotan sobre el río gris,
y allá en las dársenas quietas
sueñan oscuras goletas
con un lejano país.

(LEOPOLDO LUGONES).

COMPLEMENTOS DEL ADJETIVO. — Aunque dependiente del nombre, con el cual concuerda, el adjetivo puede tener a su vez complementos que lo determinan, limitando y enriqueciendo su significación. Éstos siempre se subordinan a él mediante una preposición.

1) El adjetivo rige como complemento determinativo un sustantivo o pronombre:

agrio *al gusto*, áspero *de genio*, contento *de sí*, afable *con los niños*, apto *para un cargo*, experto *en los negocios*, visible *entre todos*, severo *para con los discípulos*, inclinado *hacia la derecha*, etc.

2) El adjetivo rige un verbo en infinitivo:

fácil *de hacer*, dócil *para aprender*, exacto *en cumplir*, solícito *por servir*.

3) El adjetivo rige ciertos adverbios o modos adverbiales de valor sustantivo:

feo *de cerca*, liso *por fuera*, infeliz *desde ayer*.

(1) Muchos gramáticos llaman atributo al predicado nominal. Nosotros nos atenemos a la nomenclatura más generalizada, que es la adoptada por los nuevos programas.

Los complementos del adjetivo se colocan detrás de él en la sintaxis regular; pero también pueden ir delante, por transposición. Puede decirse lo mismo:

Luis es *apto* para el servicio militar.

Para el servicio militar es *apto* Luis.

Luis, para el servicio militar, es *apto*.

La preposición va siempre con el complemento del adjetivo.

La dificultad práctica consiste en saber cuál preposición exigen ciertos adjetivos para establecer su régimen correcto. De esto se trató ya en el Segundo Curso (Lección 51). Muchos adjetivos no ofrecen dudas; pero hay casos en que el empleo acertado de la preposición es una dificultad aun para los buenos escritores. Nada enseñará esto mejor que la lectura de autores recomendables por su corrección. Sin embargo debe tenerse en cuenta que sobre este particular no siempre son una guía segura los clásicos, porque el uso ha variado a través de los siglos y varía continuamente. Ciertas construcciones con preposición que encontramos en aquéllos, hoy resultan anticuadas y parecerían a todas luces incorrectas, y otras, rechazadas antes por los gramáticos, se han generalizado e impuesto. La Gramática de la Academia, y otras a su semejanza, traen lista de palabras que se construyen con preposición. Si bien estas listas no comprenden todos los casos posibles, su lectura es útil y su consulta aconsejable en los casos de duda, así como la del *Diccionario de Construcción y Régimen*, obra monumental que empezó a componer el ilustre filólogo colombiano Rufino José Cuervo y quedó inconclusa en la letra C.

Ponemos a continuación a título de ejemplo un elenco de adjetivos que se construyen con preposición, tomados de la Gramática de la Academia:

Lista de adjetivos que se construyen con preposición

- Aborrecible *a* las gentes.
 Accesible *a* todos.
 Afable *con, para, para con* todos — *en* el trato.
 Afecto *al* ministro — *de* un achaque.
 Afluente *en* palabras.
 Agradable *al, para* el gusto — *con, para, para con* todos — *de* gusto.
 Agrio *al* gusto — *de* gusto.
 Agudo *de* ingenio — *en* sus ocurrencias.
 Amable *a, con, para, para con* todos — *de* genio — *en* el trato.
 Animoso *en, para* emprender.
 Ansioso *del* triunfo — *por* la comida.
 Apetecible *al* gusto — *para* los muchachos.
 Áspero *al, para* el gusto — *con* los inferiores — *de* condición — *en* las palabras.
 Asqueroso *a* la vista — *de* ver — *en* su aspecto.
 Atento *a* la explicación — *con* los mayores.
 Atónito *con, de, por* la desgracia.
 Avaro *de* su caudal.
 Benéfico *a, para* la salud — *con* sus contrarios.
 Blando *al* tacto — *de* carácter.
 Breve *de* contar — *en* los razonamientos.
 Bronco *de* genio.
 Bueno *de, para* comer — *de* por sí — *en* sí.
 Caliente *de* cascos — (el caldo) *para* bebido.
 Capaz *de* cien arrobas — *para* el cargo.
 Ciego *con* los celos — *de* ira.
 Cierto *de* su razón.
 Códicioso *de* dinero.
 Cojo *de* nacimiento.
 Cómplice *con* otros — *de* otros — *en* el delito.
 Conforme *a, con* su opinión — (con otro) *en* un parecer.
 Contiguo *al* jardín.
 Corto *de* genio — *en* dar.
 Cuidadoso *con, para con* un enfermo — *del, por* el resultado.
 Curioso *de* noticias — *por* saber.
 Desagradable *al* gusto — *con, para, para con* las gentes.
 Descontento *con* su suerte — *de* sí mismo.
 Desdichado *de* mí, *de* ti, *del* que nace con mala estrella! — *en* elegir — *para* gobernar.
 Deseoso *del* bien público.
 Desleal *a* su rey — *con* su amada.
 Deudor *a, de* la Hacienda — *en, por* muchos miles.
 Devoto *de* su santo.
 Dichoso *con* su suerte — *en* su estado.
 Diestro *en* razonar — *en* la esgrima.

- Difícil *de* explicar.
- Diligente *en* su oficio — *para* co-
brar.
- Diverso *de* los demás — *en* ca-
rácter.
- Dócil *al* mandato — *de* condi-
ción — *para* aprender.
- Ducho *en* negocios.
- Dulce *al* gusto — *de*, *en* el trato
— *para* tratado.
- Enfermo *con* calentura — *del* hí-
gado — *de* peligro.
- Enjuto *de* carnes.
- Enojoso *a* su familia — *en* el
hablar — *por* lo terco.
- Erudito *en* antigüedades.
- Escaso *de* medios — *en* pagar —
para lo más preciso.
- Estéril *de*, *en* frutos.
- Exacto *en* sus promesas.
- Exento *de* cargas.
- Extraño *al* asunto — *de* ver.
- Fácil *a* cualquiera — *con*, *para*,
para *con* los inferiores — *de*
digerir — *en* creer.
- Falto *de* juicio.
- Favorable *a*, *para* alguno.
- Fecundo *de* palabras — *en* re-
cursos.
- Fértil *de*, *en* granos.
- Fiel *a*, *con*, *para*, *para* *con* sus
amigos — *en* su creencia
- Firme *de* hombros — *en* su de-
signio.
- Flaco *de* estómago — *en* sus re-
soluciones.
- Flexible *a* la razón — *de* talle.
- Flojo *de* piernas — *en*, *para* la
fatiga.
- Franco *a*, *con*, *para*, *para* *con*
todos — *de* carácter — *en* de-
cir.
- Furioso *al* oírlo — *con* la noti-
cia — *contra* Juan — *de* ira —
por un contratiempo.
- Generoso *con*, *para*, *para* *con* los
pobres — *de* espíritu — *en*
acciones.
- Gozoso *con* la noticia — *del*
triumfo.
- Grande *de* talla — *en*, *por* sus
acciones.
- Grato *al*, *para* el oído — *de* re-
cordar.
- Gravoso *al* pueblo.
- Grueso *de* cuello.
- Hábil *en* negocios — *para* el em-
pleo.
- Humano *con* el rendido — *en* su
comportamiento.
- Idóneo *para* alguna cosa.
- Igual *a*, *con* otro — *en* fuerzas.
- Impaciente *con*, *de*, *por* la tar-
danza.
- Impotente *contra* la mala fortu-
na — *para* el bien.
- Impropio *a*, *de*, *en*, *para* su edad.
- Inaccesible *a* los pretendientes.
- Incansable *en* el trabajo.
- Incierto *del* triunfo — *en* sus opi-
niones.
- Incompatible (un destino) *con*
otro.
- Incomprensible *a*, *para* los hom-
bres.
- Inconsecuente *con*, *para*, *para*
con los amigos — *en* alguna
cosa.

- Inconstante *en* su proceder.
- Increíble *a, para* muchos.
- Indulgente *con, para, para con* el prójimo — *en* sus juicios.
- Infatigable *en, para* el estudio.
- Inferior *a* otro — *en* talento.
- Infiel *a, con, para, para con* sus amigos — *en* sus tratos.
- Ingrato *a* los beneficios — *con, para, para con* los amigos.
- Inmediato *a* la corte.
- Inocente *del* crimen — *en* su conducta.
- Insaciable *de* dinero — *en* sus apetitos.
- Insensible *a* las injurias.
- Inseparable *de* la virtud.
- Insípido *al* gusto — *para* gente gastada.
- Intolerante *con, para, para con* sus amigos — *en* punto de honra.
- Inútil *en* este caso — *para* caudillo.
- Largo *de* manos — *en* ofrecer.
- Lento *en* resolverse — *para* comprender.
- Liberal *con* todos — *de* lo ajeno.
- Libre *de* sujeción — *en* sus discursos.
- Ligero *de* pies — *en* afirmar.
- Limpio *de* manos — *en* su traje.
- Loco *con* su nieto — *de* amor — *en* sus acciones — *por* los versos.
- Malo *con, para, para con* su padre — *de* condición.
- Manco *de* la derecha — (no ser manco) *en, para* algún juego o ejercicio.
- Manso *de* genio — *en* su gobierno.
- Molesto *a* todos — *en* el trato.
- Necesario *a, para* la salud.
- Negligente *en, para* sus negocios.
- Noble *de* cuna — *en* sus obras — *por* su origen.
- Novicio *en* el mundo.
- Obsequioso *con, para, para con* sus huéspedes.
- Odioso *a* las gentes.
- Oneroso *a* los amigos — *para* el comprador.
- Orgullosos *con, para con* todos — *de, por* su caudal — *en* los ademanes.
- Parco *en* la comila.
- Perfecto *ante* Dios — *en* su clase.
- Pobre *de* espíritu — *en* facultades.
- Poderoso *a, para* triunfar — *en* Estados.
- Presto *a, para* correr — *en* obrar.
- Primero *de, entre* todos.
- Pronto *a* enfadarse — *de* genio — *en* las respuestas — *para* trabajar.
- Propicio *al* ruego.
- Propio *al, del, para* el caso.
- Provechoso *al, para* el vecindario.
- Próximo *a* morir — *en* grado.
- Reo *contra* la sociedad — *de* muerte.
- Resuelto *en, para* obrar.
- Rico *con, por* su legítima — *de* virtudes — *en* ganados.
- Ridículo *en* su porte — *por* su traza.

- Rígido *con, para, para con* su familia — *de carácter — en* sus juicios.
- Sediento *de* placeres.
- Seguro *de* ganar — *en* su virtud.
- Sensible *a* la injuria.
- Sito *en* Madrid.
- Soberbio *con, para, para con* sus inferiores — *de índole — en* palabras.
- Sobrio *de* palabras — *en* comer.
- Solicito *con* otro — *en, para* pretender.
- Sordo *a* las voces — *de* un oído.
- Sospechoso *a* alguno — *de* herejía — *en* la fe — *por* su comportamiento.
- Suelto *de* lengua — *en* el decir.
- Sumiso *a* las leyes.
- Superior *a* sus enemigos — *en* luces — *por* su ingenio.
- Tardo *a* sentir — *de* oído — *en* comprender.
- Temeroso *de* la muerte.
- Temible *a* los contrarios — *por* su arrojo.
- Triste *de* aspecto — *de, con, por* el suceso.
- Último *de, entre* todos — *en* la clase.
- Único *en* su línea — *entre* mil — *para* el objeto.
- Útil *a* la patria — *para* tal cosa.
- Vacío *de* entendimiento.
- Vecino *al, del* palacio.
- Velloso, velludo *de* cuerpo — *en* los brazos.
- Visible *a, entre, para* todos.

Con los adjetivos de la lista precedente pueden formarse oraciones construyéndolos con la preposición que convenga a su diferente significación y empleo.

EL BUQUE EN LA BOTELLA

Diminuto navío preso en una botella,
 con tus velas tendidas, tu puente y tu bauprés,
 ¿sueñas los anchos mares y la polar estrella
 entre el ruido y el humo de este figón inglés?

Diminuto navío, ¿qué manos marineras,
 rugosas y pacientes, en los ocios del mar,
 con amor trabajaron tus pequeñas maderas
 e izaron esas velas que el viento no ha de hinchar

¿Qué viejo navegante en tus maderas grises
 esculpió esta minúscula figura de mujer,
 y al grabar en tu popa esta palabra: "Ulises",
 de la Odisea el genio te transmitió al nacer?

Diminuto navío perdido entre la bruma
del humo de las pipas, nunca, jamás, los dos
oiremos las canciones lejanas de la espuma,
ni soplará en nuestra alma el gran viento de Dios.

En las oscuras albas del bar, en los instantes
en que los viejos astros comienzan a morir,
vi correr por tus puentes pequeños tripulantes,
como si al alba fueras tú también a partir.

Oí cómo cantaban, dentro de tu botella,
tus vagos hombrecitos una vieja canción,
al recoger el ancla, bajo la turbia estrella
que alumbraba la sucia miseria del figón.

Diminuto navío, sigue tu inmóvil sueño:
los muelles del Oriente, del alisio el cantar,
del Gulf Stream las baladas, el Caribe risueño,
los extraños paisajes ahogándose en el mar...

Dile a tus diminutos y vagos marineros
que recojan las velas, pues nunca has de partir
del mar por los inmensos y azules derroteros
a las claras riberas donde el sol va a morir.

Aquí nos quedaremos, diminuto navío,
anclados en la tierra, para siempre, los dos;
ni en tu pequeño puente ni en el corazón mío
volverá a soplar nunca el gran viento de Dios.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

Poeta y popular novelista argentino, nacido en 1890. Es en nuestras letras el poeta del mar y de la vida triste y pintoresca de los puertos. Esta composición pertenece al libro *Bajo la Cruz del Sur*.

Colocación del adjetivo

Lección 19.^a

Algunos gramáticos han hecho distinciones sutiles respecto de la colocación de los adjetivos calificativos en relación con el sustantivo. No puede darse en lengua castellana sobre el particular ninguna regla absoluta, porque el uso es muy elástico. Antes que de una cuestión gramatical se trata de una literaria, de estilo. La decisión, salvo ciertos casos especiales en que el uso no se equivoca, depende del gusto del que habla o escribe, del lenguaje que éste emplea, si llano o si elevado, de la cadencia de la cláusula y de otras circunstancias psicológicas.

Se posponen generalmente al sustantivo:

a) los adjetivos formados sobre nombres propios de personas, países y ciudades, etc., v. gr.:

lengua castellana, poesía gongorina, epítetos homéricos, legación turca, literatura mariana, naranjas paraguayas, ironía volteriana, dictadura rosista, estilo corintio, etc.

b) la mayoría de los adjetivos que expresan cualidades físicas que no son esenciales en el objeto, v. gr.:

ojos vivos, agua limpia, mesa redonda, bebida alcohólica, árbol enfermo, papel azul, etc.

c) los participios que hacen oficio de adjetivo, v. gr.:

hogar deshecho, libro encuadernado, mar agitado, niño aplicado, traje roto, papel impreso, etc.

Obsérvese que en los tres casos citados el adjetivo pospuesto al nombre, lo *particulariza* o *especifica*. Le precederá en cambio cuando *desenvuelve* o *explica* una cualidad característica y propia de la cosa o del ser, por ej.:

el verde césped, las mansas ovejas, la dulce Cordelia, el fecundo Lope de Vega, etc.

Tal es la doctrina de Bello, que la Academia hace suya. Dice el ilustre gramático venezolano:

“De dos maneras puede modificar el adjetivo al sustantivo; o agregando a la significación del sustantivo algo que necesaria o naturalmente no está comprendido en ella, o desenvolviendo, sacando de su significación, algo de lo que en ella se comprende, según la idea que nos hemos formado del objeto. Por ejemplo, la timidez y la mansedumbre no son cualidades que pertenezcan propiamente al animal, pues hay muchos animales que son bravos o fieros; pero son cualidades propias y naturales de la oveja, porque toda oveja es naturalmente tímida y mansa. Si decimos, pues, *los animales mansos*, indicaremos especies particulares de animales; pero si decimos *las mansas ovejas*, no designaremos una especie particular de ovejas, sino las ovejas en general, atribuyéndoles, como cualidad natural y propia de todas ellas, el ser mansas”.

EPÍTEO. — El adjetivo usado en este segundo carácter *explicativo*, es llamado *epíteto*. Éste no se junta al sustantivo para distinguirlo de los demás de su especie, sino para llamar la atención hacia alguna cualidad que siempre o de ordinario lo acompaña.

La Academia en su Diccionario lo define del siguiente modo:

Epíteto es “el adjetivo o participio cuyo fin principal no es determinar o especificar el nombre, sino caracterizarlo”.

Ahora bien: el epíteto *suele ir* delante del sustantivo, mientras que el especificativo va detrás; “pero esta regla no siempre se observa, sobre todo en poesía”.

Repetimos que la colocación depende casi siempre de razones psicológicas y estilísticas. Ni todos los epítetos prece-

den al nombre, ni todos los adjetivos que lo preceden son *epítetos*. La distinción entre unos y otros a veces es muy sutil, de matices. Cada escritor tiene un modo particular de distribuir los adjetivos. Antepuestos al nombre, imprimen cierta elegancia y nobleza al estilo; pero el abuso de esta construcción lo vuelve afectado y monótono.

Algunos adjetivos cambian de significación, según que se antepongan o pospongan al sustantivo. Se anteponen en sentido figurado, y se posponen en el propio.

EJEMPLOS:

Pobre hombre (de corta inteligencia, infeliz); hombre *pobre* (sin fortuna).

Grande hombre (eminente); hombre *grande* (por su tamaño).

Gran casa (hermosa, opulenta); casa *grande* (extensa).

Un *buen* hombre (se dice con cierto sentido irónico o afectuoso); un hombre *bueno* (de corazón).

Un *simple* lector (uno solo, que no es otra cosa); un lector *simple* (mentecato, de poco discernimiento).

Un *nuevo traje* (distinto del anterior); un traje *nuevo* (sin uso).

Valiente compañero (calificación irónica, despectiva); compañero *valiente* (esforzado, animoso).

Apócope del adjetivo

Lección 20.^a

Llámase *apócope* la supresión de una o más letras al final de ciertas palabras. Consienten la apócope los adjetivos *uno, alguno, ninguno, bueno, malo, grande, santo, ciento, cualquiera, primero, tercero y postrero*.

Apocopamos siempre los adjetivos *bueno, malo, alguno, ninguno, uno, ciento y primero*, cuando se anteponen a un nombre sustantivo masculino y singular, ya inmediatamente, ya precediéndole otro adjetivo. Así se dice: **buen hombre, mal ciudadano, algún día, ningún consuelo, un niño, cien personas, el primer año, cien grandes plazas**, etc.

Cada día es menos común el uso correcto de *ciento*, que la gente apocopa aun cuando no preceda a un nombre (ver Segundo Libro, lecc. 23). Lo correcto es decir: éramos *ciento*, y no, éramos *cien*. Recuérdense los refranes: Un loco hace *ciento*; quien hace un cesto hace *ciento*; abad avariento, por un bodigo pierde *ciento*.

Yo que amé en la edad florida
cada *cien* días á *ciento*...

CAMPOAMOR.

El adjetivo *santo*, precediendo inmediatamente a nombre propio de varón, también se apocopa, con excepción de cuando se aplica a *Santo Tomás* o *Tomé*, *Santo Toribio* y *Santo Domingo*.

El adjetivo *grande*, cuando se antepone a los sustantivos, pierde o no la última sílaba sin regla fija. Suele decirse que la conserva cuando se refiere más bien a la excelencia de la cosa a que se aplica que a su cantidad o tamaño, estableciéndose una diferencia de cualidades entre un *gran* caballo y un *grande* caballo, un *gran* hombre y un *grande* hombre; pero esa no es norma absoluta.

Tercero y *postrero* pueden apocoparse o no; así se admiten las formas: el *tercero día* y el *tercer día*, el *postrero día* y el *postrer día*. La forma apocopada es la más común, pero no en el género femenino, donde es más usual decir: la *tercera jornada*; la *postrera jornada*.

Lo mismo sucede con *cualquiera*, cuando precede a nombre. Se dice indistintamente *cualquiera hombre* y *cualquiera mujer*; *cualquier hombre* y *cualquier mujer*; *cualesquiera ciudadanos* y *cualesquier ciudadanos*; *cualesquiera cosas* y *cualesquier* ⁽¹⁾ *cosas*.

(1) A propósito de *cualesquier* y *cualesquiera*, conviene que el alumno recuerde que no significan lo mismo que *cualquier* y *cualquiera*. *Cualesquier* es adjetivo plural y acompaña por consiguiente al nombre en plural. Es un grosero error decir: *cualesquier alumno*.

Lectura y análisis

Analizar en los trozos siguientes los adjetivos, procurando distinguir los epítetos de los simples especificativos:

Arde el tronco de una encina
 en la *enorme* chimenea:
 el tuero chisporrotea
 y el *vasto* hogar ilumina.
 Sobre las manos reclina
 su *ancha* cabeza un lebrel,
 en cuya *lustrosa* piel
vivos destellos derrama
 la *roja* y *trémula* llama
 que oscila delante de él.

(NÚÑEZ DE ARCE, *español*, s. XIX).

A LAS RUINAS DE ITÁLICA

(FRAGMENTO)

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
 campos de soledad, *mustio* collado
 fueron un tiempo Itálica *famosa*.
 Aquí de Cipión la *vencedora*
 colonia fué: por tierra derribado
 yace el *temido* honor de la *espantosa*
 muralla, y *lastimosa*
 reliquia es solamente.
 De su *invencible* gente
 sólo quedan memorias *funerales*,
 donde erraron ya sombras de *alto* ejemplo.
 Este llano fué plaza, allí fué templo,
 de todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas *regaladas*
leves vuelan cenizas *desdichadas*.
 Las torres que desprecio al aire fueron
 a su *gran* pesadumbre se rindieron.

Este *despedazado* anfiteatro
impío (1) honor de los dioses, cuya afrenta
 publica el *amarillo* jaramago,
 ya reducido a *trágico* teatro,
 ¡oh fábula del tiempo! representa
 cuánta fué su grandeza, y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco *vago*
 de su *desierta* arena
 el *gran* pueblo no suena?
 ¿Dónde, pues, fieras hay, está el *desnudo*
 luchador? ¿dónde está el atleta *fuerte*?
 Todo desapareció; cambió la suerte
 voces *alegres* en silencio *muñido*;
 mas aun el tiempo da en estos despojos
 espectáculos *fieros* a los ojos;
 y miran tan *confusos* lo presente,
 que voces de dolor el alma siente.

(RODRIGO CARO, 1573 - 1647).

MELCHORA

Melchora es un tipo *vulgar* de las mujeres *viejas* del país *vascongado*; viste de negro, tiene la nariz *puntiaguda* y la barba *prominente*. Está sentada junto a la mesa de pino que hay en el centro del cuarto. Sus dedos, *arrugados* y *secos*, hilan de prisa el *blanco* lino que se apelo-tona en la rueca, y el huso gira en el extremo de la *retorcida* hebra en *vertiginosas* vueltas. A los pies de Águeda está tendido un mastín con el pelo *amarillento* y *erizado*. Entran en el cuarto ramas de *lilas*, de un morado *pálido*, *freáscas* y *olorosas*, y en el marco de la ventana se destaca, en el ambiente *gris* del día *húmedo* de primavera, una ermita, a lo lejos, sobre una loma *verde*, con el verde *brillante* de las praderas *umbrías*.

(PÍO BAROJA, *español*, contemporáneo).

(1) *impío* era entonces palabra bisílaba.

LA CASA DE MELIBEA

Todo es paz y silencio en la casa. Melibea anda pasito por cámaras y corredores. Lo observa todo; ocurre a todo. Los armarios están *repletos* de *nítida* y bien *oliente* ropa — *aromada* por *gruesos* membrillos —. En la despensa un rayo de sol hace fulgir la ringla de *panzudas* y *vidriadas* orejetas *talaveranas*. En la cocina son espejos los artefactos y cacharros de azófar que en la espetera cuelgan, y los cántaros y alcarrazas *obrados* por la mano de *curioso* alcaller en los alfares *vecinos*, muestran, bien *ordenados*, su vientre *redondo*, *limpio* y *rezumante*. Todo lo previene y a todo ocurre la *diligente* Melibea; en todo pone sus *dulces* ojos *verdes*. De tarde en tarde, en el silencio de la casa, se escucha el *lánguido* y *melodioso* son de un clavicordio: es Alisa que tañe. Otras veces, por los viales de la huerta, se ve escabullirse calladamente la figura *alta* y *esbelta* de una moza: es Alisa que pasea entre los árboles.

(AZORÍN, *español*, contemporáneo).

NUREMBERGA

Llega el viajero a Nuremberga; trae en el ánimo ese polvillo de melancolía que ha ido recogiendo a lo largo de sus jornadas. Vase ambulando por las calles *solas*, y un *ágil* vientecillo *marcero* le hiere y fustiga los nervios. Mira las moradas *oscuras* o *pintadas* con *antiguos* colores: sobre los dientes hay escudos *fanfarrones* con montantes y mazas, donde se posa y coquetea una paloma. Las ventanucas *cuadradas*, de vidrios *menudos* y *coloridos*, suelen estar *cerradas*: sólo alguna que otra se entreabre, y entonces se advierte la sonrisa de un tulipán que inclina un poco su cabezota, y tras él otra sonrisa de una *buena* mujer, que vió acaso en su mocedad al César Carlos V, y considera todo lo restante y posterior como substancia para la risa no más y para el retozo del ánimo.

Los tejadillos, *airosos* y *repentinos*, se levantan sobre estas *mínúsculas* habitaciones, y en sus vertientes pueden contarse una, dos, hasta tres filas de buhardas. Más arriba, el lindo cielo *epicúreo* por

donde un rabadán *invisible* va antecogiendo los vellones de una nube blanca.

¿Habrá alguna ciudad que alboroce en lo más *recóndito* al viajero como Nuremberga? En el pórtico de la iglesia de Lorenzo, erigida durante los siglos XIII, XIV y XV, están nuestros primeros padres *desnudos*, muy bellamente *esculpidos*; junto a ellos, unos apóstoles y unas vírgenes de cintura *quebrada* y unos *santos* frailes de *tonsuradas* testas; la piedra, *negra* ya, en que fueron labrados, tuvo *sensual* docilidad bajo la mano del *paciente* artífice, y el alma de éste debió poseer unos sótanos tan *llenos* de toneles de alegría, que en los labios de vírgenes y apóstoles y demás bienaventurados mana un *perpetuo* reír, brinca una *mística* carcajada, y hasta unas bestias *simbólicas* que asoman cerca se desquijarran en *trascendente*, *extático*, *todopoderoso* regocijo. ¡*Bienaventurados* los que ríen! Yo no he visto nada más *alegre* que el pórtico de la iglesia de Lorenzo; ni sé si, por ventura, la risa conservará la energía para vivir, como la creosota guarda los cuerpos de la descomposición, si el ingenuo contentamiento frente a lo que acarrea el destino salva la decadencia y están a ella condenadas las razas *hoscas* y *graves*. Nuremberga fué *alegre*, *sabia*, *gloriosa*.

(JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *español*, contemp.).

CAPÍTULO SEXTO

ORACIONES IMPERSONALES

Lección 21.ª

Llámanse *impersonales* las oraciones de verbo impersonal; como *alborear, escarchar, tronar*, etc., los cuales denotan fenómenos atmosféricos y se conjugan sólo en la tercera persona del singular. De ahí que se los llame también *unipersonales*.

Estos verbos llevan callado el sujeto e implícito su complemento, de modo que la oración tiene un solo elemento esencial: el verbo, modificado o no por adverbios y otros complementos circunstanciales, por ej.: *Lloverá mañana; aquí diluvió; ahora anochece temprano; nevaba en la cordillera; lloviznó sobre Buenos Aires*, etc.

Algunos de estos verbos en ciertos casos pierden su índole impersonal.

Veamos algunas construcciones del verbo **amanecer**:

- 1.ª Cuando Dios *amanezca*, nos pondremos en camino.
- 2.ª *Amaneció* un espléndido día.
- 3.ª *Amanecí* en Rosario.

En la 1.ª oración se expresa el sujeto *Dios* como causante del fenómeno.

En la 2.ª, el sujeto es *un espléndido día*.

En la 3.ª, el sujeto sobrentendido es *yo*, y el sentido del

verbo es otro: llegar o estar en un paraje o condición determinados al rayar el día.

Las tres oraciones han perdido su carácter impersonal. La tercera admite todas las personas: *amanezco, amaneces, amanece, amanecemos, amanecéis, amanecen*.

Lo mismo hace el verbo **anochecer**, en el sentido de llegar o estar en un paraje o condición determinados al empezar la noche. Por ej.: *Anochecí* bueno y *amanecí* enfermo. *Anochecieron* en el descampado.

Veamos algunas construcciones del verbo **llover**:

- 1.^a Aunque *lloviese* Dios reinos sobre la tierra. (QUIJOTE).
- 2.^a Mis ojos *llovían* lágrimas amargas.

Ambas oraciones son *transitivas* o *primeras de activa*: sujeto de la primera es *Dios*; de la segunda, *mis ojos*; complemento directo de la primera, la cosa llovida, es *reinos*; de la segunda, *lágrimas amargas*.

- 3.^a Ese año *llovieron* calamidades.

Esta oración es *intransitiva*, en el sentido de *caer en abundancia*; el sujeto es *calamidades*.

Llover admite también la forma reflexiva, por ej.:

- 4.^a En mi cuarto *se llueve*.

Son impersonales o unipersonales en algunas de sus acepciones también los verbos **haber** y **hacer**.

EJEMPLOS:

hubo unas desgracias; *hubo* desgracias (acaecieron, acaeció).
habrá sesión; *habrá* sesiones (se verificará, se verificarán).
hay un pantano; *hay* animales muy inteligentes (existe, existen).

En los ejemplos anteriores se ve el carácter impersonal del verbo *haber*. El término que sigue al verbo, el cual siem-

pre va en 3.^a persona del singular, no es el sujeto sino el complemento directo.

El verbo *haber* conserva en casos tales el significado primitivo de *tener*. Si debiéramos atribuirle un sujeto, aunque ya muy vago e indeterminado, éste podría ser, a modo de hipótesis, en los ejemplos anteriores: **la ciudad tuvo** una desgracia o desgracias; **la junta tendrá** sesión o sesiones; **el camino tiene** un pantano; **la naturaleza tiene** animales muy inteligentes. Tal es la doctrina del gramático Bello, aceptada por la Academia.

Por eso es un error vulgar muy frecuente, decir: *hubieron fiestas, habían muchas personas, habrán golosinas, como si fiestas, personas y dulces fuesen el sujeto.*

Lo correcto es decir en singular:

Hubo fiestas; había muchas personas; habrá golosinas.

Lo mismo en los tiempos compuestos:

Hubiera habido graves desórdenes si no hubiese habido tropas que los contuviesen. (El ejemplo es de Bello).

El verbo *haber*, cuando es unipersonal, en el presente de indicativo hace *hay*, forma nacida de la 3.^a persona, *ha* + *y* (antiguo adverbio de lugar, equivalente a *allí*, que se ha pegado al verbo).

Si el alumno ha estudiado francés, puede comparar la forma *hay* a su equivalente *il - y - a*, donde se observa al sujeto indeterminado *il*, la voz verbal *a*, y el dicho adverbio *y*.

La forma *ha*, unipersonal, persiste en expresiones tales como diez años *ha* (equivalente a *hace* diez años), poco tiempo *ha* (*hace* poco tiempo), y en las fórmulas forenses *ha* lugar, no *ha* lugar.

El mismo carácter impersonal tiene el verbo **hacer** en locuciones como las siguientes: *hace* frío, *hacia* meses, *hizo* calor, *hará* dos años.

Decir *hicieron* calores, *harán* dos años, es un vulgarismo, porque ni *calores* ni *años* son el sujeto.

Por último, oraciones tales como: *Cuentan de ese hombre atrocidades; anuncian grandes calamidades; aseguran que este año lloverá poco*, de sujeto indeterminado, el cual

puede ser *algunos, muchos, todos*, etc., también tienen carácter impersonal.

Otras oraciones de carácter impersonal veremos en este mismo capítulo al tratar las pasivas reflejas.

Leer y recitar:

EL CARRITO DE LOS HELADOS

Desde mi cuarto escucho la corneta
del carrito infantil de los helados,
y evoco al punto el tordo de loneta
con sus borlas de lana en los costados.

Como el payaso da una voltereta,
recuerdos nunca bien cicatrizados
invierten su sentido en mi alma quieta:
ayer felices y hoy desventurados.

Ayer era una voz maravillosa
que me impelía con ahinco firme
en pos de la llamada jubilosa,

y hoy es la misma voz, pero con pena,
la misma voz que acaba de decirme:
ya esa corneta para ti no suena.

HORACIO REGA MOLINA.

Poeta argentino contemporáneo. Ha publicado varios libros de versos, entre ellos *El poema de la lluvia*, *El árbol fragante*, *La víspera del buen amor*, *Domingos dibujados desde una ventana*, *Azul de mapa*.

ORACIONES PASIVAS

Lección 22.^a

Vimos en el Segundo Libro dos clases de oraciones activas: la *primera*, de carácter transitivo, con sujeto, verbo y complemento directo, y la *segunda*, sin complemento directo,

o porque no está expreso o porque siendo el verbo intransitivo, no puede tenerlo.

Se llaman *activas* porque en ellas el sujeto es *agente*, o sea, ejecuta la acción (del verbo latino *ágere*: hacer).

EJEMPLOS:

Primera de activa: Juan *estudia* la lección.

Segunda de activa: Juan *estudia*.

Segunda de activa (de verbo intransitivo): Juan *nada*.

Se llaman *pasivas* las oraciones en las cuales el sujeto sufre la acción ejecutada por otro. Por ej.:

El vidrio *ha sido roto* por Luis.

¿De quién se habla? del *vidrio*: es el sujeto. ¿Sobre quién recae la acción expresada por el verbo *romper*? Sobre el sujeto. ¿Quién ejecutó la acción? *Luis*. El sujeto, pues, recibe o sufre la acción; por eso se le llama sujeto *recipiente* o *paciente* (de los verbos latinos *recipere* (recibir) o *pati* (sufrir)).

La voz pasiva se forma mediante el verbo auxiliar *ser* y el participio del verbo que se conjuga.

PARADIGMAS DEL VERBO AMAR

VOZ ACTIVA

Tiempos simples del Indicativo

PRESENTE	PRET. IMPERFECTO	PRET. INDEFINIDO	FUTURO IMPERFECTO
Yo amo	Yo amaba	Yo amé	Yo amaré

VOZ PASIVA

Tiempos simples del Indicativo

PRESENTE	PRET. IMPERFECTO	PRET. INDEFINIDO	FUTURO IMPERFECTO
Yo soy amado	Yo era amado	Yo fui amado	Yo seré amado

VOZ ACTIVA

Tiempos compuestos del Indicativo

PRET. PERFECTO	PRET. PLUSC.	PRET. ANTERIOR	FUTURO PERFECTO
Yo he amado	Yo había amado	Yo hube amado	Yo habré amado

VOZ PASIVA

Tiempos compuestos del Indicativo

PRET. PERFECTO	PRET. PLUSC.	PRET. ANTERIOR
Yo he sido amado	Yo había sido amado	Yo hube sido amado
FUTURO PERFECTO		
Yo habré sido amado.		

Del mismo modo se conjuga en el *Potencial* y en el *Subjuntivo*. Conjúguese.

Las oraciones *pasivas* pueden ser *primeras* y *segundas*.

Las *primeras de pasiva* constan de tres elementos esenciales:

1) El *sujeto* paciente.

2) El *verbo* en voz pasiva.

3) El *complemento agente*, o sea, el que ejecuta la acción.

Éste siempre es un sustantivo o pronombre construido con la preposición *por*, de caso ablativo. Por eso se le llama también *ablativo agente*.

EJEMPLOS:

S V La comedia *fué* aplaudida por el público. *a. a.*
S V Luis *es* querido por todos. *a. a.*

Ciertos verbos admiten también el complemento agente con la preposición *de*; pero su empleo, aunque muy elegante, es poco frecuente entre nosotros. Puede decirse lo mismo: *El maestro es respetado por todos y de todos; la felicidad era deseada por todos y de todos; este mozo es muy conocido y estimado de los vecinos o por los vecinos*. La primera cons-

trucción es la corriente hoy. La construcción del ablativo agente con *de*, se encuentra más veces en los autores clásicos españoles.

EJEMPLOS:

...ni del dorado techo
se admira, *fabricado*
del sabio moro... (por el sabio moro).

LUIS DE LEÓN, *Vida Retirada*.

¿Qué presta a mi contento
si *soy del vano dedo señalado*?... (soy señalado por el vano dedo).
Id.

La oración *segunda de pasiva* tiene dos términos esenciales:

- 1) El sujeto paciente.
 - 2) El verbo en voz pasiva.
- Carece de complemento agente.

EJEMPLO:

La comedia *fué aplaudida*.
Luis *es querido*.

Nótese que en la oración pasiva el participio amolda su número y terminación genérica al género y número del sujeto. Se dice: *Las comedias fueron aplaudidas; los niños son queridos*.

La llamada pasiva refleja

Lección 23.^a

Cuando el verbo está en tercera persona, puede expresarse también la voz pasiva con el pronombre *se* y la forma activa del verbo. Por ejemplo:

- 1) La comedia *se aplaudió* por todos.
- 2) La comedia *se aplaudió*.

o mejor, invirtiendo el sujeto:

Se aplaudió la comedia.

Esta forma es llamada por algunos gramáticos *pasiva refleja*, por usar en la conjugación el pronombre *se*.

Las oraciones pasivas reflejas segundas, es decir, sin expresión del agente, tienen carácter impersonal. Algunas tampoco expresan el sujeto, como en *se alquila*, *se vende*, *se dice*.

CORRECCIÓN DE SOLECISMOS:

Las oraciones segundas de pasiva con *se*, pueden originar errores que conviene evitar. Cuando decimos:

Se alquilan casas,

enunciamos una oración segunda de pasiva de esta clase.

El sujeto es *casas*: la cosa alquilada.

El verbo es *se alquilan*.

No se dice cuál es el complemento agente, el alquilador, porque se sobrentiende.

Como el sujeto *casas* es plural, el verbo *alquilar* debe concordar con él en plural: *se alquilan*. Es, pues, un error decir:

Se alquila casas,

como si *casas* fuera el complemento directo.

Debe decirse:

Se cosen botines.

Se visten muñecas.

Se necesitan aprendices.

Se buscan capitales.

Se venden motores.

Botines, *muñecas*, *aprendices*, *capitales*, *motores*, son los sujetos plurales.

Pero en cambio debe ponerse el verbo en singular en oraciones como las siguientes:

Se piensa alquilar las casas

Se resuelve construir ferrocarriles

porque el sujeto de la pasiva no son *casas* ni *ferrocarriles*, sino las

frases *alquilar las casas, construir ferrocarriles*, que piden el verbo en singular.

Y también, como se vió en la lección 2.^a:

No *se sabía* cuántos eran

porque el sujeto de la pasiva es una oración interrogativa (*¿cuántos eran?*), y éstas concuerdan siempre con el verbo en singular.

La forma refleja con valor impersonal. Algunos giros anómalos.

Lección 24.^a

En las oraciones: *aquí se canta, allí se baila*, no hay sujeto. El único que se ofrece a la mente, según Bello, es la acción misma del verbo, como si dijéramos: *se ejecuta el cantar, se ejecuta el bailar*. Tampoco hay agente expreso: se sobrentiende. Son oraciones impersonales, reflejas en la forma, pasivas por su significado. Si fueran activas, diríamos: *aquí cantan, allí bailan*, entendiéndose *una canción, un baile*, comprendido el complemento en la significación del verbo.

Ahora bien, ¿qué análisis debe hacerse de giros como los siguiéntes: *se admira a los héroes, se azotó a los delincuentes*? Si usáramos la forma activa, estas oraciones serían impersonales: *admiran a los héroes, azotaron a los delincuentes*, formadas por un verbo de sujeto indeterminado y un complemento directo. Al convertirse en pasivas reflejas, el complemento directo debiera pasar a sujeto, sin preposición: *se admiran los héroes, se azotaron los delincuentes*. Pero como estas últimas oraciones resultan ambiguas, porque parecen reflexivas, como si dijéramos que *los héroes se admiran a sí mismos* y *los delincuentes se azotaron a sí mismos*, por evolución natural se resolvió la ambigüedad determinando el objeto de la admiración y de los azotes mediante la preposición *a*.

Cambiados los sustantivos por un pronombre, diríamos: se *les* admira, se *les* azotó. No hay acuerdo entre los gramáticos si ese complemento es un acusativo o un dativo.

Se trata evidentemente de oraciones irregulares que resisten al análisis lógico. En estas oraciones el verbo ha de ir en singular. Se considera un grosero barbarismo decir: *se azotaron a los delincuentes.*

Estos giros son menos comunes con un término de cosa. La construcción que en tal caso se emplea ordinariamente es la pasiva refleja regular, concertando el sujeto con el verbo en plural. Se dice: *se olvidan los beneficios, se fertilizan los campos*, porque en este caso no hay ambigüedad y no pueden tomarse por reflexivas.

Ejercicio

En las oraciones siguientes distingase en los verbos de forma refleja impresos en bastardilla, los de valor impersonal, reflexivo, recíproco y de pasiva. Las oraciones reflexivas y recíprocas fueron estudiadas en el Segundo Libro (lección 32.^a).

Ambos *nos miramos* al espejo. Los adversarios *se miraban* con ira. En este negocio *se compran* libros. Las ideas *se defienden* con razones. Las señoras *se sentaron* en la sala. *Se sentó* a las señoras en la sala. Juan *se muere*. Los náufragos *se salvaron*. *Se oía* una campana distante. *Se salvó* a los náufragos. Como *se vive, se muere*. *Se cantaron* por la concurrencia varios himnos. Juan *se marchó*. *Se apeló* la sentencia por el reo. Luis y Juan *se quejan* del trato que *se les ha dado*. Carlos y Mario *se bromean* el uno al otro. Por la dirección *se han transmitido* ya las órdenes. El viajero *se vió* perdido. *Se desobedecen* las leyes. *Se entierra* a los muertos.

Leer y recitar:

VERDES JARDINILLOS...

¡Verdes jardinillos,
claras plazoletas,
fuente verdinosa
donde el agua sueña,
donde el agua muda
resbala en la piedra!...

Las hojas de un verde
 mustio, casi negras,
 de la acacia, el viento
 de setiembre besa,
 y se lleva algunas
 amarillas, secas,
 jugando, entre el polvo
 blanco de la sierra.

Linda doncellita
 que el cántaro llenas
 de agua transparente,
 tú, al verme, no llevas
 a los negros bucles
 de tu cabellera,
 distraidamente,
 la mano morena,
 ni, luego, en el limpio
 cristal te contemplas...

Tú miras al aire
 de la tarde bella,
 mientras de agua clara
 el cántaro llenas.

ANTONIO MACHADO.

Ilustre poeta español contemporáneo, nacido en Sevilla en 1875. Su primera colección de versos, *Soledades*, es de 1903. Acaba de morir en Francia el 22 de febrero de 1939.

Conversión de oraciones activas en pasivas, y viceversa

Lección 25.^a

La oración activa admite en ciertos casos la conversión en pasiva, y viceversa.

1.^{er} CASO. CONVERSIÓN DE ORACIONES PRIMERAS DE ACTIVA EN PRIMERAS DE PASIVA CON EL VERBO SER, Y VICEVERSA:

EJEMPLO:

Solis *descubrió* el Río de la Plata.

Su conversión en *primera de pasiva* es la siguiente:

El Río de la Plata *fué descubierto* por Solis.

Solis era el *sujeto*. Pasa a ejecutar la acción como *complemento agente*.

El Río de la Plata era el *complemento directo*. Pasa a recibir la acción como *sujeto paciente*.

El verbo se expresa en el tiempo correspondiente de la voz pasiva, mediante el auxiliar *ser*.

Por el procedimiento inverso se convierte la *primera de pasiva* en *primera de activa*.

La Asunción *fué fundada* por Irala.

Su conversión es la siguiente:

Irala *fundó* la Asunción.

La Asunción era el *sujeto paciente*. Pasa a ser el *complemento directo*.

Irala era el *complemento agente*. Pasa a ejecutar la acción como *sujeto*, perdiendo la preposición *por* del ablativo.

Y el verbo se expresa en el tiempo correspondiente de la voz activa.

Examinemos otros casos en que aparecen pronombres, sujetos o complementos:

a) Yo *haré* la comida.

Esta oración activa se convierte en la pasiva:

La comida *será hecha* por mí.

El sujeto *yo*, al pasar a complemento agente, se convierte en el ablativo *por mí*, y el verbo, que en la activa concordaba en primera persona con el sujeto *yo*, concuerda en la

pasiva con el sujeto *comida*, en tercera persona, y lleva el participio en género femenino.

b) Todos te *miran*.

El complemento directo de esta oración activa, es *te*, acusativo. Al convertirse en sujeto paciente será *tú*, nominativo:

Tú eres *mirado* por todos.

c) Ella es *envidiada* por muchos.

Ella, pronombre sujeto, al convertirse en complemento directo, será *la*, acusativo:

Muchos *la envidian*.

En teoría las oraciones transitivas admiten todas la conversión en pasivas; pero en la práctica no acontece lo mismo. Al respecto deben tenerse en cuenta las consideraciones siguientes:

1.^a “La construcción pasiva es poco usada en castellano”. (Academia).

2.^a “Muchos verbos transitivos no la tienen en la práctica, cosa que sólo puede enseñar la lectura de los buenos escritores y el uso actual de la lengua. Dícese en la voz activa: *la fe obra milagros; yo tengo pocos libros*; pero no se dice *milagros son obrados por la fe*, ni *pocos libros son tenidos por mí*”. (Academia).

3.^a Aunque el sentido de la activa y la pasiva parezca ser el mismo, en realidad no lo es. Usaremos una u otra forma, según queramos llamar más la atención sobre el agente que ejecuta la acción (sujeto de la activa) o sobre el objeto que la recibe (sujeto de la pasiva). Es una diferencia psicológica.

2.º CASO. CONVERSIÓN DE PRIMERAS DE ACTIVA EN PRIMERAS DE PASIVA CON EL PRONOMBRE SE, Y VICEVERSA:

Como las oraciones *primeras de pasiva* con *se* sólo se

admiten cuando el verbo se halla en tercera persona y el sujeto es nombre de cosa, esta conversión es muy limitada.

Pondremos algunos ejemplos:

Activa: Nosotros deseamos la paz.

Pasiva: La paz se desea por nosotros.

Activa: El ejecutivo promulgó la ley.

Pasiva: La ley se promulgó por el Ejecutivo.

Pasiva: Una asamblea se celebrará hoy por los socios.

Activa: Los socios celebrarán hoy una asamblea.

Pasiva: La orden se cumplirá por los alumnos.

Activa: Los alumnos cumplirán la orden.

3.^{er} CASO. CONVERSIÓN DE ORACIONES ACTIVAS, DE CARÁCTER IMPERSONAL, EN SEGUNDAS DE PASIVA, Y VICEVERSA:

a) *Realizarán* la fiesta.

Éste es un caso de primera de activa, de sujeto indeterminado, es decir, de carácter impersonal. Puede convertirse en segunda de pasiva de los dos modos conocidos:

La fiesta *será realizada*.

o mejor:

La fiesta *se realizará*.

Así como en la activa no se expresaba el sujeto, en ambas oraciones convertidas no se expresa el agente. Son impersonales.

b) Sea el caso contrario:

Se oyeron gritos en la casa.

Fueron oídos gritos en la casa.

Como se trata de dos segundas de pasiva que no expresan el agente, sólo admiten la conversión en una activa de sujeto indeterminado, es decir, de carácter impersonal:

Oyeron gritos en la casa.

Ejercicio

Conviértanse las oraciones activas en pasivas, y viceversa, respetando el tiempo verbal y conservando en la conversión los demás términos que las completan:

El ministro suscribió el decreto. El presidente recibió a los delegados. América fué descubierta por Colón. La retaguardia era acosada incesantemente por la caballería. Sarmiento publicó el *Facundo* en un diario chileno en 1845. El baqueano anuncia la proximidad del enemigo. El gaucho estima sobre todas las cosas, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo y el valor. Varias leyes fueron sancionadas ayer por el Senado. Pedro es aborrecido de todos (1). Luisa miraba a Elena con insistencia. Mi hermano fué examinado por usted. Nosotros deseamos la paz. Tú has ofendido a Octavio. La artillería desmanteló el fuerte. Vosotros seréis obedecidos por los niños. El Paraná arrastraba en la crecida grandes camalotes. Me defenderá un gran abogado. Fuimos educados por un excelente maestro. El carro era arrastrado de dos bueyes.

CUADERNOS DE INFANCIA

Entrecortado y dichoso, apenas detenido en una noche, el primer viaje que hicimos desde Buenos Aires a Mendoza, surge en mi memoria como si recuperase un paisaje a través de una ventanilla empañada.

A apoyados en un miedo, mis cinco años alcanzaron a retener la tarde en que llegamos a Monte Comán, para pasar una noche y proseguir, a la mañana siguiente, hacia nuestro destino.

El hotel disponía de escasas habitaciones, y fué necesario que durmiésemos todos — mis padres, Eduardito, nosotras cinco, la institutriz, la niñera — en tres dormitorios estrechos, pero ni esta ni cualquiera otra incomodidad hubiese podido aminorar el entusiasmo que provocaba en nosotras el acontecimiento de cenar, con los mayores, en el comedor de un hotel.

Las cinco, vestidas de marinera blanca, lo aguardábamos con tal impaciencia, que nos parecía que la madre demoraba mucho en arreglarse, que la niñera tardaba más que otras veces en acostar a Eduardito.

(1) No se olvide que la preposición *de* equivale a *por* en ciertas oraciones, rigiendo al ablativo agente.

Cuando, por fin, entramos al comedor, vimos una sola mesa ocupada por una pareja, y poco después de sentarnos, oímos que el mozo le decía a mi padre en un tono confidencial:

—“Es el empresario del circo, acompañado de la mujer más fuerte del mundo. Todas las noches levanta tres hombres con los dientes”.

Los cinco pares de ojos agrandados por la curiosidad, se fijaron, simultáneamente, en la pareja. Como me encontraba de espaldas, tuve que darme vuelta para contemplar a la mujer. Mientras la miraba, creí percibir que su cuerpo, que su fealdad, aumentaban poco a poco, y me pareció incomprendible que el empresario pudiera reírse, verla comer, hallarse tan tranquilo junto a ella.

Mi padre, ubicado frente a mí, ordenó que me sentara bien, pero antes de obedecer observé que la mujer se sonreía conmigo, y como no me animara a responderle, me apresuré a darme vuelta para proseguir comiendo.

Yo nunca había estado en un circo y me era imposible imaginar que una mujer colgara tres hombres de sus dientes. Mientras me inclinaba sobre el plato, esa sola idea provocaba en mí una oleada de miedo que me subía por las piernas, que no conseguía detener. Pensé que, tal vez, la mujer se hubiese contrariado por no haber correspondido a su sonrisa, y que aprovecharía la primera ocasión para asirme con sus dientes. Como me encontraba de espaldas, me era imposible vigilar si se levantaba de su mesa para acercarse a la nuestra. Paulatina, inconteniblemente, el terror asumió tales proporciones que, casi llorando, le supliqué a la madre que me dejara sentar a su lado.

Esa noche tuvimos que esperar, para dormirnos, a que el cansancio mitigara la certidumbre de que la mujer del circo ocupaba un cuarto a escasa distancia de los nuestros; y a la mañana siguiente, ubicados en dos breaks — mis padres con Eduardito y la niñera, en uno; la institutriz con nosotras cinco, en el otro — partíamos hacia el pueblo vecino.

Después de tres horas de barquinazos, vadeamos un arroyo. Antes de que nuestro coche descendiera al agua oscura, miramos, con un gesto de desamparo, hacia el delantero, para aferrarnos a la madre, quien inclinada sobre Eduardito no apartaba sus ojos de nosotras, mientras el chapoteo de los caballos salpicaba nuestros vestidos blancos y el agua casi cubría el eje de las ruedas. Acurrucadas, pro-

curábamos distraer nuestro miedo acariciando a los perros que se escondían detrás de los asientos. Al llegar a la orilla opuesta, experimentamos un pequeño regocijo que luego habrían de proporcionarnos siempre los restos de barro que desprenden las ruedas, el trote aligerado de los caballos después de atravesar un camino pantanoso y difícil.

Antes de que atardeciera, divisamos la vieja casa donde debíamos instalarnos hasta que se terminara de edificar la nueva. Un matrimonio puntano nos recibió en el portón del jardín. La mujer llevaba un vestido con una enorme cola floreada que supusimos habría sacado de algún baúl para conferir mayor realce a su recibimiento, pero que no se quitó durante el mes y medio que permanecemos allí.

A la hora de la cena, fué preciso que encendiéramos una cantidad de lámparas y de velas, para vigilar las paredes pobladas de arañas y de vinchucas, lo cual no impidió que, al menor roce del zapato contra la silla, diésemos un salto, seguras de que una laucha nos trepaba por una pierna.

Mientras habitamos la casa vieja, nos impusimos el hábito de llegar fatigadas a la noche, para dormirnos en el acto y sobrellevar, el menor tiempo posible, el miedo a las alimañas que se cobijaban en ella. De día, después de recorrer la quinta, trepábamos a los árboles, subíamos a los techos anochecidos de enredaderas, en busca de murciélagos, y si conseguíamos atrapar alguno, lo encerrábamos en una jaula.

Inmóviles, suspendidos de uno de los alambres, nos parecían trapitos oscuros y arrugados. Otras veces, creíamos que los murciélagos lloraban ocultando la cara, y después de sacarlos de la jaula, los poníamos sobre una rama para que se volaran.

Yo no les tenía ningún miedo, ninguna repulsión, en ese tiempo, pero cuando nos trasladamos de esa casa lóbrega — llena de partes desunidas y misteriosas — al caserón que nos habían construído, los ví tan apretados a las paredes claras, su vuelo era tan silencioso y como de algodón húmedo junto a las ventanas abiertas, que me bastó imaginar la posibilidad de que me rozaran una mejilla, para tomarles una aversión definitiva.

NORAH LANGE.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL VERBO

Uso metafórico de los tiempos verbales

Lección 26.^a

Al estudiar en el Segundo Libro el significado y empleo de los tiempos verbales en la oración simple, se vió y ejemplificó como algunos de ellos tienen un uso metafórico. Insistiremos en la presente lección en estas nociones.

La figura que consiste en usar un tiempo de verbo fuera de su natural significación es llamada *traslación* y también *enálage*.

Son casos de *traslación*: a) dar al presente la significación del pretérito; b) dar al presente la significación del futuro.

a) PRESENTE HISTÓRICO. — A veces referimos como presentes hechos pasados, como si los estuviéramos viendo realmente, dando así más viveza a la narración. Éste es el presente llamado *histórico* por haberlo empleado primeramente los historiadores. Pero tiene cabida en cualquier género de narración y descripción y también en la conversación familiar:

El Congreso de Tucumán *se constituye* el 24 de marzo, y el 9 de julio *declara* la independencia.

b) Otras veces el presente se usa para significar una acción futura, como si ésta ya estuviera sucediendo con certeza, por ej.:

Mañana *hay* novedades. El martes *salgo* para Tucumán. Dentro de un mes Juan *vuelve* y te *explica* todo.

Los casos de empleo de un tiempo de verbo por otro son muchos. Tal es el uso del futuro por el imperativo, en expresiones como *amarás padre y madre, no matarás, no jurarás en vano, irá usted y volverá en seguida, etc.*; y también del infinitivo, para exhortar, mandar o prohibir, v. gr.: *¡Callar! No decir necesidades. ¡Obedecer!*

FUTURO DE PROBABILIDAD. — Un caso frecuente es el empleo del futuro para expresar una cosa probable o dudosa.

Si se nos pregunta: *¿qué hora es?*, y contestamos: *serán las ocho*, expresamos una conjetura, una mera probabilidad.

EJEMPLOS:

¿Por qué se aparta Mario de nosotros? Lo *hará* de vergüenza.
Nuestro profesor *tendrá* cincuenta años.

Yo te aseguro que es así. Así *será*.

Esta transposición del presente al futuro es común en las oraciones interrogativas, por ej.:

¿Quién *llamará* a esta hora? ¿Si *será* Alberto?

Con este mismo valor conjetural, de probabilidad, empleamos el potencial, pero refiriéndonos al pasado:

Tendría en aquel tiempo unos veinte años.

Cuando yo entré en el colegio, él *estaría* en quinto año.

¡Lo que *haría* en su juventud!

Construcciones con gerundio

Lección 27.^a

El gerundio tiene dos formas: una simple: de *amar, amando*; de *tener, teniendo*; de *partir, partiendo*; y otra compuesta: *habiendo amado, habiendo tenido, habiendo partido*.

Su valor generalmente es adverbial. Las oraciones encabezadas por el gerundio hacen el oficio de complementos circunstanciales, verbigracia: venía *gritando*; huyó *dando voces*; estaba *durmiendo tranquilamente*, etc.

En las tres oraciones los gerundios, solos o acompañados de sus respectivos complementos, están a su vez subordinados al verbo con el cual se construyen.

OTROS EJEMPLOS DE ORACIONES DE GERUNDIO:

Modal: Escribió el libro — *robándole horas al sueño*.
Contesta a *¿cómo?*

Temporal: *Saliendo de casa* — te vi pasar.
Contesta a *¿cuándo?*

Causal: *Habiéndome sentido mal* — tuve que pedir permiso.
Contesta a *¿por qué?*

Condicional: *Saliendo temprano* — llegarás a tiempo.
Equivale a *si sales temprano*.

Concesiva: *Sabiendo frances* — no quiere hablarlo.
Equivale a *aunque sabe francés*.

La significación modal es la más frecuente.

El sujeto del gerundio puede ser el mismo de la oración principal o algún otro elemento de ella que no hay necesidad de repetir, pero a veces el gerundio lleva un sujeto independiente de la oración principal.

1er. caso: *El niño acudió corriendo*. El sentido del gerundio es modal, y el sujeto, el de la oración principal: *el niño*.

2.º caso: *Hallé a Luis estudiando*. El sentido del gerundio es modal, y el sujeto es el complemento directo *Luis*.

3er. caso: *Estando conforme tu padre, yo iré*. El sentido del gerundio es condicional, y el sujeto, ningún término de la principal, porque es *tu padre*.

El gerundio regido por la preposición *en* denota anterioridad inmediata a la acción expresada por el verbo de la principal, por ej.:

En llegando nos acostaremos.

En saliendo de casa, di con él.

El gerundio suele combinarse con verbos de estado, como *estar*, *quedar*, *hallarse*, etc., o de movimiento, como *ir*, *andar*, *venir*, *seguir*, *pasar*, etc., para indicar cierto desarrollo y duración de la acción que expresa.

EJEMPLOS:

Está llorando. Quedó durmiendo. Se halla descansando. Iba muriendo el día. Anduvieron corriendo. Vengo rogando desde hace mucho. Seguiremos leyendo. Pasó volando.

Con el verbo *estar* forma la llamada voz durativa. Por eso no puede usarse esta combinación para expresar acciones instantáneas, tales como *estuvo cayendo un rayo*.

Usos incorrectos del gerundio

1) El gerundio debe expresar coincidencia de tiempo con el que indica la oración principal, o un tiempo anterior, *nunca posterior*.

Está bien dicho, porque hay contemporaneidad:

Levantando la vista, vi a tu hermano en la ventana.

Y también, porque la acción expresada por el gerundio es anterior:

Habiendo estudiado, no debes temer los exámenes.

Pero está mal dicho, porque el gerundio expresa una acción posterior:

Un albañil cayó del andamio, *falleciendo horas después en el hospital.*

Salió de casa, *encontrándose en la esquina.*

En el último ejemplo, el sentido parece ser que como *me encontró en la esquina*, salió de casa. Lo correcto es decir:

Habiendo salido de casa, me encontró en la esquina.

O bien:

Salió de casa y me encontró en la esquina.

2) ERRADO EMPLEO DEL GERUNDIO CON VALOR ADJETIVO. —

Un intolerable galicismo de construcción es el empleo del gerundio con valor adjetivo. El gerundio tiene solamente valor adverbial y no puede modificar un sustantivo.

No debe decirse:

Recibí un cajón *conteniendo* doce botellas de sidra

sino:

Recibí un cajón *que contenía* doce botellas de sidra.

No debe decirse:

Ley *votando* socorros para las víctimas de la inundación

sino:

Ley *por la que se votan* socorros para las víctimas de la inundación.

No es lo mismo cuando se dice: *El Presidente firmó un decreto disponiendo tal cosa*; porque en casos tales se entiende que el Presidente *firmó disponiendo*, es decir que el gerundio, refiriéndose al verbo, cumple su función adverbial propia.

En ciertas construcciones los gerundios *ardiendo* e *hirviendo* se usan como adjetivos, y ésta es una excepción autorizada; por ej.: *entró el bombero en la casa ardiendo*; *le cayó encima una olla de agua hirviendo.*

Construcciones con participio

Lección 28.^a

El participio es un derivado verbal. Se divide en *activo* y *pasivo*.

El *activo* termina en *ante* o en *ente* o *iente*, según pertenezca a verbos de la 1.^a o de la 2.^a y 3.^a conjugación, por ejemplo: *amante* (de *amar*), *absorbente* (de *absorber*), *complaciente* (de *complacer*), *conducente* (de *conducir*), *viviente* (de *vivir*). Muchos verbos carecen de él. La mayor parte de los participios activos han perdido su carácter verbal, convirtiéndose en adjetivos; y algunos han pasado a sustantivos, como *amante*, *dependiente*, *escribiente*, *figurante*, *pasante*, *presidente*, *sirviente*, etc.

El *pasivo*, cuando es regular, termina en *ado* en los verbos de la 1.^a conjugación; y en *ido* en los de la 2.^a y 3.^a, como *amado*, *temido* y *partido*.

El participio pasivo tiene tres oficios:

1) En su forma masculina invariable interviene, en unión del verbo *haber*, en la formación de los tiempos compuestos, y con el verbo *ser* en la de la voz pasiva, concordando entonces con el sujeto: *he amado*, *has ido*; *soy temido*, *ella es querida*, *nosotros fuimos burlados*, *las niñas eran esperadas*, etc.

2) Acompaña a un sustantivo con valor adjetivo, concertando con él, ya como predicado nominal, ya como atributo: *el árbol está caído*; *pleito enredado*, *tinta borrada*, *hombres cansados*, *casas edificadas*; *tengo estudiada la lección*, *dejamos levantados los cargos*, *llevaba ganados varios campeonatos*.

3) También con significación adjetiva, constituye frases subordinadas adverbiales en construcciones llamadas *absolu-*

tas. Estas construcciones equivalen a oraciones modales, temporales y concesivas.

EJEMPLOS:

Tiene significación modal:

Marchaba sin rumbo, *la cabeza inclinada sobre el pecho*.

Puede convertirse en un complemento de modo con la preposición *con*:

Marchaba sin rumbo, *con la cabeza inclinada sobre el pecho*.

Equivale a una oración temporal:

Terminada la clase, los alumnos salieron al patio.

Denota siempre una circunstancia de tiempo anterior al del verbo de la oración principal.

Equivale a una oración concesiva:

El "Amadis", *si bien compuesto en la Edad Media*, se popularizó en toda Europa a partir del siglo XVI.

El *participio absoluto* contribuye mucho a la concisión de la frase.

El participio pasivo seguido de *que* y un tiempo de los verbos *haber*, *temer*, *estar*, *ser* y *ver*, suele entrar en locuciones tales como *oído que hubo la noticia*, *compuesto que hubo los versos*, *concluida que tuve la obra*, *encarcelados que estén los delincuentes*, *salidas que fueron las alumnas*, *acabados que vió los deberes*, etc.

De estas locuciones, salvo las dos primeras que se construyen con el verbo *haber*, donde el participio permanece invariable, las demás conciertan el participio en género y número con el nombre al cual se refiere.

Ejercicio

Subrayar las locuciones absolutas formadas por participios, especificar a qué clase de oración adverbial equivalen, y convertirlas en otras de gerundio o de verbo personal, o si son modales en complementos precedidos de la preposición *con*.

Caida la venda de sus ojos, descubrió el engaño. ¿Quién te trajo hasta ponerte en un patíbulo, las manos enclavadas, los miembros desconjuntados, las venas agotadas, los labios secos, y todo, finalmente despedazado? (LUIS DE GRANADA). Llegada la hora, todos se recogieron a sus casas. Acabado el pleito, él quedó arruinado. Los pies descalzos y los brazos desnudos, el pescadorcito parecía una estatua antigua. Si bien alimentado con cebada, el animal no engordaba. Tomada la trinchera, la aldea cayó en manos de los soldados. Esto dicho, se retiraron. Bajó del esquife un brioso mancebo de poco más de veinte y cuatro años, vestido a lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta. (CERVANTES). El rey, visto que no podía tomar por fuerza la villa, mandóla escalar una noche con gran silencio. (MARIANA).¹ La casa, destruido el muro, no pudo sostenerse. El hombre yacía en el suelo, la cabeza herida de un balazo.

Póngase en prosa la siguiente poesía, ordenando los elementos oracionales y desarrollando las locuciones elípticas:

A ROMA SEPULTADA EN SUS RUINAS

Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino;
y, limadas del tiempo las medallas,
más se muestran destrozado a las batallas
de las edades que blasón latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto son doliente.

(1) En esta cláusula, el participio es atributo, no de un sustantivo, sino de una oración sustantiva encabezada por *que*.

¡Oh, Roma! En tu grandeza, en tu hermosura,
huye lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

Célebre prosista y poeta español del siglo XVII. Fué Francisco de Quevedo y Villegas hombre doctísimo y desempeñó importantes cargos públicos y difíciles tareas diplomáticas. Sus libros más conocidos son la *Vida del Buscón*, llamada también *El Gran Tacaño*, novela picaresca, o sea de costumbres de los *pícaros*, y *Los sueños*, terribles fantasías satíricas. Escribió en estilo grave muchos tratados doctrinales y políticos; en estilo ameno, muchos opúsculos satíricos; y en verso, abundantes poesías serias y jocosas. Se caracteriza por la riqueza, variedad y concisión de su estilo. Nació en Madrid en 1580; falleció en 1645. En el 1er. terceto dice *Tibre* por *Tíber*.

CONJUGACIÓN DE VERBOS IRREGULARES *

Verbos de irregularidad propia de la 1.^a conjugación

Lección 29.^a

En la primera conjugación hay tres verbos de irregularidad especial o propia: *andar*, *dar* y *estar*.

ANDAR

La irregularidad de *andar* y de su compuesto *desandar* consiste en el cambio de desinencia en el *Pretérito Indefinido* y en los tiempos correlativos, el *Pretérito Imperfecto* y el *Futuro Imperfecto de Subjuntivo*.

PRETÉRITO INDEFINIDO

Yo anduve
Tú anduviste
Él anduvo

Nosotros anduvimos
Vosotros anduvisteis
Ellos anduvieron

* Se continúa en las lecciones que siguen el estudio ya iniciado en el Primer Libro y proseguido en el Segundo. El alumno debe recordar los tiempos que presentan irregularidades comunes.

PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo anduviera o anduviese
 Tú anduvieras o anduvieses
 Él anduviera o anduviese
 Nosotros anduviéramos o anduviésemos
 Vosotros anduvierais o anduvieseis
 Ellos anduvieran o anduviesen

FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo anduviere	Nosotros anduviéremos
Tú anduvieres	Vosotros anduviereis
Él anduviere	Ellos anduvieren

DAR

La irregularidad de *dar* también consiste en el cambio de las desinencias. En el *Presente de Indicativo* toma una *y* en la 1.^a persona: yo *doy*. Antiguamente era regular, pues se decía yo *do*, así como yo *so*, yo *vo*, yo *estó*.

En el *Pretérito Indefinido* hace yo *di*, tú *diste*, él *dió*, nosotros *dimos*, vosotros *disteis*, ellos *dieron*, tomando las desinencias de los verbos de la 2.^a y 3.^a conjugación y no de la 1.^a a la que pertenece.

Lo mismo en los tiempos correlativos, *Pretérito Imperfecto* y *Futuro Imperfecto de Subjuntivo*.

PRETÉRITO IMPERFECTO DE
SUBJUNTIVO

Yo *diera* o *diese*
 Tú *dieras* o *dieses*
 Él *diera* o *diese*
 Nosotros *diéramos* o *diésemos*
 Vosotros *dierais* o *dieseis*
 Ellos *dieran* o *diesen*

FUTURO IMPERFECTO DE
SUBJUNTIVO

Yo *diere*
 Tú *dieres*
 Él *diere*
 Nosotros *diéremos*
 Vosotros *diereis*
 Ellos *dieren*

CORRECCIÓN DE UN VULGARISMO. — El *Presente de Subjuntivo* es regular, aunque necesariamente agudo en las voces monosílabas. Hace yo *dé*, tú *dés*, él *dé*, nosotros *demos*, vosotros *deis*, ellos *den*. Decir yo *dea* es un vulgarismo de la peor especie, que bien sabemos no comete ninguna persona culta.

ESTAR

La irregularidad de *estar* consiste en tomar una *y* en la 1.^a persona del singular del *Presente de Indicativo*. Nótese que también tiene agudas las 2.^a y 3.^a personas del singular y 3.^a del plural, graves en los demás verbos regulares: *estás*, *está*, *están*. Compárese con *amas*, *ana*, *aman*.

El *Pretérito Indefinido* y los tiempos correlativos, el *Pretérito Imperfecto* y el *Futuro de Subjuntivo*, cambian la desinencia lo mismo que *andar*:

PRETÉRITO INDEFINIDO

Yo *estuve*
Tú *estuviste*
Él *estuvo*
Nosotros *estuvimos*
Vosotros *estuvisteis*
Ellos *estuvieron*

PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo *estuviera* o *estudiese*
Tú *estuvieras* o *estudieses*
Él *estuviera* o *estudiese*
Nosotros *estuviéramos* o *estuviésemos*
Vosotros *estuvierais* o *estudieseis*
Ellos *estuvieran* o *estudiesen*

FUTURO DE SUBJUNTIVO

Yo *estuviere*
Tú *estuvieres*
Él *estuviere*
Nosotros *estuviéremos*
Vosotros *estuviereis*
Ellos *estuvieren*

Verbos de irregularidad propia de la 2.^a conjugación

Lección 30.^a

Los principales son *caber*, *caer* y sus compuestos *decaer* y *recaer* (v. Segundo Libro, lección 40.^a), *hacer* y su com-

puesto *satisfacer, placer, poder, poner, querer, saber, tener, traer, ver y yacer*, además de *haber* y *ser*, ya conocidos.

CABER

Caber es uno de los verbos más irregulares de nuestra lengua. No tiene parecido con ninguno. Sus tiempos irregulares son:

✓ PRESENTE DE INDICATIVO

Yo *quepo*
Tú *cabes*
Él *cabe*
Nosotros *cabemos*
Vosotros *cabéis*
Ellos *cabén*

PRESENTE DE SUBJUNTIVO

Yo *quepa*
Tú *quepas*
Él *quepa*
Nosotros *quepamos*
Vosotros *quepáis*
Ellos *quepan*

IMPERATIVO

Cabe tú
Quepa él
Quepamos nosotros
Cabed vosotros
Quepan ellos

✓ PRETÉRITO INDEFINIDO DEL INDICATIVO

Yo *cupe*
Tú *cupiste*
Él *cupo*
Nosotros *cupimos*
Vosotros *cupisteis*
Ellos *cupieron*

PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo *cupiera* o *cupiese*
Tú *cupieras* o *cupieses*
Él *cupiera* o *cupiese*
Nos. *cupiéramos* o *cupiésemos*
Vosotros *cupierais* o *cupieseis*
Ellos *cupieran* o *cupiesen*

× FUTURO IMPERFECTO DE INDICATIVO

Yo *cabré*
Tú *cabrás*
Él *cabrá*
Nosotros *cabremos*
Vosotros *cabréis*
Ellos *cabrán*

POTENCIAL SIMPLE

Yo *cabría*
Tú *cabrías*
Él *cabría*
Nosotros *cabríamos*
Vosotros *cabriais*
Ellos *cabrían*

En el *Futuro* y el *Potencial* pierde la *e* del infinitivo radical, como otros verbos que se estudiarán a continuación. En vez de *caber - é* hace *cab(e)ré = cabré*; de *caber - ía* hace *cab(e)ría = cabría*.

H A C E R

En los tiempos del primer grupo este verbo cambia la *c* radical en *g* antes de las vocales *o*, *a* de las desinencias. En el *Presente* el cambio sólo se produce, por consiguiente, en la 1.^a persona.

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo hago	Yo haga	
Tú haces	Tú hagas	Haz tú (y no <i>hace</i>)
Él hace	Él haga	Haga él
Nosotros hacemos	Nosotros hagamos	Hagamos nosotros
Vosotros hacéis	Vosotros hagáis	Haced vosotros
Ellos hacen	Ellos hagan	Hagan ellos

En los tiempos del segundo grupo la radical es *hic*. Cuando la *c* se cambia en *z* en la 3.^a persona del *Pretérito Indefinido*, es por regla ortográfica, para mantener su pronunciación. Además la 1.^a y 3.^a personas toman las desinencias especiales inacentuadas *e*, *o*, y no las agudas *í*, *ió* de los verbos regulares.

PRETÉRITO INDEFINIDO	PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO
Yo <i>hice</i>	Yo <i>hiciera</i> o <i>hiciese</i> , etc.
Tú <i>hiciste</i>	
Él <i>hizo</i>	FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO
Nosotros <i>hicimos</i>	Yo <i>hiciere</i> , etc.
Vosotros <i>hicisteis</i>	
Ellos <i>hicieron</i>	

En los tiempos del tercer grupo *hacer* pierde por síncope la sílaba *ce* de su infinitivo radical: en vez de *hacer - é* se conjuga *ha(ce)ré = haré*; en vez de *hacer - ía*, se conjuga *ha(ce)ría = haría*.

Se conjugan como *hacer* sus compuestos, *contrahacer* y *deshacer*, y asimismo *satisfacer*, que conserva la *f* originaria latina, que aun existía en el castellano antiguo: *facer*.

Presente de Indicativo: yo satisfago.

Presente de Subjuntivo: yo satisfaga, etc.

Imperativo: satisfaz y también satisface tú, satisfaga él, satisfagamos, satisfaced, satisfagan.

Pretérito Indefinido: yo satisfice, tú satisficiste, él satisfizo, nosotros satisficimos, vosotros satisficisteis, ellos satisficieron.

Pretérito Imperfecto de Subjuntivo: yo satisficiera, tú satisficieras, él satisficiera, nosotros satisficiéramos, vosotros satisficierais, ellos satisficieran.

Futuro Imperfecto de Subjuntivo: yo satisficiere, etc.; nosotros satisficiéremos, etc.

Es un error decir *satisfaciera*, *satisfacéramos*; *satisfaciere*, *satisfaciéremos*, como si fuera regular.

Futuro Imperfecto de Indicativo: Yo satisfaré, etc.

Potencial simple: Yo satisfaría, etc.

PLACER

Este verbo no suele emplearse sino en las terceras personas, y particularmente del singular. En tal caso sería defectivo (ver lección 33.^a).

En los cuatro tiempos simples del Indicativo, la 3.^a persona del singular hace, respectivamente,

place, placía, plugo, placirá.

Como se ve, la radical del *Pretérito Indefinido* es *plug*. La 3.^a persona del plural hace *pluguieron*. Por consiguiente en el *Pretérito Imperfecto de Subjuntivo* se conjuga *pluguiera*

o *pluguiese*; y el *Futuro Imperfecto de Subjuntivo*, *pluguiere*. Generalmente se emplea en oraciones desiderativas o hipotéticas tales como *pluguiese al cielo*; *si pluguiere al cielo*, etc.

La radical del *Presente de Subjuntivo* es *pleg*: *¡plega* a Dios que lleguemos a tiempo!; o también: *plegue* a Dios.

Sin embargo, la forma *plació*, en el *Pretérito Indefinido* (regular); *plazca*, en el *Presente de Subjuntivo* (irregular como la de los verbos en *acer*); *placiera* y *placiese* en el *Pretérito Imperfecto de Subjuntivo* (regulares), han sido usadas por excelentes autores. A este propósito nótese que sus compuestos *complacer* y *desplacer* se conjugan en todas las personas y tiempos como los irregulares terminados en *acer*, al modo de *nacer*, que toman una *z* antes de la *c*, en el *Presente de Indicativo* (1.^a persona), el *Presente de Subjuntivo* y algunas personas del *Imperativo*:

complazco, complazca; desplazco, desplazca.

La Academia niega que el verbo *placer* sea defectivo. “Si se dice *complazco, complaces*, etc.; si puede decirse *desplazco, desplaces*, ¿por qué no se ha de decir *plazco, placés*, etc.?”

Admite por consiguiente las dos irregularidades, la equivalente a la del verbo *nacer* y la ya vista que se manifiesta en ciertas terceras personas: *plega* y *plugo*, y en conclusión cree acertado declarar: “1.º Que el verbo *placer* puede, sin inconveniente alguno, conjugarse en todos sus modos, tiempos, números y personas, como *complacer* y *desplacer*. 2.º Que en algunas terceras personas puede tener las formas distintas que se pondrán a continuación. 3.º Que siempre que se lo emplee como impersonal habrá de preferirse aquellas en que toma las letras *pleg* y *plug*”.

PRESENTE DE SUBJUNTIVO

Plega, plegue o plazca

PRETÉRITO INDEFINIDO

*Plugo o plació
Pluguieron o placieron*

PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Pluguiera o placiera; pluguiese o placiese

FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Pluguiere o placiere

Tal ha sido también con anterioridad a la Academia la opinión de tan autorizado gramático como Andrés Bello.

En la Argentina las formas *plega* y *plugo* son poquísimamente usadas, considerándose las afectadas.

PODER

Lección 31.^a

En los tiempos del primer grupo diptonga la *o* en *ue*, en las personas en que lo hacen muchos verbos de irregularidad común ya estudiados: yo *puedo*, yo *pueda*, *puede* tú, etc.

Conjúguese en todas las personas regulares e irregulares de los tres tiempos.

En los tiempos del segundo grupo debilita la *o* radical en *u*: *pude*, *podiera* o *podiese*, *podiere*, etc. Además la 1.^a y 3.^a personas del *Pretérito Indefinido* toman las desinencias inacentuadas *e*, *o* (*pude*, *pudo*), en vez de las regulares *í*, *ió* agudas.

En los tiempos del tercer grupo pierde la *e* del infinitivo radical: en vez de *poder - é*, hace *pod(e)ré = podrá*; de *poder - ía*, *pod(e)ría = podría*.

PONER

En los tiempos del primer grupo toma una *g* después de la *n* radical, delante de las desinencias *o*, *a*: yo pongo, yo ponga, etc. La 2.^a persona singular del *Imperativo* hace *pon* tú y no *pone*.

Conjúguese en todas las personas de los tres tiempos.

En los tiempos del segundo grupo cambia la radical *pon* por *pus*: *puse*, *pusiera* o *pusiese*, *pusiere*, etc. Además en la 1.^a y 3.^a personas del *Indefinido* toma las desinencias inacentuadas *e*, *ò* (*puse*, *puso*), en lugar de las regulares *í*, *ió* agudas.

En los tiempos del tercer grupo pierde la *e* del infinitivo radical y en su lugar admite una *d*; en vez de *poner - é*, hace *pon(e)dré* = *pondré*; de *poner - ía*, *pon(e)dría* = *pondría*.

Lo mismo que *poner* conjúganse sus compuestos *anteponer*, *componer*, *deponer*, *posponer*, *reponer*, *suponer*, *preponer*, etc.

QUERER

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo quiero	Yo quiera	
Tú quieres	Tú quieras	Quiere tú
Él quiere	Él quiera	Quiera él
Nosotros queremos	Nosotros queramos	Queramos nosotros
Vosotros queréis	Vosotros queráis	Queráis vosotros
Ellos quieren	Ellos quieran	Quieran ellos

Obsérvese en los tiempos anteriores la diptongación de la *e* en *ie*, como en muchos verbos de irregularidad común ya estudiados.

PRETÉRITO INDEFINIDO PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo *quisé*
 Tú *quisiste*
 Él *quiso*
 Nosotros *quisimos*
 Vosotros *quisisteis*
 Ellos *quisieron*

Yo *quisiera* o *quisiese*, etc.

FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo *quisiere*, etc.

En los tiempos anteriores la radical cambia de *quer* en *quis*, y las desinencias de la 1.^a y 3.^a personas del *Indefinido* son inacentuadas: *e*, *o*, en cambio de las regulares *í*, *ió* agudas.

FUTURO IMPERFECTO DE
 INDICATIVO

Yo *querré*
 Tú *querrás*
 Él *querrá*
 Nosotros *querremos*
 Vosotros *querréis*
 Ellos *querrán*

POTENCIAL SIMPLE

Yo *querría*
 Tú *querrías*
 Él *querría*
 Nosotros *querríamos*
 Vosotros *querríaís*
 Ellos *querrían*

En el *Futuro Imperfecto de Indicativo* y en el *Potencial* pierde la *e* del infinitivo radical: en vez de *querer - é*, hace *quer(e)ré = querré*; en vez de *querer - ía*, hace *quer(e)ría = querría*.

Es un error decir en el subjuntivo presente: nosotros *querramos*, vosotros *querráis*. Debe decirse *queramos*, *queráis*.

S A B E R

En la primera persona del *Presente de Indicativo* hace *sé* (si fuera regular haría *sabo*), siendo regulares las demás personas. El *Presente de Subjuntivo* cambia su radical en *sep*: *sepa*, *sepas*, *sepa*, *sepamos*, *sepáis*, *sepan*. El *Imperativo* toma la misma radical en la tercera persona del singular y

en la primera y tercera del plural: sabe tú, *sepá* él, *sepamos* nosotros, sabed vosotros, *sepan* ellos.

En los tiempos del segundo grupo cambia la radical en *sup*. Además la 1.^a y 3.^a personas del *Pretérito Indefinido* toman las desinencias inacentuadas *e*, *o*, en vez de las agudas *i*, *ió*, de los verbos regulares.

PRETÉRITO INDEFINIDO	PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO
Yo <i>supe</i>	Yo <i>supiera</i> o <i>supiese</i> , etc.
Tú <i>supiste</i>	
Él <i>supo</i>	
Nosotros <i>supimos</i>	FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO
Vosotros <i>supisteis</i>	Yo <i>supiere</i> , etc.
Ellos <i>supieron</i>	

En los tiempos del tercer grupo pierde la *e* del infinitivo radical. En lugar de *saber - é*, hace *sab(e)ré = sabré*; en lugar de *saber - ía*, hace *sab(e)ría = sabría*.

TRAER

En los tiempos del primer grupo toma, lo mismo que *caer*, el sonido *ig* ante las desinencias *o*, *a*: yo *traigo*, yo *traiga*, *traiga* él, etc.

Conjúguese en todas las personas de los tres tiempos.

En los tiempos del segundo grupo su radical es *traj* en vez de *tra*. También pierde la *i* de ciertas desinencias. Las de la 1.^a y 3.^a persona del *Pretérito Indefinido* son inacentuadas (*traje*, *trajo*) en vez de las regulares *i*, *ió* agudas.

PRETÉRITO INDEFINIDO

Yo *traje*
 Tú *trajiste*
 Él *trajo*
 Nosotros *trajimos*
 Vosotros *trajisteis*
 Ellos *trajeron*

PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo *trajera* (si la desinencia fuera regular sería *traj (i) era*)

FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo *trajere* (si la desinencia fuera regular sería *traj (i) ere*)

TENER

Lo mismo que *poner*, toma una *g* después de las desinencias *o*, *a*, en los tiempos del primer grupo. Pero además diptonga la *e* en *ie* en la 2.^a y 3.^a personas del singular y 3. del plural del *Presente de Indicativo*:

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo tengo	Yo tenga	
Tú tienes	Tú tengas	Ten tú (y no <i>tiene</i>)
Él tiene	Él tenga	Tenga él
Nosotros tenemos	Nosotros tengamos	Tengamos nosotros
Vosotros tenéis	Vosotros tengáis	Tened vosotros
Ellos tienen	Ellos tengan	Tengan ellos

En los tiempos del segundo grupo cambia la radical *ten* por *tuv*: *tuve*, *tuviera* o *tuviese*, *tuviere*, etc. Además toma en la 1.^a y 3.^a persona del singular del *Pretérito Indefinido* las desinencias inacentuadas *e*, *o* (*tuve*, *tuvo*) en lugar de las regulares *í*, *ió* agudas.

En los tiempos del tercer grupo pierde lo mismo que *poner* la *e* del infinitivo radical y en su lugar admite una *d*: en vez de *tener-é* hace *ten(e)dré* = *tendré*; de *tener-ía*, *ten(e)dría* = *tendría*.

Como *tener* conjúganse sus compuestos *atenerse*, *contener*, *detener*, *entretener*, *mantener*, *retener*, *sostener*, etc.

VER

En los tiempos del primer grupo tiene una *e* ante las desinencias *o*, *a*: yo *veo*; yo *vea*; *vea* él, etc. Esta aparente irregularidad nace de que antiguamente el verbo pronunciábase *veer*, y por tanto esa *e* era letra radical. Por eso escribían tú *vees*, él *vee*, ellos *veen*, y el gerundio hacía *veyendo*.

El *Preterito Imperfecto del Indicativo* también conserva esa *e* radical: yo *veía*, tú *veías*, él *veía*, nosotros *veíamos*, vosotros *veíais*, ellos *veían*; sin embargo antes se usaron también las formas: yo *vía*, tú *vías*, él *vía*, etc.

Lo mismo que *ver* conjúganse sus compuestos *antever*, *entrever*, *prever* y *rever*. Se dice *preví* y no como suelen decir equivocadamente algunos: *preveí*.

YACER

PRESENTE DE INDICATIVO

PRESENTE DE SUBJUNTIVO

Yo yazco, yazgo o yago

Yo yazca, yazga o yaga

Tú yaces

Tú yazca, yazga o yaga

Él yace

Él yazca, yazga o yaga

Nosotros yacemos

Nosotros yazcamos, yazgamos o yagamos

Vosotros yacéis

Vosotros yazcáis, yazgáis o yagáis

Ellos yacen

Ellos yazcan, yazgan o yagan

IMPERATIVO

Yace o yaz tú

Yazca, yazga o yaga él

Yazcamos, yazgamos o yagamos nosotros

Yaced vosotros

Yazcan, yazgan o yagan ellos

Si usamos la forma *yazco* lo conjugamos como *nacer*; si la forma *yago*, como *hacer*. *Yazgo* participa de ambos

géneros de irregularidad. La forma *yago* actualmente es poco o nada usada.

Los verbos de irregularidad propia de la 3.^a conjugación

Lección 32.^a

Los principales verbos de irregularidad propia de la 3.^a conjugación son: *asir*, *decir* (ya estudiado), *erguir*, *ir*, *oír* y *venir*.

ASIR

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo asgo	Yo asga	
Tú ases	Tú asgas	Ase tú
Él ase	Él asga	Asga él
Nosotros asimos	Nosotros asgamos	Asgamos nosotros
Vosotros asís	Vosotros asgáis	Asid vosotros
Ellos asen	Ellos asgan	Asgan ellos

En los tres tiempos anteriores toma una *g* ante las desinencias *o*, *a*. Estas personas irregulares son muy poco usadas. Ponemos a continuación un ejemplo de una de sus formas regulares:

La Muerte, yo la he visto, no es demacrada y mustia
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia...

RUBÉN DARÍO.

Lo mismo se conjuga su compuesto *desasir*.

ERGUIR

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo irgo o yergo	Yo irga o yerga	
Tú irgues o yergues	Tú irgas o yergas	Irgue o yergue tú
Él irgue o yergue	Él irga o yerga	Irga o yerga él
Nosotros erguimos	Nosotros irgamos	Irgamos nosotros
Vosotros erguis	Vosotros irgáis	Erguid vosotros
Ellos irguen o yerguen	Ellos irgan o yergan	Irgan o yergan ellos

En los tiempos anteriores presenta dos formas de irregularidad, ya estudiadas: o diptonga en las mismas personas que *sentir*, la *e* radical en *ie* (que por ser inicial se ha convertido en *ye*) o debilita, como hace por ejemplo *pedir*, la *e* en *i*.

La forma diptongada es la más usada en las personas que la admiten. La Academia trae las formas *yergámos*, *yergáis*; pero creemos con Rufino José Cuervo que está equivocada. Equivaldría a decir *sientamos*, *sientáis*.

En la 3.^a persona singular y plural del *Pretérito Indefinido*, y en todas las del *Pretérito Imperfecto de Subjuntivo* y *Futuro Imperfecto de Subjuntivo*, cambia lo mismo que *sentir*, la *e* en *i*.

Pretérito Indefinido: irguió, irguieron.

Pretérito Imperfecto de Subjuntivo: irguiera o irguiese, etc.

Futuro Imperfecto de Subjuntivo: irguiere, etc.

IR

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo voy	Yo vaya	
Tú vas	Tú vayas	Vé tú
Él va	Él vaya	Vaya él
Nosotros vamos	Nosotros vayamos	Vayamos nosotros
Vosotros vais	Vosotros vayáis	Id vosotros
Ellos van	Ellos vayan	Vayan ellos

PRETÉRITO IMPERFECTO DEL INDICATIVO

Yo iba	Nosotros íbamos
Tú ibas	Vosotros íbais
Él iba	Ellos iban

PRETÉRITO INDEFINIDO

Yo fui
 Tú fuiste
 Él fué
 Nosotros fuimos
 Vosotros fuisteis
 Ellos fueron

PRETÉRITO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo fuera o fuese, etc.

FUTURO IMPERFECTO DE SUBJUNTIVO

Yo fuere, etc.

Las variadas irregularidades de este verbo se explican por proceder éstas de tres verbos latinos. Los tiempos del segundo grupo se conjugan como el verbo *ser*, pues tienen el mismo origen.

El *Futuro* y el *Potencial* son regulares.

El *Gerundio* hace *yendo*.

OÍR

PRESENTE DE
INDICATIVO

Yo oigo
 Tú oyes
 Él oye
 Nosotros oímos
 Vosotros oís
 Ellos oyen

PRESENTE DE
SUBJUNTIVO

Yo oiga
 Tú oigas
 Él oiga
 Nosotros oigamos
 Vosotros oigáis
 Ellos oigan

IMPERATIVO

Oye tú
 Oiga él
 Oigamos nosotros
 Oid vosotros
 Oigan ellos

En las formas *oyó*, *oyera*, *oyese*, *oyendo*, etc., del *Pretérito Indefinido*, el *Pretérito Imperfecto* y *Futuro de Subjuntivo* y el *Gerundio*, no hay irregularidad porque la *i* de la desinencia se mude en *y* (*ye*).

Como *oír* se conjugan sus compuestos *desoír* y *entreoír*.

VENIR

En los tiempos del primer grupo se conjuga como *tener*: toma una *g* ante las desinencias *o*, *a* y diptonga la *e* radical en *ie* en la 2.^a y 3.^a personas del singular y 3.^a del plural del *Presente de Indicativo*.

PRESENTE DE INDICATIVO	PRESENTE DE SUBJUNTIVO	IMPERATIVO
Yo vengo	Yo venga	
Tú vienes	Tú vengas	Ven tú
Él viene	Él venga	Venga él
Nosotros venimos	Nosotros vengamos	Vengamos nosotros
Vosotros venís	Vosotros vengáis	Venid vosotros
Ellos vienen	Ellos vengán	Vengan ellos

En los tiempos del segundo grupo muda la *e* en *i*. Además tiene las desinencias graves *e*, *o* (*vine*, *vino*) en vez de las regulares *í*, *ió* agudas.

PRETÉRITO INDEFINIDO

Yo vine
Tú viniste
Él vino
Nosotros vinimos
Vosotros vinisteis
Ellos vinieron

PRETÉRITO IMPERFECTO
DE SUBJUNTIVO

Yo viniera o viniese, etc.

FUTURO IMPERFECTO
DE SUBJUNTIVO

Yo viniere, etc.

En los tiempos del tercer grupo pierde la *i* del infinitivo radical y en su lugar toma una *d*: en lugar de *venir - é* hace *ven(i)dré = vendré*; de *venir - ía*, *ven(i)dría = vendría*.

Como *venir* se conjugan sus compuestos *avenir*, *convenir*, *intervenir*, *prevenir*, *reconvenir*, *subvenir*, etc.

Leer y recitar:

EL ÁNGEL

Ya mirando la estampa de San Juan;
ya el gran reloj; ya, en la labor, tus manos,
estuve enfermo un mes. Por el zaguán
entraba el ruido de los niños sanos.

Llena de miedo ante mi cara mustia,
eras un ángel, de prudente y triste.
Si te llamé mil veces en mi angustia,
ni una menos viniste.

Y el dulce día que a mirar la gente
salí al portal con asustados pies,
me seguía en tu rostro humildemente
mi gravedad de un mes.

JOSÉ PEDRONI.

Poeta argentino contemporáneo, nacido en 1899. Ha publicado *La gota de agua*, *Gracia plena*, *Poemas y palabras*, etc.

Verbos defectivos

Lección 33.^a

Llámanse *defectivos* los verbos que no se usan en ciertos tiempos y personas. Esta carencia puede nacer de dos causas principales: o porque el significado de tales verbos rechaza el empleo de algunas de sus personas, o porque ciertas formas resultan extrañas e ingratas al oído.

Pertenece a esta segunda clase el verbo *abolir*, cuyas formas del Presente del Indicativo *abolo*, *aboles*, *abole*, *abolen*, o del Presente del Subjuntivo, *abola*, *abolas*, *abola*, etc., son rechazados por los gramáticos, los cuales sólo consienten aquellos tiempos y personas cuyas desinencias empiezas por la vocal *i*. Están por consiguiente autorizados *abol-imos*, *abol-ís*; *abol-ía*, *abol-ías*, *abol-ía*, etc.; *abol-í*, *abol-iste*,

abol-*ió*, etc.; abol-*iré*, abol-*iría*, abol-*iera*, abol-*iese*, abol-*iere*, etc.

La misma regla se aplica al verbo *garantir* y algún otro. Los gramáticos rechazan las formas yo *garanto*, tú *garantes*, él *garante*, o yo *garanta*, tú *garantas*, él *garanta* — muy usadas por los escritores americanos — y aceptan en cambio *garantimos*, *garantís*, *garantía*, *garantí*, *garantiré*, *garantiera* o *garantiese*, *garantiere*, etc.

Con el mismo significado de *garantir* existe el verbo *garantizar*, el cual es regular y puede usarse en todos los tiempos y personas.

Según la Academia, *balbucir* “no se puede usar en ninguna de las personas en que los verbos irregulares de la tercera clase toman una *z* antes de la *c*”. Rechaza, pues, las formas yo *balbuzco*, yo *balbuzca* y todas las semejantes. El fundamento de esta prohibición no se comprende bien. Bello no lo registra entre los verbos defectivos; sí Cuervo en sus Notas a la *Gramática* de Bello. Aquél hace de *balbucir* un verbo semejante a *abolir*.

Nótese que *balbucir* tiene un sinónimo, *balbucear*, que es regular y puede usarse en todos los tiempos y personas.

Atañer es defectivo por su significación. Sólo se emplea en las terceras personas, por ejemplo: esto no me *atañe* (no me pertenece, no me toca). Las más usadas son las del *Presente de Indicativo*: *atañe*, *atañen*.

Concernir, su sinónimo, también empléase, por su significación, únicamente en las terceras personas, y rara vez en otros tiempos que en el *Presente de Indicativo*, *Presente de Subjuntivo* y *Pretérito Imperfecto de Indicativo*: *concierne*, *conciernen*; *concierna*, *conciernan*; *concernía*, *concernían*. También son correctos el gerundio: *concerniendo*, y el participio activo: *concerniente*.

Algunos gramáticos suelen traer otros verbos defectivos; pero no hay acuerdo sobre el uso de los mismos, o bien por su escaso empleo no interesa aquí tratar de ellos.

Los participios irregulares

Lección 34.^a

Los participios pasivos que no acaban en *ado* o *ido* son irregulares. A continuamos ponemos una lista de ellos:

De abrir	<i>abierto</i>	De poner	<i>puesto</i>
„ cubrir	<i>cubierto</i>	„ proscribir	<i>proscripto</i> o <i>proscrito</i>
„ decir	<i>dicho</i>	„ resolver	<i>resuelto</i>
„ escribir	<i>escrito</i>	„ satisfacer	<i>satisfecho</i>
„ inscribir	<i>inscripto</i> o <i>inscrito</i>	„ suscribir	<i>suscripto</i> o <i>suscrito</i>
„ hacer	<i>hecho</i>	„ ver	<i>visto</i>
„ imprimir	<i>impreso</i>	„ volver	<i>vuelto</i>
„ morir	<i>muerto</i>		

Sus compuestos tienen ordinariamente la misma irregularidad, como *contradicho* (de *contradecir*), *contrahecho* (de *contrahacer*), *depuesto* (de *deponer*), *descubierto* (de *descubrir*), *recubierto* (de *recubrir*), *repuesto* (de *reponer*), *revuelto* (de *revolver*), etc.

Bendecir y *maldecir*, aunque compuestos de *decir*, hacen *bendecido* y *maldecido*. Los vocablos *bendito* y *maldito*, derivados de *decir*, no son participios sino meros adjetivos. Andrés Bello los considera participios sólo en exclamaciones tales como ¡*Bendita* sea su misericordia!, ¡*Malditos* sean los traidores que han vendido a su patria! En estos casos pueden ser sustituidos por las formas regulares *bendecida* y *maldecidos*, que Bello recomendaba como más elegantes y poéticas.

Hay muchos verbos que tienen dos participios pasivos, uno regular y otro irregular. Damos a continuación una lista de los más comunes:

Abstraer	abstraído	abstracto
Aceptar	aceptado	acepto
Atender	atendido	atento
Circuncidar	circuncidado	...	circunciso
Compeler	compelido	compulso
Comprimir	comprimido	compreso
Concluir	concluído	concluso
Confesar	confesado	confeso
Confundir	confundido	confuso
Consumir	consumido	consunto
Convencer	convencido	convicto
Convertir	convertido	converso
Corregir	corregido	correcto
Corromper	corrompido	corrupto
Despertar	despertado	despierto
Difundir	difundido	difuso
Dirigir	dirigido	directo
Dividir	dividido	diviso
Elegir	elegido	electo
Enjugar	enjugado	enjuto
Excluir	excluído	excluso
Eximir	eximido	exento
Expeler	expelido	expulso
Expresar	expresado	expreso
Extender	extendido	extenso
Extinguir	extinguido	extinto
Fijar	fijado	fijo
Freír	freído	frito
Hartar	hartado	harto
Incluir	incluído	incluso
Incurrir	incurrido	incurso
Infundir	infundido	infuso
Injertar	injertado	injerto
Insertar	insertado	inserto
Invertir	invertido	inverso
Juntar	juntado	junto
Manifestar	manifestado	manifiesto
Nacer	nacido	nato
Oprimir	oprimido	opreso

Poseer	poseído	poseo
Prender	prendido	preso
Presumir	presumido	presunto
Pretender	pretendido	pretenso
Propender	propendido	propenso
Proveer	proveído	provisto
Recluir	recluído	recluso
Salvar	salvado	salvo
Sepultar	sepultado	sepulto
Soltar	soltado	suelto
Substituir	substituído	substituto
Sujetar	sujetado	sujeto
Suspender	suspendido	suspensio
Teñir	teñido	tinto
Torcer	torcido	tuerto

Las dos formas rara vez se usan indistintamente. Los participios irregulares, derivados directamente del latín, actúan casi siempre como adjetivos y algunos como sustantivos, y no para formar los tiempos compuestos por medio del auxiliar *haber*. Hay excepciones.

Puede decirse indiferentemente *he freído* o *he frito* los huevos, aunque la segunda forma es más común.

La forma *preso*, de *prender*, cuando tiene el significado de *aprehender* o *encarcelar*, se usa en la conjugación con los verbos *haber* o *ser*, más frecuentemente que el regular *prendido*, por ejemplo: *han preso* a los ladrones; o bien: los *han prendido*; los ladrones *fueron presos*; o bien: *fueron prendidos*.

Lo mismo acontece con *provisto* y *proveído*.

El participio regular *rompido*, antes muy común, es de uso cada vez más raro.

Formas arcaicas de la conjugación

Lección 35.^a

El alumno debe conocer, a fin de prepararse para la lectura de los escritores castellanos antiguos, ciertas formas arcaicas de la conjugación, usadas en la Edad Media o en los siglos XVI y XVII. De algunas se ha hecho mención con diferente propósito en este libro y en los anteriores de este Curso. A continuación señalaremos otras principales.

1.— En lugar de las desinencias *ais*, *eis*, *is* de la segunda persona del plural (con excepción del Pretérito Indefinido) se usaban antiguamente las formas *ades*, *edes*, *ides*.

A M A R

	FORMA MODERNA	FORMA ANTIGUA
<i>Presente de Indicativo</i>	amáis	amades
<i>Pretérito Imperfecto de Indic.</i>	amabais	amábades
<i>Futuro de Indicativo</i>	amaréis	amaredes
<i>Potencial</i>	amaríais	amariades
<i>Presente de Subjuntivo</i>	améis	amedes
<i>Pretérito Imperfecto de Subj.</i>	amarais	amárades
	amaseis	amásedes
<i>Futuro de Subjuntivo</i>	amareis	amáredes

T E M E R

	FORMA MODERNA	FORMA ANTIGUA
<i>Presente de Indicativo</i>	teméis	temedes
<i>Pretérito Imperfecto de Indic.</i>	temíais	temiades
<i>Futuro de Indicativo</i>	temeréis	temeredes
<i>Potencial</i>	temeríais	temeriades
<i>Presente de Subjuntivo</i>	temáis	temades
<i>Pretérito Imperfecto de Subj.</i>	temierais	temiérades
	temieseis	temiésedes
<i>Futuro de Subjuntivo</i>	temiereis	temiéredes

PARTIR

	FORMA MODERNA	FORMA ANTIGUA
<i>Presente de Indicativo</i>	partís	partides
<i>Pretérito Imperfecto de Indic.</i>	partíais	partiades
<i>Futuro de Indicativo</i>	partiréis	partiredes
<i>Potencial</i>	partiríais	partiriades
<i>Presente de Subjuntivo</i>	partáis	partades
<i>Pretérito Imperfecto de Subj.</i>	partierais	partiérades
	partieseis	partiésedes
<i>Futuro de Subjuntivo</i>	partiereis	partiéredes

2. — La desinencia de la segunda persona del plural del *Pretérito Indefinido de Indicativo*, que hoy acaba en *eis*, se usó hasta el siglo XVII también en *es*. Se decía vosotros *cantastes, vistas, salistes*, en lugar de *cantasteis, visteis, salisteis*.

3. — El verbo *ser* se encuentra en los libros antiguos bajo la forma *seer*, y eran formas suyas, entre otras: *so* por *soy*; *sodes* por *sois*; *fuéstes* por *fuisteis*; *fuésedes* por *fueseis*; *sey* por el imperativo *sé*; *seyendo* por *siendo*; *seído* por *sido*.

4. — Formas como *cinxo* (por *ciñó*, del verbo *ceñir*) *tinxo* (por *tiñó*) *fluxo* (por *huyó*), *destruxo* (por *dèstruyó*), han desaparecido. Esa *x*, que sonaba en la Edad Media como *ch* francesa, se convirtió en el sonido *j* y así se conserva en algunos pretéritos indefinidos modernos, como *dije* (de *dixe*).

5. — La segunda persona del plural del Imperativo solía hacer *mirá, andá, hacé, poné, subí*, con apócope de la *d*, por *mirad, andad, haced, poned, subid*. De esta forma arcaica ha salido el vulgarismo argentino que consiste en unir como antaño tales formas al pronombre *vos*, pero éste malamente usado por *tú* en singular.

6. — La *r* final de los infinitivos durante los siglos XVI y XVII se acostumbió asimilarla a la *l* de los pronombres enclíticos. Decíase así: *mirallo, hacella, decillos*, por *mirarlo, hacerla, decirlos*.

7. — *Miralde, tomaldo, decildo*, fueron antiguamente formas muy comunes del imperativo por metátesis, o sea transposición de la *d*, en lugar de *miradle, tomadlo, decidlo*.

LECTURA

Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Venegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaría sin eso la antigüedad de aquella familia, que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijas, *cogeldo, tomaldo, truje, ansina* y otros vocablos que pertenecen al siglo XVII, y para el vulgo prestaban asidero a la crítica.

(SARMIENTO, *Recuerdos de Provincia*).

El alumno indicará cuáles son las formas verbales modernas que corresponden a las impresas en bastardilla en el paso siguiente de Lope de Rueda. Señalará también las otras formas arcaicas que descubra en sustantivos y adjetivos.

LAS ACEITUNAS

TORUVIO, *simple, viejo*. — ÁGUEDA DE TORUÉGANO, *su mujer*. — MENCIGÜELA, *su hija*. — ALOJA, *vecino*.

TORUVIO. — ¡*Válame* Dios y qué tempestad ha hecho desde el requebrajo¹ del monte acá, que no pareció sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues *decí* ahora: ¿qué os *terná* aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate! — ¿Oíslo?² ¡Mochacha, Mencigüela! Si todos duermen en Zamora. — ¡Águeda de Toruégano! ¿Oíslo?

MENCIGÜELA. — ¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUVIO.— ¡Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA.— Allá está en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a coser unas madejillas.

TORUVIO.— ¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y *llamalda*.

ÁGUEDA.— Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe³ con él.

TORUVIO.— Sí; ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a *cargalla* y no podíamos.

ÁGUEDA.— Ya, noramaça⁴ sea, marido, ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO.— Vengo hecho una sopa de agua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.

ÁGUEDA.— ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA.— ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUVIO.— Sí, después dirá tu madre que es el alba.

ÁGUEDA.— Corre, mochacha, *adrézale* un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Yo os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que *plantásedes*.

TORUVIO.— ¿Pues en qué me he detenido sino en *plantalle* como me *rogastes*?

ÁGUEDA.— Callad, marido: ¿y adónde lo *plantastes*?

TORUVIO.— Allí junto a la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os di un beso.

MENCIGÜELA.— Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está *adrezado* todo.

ÁGUEDA.— Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que *plantastes* hoy, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco o treinta años, *ternéis* un olivar hecho y drecho.

TORUVIO. — Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

ÁGUEDA. — *Mirá*, marido: ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna⁵ y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín⁶ de a dos reales castellanos.

TORUVIO. — ¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que es cargo de conciencia y nos llevará al amotacén⁷ cada día la pena, que basta pedir a catorce o quince dineros por celemín?

ÁGUEDA. — Callad, marido, que es el veduño⁸ de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO. — Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

ÁGUEDA. — Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO. — ¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, mochacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA. — A como *quisiéredes*, padre.

TORUVIO. — A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA. — Así lo haré, padre.

ÁGUEDA. — ¿Cómo “así lo haré padre?” Ven acá, mochacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA. — A como *mandárades*, madre.

ÁGUEDA. — A dos reales castellanos.

TORUVIO. — ¿Cómo a dos reales castellanos? Yo os prometo⁹ que si no hacéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

1 MENCIGÜELA. — A como decís vos, padre.

TORUVIO. — A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA. — Así lo haré, padre.

ÁGUEDA. — ¿Cómo “así lo haré padre?” *Tomá, tomá, hacé lo que yo os mando.*

TORUVIO. — Deja la mochacha.

MENCIGÜELA. — ¡Ay madre; ay, padre, que me mata!

ALOJA. — ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la mochacha?

ÁGUEDA. — ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO. — Yo juro a los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.

ÁGUEDA. — Sí son.

TORUVIO. — No son.

ALOJA. — Ora, señora vecina, *haceme* tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

ÁGUEDA. — Averigüe o póngase todo del quebranto¹⁰.

ALOJA. — Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? *Sacaldas* acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TORUVIO. — Que no, señor; que no es desa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOJA. — Pues *traeldas* aquí, que yo las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA. — A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

ALOJA. — Cara cosa es ésa.

TORUVIO. — ¿No le parece a vuesa merced?

MENCIGÜELA. — Y mi padre a quince dineros.

ALOJA. — Tenga yo una muestra de ellas.

TORUVIO. — ¡*Válame* Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogería, y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese, y que a fuerza de derecho había de pedir a dos reales por cada celemín; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

ALOJA. — ¡Oh, qué graciosa quistión; nunca tal se ha visto! Las aceitunas no están plantadas y ¡ha llevado la mochacha tarea sobre ellas!¹¹

MENCIGÜELA. — ¿Qué le parece, señor?

TORUVIO. — No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa, que yo os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA. — Ahora andad, vecino, entraos allá adentro y tened paz con vuestra mujer.

TORUVIO. — Adiós, señor.

ALOJA. — Ora, por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.

LOPE DE RUEDA.

Autor y actor cómico español del siglo XVI, celebrado por Cervantes, quien, en su mocedad, lo vió representar. Fué natural de Sevilla. Más que sus comedias lo han hecho famoso sus *pasos*, breves escenas regocijantes, llenas de gracia, escritas en lengua popular. El de *Las aceitunas* es el más conocido. Lo hemos reproducido en su lengua arcaica, modernizando solamente la ortografía. — 1. *requebrajo*: resquebradura, hendidura, grieta. — 2. *Oislo*: tenía también la significación de *mujer*. — 3. *se averigüe*: se entienda. — 4. *noramaça*: noramala, enhoramala. — 5. *el accituna*: el artículo *el* se antepone entonces también a nombres femeninos que empezaban por *a* no acentuada. — 6. *celemín*: medida de capacidad para áridos equivalente a poco menos de cinco litros. — 7. *amotacén*: almotacén, inspector de pesas y medidas. — 8. *veduño* deriva de *vid*: es el pie de ésta. Rueda lo usa traslaticiamente, hablando de los olivos. — 9. *prometo*: aseguro. — 10. *quebranto* equivale a duelo, tribulación; pero la frase significa algo así como *échese todo al diablo*. — 11. *Tarea*, trabajo en el sentido de penalidad. — Entre las formas antiguas, nótese las veces que el adverbio relativo *adonde*, hoy usado solamente con verbos de movimientos, lo es aquí con verbos de reposo, como acostumbraban los clásicos.

CAPÍTULO OCTAVO

LOS COMPLEMENTOS DEL VERBO *

Lección 36.^a

El predicado verbal está formado por el verbo, que es su parte esencial, y casi siempre por otros términos que se articulan con él y completan su significación. Estos son sus complementos.

Los complementos del verbo son de tres clases: *directo*, *indirecto* y *circunstanciales*.

EJEMPLOS:

Yo he copiado.

Yo he copiado $\overbrace{\text{una poesía.}}^{\text{C. D.}}$

Yo he copiado $\overbrace{\text{una poesía}}^{\text{C. D.}}$ $\overbrace{\text{para ti.}}^{\text{C. I.}}$

Yo he copiado $\overbrace{\text{una poesía}}^{\text{C. D.}}$ $\overbrace{\text{para ti}}^{\text{C. I.}}$ $\overbrace{\text{en el álbum.}}^{\text{C. C.}}$

Complemento directo

El *complemento directo* es la persona o cosa que es objeto de la acción del verbo. También es llamado *complemento objeto*. Por ejemplo:

Amo *el peligro*. Amonestaron a *Juan*. *Amelia* nos ha visto.

* En este capítulo se ordenan y amplían, conforme al programa, nociones ya estudiadas en los Libros Primero y Segundo.

¿Qué amo? *el peligro*. ¿A quién amonestaron? *a Juan*.
¿A quién ha visto Amelia? *a nosotros (nos)*.

Sólo pueden tener complemento directo los verbos *transitivos* y en las oraciones *activas*.

Si el complemento directo es un nombre, llevará o no, según los casos, la preposición *a*. Como a veces ocasiona incertidumbres y errores el empleo o no empleo de la preposición, ponemos a continuación las reglas principales y más necesarias que pueden darse al respecto:

SE EMPLEA LA PREPOSICIÓN *a* CON EL COMPLEMENTO DIRECTO:

1) Con nombres propios de personas o de animales, lleven o no artículo.

Mira *a Arturo*; imitemos *a Sarmiento*; veneremos *a San Martín*; leo *al Petrarca*; saluda *a los Martínez*; ordeñé *a la Tarquina*.

2) Con nombres propios que no sean de personas o animales, cuando no llevan artículo. Se dice:

Visitamos *a Bahía Blanca*; conozco *a Paraná*.

Pero en cambio sin preposición:

Cruzaremos *el Paraná*; escalaremos *los Andes*.

Se dice:

Roma conquista *a España* y *las Galias*.

Es error corriente suprimir la preposición delante de los nombres de naciones o ciudades. No se dice: *Conozco Francia*, sino: *conozco a Francia*; *contemplo Buenos Aires*, sino: *contemplo a Buenos Aires*. Y no falta gramático que, contra la opinión académica, defiende esta construcción como la más legítima.

Pero se omite la preposición, a fin de evitar la repetición de la *a*, en locuciones como ésta: *Prefiero Buenos Aires a París*.

3) Con nombres genéricos de personas o animales, cuando llevan artículo definido o están determinados y precisados por otro complemento:

Saluda a tu maestro; vimos a los payasos del circo.

Bello pone este ejemplo: “Se dirá aguardar *a* un criado, cuando el que aguarda piensa determinadamente en uno; y por la razón contraria, *aguardar un criado*, cuando para el que le aguarda, es indiferente el individuo”.

Emiliano Isaza, gramático colombiano, discípulo de Bello, pone estos otros: Se dirá “fueron *a* buscar *a un médico* extranjero que gozaba de gran reputación”, porque se trata de *un médico determinado*; y “fueron *a* buscar *un médico experimentado*, que conociese bien las enfermedades del país”, porque se trata de *un médico cualquiera* que tenga *la experiencia* y el conocimiento requeridos. Según esto, “Diógenes andaba de día con su linterna buscando *un hombre*”, no *a un hombre*”.

Por eso decimos, por no estar determinado el complemento: ganar *amigos*, busco *criados*, necesitamos *aprendices*.

También pueden llevar la preposición *a* los nombres de cosas o virtudes personificadas y determinadas y los colectivos de persona:

Llamar a la muerte; calumniar a la cátedra; apostrofar a la machedumbre.

Y en general siempre que el sentido lo requiera para evitar oscuridad o ambigüedad.

Los nombres genéricos de cosa suelen no llevar la preposición, aunque estén bien determinados: *Arregla tus baúles; compré un espléndido reloj; divisamos la ciudad*, etc.

En el lenguaje gramatical se usa la preposición *a* en casos como éste: “En el ejemplo *libro de oraciones*, el sustantivo *oraciones* determina *a libro*”; y también con los verbos *regir*, *modificar*, etc., aunque siga un nombre genérico de cosa; por ej.: *el verbo rige al complemento directo; el adverbio modifica al verbo*, etc.

OBSERVACIONES GENERALES:

a) El concepto general que domina el uso de *a* antepuesta al complemento directo es éste: cuanto más *determinado* sea el nombre o más *signifique personalidad*, más se hará necesaria la preposición en los casos de duda.

b) Se debe omitir la preposición *a* delante del acusativo cuando concurren dos complementos con *a*: dicho acusativo y un dativo. Ya vimos que debe decirse, para evitar la repetición: Prefiero *Buenos Aires* a París. No sería propio, y resultaría además ambiguo, decir: Recomendé *a mi mejor amigo a mi tío*. Lo correcto es: Recomendé *mi mejor amigo a mi tío*. Pero esta licencia no es permitida, tratándose de nombres propios de persona que carecen de artículo, así que no es admisible decir: Recomendé *Juan a mi tío*. En tales casos es preciso adoptar otro giro, por ejemplo, convirtiendo la oración en pasiva: *Juan ha sido recomendado por mí a mi tío*.

c) El acusativo con *a* antiguamente no era tan fijo como hoy. Ejemplos como éste abundan en el *Poema del Cid* (siglo XII): Matarás *el moro*; veremos *vuestra mugier*; dejaremos *Burgos*.

Giros parecidos son frecuentes en los escritores clásicos. Por ej.: Prender *estos bellacos*; deshonró *su hermana*; me pesa ver llevar preso *ese hombre*; yo vine de camino a ver *mi prima*. (TIRSE DE MOLINA, siglo XVII).

Pero la construcción con *a* va afirmándose con el tiempo, y hoy estos giros serían inadmisibles.

Ejercicio

Explicar por las reglas precedentes en cada caso el acusativo con *a* o sin ella, impreso en bastardilla:

Llamó don Quijote *a Sancho*. Deseo conocer *a Tucumán*. Visitamos *La Quiaca*. Conoci *al maestro de quinto grado*. El general recla-

maba *más soldados*. Soltó el leonero *al león macho*. El infeliz llamaba *a la muerte*. El payaso entretenía *al público* con sus chistes. De mi balcón vemos *la torre*. Mirábamos *la sombra* reflejada en la pared. Las aves saludaban *a la aurora*. Temía *a su misma sombra*. Leíamos *al Ariosto*. No recompensaron *al mérito*. Busco *un buen peón*. El tren cruzó *La Banda* sin detenerse. Picó Sancho *al rucio*. Un asno limpia *a otro asno*, dice el refrán. Respetemos *a los ancianos*. Este niño, necesita *un maestro*. Llamaron *al mejor médico del pueblo*. Llamaron *un médico*. El Cid ganó *a Babieca*. Cultivemos *el jardín*. Atravesamos a nado *el Salado*. Mi abuelo escuchó *a la Patti*. Desplumen *unas gallinas*. El adjetivo califica o determina *al sustantivo*.

Leer y recitar:

CANCIÓN DE CUNA

Duerme, hijo mío. Mira, entre las ramas
 está dormido el viento;
 el tigre en el flotante camalote,
 y en el nido los pájaros pequeños;
 hasta en el valle
 duermen los ecos.

Duerme. Si al despertar no me encontraras,
 yo te hablaré a lo lejos;
 una aurora sin sol vendrá a dejarte
 entre los labios mi invisible beso;
 duerme; me llaman,
 concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
 para flotar en ellos:
 para infundir en tu alma solitaria
 la tristeza más dulce de los cielos.
 Así tu llanto
 no será acerbo.

Yo empaparé de aladas melodías
 los sauces y los ceibos,
 y enseñaré a los pájaros dormidos

a repetir mis cánticos maternos...

El niño duerme,
duerme sonriendo.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Fué el más celebrado poeta uruguayo. Nació en Montevideo en 1855 y falleció en 1931. Lo hicieron famoso sus dos poemas *La Leyenda Patria* y *Tabaré*, este último conocido en toda América. La canción de cuna que el alumno ha leído es la que le canta al pequeño Tabaré su madre, una cristiana cautiva de los charrúas. *Tabaré* fué escrito en Buenos Aires: por eso una placa recuerda en la casa de las calles Chile y Bolívar la fecha en que el poeta concluyó allí el poema.

Complemento indirecto

Lección 37.^a

El *complemento indirecto* expresa varios conceptos, de los cuales citaremos:

1) La persona, animal o cosa en quien se cumple o termina la acción del verbo transitivo ejercida ya sobre el complemento directo, por ejemplo:

Entregué la carta *al mensajero*.

2) La persona, animal o cosa en quien se cumple o termina la acción de los verbos intransitivos que no pueden llevar complemento directo, por ejemplo:

El león rugía *a los niños*.

3) El destino que se da a una cosa o a una acción, por ejemplo:

La colecta es *para las víctimas del terremoto*.
El viajero trajo obsequios *para nosotros*.

O bien:

El viajero *nos* trajo obsequios.

Es frecuente en el complemento indirecto la idea de daño o provecho derivado de la acción. Las preposiciones por medio de las cuales se rige, a menos que no se trate de pronombres que no las llevan, son *a* y *para*.

Hacen oficio de complemento indirecto, el nombre, el pronombre y ciertas oraciones subordinadas, llamadas complementarias indirectas.

Complementos circunstanciales

Llámanse *complementos circunstanciales* los que indican cuándo, dónde, cómo, cuánto, por qué, para qué, con quién, con qué, etc., se realiza la acción del verbo, es decir, cualquier circunstancia de dicha acción: de tiempo, de lugar, de modo, de cantidad, de causa, de fin, de compañía, de medio, etc.

Los adverbios y locuciones adverbiales son complementos circunstanciales. Indican la circunstancia expresada por la clase a la cual el adverbio pertenece.

EJEMPLOS:

Llegamos *ayer* (de tiempo).

Vamos *allá* (de lugar).

Cantaban *alegremente* (de modo).

Habla *demasiado* (de cantidad).

Ciertamente vendrá (de afirmación).

No saldremos (de negación).

Tal vez vaya (de duda).

Asisto *de tarde en tarde* (de tiempo).

Vive *a salto de mata* (de modo).

Si son nombres o pronombres generalmente irán precedidos de una preposición que indicará, según los casos, una relación de tiempo, de lugar, de procedencia, de modo, de instrumento, de cantidad, de causa, de fin, de compañía, de medio, etc. Por ejemplo:

EJEMPLOS:

- Vengo *de casa* (de procedencia).
 Resido *en La Plata* (de lugar).
 Llegué *a las veinte* (de tiempo).
 Se viste *con coquetería* (de modo).
 Iremos *contigo* (de compañía).
 Lo molieron *a palos* (de instrumento).
 Fui *por tu consejo* (de causa).

Todas las preposiciones o modos prepositivos pueden regir a los complementos circunstanciales, variando su empleo según las relaciones que éstos expresan; pero algunas locuciones que indican la duración en el tiempo o responden a la pregunta *¿cuánto?* también prescinden de la preposición.

EJEMPLOS:

- Aquella tarde* nos divertimos mucho.
 La estancia cuesta *un dineral*.
 He leído la lección *muchas veces*.

Un cuadro de los complementos circunstanciales que expresan las relaciones más usuales, es el siguiente:

de tiempo		Contesta a ¿cuándo?
de lugar	{ de dirección hacia un lugar de procedencia u origen de estado en un lugar	{ ¿a dónde? ¿de dónde? ¿en dónde?
de modo		„ a ¿cómo?
de cantidad		„ a ¿cuánto?
de compañía		„ a ¿con quién? ¿con qué?
de causa		„ a ¿por qué?
de fin		„ a ¿para qué?
de medio o instrumento		„ a ¿con qué?
de precio		„ a ¿cuánto?
de argumento		„ a ¿de qué o sobre qué se trata?
de oposición		„ a ¿contra quien? ¿contra qué?

de limitación o atenuación	Contesta a ¿a pesar de qué?
de conformidad	„ a ¿según cómo?
de privación	„ a ¿sin qué?
de exclusión	„ a ¿menos qué?
de afirmación
de negación

Leer y recitar:

BALADA DEL JINETE MUERTO

Ay, alazán, alazán,
 si llegaremos a tiempo.
 Rojas traigo las espuelas
 de tu sangre, compañero,
 y mi blusa azul manchada,
 de sangre en el lado izquierdo.
 ¡Cómo resuená el camino
 bajo tus cascos ligeros!
 Suena como un ataúd.
 ¡Si llegaremos a tiempo!...

Sólo tu sombra se alarga
 por el suelo ceniciento.
 Ay, que mi sombra no va
 con la tuya, compañero.
 Alazán, alazán mío,
 no corras, que ya no es tiempo.

Cuando llegues a la casa
 —¡cómo me duele el recuerdo!—
 oirás cantar la roldana,
 te darán un cubo fresco,
 y ella, de brazos desnudos,
 irá a abrazarte gimiendo;
 sus lágrimas correrán
 con el sudor de tu cuello,

y oirás cantar a mis hijos
la canción del padre muerto.

Ay alazán, alazán,
no corras, que ya no es tiempo.

CONRADO NALÉ ROXLO.

Poeta argentino contemporáneo, nacido en Buenos Aires en 1898. Ha publicado dos libros de versos: *El Grillo* y *Claro desvelo*. De este último procede este lindo romance.

Los pronombres personales como complementos

Lección 38.^a

Lo mismo que el nombre, los pronombres personales pueden hacer oficio tanto de sujeto como de complemento. Cuando son complementos, toman las formas que se ponen a continuación:

1. — Si el pronombre personal es complemento directo, corresponderá al caso llamado *acusativo* (1). Sus formas masculinas y femeninas son:

Del pronombre de	1. ^a	persona, singular:	<i>me, a mí.</i>
„	2. ^a	„	<i>te, a ti; a usted.</i>
„	3. ^a	„	<i>le, lo, a él</i> (para el masculino); <i>la, a ella</i> (para el femenino).
„	1. ^a	persona, plural:	<i>nos, a nosotros o a nosotras.</i>
„	2. ^a	„	<i>os, a vosotros o a vosotras; a ustedes.</i>
„	3. ^a	„	<i>los, a ellos</i> (para el masculino); <i>las, a ellas</i> (para el femenino).

(1) El caso era en latín un accidente del nombre, del adjetivo y del pronombre. Estos cambiaban de forma según que fueran sujetos o complementos.

En castellano sólo queda un resto del caso en los pronombres personales, los cuales, como se verá en esta lección, cambian a veces de forma según el complemento que representan.

Por ejemplo, la palabra *dominus* (señor), sujeto o *nominativo*, hacía *domini*, (del señor) cuando expresaba posesión o pertenencia en caso *genitivo*; *dominum* (al señor) cuando era el complemento directo o *acusativo*; *domino* (a o para el señor) cuando era el complemento indirecto o *dativo*, y así sucesivamente. Lo mismo en plural. Las relaciones que en nuestra lengua se expresan principalmente por medio de las preposiciones, en latín se indicaban por el cambio de la desinencia de la palabra.

EJEMPLOS:

Todos *me* miran. El director *te* llama. El profesor *lo* miraba (o *le* miraba) insistentemente. El padre *la* reconoció en el acto. La desgracia *nos* persigue. El triunfo *os* espera. El cómplice *los* denunció. Magdalena *las* invitó.

Y también, en ciertos casos, repitiendo el acusativo (doble acusativo), con la forma inacentuada y la acentuada, separadas o juntas:

A *mí me* miran todos. Todos *me* miran a *mí*. A *tí te* llama el director. El director *te* llama a *tí*. El profesor a *él lo* miraba insistentemente. El profesor *lo* miraba a *él*. A *ella la* reconoció el padre en el acto. A *ella* el padre *la* reconoció en el acto. La desgracia a *nosotros nos* persigue. La desgracia *nos* persigue a *nosotros*. A *vosotros os* espera el triunfo. El triunfo *os* espera a *vosotros*. A *ellos los* denunció el cómplice. El cómplice *los* denunció a *ellos*. A *ellas las* invitó Magdalena. Magdalena *las* invitó a *ellas*.

2. — Cuando el complemento indirecto es un pronombre personal, corresponderá al caso *dativo*. Sus formas masculinas y femeninas son:

Del pronombre de 1. ^a persona, singular:	<i>me, a mí, para mí.</i>
“ “ “ 2. ^a “ “	<i>te, a ti, para ti; a o para usted.</i>
“ “ “ 3. ^a “ “	<i>le, a él, a ella, para él, para ella, se.</i>
Del pronombre de 1. ^a persona, plural:	<i>nos, a o para nosotros; a o para nosotras.</i>
“ “ “ 2. ^a “ “	<i>os, a o para vosotros, a o para vosotras; a o para ustedes.</i>
“ “ “ 3. ^a “ “	<i>les, a o para ellos, a o para ellas; se.</i>

EJEMPLOS:

Me han dado el primer premio. Mamá *te* comprará la bicicleta. Luis *le* devolvió el libro. El profesor *nos* preguntó la lección. *Os* diré una cosa. *Les* daremos las gracias. *Se* lo diré.

El doble dativo, o sea la repetición del pronombre, junto o separado, cuando es complemento indirecto, es frecuente y natural:

A mí me trajeron rosas. Injustamente *te* dieron a *ti* el castigo. *A él le* han prestado el libro. *Ellos nos* mandaron a *nosotros* la invitación. *Os* comunicarán la noticia a *vosotros*. *Les* prepararemos la sorpresa a *ellos*. *Se* lo diré a *él*.

Y también puede repetirse el dativo, con un nombre y el pronombre en tercera persona:

Alguien *le* ha robado el reloj a Luis. *A mis hermanos les* han dado vacaciones. Desde los balcones *le* arrojaban flores al *ilustre huésped*. *A las niñas les* regalaron preciosos libros.

3.— Si el pronombre personal es un complemento circunstancial corresponde al caso *ablativo* y lleva, según la circunstancia expresada, la preposición que convenga.

Sus formas son: para la 1.^a persona singular, *mí*; para la 2.^a, *ti* (o *usted*); para la 3.^a, *él* y *ella*; para la 1.^a plural, *nosotros* y *nosotras*; para la 2.^a, *vosotros* y *vosotras* (o *ustedes*), y para la 3.^a *ellos* y *ellas*.

Decimos *a*, *contra*, *de*, *desde*, *en*, *entre*, *hacia*, *hasta*, *para*, *por*, *sin*, *sobre*, *tras*, etc., *mí*, *ti*, *usted*, *él*, *ella*, *ello* (neutro), *nosotros*, *nosotras*, *vosotros*, *vosotras*, *ustedes*, *ellos* y *ellas*.

La preposición *con* tiene la particularidad de hacer, cuando precede a *mí* y a *ti*, las dos formas compuestas, *conmigo* y *contigo*. En la Edad Media se usaron también las formas *connusco* (*con nosotros*) y *convusco* (*con vosotros*), desaparecidas desde hace siglos.

4. — Cuando el pronombre expresa posesión o pertenencia, está en caso *genitivo*. Siempre en este caso es complemento determinativo de un nombre. Sus formas serían: *de mí, de ti, de usted, de él, de ella, de nosotros o de nosotras, de vosotros o de vosotras, de ustedes, de ellos o de ellas*. Pero nunca se dice *este libro es de mí o de ti*, pues se reemplaza el pronombre personal por los posesivos *mío y tuyo*.

5. — Existen por último el pronombre personal neutro *ello* y el reflexivo de tercera persona, los cuales toman las siguientes formas:

NEUTRO, SINGULAR (única forma)

Nominativo: *ello*.Genitivo: *de ello*.Acusativo: *a ello, lo*.Dativo: *a o para ello*.Ablativo: *con, de, en, por* (etc.)
ello.

REFLEXIVO

Genitivo: *de sí*.Acusativo: *se, a sí*.Dativo: *a o para sí, se*.Ablativo: *de, en, por* (etc.) *sí*;
consigo.

UNA MADRE

Mi madre murió cuando yo tenía once años.

Es indeleble la impresión que ha dejado en mí la ternura serena de mi madre. Una ternura sin mimo y sin caricias. No halagaron mi egoísmo infantil esas nerviosas flaquezas que se advierten en el cariño de otras madres. Me parece que el amor de ella se había como desligado del instinto, a tal punto, que no recuerdo momento alguno en que haya tenido para mí un movimiento de zalamería, ni festejado mis inocentes tonterías, ni encarecido a nadie mis cualidades, mi viveza o mi gracia. No vió rasgos de hermosura en mis imperfecciones, no me miró jamás con embeleso. En la memoria veo siempre sus ojos mirarme con una expresión igual, tranquila, o velarse de dolor implacable cuando yo cometía una falta. Pero no recuerdo de ella la sombra de una sola injusticia. Me circundaba de inteligentes cuidados, me leía finas historias que despertaban al encanto y al ideal mis facultades, procuraba sugerirme la aversión

de toda cosa perversa, de todo ruin sentimiento. En una ocasión, tendría yo seis años cuando más, le pegué a mi hermana. Mi madre me miró con gesto sorprendido, extrañamente severo, y dijo con una inflexión de voz que todavía escucho dentro de mí:

—¡Eso es muy cobarde!

Yo no sé lo que pasó por mí. Pero juro que si entre mis malos sentimientos hay uno huído lejos de mi alma y de mi instinto, ése es la cobardía.

El curso del tiempo no ha podido debilitar esta influencia tenaz de mi madre: en la actualidad todavía sueño por la noche con ella, casi tan frecuentemente como en la lejana época inmediata a su muerte; y su figura se me aparece con una precisión a veces maravillosa, y a mí me veo invariablemente junto a ella, con el aspecto físico y la personalidad que tenía de niño. Nunca me he soñado hombre en estas escenas con ella. ¿Es porque yo no hubiera debido sobrevivirle?...

Para los intereses de mi felicidad en el mundo, esta impresión materna me ha sido todo menos que favorable. Infundió en mí un inhumano deseo de perfección, afinó mi sensibilidad hasta un extremo casi enfermizo, me indujo a exigir en la mujer una belleza moral semejante a la suya, me transmitió un espíritu de justicia que en ella fué virtud serena, pero que en la realidad de mi vida tomó las formas y tuvo los efectos de la intransigencia y de la crueldad. A una pude amar en el mundo, porque nada tenía su alma de contradictorio con el alma de mi madre. A una que perdí sin que ella muriera...

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

Escritor argentino contemporáneo, nacido en Santa Fe. Ha publicado varias novelas: *Adriana Zumarán*, *El empresario del genio*, *La vida victoriosa* —de la cual procede este retrato de la madre del protagonista— y *Trasmundo*. Ha escrito además diversos ensayos sobre cuestiones literarias y filosóficas.

Indecisión en el uso de los pronombres en el acusativo y dativo

Lección 39.^a

El uso de *lo* y *le*, *los* y *les* en el complemento directo. — El complemento directo de tercera persona se ha visto que usa en singular las formas *lo* o *le* para el masculino y *la* para el femenino.

Los autores, según su inclinación, dicen indistintamente *le vi* o *lo vi*.

Atendiendo a la etimología, la forma del complemento directo debiera ser *lo*, y la del indirecto *le*; pero el uso asimiló la forma *le* del complemento indirecto a las análogas *me* y *te*, y la empleó como dativo y acusativo indistintamente. Este uso es vario. En Castilla ha dominado para el acusativo la forma *le*, que se confunde con el dativo; en la Argentina domina la forma *lo*. Sobre este particular no hay igualdad de pareceres entre los gramáticos. Unos son *loístas* y otros *leístas*. Según Vicente Salvá, cuya doctrina Bello aprobaba, *le* representa más bien las personas o los entes personificados; *lo* las cosas. La Academia, que antes exigía siempre *le*, cambió completamente de parecer. En la edición de su *Gramática* de 1924, dice: "La Academia, en este particular ha contemporizado en parte con el uso, autorizando la forma *le*, propia del dativo, para el acusativo o complemento directo, con igual valor que *lo*, aunque mejor sería que los escritores prestaran más atención a la etimología que al uso, y emplearan la forma *le* sólo para el dativo".

Conviene tener muy presente lo transcrito, porque muchos creen entre nosotros que *le* es más elegante o más correcto que *lo*. La mayoría de los escritores argentinos, aunque con algunas vacilaciones, han usado y usan preferentemente la forma *lo*, la cual, como se ve, es correctísima y está conforme con la tradición etimológica. Por consiguiente no hay motivo para sustituirla artificialmente por *le*, que el uso general de la conversación desconoce en la Argentina.

El acusativo femenino no da lugar a dudas: es *la*, por ejemplo: *la vi*.

Uso de *les* en el acusativo por *los*.—El caso del plural, aunque más sencillo, también ofrece diferencia de pareceres.

El acusativo es *los* para el masculino, *las* para el femenino: *los* veo; *las* veo; el dativo es *les* para ambos géneros. Se dice sin distinción: *les* di un ramo de rosas.

Sin embargo en Castilla el uso de *les* por *los* en el acusativo es frecuente, y tiene imitadores también en nuestro país, a través de la literatura. Estos dicen *les vimos* en lugar de la forma más correcta *los vimos*. Andrés Bello a este propósito escribió: “En la tercera persona masculina del plural, la forma regular del acusativo es *los*; pero la *les* ocurre con tanta frecuencia en escritos célebres de todas épocas, que sería demasiado severidad condenarla”. Y después de citar once ejemplos de Cervantes, (v. gr.: “El mar *les* esperaba sosegado y blando”; trabándoles de las manos *les* presentó a Monipodio), agrega Bello: “Los modernos han sido algo más mirados en el uso de este *les*; pero no dejan de admitirlo de cuando en cuando”, como en efecto lo prueba con ejemplos.

La Academia sobre el punto es más rigurosa. Declara que “usar la forma *les* en acusativo es reprehensible incorrección”, y la incluye por consiguiente entre los solecismos.

Bien se ve que quienes en la Argentina creen que hablan o escriben mejor diciendo, por ejemplo: *les vi, y al momento les conocí*, no se atienen ni al origen etimológico, ni a la más copiosa tradición literaria, ni a la autoridad de los gramáticos, ni al uso de nuestro pueblo, resultando innecesariamente afectados.

Uso no recomendable de *la, las*, como complemento indirecto de persona.—Menos recomendable aún es atribuirle a las formas *la, las*, del acusativo, funciones de complemento indirecto, por *le, les*; v. gr.: *la dije* tal cosa, por *le dije*. Este uso, nacido en Castilla la Nueva, se ha difundido por España y América y cuenta con la autoridad de buenos escritores, y

aún con la aprobación *en ciertos casos* determinados de gramáticos tan autorizados como Bello; pero nosotros advertimos con la Academia que éste es ejemplo "que no debe imitarse". En la Argentina es enteramente inusitado. Giros como los siguientes sorprenden al lector:

Una oveja pasaba y él *la dice*... (SAMANIEGO).

La pondrán sus damas linda y blanca toda su traje de novia, del novio regalo... (DÍEZ CANEDO).

Leer y recitar:

NOCTURNO

Yo no volveré. Y la noche
triste, serena y callada,
dormirá el mundo a los rayos
de su luna solitaria.

Mi cuerpo no estará allí,
y por la abierta ventana
entrará una brisa fresca
preguntando por mi alma.

No sé si habrá quien solloce
por mi doble ausencia larga,
o quien bese mi recuerdo
entre caricias y lágrimas.

Pero habrá estrellas y flores,
y suspiros y fragancias,
y amor en las avenidas
a la sombra de las ramas.

Y sonará ese piano
 como en esta noche plácida,
 y no tendrá quien lo escuche
 pensativo en mi ventana.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

Ilustre poeta español contemporáneo, andaluz, nacido en Huelva en 1881. Desde 1900 ha publicado unos treinta libros, la mayoría de versos. Su libro en prosa, *Platero y yo*, evocación de cuadros de la infancia del poeta, es muy conocido.

Doble función del pronombre *se*

Lección 40.^a

El pronombre *se* tiene dos funciones: en ciertos casos corresponde al dativo de 3.^a persona y equivale a *le* o *les*; en otros es reflexivo.

Las formas *se lo, se la, se los, se las.* — Cuando a la pregunta *¿Le dirás eso a papá?* — contestamos: **Se lo diré**, la segunda oración puede analizarse del siguiente modo:

Sujeto: Yo

Verbo: diré

C. indirecto: se (a él, le)

C. directo: lo (eso)

Este *se* dativo o complemento indirecto de 3.^a persona, nació de la transformación de *le* o *les*, cuando antiguamente precedía a las formas de acusativo *lo, la, los, las*.

En la traducción del *Fuero Juzgo* (siglo XIII) se lee: *todo le lo debe entregar*, donde hoy diríamos: *todo se lo debe entregar*.

La transformación hízose a través de varias formas intermedias, de las cuales la más común fué *ge* (pronúnciese *ye*). Véase por los siguientes ejemplos:

...e aquel que *ge la* diesse... (*Poema del Cid*, s. XII).

Garcí Pérez *gelo* perdonó... (*Estoria de España*, s. XIII).

Estas formas *gelo, gela, gelos, gelas*, por razones fonéticas y por analogía con el *se* reflexivo, empezaron a decirse *selo, sela, selos, selas*, o bien, *se lo, se la, se los, se las*.

EJEMPLOS:

¿Le entregaste el libro? *Se lo* entregué; o bien: entregué*selo* (se entiende a él o a ella).

¿Les diste la carta? *Se la* di; o bien, di*sela* (se entiende a ellos o a ellas).

Para evitar ambigüedades suele repetirse la forma tónica del dativo con preposición, a fin de indicar si éste corresponde al género masculino o al femenino, en singular o en plural. Por eso decimos *se lo di a él, o a ella, o a ellos, o a ellas*.

El *se* reflexivo.— Este *se* es distinto del dativo del pronombre de tercera persona. Su género y número son asimismo indeterminados, pero puede hacer de complemento directo o indirecto, por ej.:

El niño (o la niña) *se* baña (acusativo o complemento directo).

El niño (o la niña) *se* compró una pelota (dativo o complemento indirecto).

Lo mismo hacen *los niños* o *las niñas*, cambiando el número de la voz verbal.

Distinción entre el *se* reflexivo y el *se* dativo personal.— Para saber cuando el pronombre *se* es reflexivo y cuando no, se dan las dos reglas siguientes:

1) Cuando *se* es reflexivo se refiere siempre al sujeto de la oración tal como puede verse por los ejemplos anteriores.

2) Cuando es necesario distinguir el género y número

que representa, si corresponde al personal *le*, emplearemos para reproducirlo las formas compuestas *a él* (o *a ella*, o *a ellos*, o *a ellas*), solas o seguidas del adjetivo *mismo*; y si es reflexivo, nos valdremos de la forma *sí*.

EJEMPLOS:

Yo *se lo* avisé *a él*; o bien: *a él mismo* (personal).
El barbero *se* afeita *a sí mismo* (reflexivo).

Dativo de interés

Existen en el lenguaje ciertas formas llamadas pleonásticas. Un *pleonasma* es el uso de palabras superfluas con las cuales se da más fuerza o viveza a la expresión, como cuando decimos por ejemplo: lo vi *por mis ojos* o *por mis propios ojos*; escribí *de mi mano*; volar *por el aire*; subir *arriba*; bajar *abajo*, etc.

Es un pleonasma también el uso del dativo *me* superfluo, en ciertas expresiones. Cuando decimos *adonde yo me sé*, sobra el *me*, pues bastaría decir para expresar el pensamiento: *adonde yo sé*. Sin embargo ese *me* refuerza la expresión, como si dijéramos: *adonde yo sé y no sabe otro*. Este pronombre es llamado *dativo ético* o *de interés*, porque indica el interés que uno tiene en la acción significada por el verbo.

Obsérvese por los siguientes ejemplos:

Saludadnos *a mio* Cid. (POEMA DEL CID).

Yo *me* tengo en cuidado el apartarme. (QUIJOTE).

Póngamelo *de* patitas en la calle.

Usted *se me* va de aquí.

Es menester que *me* le sirvan una sopa bien caliente.

¡*Me* han muerto *a mi* hijo!

Él *se* lo sabe todo.

Véase en estos hermosos versos de Francisco de la Torre (siglo XVI):

¡Cuántas veces te *me* has engalanado,
clara y amiga noche!...

Parecería que la noche se hubiera engalanado sólo para el poeta.

O en este otro de Carrillo y Sotomayor (siglo XVII):

¡Oh, cómo te *me* ausentas, tiempo vano!

Los pronombres inacentuados: cuando se deben posponer al verbo

Lección 41.^a

Las formas *me*, *te*, *le*, *se*, *la*, *lo*, *les*, *los* y *las* de los pronombres personales, y la forma *se* del reflexivo, así como *nos* y *vos* cuando van sin preposición, son inacentuadas, y por esto, cuando van delante del verbo se pronuncian como formando con él una sola palabra.

La expresión *se para* equivale por su pronunciación a la voz *separa*; *lo bato* a *lobato* (cachorro de lobo).

Otro tanto hacen cuando son enclíticas, pegándose al verbo en la escritura lo mismo que en la pronunciación: *dame*, *mírala*, *salióse*, etc.

La colocación de los pronombres inacentuados antes o después del verbo ha variado según las épocas, las regiones y los autores. Los clásicos empleaban más que los modernos los pronombres enclíticos. Entre nosotros la forma enclítica suena como afectada, salvo en los casos en que la índole de la lengua la exige. Está casi desterrada del uso familiar y es poco empleada también en el lenguaje literario.

Los casos en que el pronombre inacentuado debe posponerse al verbo son los siguientes:

a) En el modo *imperativo*: *escúchame*, *vayámonos*, *condúzcalo*, *ponedle*, *despiértenme*, etc.

b) En el *presente* y en el *pretérito imperfecto de subjuntivo* en las oraciones desiderativas y exhortativas, en las cuales el verbo generalmente es la palabra inicial: Favorézcate la fortuna; muriérame yo, quedárase él.

Pero si el verbo lleva delante otra palabra cualquiera, el pronombre se antepone al verbo: Dulce *te* sea el sueño; Dios *le* acompañe. Por esta razón en las oraciones negativas el verbo no puede llevar enclíticos: No *me* despierten; nadie *me* ayude.

c) En el *gerundio* y en el *infinitivo*: mirándote, calmándole, yéndose, amarlo, verte, decirles, etc.

Hace excepción algunas raras veces con ciertos verbos el pronombre *lo* cuando se coloca entre *no* y el gerundio. Este ejemplo es de Bello: “Si hubiere texto expreso, se juzgará por él, y no *lo habiendo*, seguirá el juez los principios generales de equidad”.

d) En el *participio*, cuando se calle el auxiliar por ir expreso anteriormente, por ej.: Habiéndole aconsejado el profesor que confesara su falta y dándole su palabra de que no lo castigaría, el alumno dijo la verdad. (Se sobrentiende: *habiéndole dado*).

Modificaciones prosódicas y ortográficas en los verbos con pronombres enclíticos

Ciertos pronombres enclíticos, al unirse a algunas personas verbales, las modifican prosódica y ortográficamente.

Los casos en que esta modificación se produce son los siguientes:

1) Las terceras personas del plural cuando llevan el pronombre enclítico *nos*, pierden la *n* de la terminación,

que ya lleva el pronombre: Ellos *nos decían* se convierte en *decíanos*; *nos trajeron* en *trajéronos*.

2) Las primeras personas del plural cuando llevan el pronombre *nos* pierden por razones de eufonía la *s* final: no se debe escribir *vámosnos*, sino *vámonos*; *vayámósnos*, sino *vayámonos*; *amémósnos*, sino *amémonos*; *hiciéramósnos*, sino *hiciéramonos*, etc.

Esto ocurre también con el enclítico *os*: se dice *suplicamos* y no *suplicamosos*.

3) Con mayor razón perderán la *s* terminal las primeras y segundas personas del plural cuando llevan el enclítico *se*: se escribirá *hagámoselo*, *digámoselo*, *dísteiselo*, etc., a pesar de ser *hagamos*, *digamos* y *dísteis* las inflexiones verbales.

4) Las segundas personas del plural de los imperativos, pierden la *d* terminal cuando llevan el pronombre enclítico *os*: no se dice *quitados*, sino *quitaos*; *salidos*, sino *salíos*, etc. Hace excepción el verbo *ir*, que se dice *idos*. Antiguamente se decía *quitadvos*, *venidvos*.

REFRANES CASTELLANOS

Duende amigo de burlas; filósofo sin toga y sin melindre, rico de experiencia y de picardía: refrán, adagio, proverbio. En mitad de la charla salta al corro, lanza su palabreja de mofa, su aviso sonriente y se esquivo, travieso. Azuza nuestra imaginación y rinde nuestra voluntad con más sutileza que las zalemas y los artificios de la retórica. Gran sazoador del habla, aparece en el momento que se ha menester de él. Arroja dentro de la olla, a menudo densa, del coloquio, su pimienta finísima. La receta nos viene de siglos: especie picante del idioma; sabor familiar, grato al lenguaje. Cocina de nuestros mayores y, por ello, suculenta, deleitosa, fundamental.

Sancho — uno de lo españoles más españoles de todos los tiempos — dicta cátedra zumbona de refranista. Ni en Alcalá ni en Salamanca hallaríamos tan donoso letrado. Es académico de los dichos, primate de las máximas y pregonero mayor de la moraleja. Villano que lleva y trae, a manera de una marmita aromática, la sabiduría estupenda de los villanos, de los hombrecillos que roturan la tierra y podan las viñas. Sabiduría acaso la más perfecta, pues sus raíces se hincan en el surco y se enredan al nervio de los sarmientos y al cristal de los racimos. Ciencia que no necesita de cartilla ni de dómynes campanudos. Su escuela: un mesón, un desafiadero de espadachines, las calles que conducen al puerto, la mesa del aldeano. Su maestro: el titiritero vagamundo, el paje ladino, la vieja medio adivina y medio ensalmadora; el soldado que vuelve de Milán o de Indias, cargado de ardidés, de deudas y de bubas; el hidalgo, que ha dejado pasar la vida entera, sentado en un poyo, en el pueblecito natal y repite los aforismos de los antecesores cazarros.

En los relatos de Panza, en sus réplicas, en sus cóleras inofensivas, los adagios asoman a cada instante. Su fabla se nos antoja un tapiz de colores. Tapiz hecho a retazos, con remiendos de telas arcaicas que fueron de los abuelos. Aquí y allá, mientras perora y ensarta necesidades y agudezas, reconocemos los parches magníficos. Refranes y refranes. Fluyen en sus labios en cascada sonora.

“¿Dónde los hallas, ignorante — gritale Don Quijote — o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien sudo y trabajo como si cavase?”

Frecuentemente, durante sus andanzas, el caballero amonesta a su criado y le ordena que limpie su parla de sentencias y la desembarace de proverbios. En su *Guía del lector del Quijote*, Salvador de Madariaga interpreta estas tormentas iracundas como una agría confesión de impotencia. Son, anota, “revelación de una secreta envidia”; “irritación de Don Quijote ante ese rasgo del lenguaje de su escudero”. Tal vez no ande descaminado el exégeta. Tal vez el hidalgo haya advertido, con sordo despecho, que los refranes pintorescos, llanos, clarísimos, enjundiosos, sancionados por generaciones de irónicos y de discretos, son un código no escrito de la lógica; que el vigor que encierran emana de su pureza misma. Amargo e impaciente, habrá calculado la distancia que media entre las declamaciones engoladas, según la manera barroca de Feliciano de Silva, caras a su espíritu, y el buen gusto real de los dichos de su acompañante.

Vaciamos a Sancho de sus refranes y le veremos perder volumen, hasta desinflarse, como un odre al cual quitáramos el aire que lo colmaba. Apenas si quedarán de él un perfil basto, unas barbas ásperas, unos ademanes desmesurados. Por eso el escudero que pinta el autor del falso *Quijote* difiere esencialmente del genuino, del de Cervantes. En cada página el imitador tropieza con la dificultad de hacerle hablar. La elude burdamente, escribiendo: "le hicieron decir mil dislates" o "mil graciosísimos dislates", pero el lector permanece en ayunas. Ha sido engañado, y el Sancho del bachiller Avellaneda se torna fastidioso y chabacano por demás. Falta el toque definitivo, el ribete ingenioso. Faltan esos "dislates", esos adagios, introducidos sin ton ni son en sus cuentos, y que, cuando dan en blanco, tienen la virtud de iluminar con luz potente a la conseja picaresca.

.....

Viejos refranes. Música de la charla. Cascabel bullanguero. Cascabel que quiebra la monotonía del diálogo con un retintín malicioso. Nunca inútil, nunca ñoño. Son de alerta discreto que nos persigue, y que, por medio del ejemplo vivaz, de la insinuación fina, nos tienden el espejo temido, para enseñarnos, en él aprisionada, la faz satírica de la realidad. Zumo de todas las lecciones. Chispa de toda experiencia. Sarcasmo del rebozo y de la lisonja. Verdad.

MANUEL MUJICA LÁINEZ.

Escritor argentino contemporáneo. Esta página pertenece a su libro *Glosas castellanas*.

NOCIONES DE ETIMOLOGÍA

CAPÍTULO NOVENO

FORMACIÓN DE LAS PALABRAS

Lección 42.^a

La *etimología* estudia el origen y formación de las palabras. Las palabras se forman por *derivación* o por *composición*.

Los elementos que entran en la formación de las palabras son: la *raíz*, el *radical* (1), los *prefijos* y *sufijos* y las *desinencias*.

Los gramáticos llaman frecuentemente raíz el radical; pero los lingüistas aconsejan no confundir ambos conceptos.

Raíz es el elemento irreductible, simple, de una palabra, después que ésta ha sido despojada de sufijos, prefijos y desinencias. La raíz, formada de apenas una o más letras, representa la idea matriz, sustancial, expresada por la palabra, el germen de donde derivan sus varias formas. El número de las raíces de los vocablos de una lengua es muy limitado. La mayoría de las palabras de las lenguas indoeuropeas derivan de un corto número de raíces comunes que se descubren en el griego antiguo y, sobre todo, en el sánscrito.

Radical o *tema* es la raíz provista ya de un primer sufijo de derivación y preparada para generar otras palabras.

(1) El género de este nombre no está bien determinado. La Academia en su Gramática lo usa indistintamente como masculino y femenino. En su Diccionario no fija el género.

La raíz es el núcleo común de todas las palabras de una misma familia, y el radical es el origen inmediato de una sola rama de ella. La raíz es el elemento primitivo; el radical es ya un elemento secundario, derivado. De cada raíz pueden provenir varios radicales.

La raíz **gen**, cuyo sentido originario es *producir, engendrar*, la hallamos en *género, genérico, genéricamente, generar, generador, generación, ingenuo, primogénito, progenie, genuino, génesis, genio, genial, genital, genitivo, degenerar, regenerar, general, generalizar, generosidad, etc.*; y en *gente, gentil, gentío, gentilicio, gentileza, gentuza, etc.*; ahora bien, el radical de la primera serie es **gener**, y el de la segunda, **gent**.

Sufijos son los elementos que, añadidos al fin del radical, fijan el sentido de la palabra. Casi todos los sufijos de nuestro idioma proceden del latín, aunque algunos se han apartado en su forma más que otros de su origen. Los hay nominales y verbales.

Prefijos son las partículas que, puestas delante de las palabras simples, modifican su sentido o forman con ellas otras nuevas.

A los prefijos y sufijos se los llama en general *afijos*.

Desinencia es la terminación que indica los accidentes gramaticales (el género y el número de los nombres y adjetivos, y el número, la persona, el tiempo y el modo del verbo).

El término genérico con que se designan estas formas diversas de las palabras variables, suele llamarse *flexión* o *inflexión*.

La mayor parte de las palabras que constituyen el vocabulario de una lengua de flexión, y por consiguiente de la lengua castellana, son derivadas o compuestas. El número de las voces primitivas es muy reducido.

Significación de los sufijos principales en la derivación nominal

Lección 43.^a

Ponemos a continuación una lista de los sufijos principales en la derivación nominal castellana. No tiene carácter científico ni abarca todos los sufijos y sus significaciones, sino los más comunes de aquéllos y las principales de éstas. Los ejemplos que se ponen son de dos clases: unos vocablos proceden del latín, del cual traen el sufijo; otros se han formado por derivación, mediante la agregación del sufijo de procedencia latina, sobre palabras castellanas: nombres, adjetivos, verbos, participios, etc. Hemos creído inútil distinguirlos aquí. Mediante estos sufijos nacen constantemente nuevas palabras derivadas, que a medida que la necesidad y el uso las imponen, los vocabulistas se ven obligados a autorizar. El habla es una creación continua.

aco, acho, alla, despectivos, denotan inferioridad o mala calidad de alguna cosa: *libraco, pajarraco, terminacho, antigualla, gentualla*.

able, eble, ible, uble, adjetivos, casi todos verbales, denotan capacidad, aptitud, posibilidad: *amable, mudable, navegable, endeble, voluble, soluble*.

ador, edor, idor, denotan sustantivos verbales con significación activa: *creador, caminador, agitador, examinador, robador, hacedor, veedor, oidor, decidior*. Con estos sufijos existe un número crecidísimo de vocablos.

ada, 1) expresa conjunto, pluralidad: *balaustrada, indiada, peonada, barricada, armada, estacada, bandada, boyada, torada, yeguada, majada*; 2) denota capacidad, duración de las cosas: *cestada, carretada, cucharada, mesada, temporada, jornada*; 3) denota una acción verbal: *bajada, llegada*; 4) acción propia de ciertas personas o cosas: *alcaldada, muchachada, cornada, puñalada, pedrada, pechada, lanzada*.

- ado, ato,** 1) denotan algunas veces dignidad, empleo, jurisdicción: *condado, obispado, decanato, generalato, priorato*; 2) cuerpo, congregación de personas constituídas en autoridad: *senado, electorado*; 3) **ado**, en los adjetivos procedentes de verbos indica semejanza de color u otras cualidades físicas: *colorado, azulado, arbolado, jaspeado, plateado, aletargado, acorchado, acanalado, barbado*; **ato**, en algunos nombres de animales da idea de pequeñez: *lobato, cervato, lebrato, ballenato*.
- ajo,** es despectivo y denota inferioridad, extravagancia: *bebistrajó, latinajo, colgajo, estropajo* (por *estopajo*, de *estopa*), *espantajo, renacuajo*.
- al, ar,** 1) denotan generalmente el sitio donde abunda el primitivo: *encinar, arenal, olivar, pinar, colmenar, palomar, sancedal, lodazal, cenagal*; 2) en los adjetivos denotan cualidad derivada de un sustantivo: *artificial, mortal, familiar, solar, esferoidal*.
- an,** denota procedencia o cualidad: *alemán, catalán, holgazán, haragán*.
- ancia, anza, encia,** denotan ordinariamente la cualidad genérica de las cosas, ideas abstractas: *abundancia, fragancia, templanza, esperanza, confianza, usanza, obediencia, penitencia, dolencia*.
- ano,** 1) denota origen, pertenencia: *americano, tucumano, aldeano, ciudadano, parroquiano, cortesano*; 2) expresa también la idea afín de religión, secta, escuela, etc.: *cristiano, pagano, anglicano, presbiteriano, copernicano, kantiano*.
- ante, ente,** denotan generalmente empleo, profesión, grado, ocupación: *comediante, ayudante, intendente, teniente, penitente*.
- ario,** 1) denota profesión, ocupación, etc.: *lapidario, mandatario*; 2) algunas veces denota el sitio o conjunto de las cosas: *epistolario, campanario, relicario, osario*.
- astro,** es despectivo: *camastro, poetastro, filosofastro, criticastro*; 2) denota también grados de parentesco indirecto, significado que nació sin duda con sentido peyorativo: *hermanastro, hijastro, padrastro*, y con *astra, madrastra*.
- az,** expresa en los adjetivos acción, tendencia: *locuaz, voraz, falaz*.
- azo, aza,** 1) aumentativos, implican también la idea de menosprecio, de calidad inferior: *padrazo, animalazo, aguaza, vinaza, sangraza, carnaza*; 2) **azo**, denota asimismo la idea de golpe dado con un cuerpo o instrumento; *rebencazo, flechazo, codazo, balazo, cañonazo*.

- azgo**, indica dignidad, empleo, mando, jurisdicción, parentesco: *almirantazgo, patronazgo, compadrazgo, hermanazgo, mayorazgo*.
- bundo**, en los adjetivos denota predisposición o intensidad: *meditabundo, furibundo, vagabundo*.
- ento, eño, iento**, 1) denotan en los adjetivos cualidad propia generalmente de un sustantivo: *amarillento, avariento, risueño, pedigüeño, calenturiento, sediento, hambriento, grasiento*; 2) **eño**, es común en los gentilicios: *madrileño, porteño, santiagueño, salteño, jujeño*.
- ense**, es sufijo de los adjetivos gentilicios: *bonaerense, bahiense, paranaense*.
- es**, también denota con frecuencia procedencia: *cordobés, aragonés, dinamarcués, inglés, francés*.
- ez, eza**, forman nombres abstractos derivados de adjetivos, significando propiedades físicas o cualidades morales: *lobreguez, endeblez, agudez, acidez, rustiquez, aspereza, simpleza, presteza, entereza*; **ez**, también es terminación patronímica, no de origen latino sino ibérico: *Pérez, López, Fernández*.
- eo**, denota acción repetida: *bombardeo, gimoteo, cuchicheo, galanteo, jaleo, martilleo, saqueo*; 2) en los adjetivos implica que el sustantivo que califican es de la sustancia o materia del primitivo: *argénteo, arbóreo, marmóreo, térreo, sanguíneo*; 3) es también sufijo que indica procedencia o pertenencia: *caldeo, europeo, cesáreo, epicúreo, hebreo, museo* (de *musaeum*, lugar consagrado a las musas).
- ego, iego, eno, esco, ético**, 1) forman por lo general adjetivos que denotan pertenencia o relación: *labriego, veraniego, mujeriego; noveno, ameno, sereno, moreno, obsceno; gigantesco, villanesco; poético, profético*; 2) adjetivos o nombres que expresan origen o pertenencia: *manchego, arabesco, chino, churriguero, oficinesco; nazareno, sarraceno*.
- edo, eda**, suelen denotar colección, multitud: *robledo, viñedo, arboleda, alameda, saucedo*.
- ero**, 1) denota oficio o empleo: *panadero, zapatero, cartero, sombrerero, carnicero*, y por apócope: *mercader, bachiller*; 2) ciertos lugares: *desembarcadero, granero, matadero, lavadero* y la forma femenina *leonera*; 3) en los adjetivos denota aptitud activa o pasiva: *hacedero, perecedero, asadero*.
- edad, idad, dad, tad**, por lo general denotan cualidades genéricas de

- las cosas, en nombres abstractos: *sobriedad, terquedad, fidelidad, liberalidad, maldad, verdad, libertad.*
- esa**, sufijo de terminación femenina en nombres como *alcaldesa, baronesa, condesa.*
- ida**, denota una acción verbal: *salida, venida, partida, acogida, despedida.*
- ino**, 1) además de ser un diminutivo, denota en los adjetivos una cosa hecha de otra o que procede de ella y que tiene semejanza con otra: *alabastrino, cristalino, canino, equino, púrpurino*; 2) es también gentilicio: *mendocino, sanjuanino, correntino, salmantino.*
- izo, uzco**, denotan matiz, tendencia: *blanquizco, blancuzco, negruzco.* También existe la forma **usco**: *verdusco, pardusco.*
- estre**, expresa relaciones de lugar: *campestre, silvestre.*
- isa**, sufijo de terminación femenina en nombres eruditos como *poetisa, sacerdotisa, profetisa.*
- ismo**, denota ideas colectivas en sentido moral o religioso, sistemas, doctrinas, ejercicio de algo o conformidad con ello: *patriotismo, catolicismo, cristianismo, protestantismo, judaísmo, platonismo, arcaísmo, galicismo, barbarismo, neologismo, imperialismo, mercantilismo, alpinismo.* Algunos denotan cualidad: *albinismo, pauperismo.*
- ista**, denota escuela, partido, secta, profesión, estado, hábito: *naturalista, realista, calvinista, jurista, dentista, pianista, violinista, pleitista, bolsista.*
- ivo**, denota en los adjetivos idea de aptitud para hacer algo, fuerza, propiedad, etc.: *activo, destructivo, provocativo, caritativo, ejecutivo, pensativo, ahorrativo, afirmativo, discursivo.*
- izo**, 1) en los adjetivos, denota propensión, aptitud, propiedad, semejanza: *antojadizo, olvidadizo, movedizo, pajizo, rojizo, llovedizo, enfermizo*; 2) en los sustantivos, individuo encargado de algo: *caballerizo, boyerizo, porquerizo.*
- il**, diminutivo a veces como en *tamboril* y *ministril*, indica lo que es propio de lo que representa el primitivo: *barberil, cochiril, pueril* (*puerilis* en latín, de *puer*, niño), *monjil, varonil, señoril, mujerial, senil* (de *senilis* en latín, de *senex*, anciano).
- ia, ía, icia**, denotan la cualidad genérica y abstracta de las cosas: *angustia, concordia, alegría, cortesía, cobardía, avaricia, malicia, pericia, primicia.*

- ión, ción, sión**, denotan una acción verbal y también su efecto: *acción, unión, descripción, elección, agitación, invención, composición, inauguración, pretensión*. Son muchísimas en castellano las voces derivadas con esas terminaciones.
- itud**, denota cualidades físicas o morales en forma abstracta: *altitud, esclavitud, exactitud, prontitud, rectitud, beatitud*.
- mento, miento**, denotan acción verbal: *ornamento, lucimiento, juramento, acompañamiento, fingimiento, armamento, salvamento, acaloramiento, lucimiento, crecimiento, nacimiento*.
- ón**, 1) es aumentativo: *hombrón, peñón, gigantón, señorón*; 2) tiene también carácter despectivo: *bravucón, buscón, soplón*; 3) pero en muchas palabras carece de valor significativo, por ej.: en *carbón, jamón, salmón, jabón, sermón*. Forma a veces diminutivos de significado, no de forma: *pichón, perdigón*.
- orrio, orro**, forman despectivos y diminutivos de origen: *aldeorrio o aldeorro, villorrio, ventorro*. Estos sufijos son de origen ibérico.
- oso, uoso**, en los adjetivos derivados de sustantivos, denotan abundancia, inclinación grande hacia algo: *sustancioso, plumoso, pedregoso, cariñoso, caprichoso, lujoso, vergonzoso, engañoso, envidioso, odioso, monstruoso, fructuoso*. Derivan del sufijo latino *osus*, que tenía la misma significación de plenitud en la posesión de una cualidad. Abundan mucho en castellano.
- ote**, es despectivo: *guisote, librote, barbarote*.
- sor, dor, tor**, denotan generalmente empleo, profesión, título, ocupación: *profesor, confesor, defensor, rector, actor, escultor, auditor, emperador*.
- triz**, sufijo de terminación femenina en sustantivos y adjetivos que correspondan a masculinos en *dor* y *tor*: *actriz, emperatriz, motriz, directriz*.
- uco, ucho**, despectivos, denotan generalmente cosas pequeñas y de poca importancia: *frailuco, papelucho, animalucho, medicucho, malucho*.
- udo**, denota cualidad poseída en alto grado. Generalmente toma un matiz despectivo, vulgar: *dentudo, barbudo, forzado, peludo, huesudo*.
- uno**, generalmente denota una idea de origen o semejanza: *frailuno*; la mayor parte son de nombres de animales: *boyuno, perruno, vacuno, ovejuno, caballuno*.
- uza**, generalmente despectivo: *gentuza, carnuza*.

Sufijos de preponderancia afectiva

Lección 44.^a

Como se ha visto por la lista precedente, muchos de los sufijos tienen una significación afectiva: agregan al radical, ya una idea de cariño, ya una de menosprecio. Se llaman *despectivos* los vocablos que connotan la idea de inferioridad, mala calidad, ruindad, extravagancia, etc. No existe en cambio en castellano una palabra de uso común para designar aquellos vocablos que envuelven una idea de aprecio o cariño, porque el calificativo de *apreciativos*, aconsejado por Rodolfo Lenz, no es suficientemente expresivo. En castellano abundan los sufijos de connotación despectiva. Ésta puede ir desde la acentuada valoración de inferioridad hasta un mero matiz de desprecio. Los más usuales son los siguientes: *aco*, *acho*, *aje*, *ajo*, *astro*, *alla*, *aza*, *ejo*, *ete*, *ote*, *orrio*, *orro*, *uco*, *ucho*, *udo*, *uca*, *ucha*, *uza*, *uelo*.

Éstos a la vez pueden denotar aumento o disminución de la cosa significada por el vocablo primitivo, cuando derivan de alguno.

EJEMPLOS:

Pajarraco, bicharraco, monicaco, hominicaco, monigote, poblacho, populacho, brebaje, comistrajo (mala comida), librajó, filosofastro, poetastro, comicastro, gentualla, vinaza, sangraza, caballejo, librejo, galancete, guisote, herejote, librote, bodorrio (*boda ridicula*), villorrio, ventorro, modorro (*ignorante, torpe*), frailuco, cuartucho, animalucho, calducho, bolsudo, melenudo, casuca, casucha, morenucha, carnuza, plazuela.

No menor riqueza hay en el campo de los vocablos afectivos de expresión cariñosa. La mayoría de éstos toman la forma de diminutivos, porque, al parecer, el hombre para expresar afecto se ha valido siempre de términos significa-

tivos de empequeñecimiento. Por consiguiente, las más veces el diminutivo no significa otra cosa que una idea de cariño, ternura, simpatía, protección, cortesía, etc.

Cuando decimos: *mi casita, mi madrecita, mi papito*, no aludimos de ningún modo al tamaño de la cosa o persona nombrada, sino al afecto que despierta en nosotros su recuerdo.

Las terminaciones propias de los diminutivos, también pueden tener una acepción despectiva de hostilidad o subestimación, como se notará en las frases siguientes:

¿*Leoncitos* a mí? ¿a mí *leoncitos* y a tales horas? (QUIJOTE).

¿Qué querrá este *mocito*?

¡Qué *chiquilla* más mal educada!

Al revés, el afecto o la confianza pueden convertir en términos cariñosos ciertos despectivos, por ejemplo, cuando decimos a un niño en tono de cariñosa reconvención: ¡*malote!*

Leer y recitar:

CANCIÓN DE JINETE

Córdoba.

Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja,
la muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!

¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.
Lejana y sólo.

FEDERICO GARCÍA LORCA.

Poeta español contemporáneo, nacido en Granada a fines del siglo pasado y muerto trágicamente en 1936. Es considerado el más alto poeta de su generación. Lo han hecho popular su *Romancero gitano* y su tragedia *Bodas de sangre*.

Aumentativos y diminutivos

Lección 45.^a

Se llaman *aumentativos* y *diminutivos* los nombres que, derivados de otros, aumentan o aminoran la significación de los positivos. Este aumento o disminución a veces se refiere al tamaño de la cosa representada, a veces a su estimación e importancia.

FORMACIÓN DE LOS AUMENTATIVOS. — Los sufijos más usados para formar los aumentativos son *on*, *ote* y *azo*, con sus respectivos femeninos:

hombrón, hombrote, hombrazo; mujerona, mujerota; gatazo, boza, botellón, familión, grandote, buenazo.

La forma en *on* tiene frecuente valor despectivo; las en *azo* y *ote* (y también en *acho*), que expresan lo extremado, disforme y ridículo, lo tienen siempre, sin necesidad de unírseles la idea de aumento material. Nótese por ejemplo, el carácter exclusivamente despectivo de *militarote*, *amigote*, *padrote*.

La formación no siempre es simple, sino que al hacerse un vocablo aumentativo, altera el tema o acrecienta con algunas letras el sufijo, por ej.:

casa, caserón; viento, ventarrón; mozo, mocetón; bobo, bobalicón.

El cambio de género, al pasar un nombre de cosa del positivo al aumentativo, es frecuente:

taza, tazón; cuchara, cucharón; botella, botellón; familia, familión; barraca, barracón; carreta, carretón; muralla, murallón, etc.

Las terminaciones en *on* y *ote*, propias de los aumentativos, suelen llevarlas también ciertos nombres que con relación al positivo son más bien diminutivos, aunque con un matiz perorativo más o menos pronunciado. Se citan como tales, *carretón*, *callejón*, *torrejón*, *perdigón* (el pollo de la perdiz), *islote*, *camarote*, etc.

FORMACIÓN DE LOS DIMINUTIVOS. — Los sufijos de los diminutivos son *ito*, *illo*, *ico*, *uelo*, con sus incrementos, *cito*, *cillo*, *cico*, *zuelo*, *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*, *cecito*, *cecillo*, *cecico*, *cezuelo*, etc., y sus respectivos femeninos:

papelito, mamita, bailecito, mujercita, hombrecico, jardinillo, patizuelo, lucecita, panecillo, redecilla, piececillo, pajarito, calentito, todito, llenito.

Son también sufijos de diminutivo *in*, *ino*, *ejo*, *eja*, *ete*, *ijo*, *ija* y otros, los cuales tienen generalmente valor despectivo, según ya se vió.

Pueden formarse diminutivos de diminutivos:

chico, chiquito, chiquitito, chiquitín; chiquilín, chiquilincito.

Diminutivos de aumentativos:

sala, salón, saloncillo; silla, sillón, silloncito.

Aumentativos de diminutivos:

escoba, escobilla, escobillón.

Aumentativos de aumentativos:

cuerpo, corpacho, corpachón; pícaro, picarón, picaronazo.

Diminutivos triples:

calle, calleja, callejón (considerado dim. a pesar de su term.), callejoncito, etc.

Algunos gerundios y adverbios admiten el diminutivo, sobre todo en el habla familiar y rústica:

callandito; cerquita, lejitos, luegoito, despacito, tardecito, arribita, abajito, ahicito, allacito, en cuantito.

No hay nada en la lengua más vivo ni más variado ni más caprichoso que la formación de los aumentativos y diminutivos, tanto que sería difícil indicar todas las transformaciones que sufren ciertas palabras, que sólo la lectura y el uso pueden enseñar. Ellos varían además según las regiones. En la Argentina, para los diminutivos usamos casi exclusivamente las terminaciones en *ito*, *ita*, *cito* y *cita*. Además hacemos derivaciones como *viejito*, *pedrita*, *florcita*, *pueblito*, *huevito*, *pancito*, *sueñito*, *cieguito*, consideradas impropias por los gramáticos españoles, los cuales aconsejan *viejecito*, *pedrezuela* o *pedrezuela*, *florequilla*, *pueblecito* o *pueblecillo*, *huevecito*, *pancito* o *pancillo*, *sueñecito*, *cequezuelo* o *cieguecito*, y otras formas equivalentes; sin embargo, la formación de esos argentinismos, que tampoco está limitada solamente a nuestro país, no es ilógica y está abonada por el uso del pueblo y de nuestros buenos escritores.

Lo que no debe decirse es un *pequeño gatito*, un *pequeño nenito*, una *pequeña casita*, porque ya la idea expresada por *pequeño* está en el diminutivo.

Los sufijos propios de los aumentativos y diminutivos no son característicos y exclusivos de ellos, pues también los llevan muchos nombres positivos, o que antes fueron aumentativos o diminutivos y han perdido esa significación; por ejemplo en *ón*, *corazón*, *calzón*, *lección*, *burlón*, *juguetón* e innumerables más; en *azo*, *lazo*, *abrazo* y muchos nombres

indicativos de golpe o explosión, como *campanillazo*, *rebencazo*, *tijeretazo*, *escopetazo*; en *ote* u *ota*, *cascode*, *cogote*, *mascota*; en *ico*, *pico*, *borrico*; en *ito*, *circuito*, *grafito*; en *illo*, *illa*, *martillo*, *colmillo*, *mejilla*, *quilla*, etc.

Se da también el caso de que el sufijo *on* indique privación de algo, como en los vocablos *pelón* (hombre pelado o sin pelo, o bien falto de recursos) y *rabón* (que ha perdido el rabo).

Leer y recitar:

LA FLAUTA

Esta caña
que he encontrado en el campo
me la llevo a mi casa;
ha de servir para algo.

En los tiempos heroicos
de mis antepasados,
una caña como ésta
solamente servía para hacer una lanza.

Pero yo ¿para qué quiero lanzas
no siendo hombre de guerra?
Yo con ella me voy a hacer una picana,
y si sobra un pedazo...
y si sobra un pedazo, he de hacerme una flauta.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Poeta uruguayo contemporáneo, nacido en Montevideo en 1887. Esta breve composición pertenece a su libro *Agua del tiempo*.

Principales sufijos de derivación verbal

Lección 46.^a

Gran parte de los verbos castellanos proceden de verbos latinos o se formaron sobre voces latinas; pero son muchos también los que se han formado y siguen formándose sobre vocablos ya en uso en nuestra lengua.

Estos últimos son casi todos de la primera conjugación, algunos de la segunda, en *ecer*, y muy pocos de la tercera.

Los ejemplos de sufijación que ponemos en la lista siguiente, son de verbos formados sobre vocablos castellanos (sustantivos, adjetivos, otros verbos y en menor cantidad, demás palabras).

- ar.** Forma comúnmente derivados de nombres y de adjetivos: de *nombres*: arañar, archivar, arbolar, alambrar, alamar, asilar, agriar, boxear, cultivar, diagnosticar, dictaminar, diplomar, emocionar, esbozar, estampillar, esterillar, hamacar, finar, originar, penar, prolongar, raptar, reverenciar, pavimentar, sabotear, seleccionar, sentenciar, sesionar, ultrajar, untar, viajar, etc.; de *adjetivos*: agriar, alegrar, anexar, azular, calentar, completar, concretar, contentar, cristianar, doblar, indigestar, mezquinar; vivir (derivado de la voz verbal exclamativa, *viva*), adelantar (del adverbio *adelante*). También se forman sobre sufijos de derivación nominal, generalmente con significación diminutiva o peyorativa, formando vocablos como *aguachar*, *despatarrar*, *lloviznar*, *besucar*, *mascullar*.
- uar.** Forma derivados eruditos sobre radicales latinos, a semejanza de los verbos de origen latino en *uar*: actuar, conceptuar, usufructuar, etc.
- ear.** Este sufijo es a menudo de significación frecuentativa. Forma derivados de nombres, de adjetivos y de verbos: acicatear, agujerear, apedrear, atenacear, boicotear, bombear, cocear, cuerear, churrasquear, guerrear, jugar, lotear, ojear, parpadear, pleitear, rasquetear, rebenquear, señorear, azulear, bastardear, curiosear, renguear o renquear, vagabundear, tutear (este último del

- pronombre *tú*) y de verbos con sufijos de derivación nominal como *bailotear*, *lloriquear*, *pintorrear*. Algunos de éstos tienen su equivalente en *ar*: *baldonar*, *baldonear*; *besucar*, *besuquear*.
- ejar.** Poco frecuente: *azulejar* (revestir de azulejos), *bosquejar*, *cor-tejar*.
- izar.** Ejemplos: *argentinar*, *anarquizar*, *carbonizar*, *cristalizar*, *clo-roformizar*, *economizar*, *escandalizar*, *independizar*, *inmunizar*, *intensificar*, *judaizar*, *municipalizar*, *responsabilizar*, *sintonizar*, *socializar*, *teorizar*, *tiranizar*.
- ificar.** Forma derivados eruditos sobre sustantivos y adjetivos, todos los cuales envuelven en el sufijo *ficar* el significado de *hacer*: *bonificar*, *dulcificar*, *intensificar*, *osificar*, *ramificar*, *tonificar*.
- ecer.** Forma verbos de significación incoativa, derivados de nom-bres y adjetivos: *favorecer*, *tallecer*, *amarillecer*, *humedecer*, *obscurer*.
- ir.** Ha formado por derivación algunos verbos, como *colorir* y *des-pavorir* (derivado de *des-pavor*).

LAS FRUTAS

Sobre las frutas, una indicación: desdénense siempre las exóti-cas y extemporáneas, las que están fuera de lugar y de tiempo. Cual-quier fruta en sazón, por humilde que sea, vale más que las mejo-res frutas maduras en caja.

No se crea tampoco en la superchería del Trópico. El Trópico es una *serre* para hacer experimentos, pero nada más. Frutas del Trópico, frutas de invernadero. Yo he estado en el Trópico, donde probé las frutas más variadas, y me parecía encontrarme en los pri-meros días de la creación, cuando todo se encontraba aún sin cla-sificar ni depurar.

Las mejores frutas son las de zona templada y, especialmente, las de zona límite. “No hay amores como los últimos”, ha dicho el poeta. No hay tampoco pesetas como las últimas — añado yo —, ni frutas como las que se recogen allí donde termina la producción frutal.

La fruta es lo más a propósito que existe para terminar una bue-na comida. Después de las excitaciones artificiales que ha recibido el paladar, nada puede reposarlo tanto como el sabor natural de la

fruta. Está bien una hora de arte, pero hay que volver a la Naturaleza. Por esto el amigo Lúculo transportó a Europa el cerezo del Asia Menor y lo plantó en su huerta, junto al muro de la piscina donde mantenía vivas las lampreas y los salmones, y Lúculo era un gran general que hacía rendirse por hambre a sus enemigos y por satisfacción a sus amigos.

JULIO CAMBA.

Humorista español contemporáneo. La página anterior pertenece a su libro *La casa de Lúculo o El arte de comer*.

Prefijos más usuales

Lección 47.^a

Los prefijos castellanos tienen una doble procedencia: unos son de origen latino y otros griego. Entre los de origen latino hay que distinguir dos clases: los que también tienen valor de preposiciones separables, y las partículas inseparables sin significación por sí solas. Los ejemplos que ponemos de unos y otros son, como en la tabla de los sufijos, ya de palabras que han llegado al castellano prefijadas del latín, ya de palabras formadas por composición dentro de la lengua. En la primera lista, de prefijos que también tienen valor de preposiciones separables, sólo hemos incluido vocablos formados dentro del castellano por composición. Pero la mayoría de los vocablos en que aparecen las preposiciones *con*, *en*, *tras* y algunas más, son de derivación latina. En las otras dos listas figuran vocablos de ambas procedencias.

La fecundidad de los prefijos no es menor que la de los sufijos. Con ellos formamos de continuo voces nuevas.

Prefijos que también tienen valor de preposiciones separables

- a**, indica tendencia, semejanza, intensidad en la acción: *adonde*, *aindiado*, *avinagrado*, *afrancesado*, *amontonar*, *apedrear*.
ante, *anti*, indica precedencia de tiempo, orden, lugar: *antedatar*, *anteanoche*, *antecocina*, *antifaz*.

- con, com, co,** designa relación de unión o compañía, de simultaneidad, y a veces sólo sirve para dar más fuerza e intensidad a la palabra que acompaña: *condolencia, convivir, connacional, comprobar, coacusado*.
- contra, contro,** denota idea de oposición y contrariedad: *contradecir, contramarcha, contrapelo, controvertir*.
- de,** entra en composición con sentido de privación y otros varios: *demérito, debajo, decantar*.
- en,** comunica fuerza y acción al vocablo en que entra: *ennoblecer, enmarañar, enlodar*.
- entre,** denota un estado o situación en medio de dos acciones u objetos; también atenúa la acepción del simple: *entrecerrar, entreabrir, entremezclar, entrecejo, entreacto, entresuelo, entrecano, entrever y entrelínea*.
- por:** *pordiosero, pormenor, porvenir*.
- sin,** denota carencia, falta, privación: *sinsabor, sinrazón, sinnúmero*.
- so, son, sos,** conserva su valor propio, y también modera o disminuye la intensidad del vocablo a que se prefixa: *socavar, sofreír, sonrisa, sonsacar, sospesar o sopesar*.
- sobre,** expresa superioridad física o moral, adición, exceso: *sobrepelliz, sobrehumano, sobredorar, sobresueldo, sobrecoger*.
- tras, trans,** indica el tránsito de un lugar a otro, de uno a otro estado y al través de una cosa: *trasañejo, trastienda, trasalcoba, trasandino, trasmundo, traspatio*. Los vocablos prefixados por *trans* se admite hoy que se escriban también con el simple prefixo *tras*.

Prefijos o partículas inseparables de procedencia latina

- ab, abs,** indica alejamiento, separación: *abjurar, abuso, abstenerse, abstraer*.
- ad,** indica tendencia, semejanza, acercamiento, intensidad en la acción: *adjunto, admirar, administrar*.
- bi, bis, biz,** dos: *bicameral, bilabial, bisectriz, bisojo, bisabuelo, biznieto, bizcocho*.
- circun, circum,** alrededor, en torno: *circunvecinos, circunlocución, circunnavegación, circumpolar*.
- ois,** del lado de acá, aquende: *cisplatense, cisalpino*.

- des, dis, de, di**, partícula negativa, comunica generalmente al vocablo simple la idea contraria de lo que expresa, o la supresión de la que aquel representa: *desarmar, desabrigar, desamparar, desenlace, deforme, difamar, discordia*.
- equi**, igual: *equilátero, equivalencia*.
- ex**, amplía la significación del simple y le da más fuerza; implica la idea de movimiento hacia afuera, extracción, negación: *exclamar, excavar, exterminar*. Antepuesta esta partícula a nombres de dignidades, cargos, oficios, empleos, etc., denota que el sujeto que los poseyó ya no los posee: *ex presidente, ex ministro, ex rector, ex catedrático*.
- extra**, fuera de: *extramuros, extraviar, extraordinario*.
- in, im, i**, generalmente es usado en sentido negativo: *indiviso, incapaz, indigno, impío, irreflexivo, irresponsable*.
- infra**, debajo: *infrascrito, infrahumano*.
- inter, intro**, usado por *entre* o *en medio de*: *intercambio, intervalo, intercolumnio, intercelular, internacional, interlinear*.
- intra**, dentro: *intramuros, intravenoso*.
- ob**, da cierta fuerza y eficacia a la palabra que acompaña, y también puede indicar una idea de contrariedad u oposición: *obcecación, obtener, obstar*.
- omni**, todo: *omnipotencia, omnímodo*.
- pen**, casi: *penumbra, penúltimo, península*.
- plus**, más: *pluscuamperfecto*.
- per**, generalmente tiene valor intensivo: *perdurar, perseguir, pernoctar, perturbar*.
- post, pos**, después de: *postmeridiano, poscomunión, posponer, posdata*.
- pre**, denota antelación o prioridad: *prefijo, precursor, prehistoria, precolombiano, predecir, prejuizar, presentir, predominante, preclaro, preponderancia*.
- preter**, fuera de, más allá: *preternatural, preterir*.
- pro**, delante de, indica continuidad de acción, movimiento hacia adelante; también la idea de sustitución, por *en vez de*: *próximo, proclítico, procrear, prohijar, proponer, proclamar, pronombre, procónsul, protesorero*.
- re**, comunica la idea de reiteración o repetición hacia atrás: *recaer, rejuvenecer, rehacer, rever, refinar, reforzar, recorrer, rehuir, reactivo, repugnar, reprobar*.

- retro, hacia atrás: *retrovender, retroactivo, retroceder*.
 satis, bastante: *satisfacer*.
 semi, medio, a veces con significación de casi: *semitono, semicirculo, semidiós*.
 sub, sus, su, debajo, indica inferioridad, acción secundaria: *subalterno, suburbio, suspender, subarrendar, supuesto*.
 super, supra, sobre, encima: *superfino, superhombre, supramundano*.
 ultra, al lado de, más allá de: *ultramar, ultramontano*.
 vice, vi, viz, sustitución o grado inferior: *vicecónsul, vicegerente, virrey, vizconde*.
 yuxta, cerca de, junto: *yuxtaposición*.

Principales prefijos de procedencia griega

Lección 48.^a

- a, an, partícula privativa (sin): ateo (*theos*, Dios), amorfo (*morfe*, forma), África (*friké*, frío), abismo (*byssós*, fondo), acéfalo (*kefale*, cabeza), afonía (*fone*, voz), anodino (*odyne*, dolor), anónimo (*ónoma*, nombre), analfabeto, amoral, anormal.
- anfi (de ambos lados, alrededor): anfibia (*bios*, vida), anfiteatro (*theatron*, teatro), ánfora (*féro*, llevar).
- anti (contra), antípoda (*pous*, *podos*, pie), antídoto (*dotós*, dado), antipatía (*pathos*, sentimiento), antagonista (*agonistes*, combatiente), antiséptico (*septikós*, lo que engendra putrefacción), anticristo, antialcohólico.
- archi, arci, arqu, arz, indica autoridad, primacía y también *mu*y, mucho: archipiélago (*pelagos*, mar), arcipreste (*presbyteros*, presbítero), arquitecto (*tehton*, obrero), arzobispo (*episkopos*, vigilante), arquetipo (*typos*, tipo, modelo). Con la significación de *mu*y se usa para formar superlativos como *archinotable, archipoeta* (CASCALES), *archipobre* (QUEVEDO).
- auto (mismo, por sí mismo): autógrafo (*grafo*, escribir), autóctono (*kthon*, tierra), autócrata (*kratos*, poder), autodidacto, automóvil, autorretrato.
- di, dis (doble, dos veces), equivale casi siempre al *bis* latino y no al *dis*, el cual indica separación, división, negación: dilema (*lemma*, proposición), diptongo (*flhongos*, sonido), disílabo (*syllabe*, sílaba), dístico (*stikos*, verso).

- dia** (entre, al través): diagonal (*gonía*, ángulo), diáfano (*fainó*, brillar), diámetro (*metron*, medida).
- en, em** (en, dentro): endémico (*demos*, pueblo), embrión (*bryo*, germinar, brotar).
- epi** (tiene varias acepciones). Con el significado de *sobre*: epitafio (*tafos*, tumba), epidermis (*derma*, piel).
- exo** (fuera): éxodo (*odós*, camino), exosmosis (*osmós*, impulsar).
- hemi** (medio, la mitad): hemisferio (*sfaira*, esfera), hemistiquio (*stikos*, línea), hemiciclo (*kyklos*, círculo).
- hétero** (otro, diferente, de varios modos): heterogéneo (*genos*, especie), heterodoxo (*doxa*, opinión).
- hiper** (encima, sobre, más allá, del otro lado): hipérbaton (*baino*, ir), hiperbóreo, (*Boreas*, norte), hiperestesia (sensibilidad exagerada), hipertensión.
- hipo** (debajo), equivale al *sub* latino y es el opuesto de *hiper*: Hipogastrio (*gaster*, estómago, vientre), hipogeo (*gê*, tierra).
- meta** (después, más allá), metamorfosis (*morfe*, forma), metafísica (*fisis*, naturaleza).
- pan** (todo): panacea (*akos*, remedio), panoplia (*opla*, armas), panorama (*orama*, espectáculo), panamericano.
- para** (al lado), idea de proximidad: parábola (*ballo*, poner), paradoja (*doxa*, opinión), parásito (*sitos*, comida), parónimo (*ónoma*, nombre).
- peri** (alrededor): pericardio (*kardia*, corazón), pericarpio (*karpos*, fruto), periostio (*osteon*, hueso), perifrasis (*frasis*, locución, frase), perímetro (*metron*, medida), peristilo (*stylos*, columna).
- poli** (mucho): polígloto (*glotta*, lengua), polígono (*gonía*, ángulo), Polinesia (*nesos*, isla), politécnico (*tekne*, arte), poliedro (*edra*, cara), polinomio (*nomos*, división), polifonía.
- pro** (delante): prólogo (*logos*, discurso), proscenio (*skené*, escena), programa (*gramma*, letra).
- proto** (primero, principal): prototipo (*typos*, modelo, tipo).
- sin, si, sim** (con, junto): sinfonía (*foné*, voz), simpatía (*pathos*, afección, sentimiento), simetría (*metron*, medida), sinónimo (*ónoma*, nombre), sintaxis (*tasso*, arreglar, ordenar).
- mono** (uno, solo): monopolio (*polein*, vender), monomanía, monólogo, monograma, monarca (*arkos*, jefe), monotonía (*tonos*, sonido), monocordio (*kordé*, cuerda), monoplano.

Muchas de las voces citadas entre los ejemplos precedentes han entrado en nuestra lengua ya formadas del griego, o directamente o a través del latín, y otras son de formación técnica más reciente; pero algunos de estos prefijos son muy fecundos aun en el habla popular, porque los usamos para formar nuevas voces compuestas.

De los citados, algunos como *archi*, *auto*, *pan*, *para*, *proto*, así como los que indican número, *mono*, *di*, *tri*, *tetra*, *penta*, *hexa*, *hepta*, *octo*, *enea*, *deca*, *endeca*, *hecto*, *kilo*, *miria*, voces de suyo significativas, no son propiamente prefijos. Suele dárseles el nombre de *seudo-prefijos*. Tampoco son prefijos otras voces, adjetivos y sustantivos de origen griego, que entran en composición en palabras castellanas, tales como *neo*, nuevo (*neófito*, *neologismo*, *neolatino*), *pseudo* o *seudo*, falso o supuesto (*seudónimo*), *micro*, pequeño (*microbio*, *microorganismo*), *filo*, amigo, amante (*filántropo*, *filosofía*), *geo*, tierra (*geografía*, *geometría*), *hemo*, sangre (*hemorragia*), *kako*, malo (*cafofonia*), *aero*, aire (*aerolito*, *aeronauta*) y muchas más.

Leer y recitar:

ASÍ

¿Por qué he escuchado tu filosofía?

Tú dijiste: Tus rosas son tempranas
y la rosa es mejor cuando es tardía.

Así escuchando tu filosofía,
yo arranqué mi rosal de mis ventanas,
el buen rosal que en mi ventana ardía.

Hoy he visto, al pasar, rosas tempranas
en tu balcón donde hasta ayer no había.

Ve lo que valen tus palabras vanas,
ve en lo que para tu filosofía!

ARTURO CAPDEVILA.

Escritor argentino contemporáneo, nacido en Córdoba en 1889, poeta, historiador, ensayista. Ha publicado muchos libros en verso y en prosa. Entre los primeros, *Melpómene*, *El Poema de Nenúfar* — del cual procede esta composición poética —, *El libro de la noche*, *La fiesta del mundo*, *El tiempo que se fué*, *Simbad*, *Romances argentinos*, etc. En el Segundo Libro se incluyó de él una jovial narración, «Pandemónium escolar», de *Córdoba del recuerdo*.

Palabras compuestas

Lección 49.^a

La formación de palabras nuevas por medio de prefijos es un procedimiento de composición. Otro procedimiento es el de reunir en una sola, dos o más palabras con existencia independiente en la lengua.

Las voces compuestas pueden ser formadas de distintos componentes. Ponemos ejemplos de los principales casos, omitiendo la prefijación, ya vista:

- DE DOS SUSTANTIVOS: casaquinta, bocacalle, puntapié, madreSelva, puercoespín, coliflor (*col + y + flor*), calicanto. (*cal + y + canto*).
- DE DOS ADJETIVOS: claroscuro, agridulce, sacrosanto, altibajo, jocosero, décimoséptimo.
- DE ADJETIVO Y SUSTANTIVO O VICEVERSA: mediodía, bajamar, salvoconducto, gentilhombre, camposanto, barbirrubio, aguardiente, montepío, casquivano.
- DE ADVERBIO Y ADJETIVO: malcontento, siempreviva, malavenido.
- DE DOS VERBOS: pegapega, picapica, ganapierde, vaivén (*va + y + ven*), quitaipón (*quita + y + pón*).
- DE VERBO Y OTRAS PARTES DE LA ORACIÓN: cumpleaños, apagavelas, girasol, sacamuelas, sacamanchas, sacacorchos, matagatos, cortaplumas, paraguas, escarbadietes; malcasar, malvivir; cualquiera, quienquiera; dondequiera.
- DE ADVERBIO Y SUSTANTIVO: menosprecio, bienvenida, malandanza, malquerencia.
- DE VARIOS VERBOS Y OTROS ELEMENTOS: correvedile (*corre + ve + di + le*), hazmerreír (*haz + me + reír*).
- DE CONJUNCIÓN Y VERBO: siquiera.
- DE PREPOSICIÓN Y RELATIVO: porque, conqué.

Al entrar en la formación de nuevos vocablos, los elementos componentes a veces se yuxtaponen simplemente;

pero otros sufren ligeras alteraciones, perdiendo o cambiando letras, sobre todo el primer componente; por ej.: *carricoche*, *barbilindo*, *hylván* (de *hilo* y *vano*).

En otros los elementos se han fundido de manera que parecen ser vocablos simples, como en *hidalgo* (hijo de algo).

La parasíntesis. — Entre los procedimientos de formación de las palabras existe por último la *parasíntesis*, la cual funde la composición y la derivación. Son palabras parasintéticas *picapedrero*, *ropavejero*, *sietemesino*, *misacantano*, *desalmado*, *machihembrar*, *afrancesarse*, *apurarse*, *encabezar*, *endulzar*, *embanderar*, *enquistar*, *entristecer*, etc. Estas voces son compuestas, pero no tienen sentido sin los sufijos de derivación *ero*, *ino*, *ano*, *ado*, *ar* y *ecer*.

TORQUEMADA EN LA HOGUERA

Las páginas que siguen pertenecen a una novela corta titulada Torquemada en la hoguera. El protagonista, D. Francisco Torquemada, es un avaro usurero, el cual, teniendo a su hijo a punto de morir, se propone hacer obras de bien y ser generoso para salvarlo de la muerte, aunque lucha en su alma la avaricia con el afecto paternal. La acción de esta novela transcurre en la ciudad de Madrid en la segunda mitad del siglo XIX.

Recomendamos al alumno notar la gracia y eficacia con que emplea el autor los aumentativos y diminutivos.

No tardó en llegar a la otra casa, donde le aguardaban con tanta ansiedad. Era en la calle de la Luna, edificio de buena apariencia, que albergaba en el principal a un aristócrata; más arriba familias modestas, y en el techo un enjambre de pobres. Torquemada recorrió el pasillo obscuro, buscando una puerta. Los números de éstas eran inútiles, porque no se veían. La suerte fué que Isidora le sintió los pasos y abrió.

“¡Ah!, vivan los hombres de palabra. Pase, pase”.

Hallóse D. Francisco dentro de una estancia, cuyo inclinado

techo tocaba al piso por la parte contraria a la puerta; arriba, un ventanón con algunos de sus vidrios rotos, tapados con trapos y papeles; el suelo de baldosín, cubierto a trechos de pedazos de alfombra; a un lado, un baúl abierto, dos sillas, un anafre con lumbre; a otro, una cama, sobre la cual, entre mantas y ropas diversas, medio vestido y medio abrigado, yacía un hombre como de treinta años, guapo, de barba puntiaguda, ojos grandes, frente hermosa, demacrado y con los pómulos ligeramente encendidos, en las sienas una depresión verdosa, y las orejas transparentes como la cera de los ex votos que se cuelgan en los altares. Torquemada le miró sin contestar al saludo, y pensaba así: "El pobre, está más tísico que la Traviatta. ¡Lástima de muchacho! Tan buen pintor y tan mala cabeza... ¡Habría podido ganar tanto dinero!

—Ya ve usted, D. Francisco, cómo estoy... con este catarrazo que no me quiere dejar. Siéntese... ¡Cuánto le agradezco su bondad!

—No hay que agradecer nada... Pues no faltaba más. ¿No nos manda Dios vestir a los enfermos, dar de beber al triste, visitar al desnudo?... ¡Ay!, todo lo trabuco. ¡Qué cabeza!... Decía que para aliviar las desgracias estamos los hombres de corazón blando... sí, señor".

Miró las paredes del buhardillón, cubiertas en gran parte por multitud de estudios de paisajes, algunos con el cielo para abajo, clavados en la pared o arrimados a ella.

—Bonitas cosas hay todavía por aquí.

—En cuanto suelte el constipado, voy a salir al campo—dijo el enfermo, los ojos iluminados por la fiebre—. Tengo una idea, ¡qué idea!... Creo que me pondré bueno de ocho a diez días, si usted me socorre, D. Francisco, y en seguida, al campo, al campo...

—Al camposanto es adonde tú vas prontito—pensó Torquemada; y luego en alta voz:—Sí, eso es cuestión de ocho a diez días... nada más... Luego, saldrá usted por ahí... en un coche... ¿Sabe usted que la buhardilla es fresquecítá?... ¡Caramba! Déjeme embozar en la capa.

—Pues asómbrese usted—dijo el enfermo incorporándose—. Aquí me he puesto algo mejor. Los últimos días que pasamos en el estudio... que se lo cuente a usted Isidora... estuve malísimo; como que nos asustamos, y..."

Le entró tan fuerte golpe de tos, que parecía que se ahogaba. Isidora acudió a incorporarle, levantando las almohadas. Los ojos

del infeliz parecía que se saltaban, sus deshechos pulmones agitábase trabajosamente como fuelles rotos que no pueden expeler ni aspirar el aire; crispaba los dedos, quedando al fin postrado y como sin vida. Isidora le enjugó el sudor de la frente, puso en orden la ropa que por ambos lados del angosto lecho se caía, y le dió a beber un calmante.

—¡Pero qué pasmo tan atroz he cogido!... —exclamó el artista, al reponerse del acceso.

—Habla lo menos posible —le aconsejó Isidora—. Yo me entenderé con D. Francisco: verás cómo nos arreglamos. Este D. Francisco es más bueno de lo que parece: es un santo disfrazado de diablo, ¿verdad?

Al reírse mostró su dentadura incomparable, una de las pocas gracias que le quedaban en su decadencia triste. Torquemada, echándose las de bondadoso, la hizo sentar a su lado y le puso la mano en el hombro, diciéndole: “Ya lo creo que nos arreglaremos... Como que con usted se puede entender uno fácilmente; porque usted, Isidorita, no es como esas otras mujeronas que no tienen educación. Usted es una persona decente que ha venido a menos, y tiene todo el aquél de mujer fina, como hija neta de marqueses... Bien lo sé..., y que le quitaron la posición que le corresponde esos pillos de la curia...”

—¡Ay, Jesús! —exclamó Isidora, exhalando en un suspiro todas las remembranzas tristes y alegres de su novelesco pasado—. No hablemos de eso... Pongámonos en la realidad. Don Francisco, ¿se ha hecho cargo de nuestra situación? A Martín le embargaron el estudio. Las deudas eran tantas, que no pudimos salvar más que lo que usted ve aquí. Después hemos tenido que empeñar toda su ropa y la mía para poder comer... No me queda más que lo puesto... ¡mire usted qué facha!, y a él nada, lo que ve usted sobre la cama. Necesitamos desempeñar lo preciso; tomar una habitacióncita más abrigada, la del tercero, que está con papeles; encender lumbre, comprar medicinas, poner siquiera un buen cocido todos los días... Un señor de la beneficencia domiciliaria me trajo ayer dos bonos, y me mandó ir allá, adonde está la oficina; pero tengo vergüenza de presentarme con esta facha... Los que hemos nacido en cierta posición, señor D. Francisco, por mucho que caigamos, nunca caemos hasta lo hondo... Pero vamos al caso: para todo eso que le he dicho, y para que Martín se reponga y

pueda salir al campo, necesitamos tres mil reales... y no digo cuatro porque no se asuste. Es lo último. Sí, D. Francisquito de mi alma, y confiamos en su buen corazón.

—¡Tres mil reales!— dijo el usurero poniendo la cara de duda reflexiva que para los casos de benevolencia tenía; cara que era ya en él como una fórmula dilatoria, de las que se usan en diplomacia—. ¡Tres mil reales!... Hija de mi alma, mire usted... — Y haciendo con los dedos pulgar e índice una perfecta rosquilla, se la presentó a Isidora, y prosiguió así:— No sé si podré disponer de los tres mil reales en el momento. De todos modos, me parece que podrían ustedes arreglarse con menos. Piénselo bien, y ajuste sus cuentas. Yo estoy decidido a protegerles y ayudarles para que mejoren de suerte... llegaré hasta el sacrificio y hasta quitarme el pan de la boca para que ustedes maten el hambre; pero... pero reparen que debo mirar también por mis intereses...

—Pongamos el interés que quiera, D. Francisco— dijo con énfasis el enfermo, que por lo visto deseaba acabar pronto.

—No me refiero al materialismo del rédito del dinero, sino a mis intereses, claro, a mis intereses. Y doy por hecho que ustedes piensan pagarme algún día.

—Pues claro— replicaron a una Martín e Isidora.

Y Torquemada para su colete: “El día del Juicio por la tarde me pagaréis: ya sé que éste es dinero perdido”.

El enfermo se incorporó en su lecho, y con cierta exaltación dijo al prestamista:

—Amigo, ¿cree usted que mi tía, la que está en Puerto Rico, ha de dejarme en esta situación cuando se entere? Ya estoy viendo la letra de cuatrocientos ó quinientos pesos que me ha de mandar. Le escribí por el correo pasado.

—Como no te mande tu tía quinientos puñales— pensó Torquemada. Y en voz alta:— Y alguna garantía me han de dar ustedes también... digo, me parece que...

—¡Toma! Los estudios. Escoja los que quiera.

Echando en redondo una mirada pericial, Torquemada explanó su pensamiento en esta forma: “Bueno, amigos míos: voy a decirles una cosa que les va a dejar turulatos. Me he compadecido de tanta miseria; yo no puedo ver una desgracia semejante sin acudir al instante a remediarla. ¡Ah!, ¿qué idea teníais de mí? Porque otra vez me debieron un pico y les apuré y les ahogué, ¿creen que soy

de mármol? Tontos, era porque entonces les vi triunfando y gastando, y francamente, el dinero que yo gano con tanto afán no es para tirado en francachelas. No me conocéis, os aseguro que no me conocéis. Comparen la tiranía de esos chupones que les embargaron el estudio y os dejaron en cueros vivos; comparen eso, digo, con mi generosidad, y con este corazón tierno que me ha dado Dios... Soy tan bueno, tan bueno, que yo mismo me tengo que alabar y darme las gracias por el bien que hago. Pues verán qué golpe. Miren...”

Volvió a aparecer la rosquilla, acompañada de estas graves palabras: “Les voy a dar los tres mil reales, y se los voy a dar ahora mismo... Pero no es eso lo más gordo, sino que se los voy a dar sin intereses... ¿Qué tal, es esto rasgo o no es rasgo?”

—¡Don Francisco — exclamó Isidora con efusión —, déjeme que le dé un abrazo!

—Y yo le daré otro si viene acá — gritó el enfermo queriendo echarse fuera de la cama.

—Sí, vengan todos los cariños que queráis — dijo el tacaño, dejándose abrazar por ambos —. Pero no me alaben mucho, porque estas acciones son deber de toda persona que mire por la Humanidad, y no tienen gran mérito... Abrácenme otra vez, como si fuera vuestro padre, y compadézcanme, que yo también lo necesito... En fin, que se me saltan las lágrimas si me descuido, porque soy tan compasivo..., tan...

—Don Francisco, de mis entretelas — declaró el tísico, arrojándose bien otra vez con aquellos andrajos —, es usted la persona más cristiana, más completa y más humanitaria que hay bajo el sol. Isidora, trae el tintero, la pluma y el papel sellado que compraste ayer, que voy a hacer un pagaré.

La otra le llevó lo pedido; y mientras el desgraciado joven escribía, Torquemada, meditabundo y con la frente apoyada en un solo dedo, fijaba en el suelo su mirar reflexivo. Al coger el documento que Isidora le presentaba, miró a sus deudores con expresión paternal, y echó el registro afeminado y dulzón de su voz, para decirles: “Hijos de mi alma, no me conocéis, repito que no me conocéis. Pensáis sin duda que voy a guardarme este pagaré... Sois unos bobalicones. Cuando yo hago una obra de caridad,

allá te va de veras, con el alma y con la vida. No os presto los tres mil reales, os los regalo, por vuestra linda cara. Mirad lo que hago: ras, ras...”

Rompió el papel. Isidora y Martín lo creyeron porque lo estaban viendo; que si no, no lo hubieran creído.

—Eso se llama hombre cabal... Don Francisco, muchísimas gracias —dijo Isidora conmovida. Y el otro, tapándose la boca con las sábanas para contener el acceso de tos que se iniciaba:

—¡María Santísima, qué hombre tan bueno!

—Lo único que haré —dijo D. Francisco levantándose y examinando de cerca los cuadros—, es aceptar un par de estudios, como recuerdo... Éste de las montañas nevadas, y aquél de los burros pastando... Mire usted, Martín, también me llevaré, si le parece, aquella marinita y este puente con hiedra...

A Martín le había entrado el acceso y se asfixiaba. Isidora, acudiendo a auxiliarle, dirigió una mirada furtiva a las tablas y al escrutinio y elección que de ellas hacía el aprovechado prestamista.

—Los acepto como recuerdo —dijo éste apartándolos—; y si les parece bien, también me llevaré este otro... Una cosa tengo que advertirles: si temen que con las mudanzas se estropeen estas pinturas, llévenmelas a casa, que allí las guardaré y pueden recogerlas el día que quieran... Vaya, ¿va pasando esa condenada tos? La semana que entra ya no toserá usted nada, pero nada... Irá usted al campo... allá por el puente de San Isidro... Pero ¡qué cabeza la mía!..., se me olvidaba lo principal, que es darles los tres mil reales... Venga acá, Isidorita, entérese bien... Un billete de cien pesetas, otro, otro... (Los iba contando y mojaba los dedos con saliva a cada billete, para que no se pegaran). Setecientas pesetas... No tengo billete de cincuenta, hija. Otro día lo daré. Tienen ahí ciento cuarenta duros, o sean dos mil ochocientos reales...

BENITO PÉREZ GALDÓS.

Célebre novelista español, nacido en las Canarias (1843-1920), uno de los más fecundos autores de nuestra lengua en el siglo XIX. Es autor de más de cien novelas y dramas, que le alcanzaron fama universal.

EJERCICIO DE ANALISIS LÓGICO

Lección 50.^a

Para recapitular lo aprendido sobre el orden de las palabras en la oración y de las oraciones en la cláusula, proponemos el siguiente ejercicio de análisis:

CANCIÓN

1. De la florida falda
que hoy de perlas bordó el alba luciente,
tejidos en guirnalda
traslado estos jazmines a tu frente,
que piden, con ser flores,
blanco a tu seno y a tu boca olores.
2. Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante,
ronco sí de jazmines
mas de puntas armado de diamantes.
Púselas en huida.
y cada flor me cuesta una herida.
3. Más, Clori, que he tejido,
jazmines al cabello desatado,
y más besos te pido
que abejas tuvo el escuadrón armado.
Lisonjas son iguales:
servir yo en flores, pagar tú en panales.

LUIS DE GÓNGORA.

Esta canción es un *madrigal*, es decir una composición breve que desenvuelve un pensamiento ingenioso y galante. El alumno la aprenderá de memoria y explicará su sentido. Su autor, *Luis de Góngora y Argote*, es uno de los mayores poetas de la lengua castellana. Nació en Córdoba — de España — en 1560, y allí murió en 1627. Góngora es famoso por sus audacias poéticas; sus discípulos fueron llamados *culteranos* o *gongorinos*. Entré esas audacias debe señalarse en primer término la exageración del *hipébaton*, o sea la trasposición de los términos en la oración. Un ejemplo todavía nada exagerado de la libertad con que Góngora construye la frase, invirtiendo sus términos, lo encontrará el alumno en la tercera estrofa.

Análisis de la primera estrofa

Hay tres verbos: *bordó, traslado, piden*; por consiguiente tres oraciones. Una es *principal*; las otras son *subordinadas*.

ORACIÓN PRINCIPAL:

Sujeto callado: (Yo)

Verbo: traslado

C. directo: estos jazmines

C. C. de modo: tejidos en guirnalda (1)

C. C. de procedencia: de la florida falda

C. C. de lugar: a tu frente

ORACIÓN SUBORDINADA (especificativa, de relativo):

que hoy de perlas bordó el alba luciente

¿Qué cosa bordó el alba luciente? *La florida falda*. Está representada por el

C. directo: que (la florida falda)

Atributo

Sujeto: el alba luciente

Verbo: bordó

C. C. de tiempo: hoy

C. C. de instrumento: de perlas.

ORACIÓN SUBORDINADA (especificativa de relativo):

que piden, con ser flores, blanco a tu seno y a tu boca olores

¿Quiénes piden? *Los jazmines*. Representado por el

Sujeto: que (estos jazmines)

Verbo: piden

(1) Puede analizarse también como un atributo de jazmines. Hay una ligera diferencia de sentido entre uno y otro caso.

ORACIÓN INDEPENDIENTE:

Sujeto:

Un escuadrón ^{Atributo} volante ^{C. determ.} de abejas

— ronco (sí) ^{C. determ.} de clarines.

(mas) ^{C. determ.} armado ^{C. det. del ant.} de puntas de diamante

Complementos
explicativos (1).

Cópula: era

^{C. determ.}

Pred. nom.: guarda de estos jazmines

1.^a ORACIÓN COORDINADA:Suj. *callado:* (Yo)

Verbo: puse

C. *Directo:* las (pron. enclítico: corresponde a *abejas*)C. C. *de modo:* en huida.

y: conjunción copulativa; coordina ambas oraciones.

2.^a ORACIÓN COORDINADA:

Sujeto: Cada flor

C. *ind.:* me

Verbo: cuesta

C. C. *de precio:* una herida.

Análisis de la tercera estrofa

Hay cuatro verbos en modo personal: *he tejido, pido, tuvo y son*; y dos verbos en infinitivo: *servir y pagar*. Por consiguiente hay seis oraciones. La primera cláusula tiene

(1) Sí refuerza aquí la expresión. Es un elemento pleonástico: puede suprimirse sin variar el sentido de aquélla. Mas es una conjunción adversativa. Podría desarrollarse este segundo complemento explicativo, formando con él una oración coordinada: *mas que estaba armado*.

una oración principal y dos subordinadas. Sigue una oración independiente y las dos de infinitivo, asimismo independientes.

ORACIÓN PRINCIPAL:

Vocativo: Clori
Suj. callado: (Yo)
C. indirecto: te
Verbo: pido
C. directo: besos

más que (nexo que indica la comparación)

1.^a ORACIÓN SUBORDINADA COMPARATIVA:

Suj. callado: (Yo)
Verbo: he tejido
C. directo: jazmines
Atributo
C. indirecto: al cabello desatado

más que (nexo que indica la comparación)

2.^a ORACIÓN SUBORDINADA COMPARATIVA:

Atributo
Sujeto: El escuadrón armado
Verbo: tuvo
C. directo: abejas.

ORACIÓN INDEPENDIENTE:

Sujeto: (Las) Lisonjas
Cópula: son
Pred. nominal: iguales.

1.^a ORACIÓN INDEPENDIENTE DE INFINITIVO:

Sujeto: Yo
Verbo: servir
C. de instrumento: en flores (con flores).

2.^a ORACIÓN INDEPENDIENTE DE INFINITIVO:

Sujeto: Tú

Verbo: pagar

C. de instrumento: en panales (con panales).

NOTA.—Estas dos oraciones últimas sólo en apariencia son de infinitivo. El infinitivo es un verbo impersonal, y aquí ambas tienen sujeto expreso: *yo, tú*. No son subordinadas sino independientes. Los dos verbos tienen por consiguiente el carácter de personales, como si el poeta dijera: *serviré y pagaré*. Es un caso de traslación. Proponemos también esta otra interpretación: *Servir yo en flores, pagar tú en panales* (dos or. de infinitivo que hacen oficio de sujeto compuesto) *son* (cópula) *lisonjas iguales* (pred. nom.).

EL ORDEN DE LAS PALABRAS EN LAS LENGUAS

Desde el punto de vista de la libertad en el orden de las palabras, hay en las lenguas notables diferencias. Frecuentemente se distinguen dos clases de lenguas: las de orden libre y las de orden fijo. Ésta es una distinción que los hechos no justifican. A decir verdad, no existe una sola lengua en la que el orden de las palabras sea absolutamente libre, y, al revés, no hay ninguna en la que el orden de las palabras esté inmutablemente fijado. El griego antiguo, como el indoeuropeo, pasa por ser una lengua de orden libre; y con todo, tomando una frase de Platón, no podrían embrollarse sus palabras dejándose llevar por la fantasía de la misma manera que se enredan las flores de loto en un saco. Inversamente, por regularmente fijado que esté el orden de las palabras en francés o en alemán, en chino o en turco, estas lenguas admiten cierta flexibilidad y no se hacen fatalmente ininteligibles si el orden de las palabras se modifica; todo depende, entendiéndose bien, del género de modificaciones que en ellas se practique.

J. VENDRYES.

Estas interesantes observaciones de gramática general pertenecen al libro **El lenguaje**, de que es autor el ilustre lingüista francés, traducido al castellano por el doctor Manuel de Montolfu.

FONÉTICA Y MÉTRICA

CAPÍTULO DÉCIMO

SÍLABAS. ACENTO. VOCALES Y CONSONANTES.

(Lección de recapitulación)

Lección 51.^a

Las palabras pueden estar formadas por una o más sílabas.

SÍLABA es uno o más sonidos que se pronuncian con un solo golpe de voz, por ej.: *trans - mi - gra - ción*.

Una definición de la sílaba más científica que la empírica que hemos adoptado hasta ahora, es la siguiente: "La sílaba es un núcleo fónico limitado por dos depresiones sucesivas de la perceptibilidad de los sonidos". (T. Navarro Tomás).

El oído distingue las sílabas en las palabras por la unión de sus elementos, cuando éstos son varios sonidos, y por la independencia que cada una tiene con respecto de las demás.

Dos o más vocales pueden entrar en una sílaba, formando *diptongo* o *triptongo*, por ej.: *bai - le, fué, buen, Paraguay*.

Según la posición que tienen los sonidos vocales con relación a los consonantes, las sílabas pueden ser *directas, inversas* y *mixtas*.

Definalas el alumno y ejemplifiquelas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ACENTO PROSÓDICO. — Al hablar pronunciamos las sílabas con diferente intensidad: unas, fuertes; otras, débiles. Toda palabra de más de una sílaba, carga la voz, o de otro modo el *acento*, sobre una determinada: *célebre* sobre *ce*, *celebre* sobre *le* y *celebré* sobre *bre*. Éste es el *acento prosódico*, o sea, la mayor intensidad con que se pronuncia una sílaba en la palabra. Esta sílaba es llamada *tónica* o *acentuada*; las demás son *átonas* o *inacentuadas*. También se llama *acento* la vírgula puesta sobre la sílaba tónica para indicar a veces el acento prosódico. Esa vírgula es el *acento ortográfico*, tal como se ve en *célebre* y *celebré*.

Por su acento las palabras son *agudas*, *llanas* o *graves*, *esdrújulas* y *sobresdrújulas*.

Definanse.

Las palabras compuestas, con excepción de las sobresdrújulas, son de dos acentos, los cuales también se señalan o no ortográficamente según las reglas de la acentuación de las palabras simples: *casaquinta*, *fácilmente*, *décimosexto*, *décimoséptimo*, etc.

Los monosílabos llevan acento o no, según los casos.

Unos son *átonos* (inacentuados) y otros *tónicos* (acentuados).

Cuando decimos *la casa*, no acentuamos el artículo, pues la intensidad de la voz recae directamente sobre la sílaba *ca*, tal como si pronunciásemos el apellido *Lacasa*. Son átonos los artículos, los adjetivos posesivos monosilábicos, los pronombres *me*, *te*, *se*, etc., y ciertas partículas.

SONIDOS VOCALES Y CONSONANTES. — Los sonidos elementales del lenguaje castellano son veinticuatro.

Estos sonidos se representan por 29 signos, que consti-

tuyen el llamado *alfabeto ortográfico* (o mejor, *gráfico*), a saber, en ambas series, mayúscula y minúscula:

a	b	c	ch	d	e	f	g	h	i	j	k	l	ll	m	n	ñ	o
A	B	C	Ch	D	E	F	G	H	I	J	K	L	Ll	M	N	Ñ	O
p	q	r	rr	s	t	u	v	x	y	z							
P	Q	R		S	T	U	V	X	Y	Z							

De esos signos, la *h* no corresponde a ningún sonido: es muda.

La *b* y la *v* corresponden a un solo sonido labial;

la *c* suena como la *z* en las combinaciones *ce ci, ze zi*; y como la *k* en las combinaciones *ca co cu, ka ko ku*; es decir, son tres signos y solamente dos sonidos;

la *q* suena como la *k*: *que qui, ke ki*;

la *x* se pronuncia como la combinación de los sonidos *cs* o *gs*: *máxima, auxilio*, y aun en el habla culta, ante consonante, como una simple *s*.

Por consiguiente, el alfabeto fonético castellano consta de 24 sonidos simples y determinados, como puede verse a continuación, donde se marcan entre paréntesis, en el alfabeto gráfico, las letras mudas, repetidas o de sonido compuesto:

a	b	(c)	ch	d	e	f	g	(h)	i	j	k	l	ll	m			
be	ce	che	de		efe	ge	hache		jota	ka	ele	elle	eme				
n	ñ	o	p	(q)	r	rr	s	t	u	(v)	(x)	y	z				
ene	eñe		pe	qu	ere	erre	ese	te		ve	equis	ye	zeta				

En algunas regiones de España y en toda la pronunciación hispanoamericana, *c* en las combinaciones *ce ci*, y *z* en todas las combinaciones posibles, suenan como *s*: *cirio* y *sirio*, *zueco* y *sueco* son homófonos.

En la Argentina tenemos, pues, un sonido menos que en aquellas partes de España donde articulan la *c* y la *z* como interdental.

Y si nos atenemos al habla vulgar de Buenos Aires y otras regiones argentinas que hace sonar la *ll* como *y* (*ye*), v. g. *rallar* igual a *rayar*, todavía contamos con un sonido menos, reduciéndose nuestro alfabeto fonético a 22 sonidos.

Los sonidos se dividen en *vocales* y *consonantes*.

LAS VOCALES NO necesitan de otro sonido para pronunciarse clara y distintamente.

Son producidas por las vibraciones de la laringe, modificadas solamente por la mayor o menor abertura que dejan la boca y la lengua a la salida del aire.

De los diversos sonidos vocales que el hombre puede emitir, el idioma castellano distingue cinco, que representa por medio de estos signos:

a e i (y vocal) o u

La *a* produce la simple espiración del aire que hace vibrar la laringe.

En la *e* y la *i*, el sonido emitido por la laringe es modificado por la elevación de la lengua contra la parte anterior del paladar.

En la *o* y la *u*, el sonido es modificado por la elevación de la lengua contra la parte posterior del paladar (velo del paladar) y adelantando los labios.

La *u* escrita es muda en las combinaciones *gue*, *gui*, *que*, *qui*, por ej.: en *Miguel*, *guía*, *querer*, *esquina*.

Cuando debe pronunciarse después de *g*, se señala con dos puntos encima, llamados *crema* o *diéresis*, por ej.: en *agüero*, *lengüita*.

Los sonidos vocales no son exactamente cinco como los representan las cinco letras, porque podemos pronunciarlos más o menos abiertos, o con entonación nasal, o con diferencias de matices, aunque a veces apenas perceptibles. En otros

idiomas la diferencia suele ser mayor; así los franceses tienen la *e* abierta, la *e* cerrada y la *e* muda.

CONCURRENCIA DE VOCALES. — A menudo dos vocales, o tres, se pronuncian en un solo golpe de voz, formando un *diptongo* o un *triptongo*.

DIPTONGO es la unión natural de dos vocales en una sola sílaba.

Se diptongan las débiles *i*, *u*, o las débiles combinadas con las fuertes *a*, *e*, *o*.

De acuerdo con esta regla las combinaciones posibles son catorce, a saber:

ai, au, oi, ou, ei, eu, ia, ua, io, uo, ie, ue, iu, ui.

El diptongo *ou* se lo encuentra en voces geográficas o en apellidos de origen catalán, gallego o portugués. La única palabra que ha pasado al Diccionario de la Academia es *bou*, de procedencia catalana, que significa un sistema de pesca por medio de una red arrastrada por dos barcas que van tirando apartada la una de la otra.

Cuando una vocal fuerte es contigua de una débil, si el acento carga sobre la débil, no hay diptongo. Por ejemplo, no hay diptongo en *ca - í*, *ba - úl*, *tí - a*, *dú - o*, *ac - tú - a*, etc.

TRIPTONGO es el conjunto de tres vocales que se pronuncian en una sola sílaba.

Forma triptongo en castellano una vocal fuerte acentuada, entre dos débiles. La acentuación de una débil deshace el triptongo, por ejemplo en *sal - dri - ais*.

Cuatro son los triptongos más comunes en nuestra lengua: *iai*, *iei*, *uai* y *uei*. Estos dos últimos, al final de palabra se escriben *uay*, *uey*.

También se encuentran en raras palabras técnicas, onomatopéyicas o caprichosamente formadas, otros triptongos como *iau* (*miau*, *Miaulina*, *Miauregato*), *ieu* (*hialéutica*, voz de origen griego, nada usada, que significa arte de la pesca), *ioi* (*hioides*, *dioico*) y *uau* (*gauu*: la voz del perro).

LAS CONSONANTES se llaman así porque *suenan con* las vocales. Son sonidos que se producen adheridos a una o más vocales, dejándose oír antes, después, o antes y después, como en las combinaciones *ne*, *en* y *den*.

Una primera división de las consonantes es en *sordas* y *sonoras*. Son *sordas* cuando el sonido es producido nada más que por la explosión o el roce del aire en algún punto del canal vocal. Tales son *p*, *f*, *t*, *s*, *ch*, *k*, *x*. Las *sonoras* se producen con vibración de las cuerdas vocales. Tales son las demás consonantes. Las vocales son sonoras.

SEGÚN EL PUNTO DE ARTICULACIÓN, las consonantes son:

Labiales o *bilabiales*, producidas por la acción de un labio contra otro. Éstas son: **b** (escrita *b* y *v*), **p**, **m**.

Labiodentales, producidas por la acción del labio inferior contra el borde de los dientes superiores. Ésta es la **f**.

Dentales, producidas por la acción de la punta de la lengua contra los dientes superiores. Éstas son **z** (*c* suave), **d**, **l**, **t**, **n**, **s**, **r**, **rr**.

Éstas pueden ser *interdentales*, cuando la lengua toca el borde de los incisivos superiores, *dentales* propiamente dichas, cuando toca la cara interior de dichos incisivos, y *alveolares*, cuando toca los *alvéolos* de los dientes superiores. Una misma consonante, según su posición en la palabra, puede ser una u otra cosa.

Palatales, producidas por la acción del predorso de la lengua contra el paladar duro. Éstas son **ll**, **ñ**, **ch**, y (*ye*).

Velares, producidas por la acción del postdorso de la lengua contra el velo del paladar. Éstas son **k** (*ce fuerte*), **g**, **j**.

La **z** y la **c** dulce (*ce, ci*) castellanas son *interdentales*, esto es, se pronuncian adelantando la punta de la lengua contra los bordes de los incisivos superiores, sin cerrar por completo la salida de aire; pero en América y en algunas regiones de España, es un hecho general el *seseo*, que consiste en pronunciar ambas letras como **s**. Ningún gramático autorizado reprocha ya el *seseo* como un vicio, por ser común a todas las clases sociales, aun las más cultas. Conviene saber, sin embargo, que la **s** tal como la pronuncian los argentinos, no es la **s** castellana, la cual se obtiene aplicando la punta de la lengua en los alvéolos de los incisivos superiores.

Las articulaciones castellanas son, pues, diecinueve, que los americanos reducimos a dieciocho, por pronunciar del mismo modo la **z** o **c** suave y la **s**; y que en nuestra habla regional se reducen a diecisiete, cuando pronunciamos iguales la **ll** y la **y** (*ye*). Este *yeísmo* no es solamente argentino, porque se extiende a otras partes de América y de España.

Recientemente, con motivo de una encuesta de la Dirección General de Correos sobre la correcta pronunciación en las transmisiones radiotelefónicas, se han manifestado en favor de la conservación de la **ll** castellana en el habla culta las más importantes instituciones educativas y academias del país. El *yeísmo* es, a pesar de estos juicios respetables, un fenómeno casi general en el habla familiar.

SEGÚN EL MODO DE PRODUCIRSE las consonantes se dividen en *oclusivas* (también llamadas *explosivas*), *fricativas* y *semioclusivas* o *africadas*.

Se producen las *oclusivas* (del verbo *ocluir*, cerrar) cuando por un contacto completo entre los órganos activo y pasivo, atajamos momentáneamente el aliento, y luego, al abrirse de golpe el canal vocal, el aire se precipita hacia afuera con una breve explosión. Tales son **p**, **b** (como en *tumba*), **t**, **d** (como en *conde*), **k** (o **c fuerte**), **g** (como en *manga*).

Se producen las *fricativas* (del latín *fricare*, que quiere decir *frotar*), cuando no habiendo contacto completo y el canal vocal sólo se estrecha en algún punto, el aire sale produciendo con su rozamiento un ruido más o menos fuerte. Tales

son **b** (como en *haba*), **f**, **z** (o *c* suave), **d** (como en *rueda*), **l**, **ll**, **y** (*ye*), **j**, **g** (como en *rogar*).

Se producen las *africadas* o *semioclusivas* cuando hay un rápido contacto, que después se abre suavemente. Tales son **ch** o la **y** (*ye*) en palabras como *cónyuge*.

En la **r** y **rr** la lengua vibra rápidamente sobre los alvéolos de los dientes, interrumpiendo alternativamente la salida del aire: por eso se llaman *vibrantes*.

Se llaman *nasales* la **m**, la **n** y la **ñ**, porque al pronunciarse, el velo del paladar no se eleva contra la pared de la faringe y deja abierta la comunicación entre la boca y las fosas nasales.

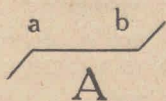
Entonación

Lección 52.^a

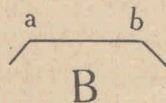
En el Segundo Libro se explicó la entonación de las oraciones simples enunciativas, interrogativas y exclamativas. En la presente lección examinaremos brevemente la entonación en las enumeraciones, las oraciones incidentales y las subordinadas, ateniéndonos a la doctrina de T. Navarro Tomás, el más autorizado fonetista español.

Recordemos que los esquemas fundamentales de entonación son dos: uno ascendente y otro descendente:

ASCENDENTE



DESCENDENTE



Estos esquemas presentan tres tiempos. Los dos primeros tiempos son iguales en uno y otro. El tercero es el que los distingue.

En el primer tiempo, común a ambas formas, la voz parte de una nota grave, más baja que el tono normal, y se

eleva gradualmente hasta la primera sílaba acentuada, marcada con la letra *a*, donde alcanza ese tono. Pero si la sílaba inicial es acentuada, la voz arranca en ella con una nota aguda, alcanzando ya el tono normal.

En el segundo tiempo, desde la primera sílaba acentuada del grupo fónico (*a*) hasta la penúltima o antepenúltima (*b*), la voz se mantiene generalmente en el tono medio propio de cada hablante, oscilando apenas, ascendiendo o descendiendo según que las sílabas sean o no acentuadas.

El tercer tiempo, que es el que distingue ambas formas arriba representadas, se reduce de ordinario a las dos o tres últimas sílabas del grupo: en la forma A asciende de dos o tres tonos sobre la altura normal; y más o menos lo mismo descende en la forma B.

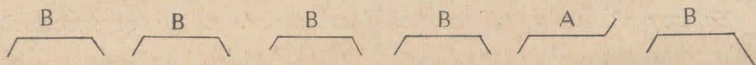
Enumeración. — “Cada uno de los términos sucesivos de una enumeración constituye generalmente un grupo fónico”. Cada término o grupo fónico tiene su entonación propia. Veamos algunos casos:

1) Enúnciese normalmente la serie numérica:

Veinticinco, veintiseis, veintisiete, veintiocho, veintinueve y treinta.

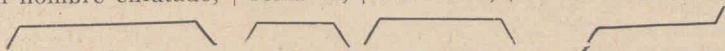
A todos los términos anteriores al penúltimo corresponde la entonación del tipo B, con pequeño descenso final. Al penúltimo corresponde la del tipo A, con inflexión final ascendente. Al último, de nuevo la del tipo B, pero con marcado descenso final.

El esquema de la entonación de dicha serie numérica es el siguiente:



5) Cuando la enumeración no llega hasta el final de la cláusula, porque cierra a ésta alguna otra oración, el último término de la enumeración será el que acabe con inflexión ascendente, desarrollándose después el resto de la cláusula con la entonación que corresponda, que es comúnmente la del tipo B:

Un hombre enlutado, | sombrío, | silencioso, | entró en la habitación.



Incidentales.—Las oraciones y términos complementarios, de carácter explicativo e incidental, constituyen grupos fónicos independientes, que se desarrollan en tono normal y terminación ascendente. Les precede al final del grupo anterior un pequeño descenso de la voz, o bien una breve interrupción:

Andrés Bello, | que era un sabio filólogo, | ha escrito la mejor gramática de la lengua.

Era Rinconete, | aunque muchacho, | de muy buen entendimiento.
Las olas, | golpeando contra la alta roca, | se encrespan.

Las oraciones incidentales que son como verdaderos paréntesis, se pronuncian de ordinario según el tipo B de entonación; pero durante toda su extensión en un tono grave, inferior al de los grupos fónicos contiguos. En esto suele haber diferencias según el sentido de la incidental y su enlace mayor o menor con la cláusula que la contiene. Antes de enunciar la incidental, la voz, elevándose un poco sobre el tono normal, se interrumpe brevemente:

Yo pensé, | dijo Cortado, | que el hurtar era oficio libre.

La subordinación.—La oración subordinada y la subordinante constituyen siempre dos grupos fónicos de distinta

entonación. Cualquiera que sea el orden en que estén colocadas, la primera que se enuncia termina con elevación de la voz, y la segunda con descenso.

Como te burlas de mí, | recibirás un castigo.

Llegarás tarde, | si no te das prisa.

La extensión de la cláusula o el énfasis con que se pronuncie pueden hacer que cada uno de los dos grupos se subdivida a su vez en otros menores, con un pequeño descenso en la voz intermedio en la primera parte de la cláusula y con una leve elevación intermedia en la segunda:

Quien bien tiene y mal escoge | del mal que le venga no se enoje.

Todos los ejemplos citados deben leerse en voz alta, marcando la entonación justa, y confirmando los hechos expuestos.

EL ACENTO CASTELLANO (1)

...Cada lengua figura en la opinión de las gentes con una fisonomía peculiar, en la cual se aprecian cualidades más o menos gratas y estimables. Por el acento las lenguas parecen claras u oscuras, suaves o ásperas, monótonas o musicales; unas resultan flexibles y delicadas y otras incultas y rudas, a unas se las admira y elogia y a otras se les considera faltas de belleza y atractivo.

La imagen con que nos representamos una lengua viva es ante todo una imagen acústica. Los rasgos que componen esa imagen responden a los efectos fonéticos que en dicha lengua se aprecian. No se puede, naturalmente, tener tal representación de una lengua que sólo se conoce por la escritura. Las lenguas muertas no son, en realidad, sino lenguas sin acento, lenguas mudas que hablan con los signos de la escritura, sin timbre ni metal de voz.

Una lengua viva es como un instrumento sonoro, con un carácter acústico determinado. Según la destreza e inspiración del ejecutante,

(1) Estos interesantes fragmentos sobre el acento o dejo de la lengua castellana pertenecen al discurso leído por el ilustre fonetista T. Navarro Tomás en la Academia Española, el 19 de mayo de 1935.

el instrumento podrá sonar con mayor o menor soltura, fluidez y facilidad, pero siempre con su propio timbre. El timbre o metal de una lengua o dialecto es lo que llamamos acento, o con nombres más familiares, tonillo o dejo.

Nadie ignora que cada lengua tiene su acento, que cada lengua suena a su manera. Percibimos inmediatamente el acento de las gentes cuyo modo de hablar es diferente del nuestro. El acento que menos conocemos es el que nosotros mismos usamos. Tan difícil es percibir el acento de la lengua materna como oír el timbre de la propia voz.

No hay que pensar que el castellano, como muchos creen, se hable sin tonillo o dejo de ninguna clase. El acento español es tan evidente para el oído francés, por ejemplo, como el francés para el oído español. El acento es el indicio más auténtico por el cual descubrimos la naturaleza de una persona, y es, asimismo, lo primero que a nosotros nos declara y define ante los demás.

En España los idiomas de cuyo acento suele hablarse con más frecuencia, aparte de lo que se dice de las mismas lenguas y dialectos hispánicos, son el francés, italiano, inglés y alemán. Al italiano se lo considera musical, armonioso y vehemente; al francés se lo elogia por su forma conversable, refinada y flexible; el inglés parece apagado, siseante e impreciso, y al alemán se le juzga áspero y duro.

La opinión común ha dado formas pintorescas a estas impresiones, como se ve en el viejo dicho atribuido a Carlos V y ya citado por Capmany y Forner, según el cual el inglés es lengua para hablar con los pájaros, el italiano para tratar con las damas, el francés para conversar con los hombres y el español para dirigirse a Dios. Una coplilla de tradición escolar, insistiendo en estos mismos conceptos, dice:

Silbido es la lengua inglesa,
canto armonioso la hispana,
conversación la francesa
y un suspiro la italiana.

Hace poco, Unamuno, hablando del inglés insular, le llamaba susurro marino. En cuanto al alemán, las alusiones con que suele

figurar en los dichos citados, le atribuyen de ordinario crudeza semejante a la notada por el emperador Juliano en los cantos guerreros de los primitivos germanos.

Respecto al español, ¿cuál es en realidad el carácter de su acento? ¿Qué rasgos le distinguen entre los acentos de las demás lenguas? ¿Podemos nosotros definir su composición y opinar con imparcialidad acerca de sus cualidades estéticas?

.....

La cadencia musical del español, especialmente en Castilla, es relativamente grave y reposada. El italiano y el francés se hablan, por lo general, en tono más alto y con el ritmo más rápido que el castellano. Al hablar italiano o francés el individuo acostumbrado al castellano se siente movido a elevar la línea de la voz sobre su tono habitual. Franceses e italianos experimentan el efecto contrario al hablar el español.

En el movimiento melódico de la conversación o del discurso el castellano no desarrolla escalas ascendentes y repetidas como el francés, ni giros ampliamente ondulados como el italiano ni inflexiones descendentes como el inglés, ni líneas quebradas y angulosas como el alemán. El castellano sitúa el tono en la altura que corresponde a cada grupo melódico y lo sostiene como en equilibrio, en el mismo nivel aproximadamente, dentro del cuerpo de dicho grupo. La entonación castellana no se compone de escalas, arpeggios ni ligaduras, sino de notas prolongadas, relativamente uniformes, acordadas entre sí por intervalos regulares. El orden y compás de estos movimientos y la pureza y sobriedad de estas líneas dan al acento castellano su pausada armonía y su señorial distinción.

T. NAVARRO TOMÁS.

EL VERSO CASTELLANO

Nociones generales ¹

Lección 53.*

Verso. — En nuestro idioma, *verso* es una serie de sílabas sujetas a determinada *medida* y *ritmo*, o simplemente a cierto ritmo. El *número de sílabas* y el *acento rítmico* son, pues,

(1) Esta lección y las dos siguientes recapitulan sumariamente las nociones de métrica estudiadas en los dos cursos anteriores.

los elementos de la versificación castellana. A ellos se agrega la *rima*.

Las sílabas del verso son las mismas sílabas prosódicas, contadas por el número de vocales, con excepción de los casos de diptongo y triptongo, que cuentan por un solo tiempo.

Sinalefa. — Pero al medir un verso debe tomarse en cuenta la *sinalefa*.

Cuando una palabra termina en vocal o vocales y la siguiente comienza por vocal o vocales, se produce la unión natural de estos sonidos. La *sinalefa* es, pues, la fusión de dos o más vocales inmediatas, pertenecientes a distintas palabras, en una sola sílaba. Es sencilla cuando se produce entre dos vocales, y *doble* o *compleja*, cuando se produce entre tres o más. La *h*, cuando no se aspira, no impide la sinalefa.

Hiato. — Cuando se separan las vocales concurrentes, se produce el *hiato*. Éste puede proponerse artificialmente evitar una sinalefa, para alargar el verso en una sílaba, o evitar una sinalefa violenta:

También con ella | iba un pastor.

MORATÍN.

Me pinta al óleo | o al fresco.

VILLANUEVA.

Sinéresis y diéresis. — Para acortar o alargar el verso de una sílaba, el poeta acude a la *sinéresis* o a la *diéresis*.

Sinéresis es la unión en una sola sílaba de dos vocales que no forman naturalmente diptongo, por ej.:

Los ríos su curso natural emprenden.

ESPRONCEDA.

La *diéresis* consiste en deshacer un diptongo en dos sílabas, por ej.: *insaciable, violeta, triunfante, glorioso*, etc.:

Torna a caer y deja mal mi grado
libre el lugar a la desconfianza.

GARCILASO

Se marca habitualmente la diéresis por medio del signo del mismo nombre (··) o *crema*, puesto sobre la primera vocal del diptongo.

Terminación de los versos. — La terminación de los versos también determina la medida. Si acaban en palabra aguda suenan como si tuvieran una sílaba más; si acaban en esdrújula suenan como si tuvieran una sílaba menos.

Ritmo. — El *ritmo* lo marcan los acentos del verso. Hay acentos *fijos* o necesarios y acentos *movibles* o accidentales. Todo verso lleva un acento fijo en la penúltima sílaba (o en la última si es agudo, o en la antepenúltima si es esdrújulo).

Rima. — La *rima* es la igualdad o semejanza de sonidos al final de los versos, a partir de la última vocal acentuada. Puede ser *consonante* o *asonante*. Es consonante cuando son iguales todos los sonidos a partir de la vocal acentuada; es asonante cuando sólo coinciden las vocales. Son consonantes *corazón* y *canción*, *bella* y *estrella*, *vándalo* y *escándalo*; y asonantes, *edad* y *pesar*, *guerra* y *cabeza*, *rápido* y *cántico*.

La asonancia es tan libre que admite una vocal distinta entre la última acentuada y la última de la palabra, siempre que, o por formar esa vocal diptongo o por pertenecer a palabra esdrújula, pase casi inadvertida al oído. Son, por consiguiente, asonantes, *altura* y *húmeda*, *agravio* y *brazo*, *lágrimas* y *canas*.

Pausa final y cesura. — Cada verso tiene una pausa final que lo destaca como frase rítmica independiente del verso que le sigue. Esta pausa no siempre coincide con el sentido, y puede ser brevísima; pero el oído la advierte naturalmente. Además llevan los versos más largos, otras pausas internas, que no son de sentido, aunque suelen coincidir con él, las cuales se llaman *cesuras*.

Nótense las cesuras en esta estrofa de Rubén Darío:

Pasó una piedra | que lanzó una honda;
 pasó una flecha | que aguzó un violento.
 La piedra de la honda | fué a la onda,
 y la flecha del odio | fuese al viento.

La cesura divide el verso en partes llamadas *hemistiquios*. Cuando es intermedia, los hemistiquios son iguales, como en los dodecasílabos y los alejandrinos, según puede verse por los ejemplos que ponemos más adelante.

Medida y acentuación de los versos

Los versos castellanos tienen de cuatro a diez y seis sílabas, si bien algunos de éstos carecen de verdadera unidad, porque pueden dividirse en versos de menor medida.

Los de cuatro a nueve sílabas no llevan otro acento fijo que en la penúltima (o en la última si la final es aguda; o en la antepenúltima, si es esdrújula), conforme a los siguientes esquemas y ejemplos:

CUADRISÍLABOS O TETRASÍLABOS:

— — / — —
 Oh María,
 luz del día,
 tú me guía
 todavía.

(ARCIPRESTE DE HITA, s. XIV).

PENTASÍLABOS:

— — — — —
 Si los delfines
 mueren de amores,
 ¡triste de mí!,
 ¿que harán los hombres
 que tienen tiernos
 los corazones?
 ¡Triste de mí!
 ¿que harán los hombres?

(ANÓNIMO, s. XVI).

HEXASÍLABOS:

— — — — —
 Hermana Marica,
 mañana, que es fiesta,
 no irás tú a la amiga
 ni yo iré a la escuela...

(LUIS DE GÓNGORA, 1561 - 1627).

HEPTASÍLABOS:

— — — — —
 Por nacer en espino
 la rosa, yo no siento
 que pierde, ni el buen vino
 por salir del sarmiento.

(RABÍ SEM TOB DE CARRIÓN, s. XIV).

OCTOSÍLABOS:

— — — — —
 Lo que pinta este pincel
 ni el tiempo lo ha de borrar;
 ninguno se ha de animar
 a corregirme la plana;
 no pinta quien tiene gana,
 sino quien sabe pintar.

(JOSÉ HERNÁNDEZ, arg., s. XIX).

ENEASÍLABOS:

— — — — — / — — — — —
 Y luego el estrépito crece
 confuso y cambiado en un son,
 que ronco en las bóvedas hondas,
 tronando furioso zumbó.

(JOSÉ ESPRONCEDA, *español*, s. XIX).

Los versos anteriores tienen acentos de refuerzo en la 2.^a y 5.^a.

Los DECASÍLABOS tienen generalmente el ritmo uniforme, apropiado para el canto, de 3.^a, 6.^a y 9.^a:

— — / — — / — — / — — / — — / — —
 Primogénita ilustre del Plata,
 en solar apertura hacia el Este,
 donde atado a tu cinta celeste
 va el gran río color de león.

(LEOPOLDO LUGONES, *argent.*, 1874 - 1938).

También pueden ser formados por dos pentasílabos, con cesura intermedia. En tal caso carecen de unidad rítmica.

Los ENDECASÍLABOS son de tres tipos de acentuación. Los de origen italiano pueden llevar el acento en la 6.^a, o en la 4.^a y 8.^a:

DE SEXTA:

— — — — — / — — — — — / — — — — —
 Vive Dios que me espanta esta grandeza
 y que diera un doblón por describilla...

(CERVANTES, 1547 - 1616).

Éstos llevan acentos movibles, en la 3.^a, como en el ejemplo anterior, o en la 2.^a, más comúnmente, o en la 4.^a.

DE CUARTA Y OCTAVA:

— — — — — / — — — — — / — — — — — / — — — — —
 Reina del mar Mediterráneo mira
 Sicilia a Italia por espacio breve... (1).

(LOPE DE VEGA, 1562 - 1635).

Ambos tipos se combinan armoniosamente:

El cielo ya, pastores, no consiente
 pasar de aquí vuestro divino canto
 aunque el bosque os escucha alegremente.

(BERNARDO DE BALBUENA, s. XVII).

Pero también hay un endecasílabo de 4.^a y 7.^a, llamado *de gaita gallega* por su ritmo cantante, el cual no combina bien con los anteriores:

— — — — — / — — — — — / — — — — — / — — — — —
 Yo quiero ir a bañarme en la ría
 llena de ranas y llena de lotos,
 sobre la piedra con musgo acostada
 me miraré en el cristal tembloroso.

(ENRIQUE BANCHS, *argentino*, contemp.).

LOS DODECASÍLABOS están divididos en dos hemistiquios iguales:

— — — — — / — — — — — | — — — — — / — — — — —
 La orquesta perlaba | sus mágicas notas,
 un coro de sonos | alados se oía;
 galantes pавanas | fugaces gavotas
 cantaban los dulces | violines de Hungría.

(RUBÉN DARÍO, *nicaragüense*, 1867 - 1916).

(1) Nótese en este verso la sinalefa de cuatro vocales.

ROMANCE. — Llámanse *romance* una composición de versos octosílabos, de los cuales los impares son libres y los pares asonantados. Los romances se cuentan entre las poesías más antiguas y castizas de la lengua castellana.

Reléanse los romances de las páginas 32 y 150. El de Antonio Machado, en la pág. 97, también es un romancillo hexasilábico.

Versificación sin rima

Lección 56.ª

Además de las principales combinaciones rimadas que han sido estudiadas anteriormente, pueden componerse en nuestra lengua ciertas estrofas o series de versos sin rima. Aunque la rima es un elemento musical de primer orden, no es absolutamente necesario. Lo esencial del verso es el ritmo.

Estrofas sáficas. — De las combinaciones estróficas clásicas no rimadas, la más famosa es la cuarteta llamada *sáfica*. La forman tres versos endecasílabos, con acentos ordinariamente en la cuarta y octava, y un pentasílabo, llamado *adónico*:

Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
quísome un tiempo, mas agora temo,
temo sus iras.

(ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS, s. XVII).

El verso blanco. — Los versos *blancos*, o *sueltos*, como algunos quieren que se llamen, son una serie indeterminada de endecasílabos no sujetos ni a la asonancia ni a la consonancia. Se han escrito en versos blancos muy hermosas poesías clásicas y también modernas; pero los buenos son de difícil factura, porque la ausencia de la rima debe ser compensada por una gran variedad de cesuras y firmeza y sol-

tura de ritmo. Véase este fragmento de la traducción castellana de la *Iliada*, hecha en versos sueltos por JOSÉ GÓMEZ DE HERMOSILLA:

Estos claros varones, que del pueblo
 eran los más ancianos, en la puerta
 entonces se juntaran, y a las lides
 por su edad no asistían; pero buenos
 arengadores eran, parecidos
 a las cigarras que en la selva umbria,
 posadas en los árboles, esparcen
 la penetrante voz. Tales de Troya
 los Próceres estaban en la torre:
 y así que vieron acercarse a Elena,
 en voz baja uno al otro se decían:

“No llevemos a mal que los Troyanos
 y los Aqueos por mujer tan bella,
 hace diez años, los terribles males
 hayan sufrido de la guerra. Mucho
 en beldad a las diosas se parece.
 Mas por linda que sea, con los Griegos
 vuelva ya a su país, y para ruina
 de nosotros no quede y nuestros hijos.”

Versificación irregular

La versificación castellana es silábica; pero además de ésta se desarrolla en nuestra lengua desde los orígenes literarios otra irregular, sin medida fija.

Los juglares que recitaban los cantares de gesta no contaban las sílabas. Los versos del más antiguo poema épico llegado hasta nosotros, el *Poema del Cid*, de mediados del siglo XII, fluctúan entre diez y veinte sílabas. Dominan en él los de catorce, si bien rara vez divididos en dos hemistiquios iguales de 7 + 7; y en orden decreciente los de 15, 13 y 16 sílabas. Este último verso, que será más tarde el de

los romances (8 + 8), con el andar de los siglos irá imponiéndose sobre los demás en la poesía juglaresca, sin alcanzar nunca en ella, sin embargo, una perfecta uniformidad.

Los primeros poetas castellanos que contaron las sílabas fueron los clérigos de la escuela llamada *mester de clerecía* (arte de letrados), quienes compusieron sus largos poemas en cuartetos de versos alejandrinos monorrimos (*cuaderna vía*).

EJEMPLO:

Mester trago¹ fermoso, non es de joglaría
mester es sin pecado, ca² es de clerecía,
fablar curso rimado por la cuaderna vía,
a sílabas cuntadas, ca es gran maestría.

(POEMA DE ALEXANDRE, S. XIII).

Sirva de ejemplo de versificación irregular este breve fragmento del *Poema del Cid*, donde el héroe se despide de su esposa doña Jimena:

La oración fecha, — la misa acabada la han,
salieron de la iglesia, — ya quieren cabalgar.
El Cid a doña Ximena — ibala abrazar;
doña Ximena al Cid — la mánol (*la mano le*) va besar,
llorando de los ojos, — que non sabe qué se far.
E él a las niñas — tornólas a catar:
“a Dios vos acomiendo — e al Padre spirital;
agora nos partimos, — Dios sabe el ajuntar”.
Llorando de los ojos, — que non vidiestes atal,
assis (*así se*) parten unos d’otros — como la uña de la carne.

Además de esta versificación irregular de la poesía épica, encontramos desde el siglo XV otra de carácter rítmico, más o menos irregular, propia sobre todo de la poesía lírica.

(1) trago: traigo. — (2) ca: porque.

popular, generalmente cantable. Léase como ejemplo este cantarcillo en alabanza de la Virgen, de Gil Vicente, poeta portugués del siglo XVI, que escribió también muchas obras dramáticas en lengua castellana:

Muy graciosa es la doncella,
¡cómo es bella y hermosa!

Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.

Digas tú, el pastorcico
que el ganádico guardas,
si el ganado o los valles o la sierra
es tan bella.

GIL VICENTE.

Apréndase de memoria el cantarcillo anterior.

Versificación irregular moderna

En los tiempos modernos resurge la versificación irregular en la poesía culta, por obra de los poetas modernistas que siguieron el ejemplo de Rubén Darío en su libro *Prosas Profanas*, publicado en 1896. Su innovación, seguida por los mejores poetas de América y de España, es de dos tipos principales: o consiste en combinaciones de versos de diferente número de sílabas, o en una imitación, muy discutida, del llamado *verso libre* de los poetas simbolistas franceses, sin medida ninguna.

publicado en 1904, poema de manifiesta inspiración humorística:

Luna, quiero cantarte
oh ilustre anciana de las mitologías,
con todas las fuerzas del arte.

.....

Te amo porque eres generosa y buena.
¡Cuánto, cuánto albayalde,
llevas gastado en balde
para adornar a tu hermana morena!

.....

Al resplandor turbio
de una luna con ojeras,
los organillos del suburbio
se carian las teclas moliendo habaneras.

.....

El tigre que en el ramaje atenúa
su terciopelo negro y gualdo
y su mirada hipócrita como una ganzúa;
el buho con sus ojos de caldo;
los lobos de agudos rostros judiciales,
la democracia de los chacales —
clientes son de tu luz serena.
Y no es justo olvidar a la oblicua hiena.

.....

A través de páramos sin ventura,
paseas tu porosa estructura
de hueso fósil, y tus poros son mares
que en la aridez de sus riberas,
parecen maxilares
de calaveras.

.....

Mas, ya dejan de estregar los grillos
sus agrios esmeriles,
y suena en los pensiles
la cristalería de los pajarillos.

Y la Luna que en su halo de ópalo se engarza,
bajo una batería de telescopios,
como una garza
que escopetean cazadores impropios,
cae al mar de cabeza
entre su plumazón de reflejos;
pero tan lejos,
que no cobrarán la pieza.

No es fácil hacer estos versos de modo que resulten musicales y distintos de la prosa. Por eso el mismo Lugones protestó años más tarde contra los versificadores inexpertos o audaces que amontonan “imágenes inconexas en parrafitos tropezados como la tos, y desde luego sin rima...” Rubén Darío y los innovadores como él poseían una gran ciencia del verso y conocían todos los secretos de la métrica clásica.

DEFENSA DE LA GRAMÁTICA

(FRAGMENTOS)

...Aprender todo aquello que los escritores han descubierto con su experiencia para dar mayor eficacia al empleo del idioma, es una ventaja. Y esto tiene que ser sistemático, si bien se ve, como el manejo de cualquier herramienta. Lo que es decir que requiere aprendizaje. Quien quisiera eximirse de alcanzar así lo que ya está logrado para hacerlo tan sólo a fuerza de talento perdería en tan recio antojo mucho tiempo que habría dedicado á crear, enriqueciendo acaso el arte con nuevos modos de expresión; pues no hay progreso sin continuidad en el esfuerzo de las generaciones.

Pues bien: esto es lo que pretenden en suma todos cuantos — y muchos son — protestan de la gramática por fastidiosa y la condenan por inútil. A estos mismos pareceriales insensato sostener que el aprendizaje de la arquitectura es perjudicial a la construcción. Esta forma de anarquía verbal persigue, al fin de cuentas, la impunidad del solecismo. Para apreciar el contrasentido en toda su mag-

nitud no hay más que plantearlo: escribir bien, sin aprender a escribir...

Lo que hay es que no sólo se escribe bien mediante el aprendizaje de la gramática. Como se trata de un arte, ello requiere también modelos, es decir, imitación. Y experiencia propia; es decir, práctica. Se aprende a escribir escribiendo, leyendo a otros escritores y estudiando el idioma. Pero todo esto es gramática, como se ve: arte aplicado y analítico de escribir correctamente. Emplear uno solo de los tres medios es reducir, quien lo hace, su posibilidad de hacerlo mejor, condenándose a la miseria verbal, si no lee ni metodiza; a la perpetua imitación, si únicamente lee sin metodizar; al purismo estéril, si metodiza tan sólo. Esta es la gramática nociva, pero por incompleta. La metodización exclusiva, es decir, la enseñanza de reglas y ejemplos sueltos, es lo que da generalmente esa idea errónea de la gramática. Pero no porque ésta sea mala, sino porque la enseñan mal. La gramática es inevitable. El rústico analfabeto que se expresa bien por índole hace gramática sin saberlo.

.....

Establezcamos la conclusión ineluctable: no hay literatura sin gramática, como no hay arquitectura sin albañilería. El arquitecto sin el albañil es un proyectista al vacío.

LEOPOLDO LUGONES.

TRABAJOS DE REDACCIÓN

A la lista de los temas de composición propuestos en los Libros Primero y Segundo, agregamos aquí otra colección variada.

No olvide el alumno que lo que importa, salvo en las composiciones de pura fantasía, es describir las escenas y contar los sucesos con la mayor fidelidad posible, tal como se han visto y se recuerdan, pero destacando solamente los pormenores característicos.

Descripciones, narraciones, fantasías, disertaciones, diálogos

I

1. — Un árbol caído.
2. — Árbol centenario.
3. — Las hormigas han asaltado un rosal.
4. — Un monte de duraznos.
5. — Un riacho del Tigre.
6. — Un caballo extenuado.
7. — Un atardecer de otoño.
8. — Tarde de estío en el campo.
9. — Mañana de niebla.
10. — Un rancho en la pampa.
11. — Una casona antigua.

(Las descripciones anteriores deben ser hechas con pocos rasgos característicos).

II

1. — Escenas de playa.
2. — Una mudanza.
3. — ¿Qué veo desde la ventana de mi cuarto?
4. — Ruidos en la noche.
5. — Salida del colegio en un día de lluvia.
6. — La calesita.
7. — La kermesse.
8. — Un partido de pelota.
9. — Tranvía de la madrugada.
10. — Tren nocturno.
11. — Tren de domingo.
12. — La gente regresa del picnic.
13. — El vestíbulo de un cinematógrafo.
14. — El consultorio del dentista.
15. — Rincón de plaza.
16. — Un grupo de niños juegan en la acera.
17. — Salida de fábrica.

III

1. — ¿Qué lugar de la ciudad prefiero?
2. — Una calle característica de la ciudad.
3. — Mi ciudad contemplada desde una altura (un edificio o una torre).

IV

1. — Retrato de mi amigo predilecto (o amiga, si escribe una niña).
2. — El benjamín del curso.
3. — El alumno egoísta.
4. — El alumno travieso.

V

1. — Descripción de un sueño.
2. — Mi primera decepción.

3. — Mis domingos.
4. — Un paseo en *yacht*.
5. — Impresiones de una visita a un museo o una casa histórica.
6. — Una partida de caza.
7. — Una rabona infantil.
8. — Un examen inolvidable.
9. — Mi primer recuerdo.
10. — Describa el alumno, desde las primeras manifestaciones, el proceso de una enfermedad sufrida.

VI

1. — Mis aficiones.
2. — ¿Cuál es mi deporte favorito? ¿Por qué?
3. — Recoja el alumno en una especie de diario sus impresiones del día o de la semana.

VII

1. — Monólogo de una cama de hospital.
2. — Diálogo de muñecos en la vidriera de una juguetería.
3. — Varios muebles viejos conversan en una buhardilla.
4. — Diálogo entre la madera y el hierro a propósito de los servicios que prestan al hombre.

VIII

1. — Teatro y cinematógrafo: ¿cuál prefiero?
2. — ¿Qué me dice la música?
3. — Defensa de los deportes.

Cartas

1. — Carta de pésame a un compañero que ha perdido a la madre.
2. — Enviándole el propio retrato a un pariente o a un compañero.
3. — Suponga el alumno que no puede o no quiere proseguir sus estudios, o que ya ha concluido el bachillerato. Desea trabajar; sabe que hay un empleo vacante (especificará cuál) ade-

cuado a sus aptitudes y escribe una carta ofreciéndose. Para que la carta sea eficaz, debe ser breve pero convincente, y contener algún rasgo que gane la voluntad del empleador.

4. — A un amigo, refiriéndole las impresiones de un viaje.
5. — Un alumno pupilo escribe a un compañero, describiéndole su vida de internado.
6. — Se ha cometido una falta en clase. El profesor castigará a toda la clase si el culpable no se da a conocer. Como el alumno sabe quien es el culpable, escribale para aconsejarle que confiese su falta.

(Algunos de los temas propuestos a continuación para la redacción de billetes, también pueden ser tratados como asuntos de carta).

Billetes

1. — Felicitando a un amigo o a un pariente por el restablecimiento de su salud.
2. — Pidiéndole prestado un libro a un amigo.
3. — Devolviendo un libro que nos fué prestado.
4. — Invitando a un amigo a almorzar.
5. — Excusándose de asistir a una fiesta.
6. — A un amigo (o a un pariente), saludándolo en el día de su cumpleaños.
7. — Dándole el pésame a un amigo por la muerte de un pariente.
8. — Enviando (o agradeciendo) un obsequio.
9. — Agradeciendo las atenciones recibidas en una casa durante las vacaciones.
10. — Despidiendo a un profesor o a un amigo que parten para Europa.
11. — Saludando a un profesor con motivo de su jubilación.
12. — Invitándose para ir a pasar el domingo en casa de un pariente que vive en una localidad vecina.
13. — Enviando a un periódico una colaboración literaria.

(Recomiéndase muy especialmente mantener, cuando el billete sea redactado en tercera persona, la consecuencia de los pronombres, sin pasar nunca a la primera).

Solicitudes escolares

1. — Pidiendo el pase de un colegio o escuela a otro u otra, con explicación del motivo.
2. — Pidiendo autorización para dar examen fuera de turno, con explicación del motivo.
3. — Pidiendo la reincorporación después de una prolongada enfermedad.
4. — Pidiendo el reconocimiento de algunas asignaturas aprobadas en una escuela normal o colegio comercial, o viceversa.
5. — Pidiendo anticipación de la fecha de examen, con motivo de un viaje.

Ofrecerán asimismo interesantes temas de composición las novelas u obras dramáticas que el alumno lea por orden o consejo de sus profesores. (Relación del argumento, ceñida a no más de dos páginas, retrato de las figuras principales, análisis del desarrollo de un sentimiento, etc.). Es aconsejable que el alumno no dé juicios estéticos de conjunto sobre la obra, siempre difíciles para su corta experiencia literaria.

Máximas, aforismos y sentencias

En los libros anteriores hemos incluido algunas máximas y sentencias que podían ser desarrolladas por el alumno, explicando su significado y valiéndose de ejemplos al caso. Completamos la serie en este libro con otras veinticinco y otros tantos refranes.

1. — Un alma es por sí sola una gran pueblo. (*Lacordaire*).
2. — Aprender a ver es el aprendizaje más largo en todas las artes. (*De Goncourt*).
3. — Podemos leer el porvenir, mirando al pasado. (*Rotrou*).
4. — Cuando se hace el bien es preciso hacerlo con alegría. (Del *Talmud*).
5. — El sol no es todo manchas.

6. — No se goza la posesión de ningún bien sin un compañero. (*Séneca*).
7. — No abandones tu embarcación al mar de la suerte, mas también rema. (*Platen*).
8. — Creo que si miráramos siempre el cielo, acabaríamos teniendo alas. (*Gustavo Flaubert*).
9. — El arte hace versos; pero sólo el corazón es poeta. (*Andrés Chénier*).
10. — La mayor victoria: el vencerse uno a sí mismo. (*Calderón*).
11. — La desgracia abre el alma a una luz que la prosperidad no ve. (*Lacordaire*).
12. — El dolor es más vario, más inspirador y más innovador que la alegría. (*Nicolás Tommaseo*).
13. — Cumplir el propio deber vale más que el heroísmo. (*César Cantú*).
14. — La naturaleza nos ha dado dos oídos, pero una boca sola. (*Disraeli*).
15. — Desdichado de aquel hombre en quien nada perdura del niño. (*Arturo Graf*).
16. — La fe en sí mismo es el primer secreto del éxito. (*Emerson*).
17. — Solamente es dichoso quien puede dar. (*Goethe*).
18. — Ser bueno es fácil; lo difícil es ser justo. (*Victor Hugo*).
19. — La ignorancia está menos lejos de la verdad que el prejuicio. (*Diderot*).
20. — Las lágrimas se secan, mezclándolas. (*Pananti*).
21. — Quien quiere recoger lágrimas, debe sembrar amor. (*Schiller*).
22. — La actividad hace feliz al hombre. (*Goethe*).
23. — Dios, tú nos vendes todos los bienes a precio de trabajo. (*Leonardo de Vinci*).
24. — Nada vale la vida donde falta la libertad. (*Teodoro Körner*).
25. — He buscado el descanso doquiera y sólo lo he encontrado en un rincón con un libro pequeño. (*San Francisco de Sales*).

Refranes, proverbios, adagios

1. — Pájaro viejo no entra en jaula.
2. — Ruín señor cría ruín servidor.
3. — Agua pasada no mueve molino.

4. — Un solo golpe no derriba un roble.
5. — Nada necesita quien tiene lo bastante.
6. — Quien te da un huevo no te quiere ver muerto.
7. — Quien dice lo que quiere, oye lo que no quiere.
8. — A raposo durmiente no le amanece la gallina en el vientre.
9. — Mozos fueron primero los que ahora son hombres.
10. — A lo que puedes solo, no esperes a otro.
11. — Poca hiel hace amarga mucha miel.
12. — Más vale pan con amor, que gallina con dolor.
13. — A mocedad ociosa, vejez trabajosa.
14. — Si el prior juega a los naipes, ¿qué harán los frailes?
15. — A boda ni a bautismo no vayas sin ser llamado.
16. — A moro muerto gran lanzada.
17. — Quien mala cama hace, en ella se yace.
18. — Más hiere mala palabra que espada afilada.
19. — Sanan cuchilladas, mas no malas palabras.
20. — Sufra quien penas tiene, que tras un tiempo otro viene.
21. — Tiempo ni hora no se ata con sogá.
22. — Palabra y piedra suelta no tienen vuelta.
23. — No hay cosa tan cara como la que con suegros se compara.
24. — El conejo ido, el consejo venido.
25. — Viene ventura a quien la procura.

LECTURAS

LA PROMESA

I

Margarita lloraba con el rostro oculto entre las manos; lloraba sin gemir, pero las lágrimas corrían silenciosas a lo largo de sus mejillas, deslizándose por entre sus dedos para caer en la tierra, hacia la que había doblado su frente.

Junto a Margarita estaba Pedro, quien levantaba de cuando en cuando los ojos para mirarla, y viéndola llorar tornaba a bajarlos, guardando a su vez un silencio profundo.

Y todo callaba alrededor y parecía respetar su pena. Los ruidos del campo se apagaban; el viento de la tarde dormía, y las sombras comenzaban a envolver los espesos árboles del soto.

Así transcurrieron algunos minutos, durante los cuales se acabó de borrar el rastro de luz que el sol había dejado al morir en el horizonte; la luna comenzó a dibujarse vagamente sobre el fondo violado del cielo del crepúsculo, y unas tras otras fueron apareciendo las mayores estrellas.

Pedro rompió al fin aquel silencio angustioso, exclamando con voz sorda y entrecortada y como si hablase consigo mismo:

—¡Es imposible... imposible!

Después, acercándose a la desconsolada niña y tomando una de sus manos, prosiguió con acento más cariñoso y suave:

—Margarita, para ti el amor es todo, y tú no ves nada más allá del amor. No obstante, hay algo tan respetable como nuestro cariño, y es mi deber. Nuestro señor el conde de Gómara parte mañana de su castillo para reunir su hueste a las del rey don Fernando (1), que va a sacar a Sevilla del poder de los infieles, y yo debo partir con el conde. Huérfano oscuro, sin nombre y sin fami-

lia, a él le debo cuanto soy. Yo le he servido en el ocio de las paces, he dormido bajo su techo, me he calentado en su hogar y he comido el pan a su mesa. Si hoy le abandono, mañana sus hombres de armas, al salir en tropel por las poternas de su castillo, preguntarán maravillados de no verme: —¿Dónde está el escudero favorito del conde de Gómara? —Y mi señor callará con vergüenza, y sus pajes y sus bufones dirán en son de mofa: —El escudero del conde no es más que un galán de justas, un lidiador de cortesía.

Al llegar a este punto, Margarita levantó sus ojos llenos de lágrimas para fijarlos en los de su amante, y movió los labios como para dirigirle la palabra; pero su voz se ahogó en un sollozo.

Pedro, con acento aun más dulce y persuasivo, prosiguió así:

—No llores, por Dios, Margarita; no llores, porque tus lágrimas me hacen daño. Voy a alejarme de ti; mas yo volveré después de haber conseguido un poco de gloria para mi nombre oscuro.

El cielo nos ayudará en la santa empresa; conquistaremos a Sevilla, y el rey nos dará feudos en las riberas del Guadalquivir a los conquistadores. Entonces volveré en tu busca y nos iremos juntos a habitar en aquel paraíso de los árabes, donde dicen que hasta el cielo es más limpio y más azul que el de Castilla.

—Volveré, te lo juro, volveré a cumplir la palabra solemne empeñada el día en que puse en tus manos ese anillo, símbolo de una promesa.

—¡Pedro! —exclamó entonces Margarita dominando su emoción y con voz resuelta y firme: —Ve, ve a mantener tu honra. Y al pronunciar estas palabras, se arrojó por última vez en los brazos de su amante. Después añadió con acento más sordo y conmovido: —Ve a mantener tu honra, pero vuelve... vuelve a traerme la mía.

Pedro besó la frente de Margarita, desató su caballo, que estaba sujeto a uno de los árboles del soto, y se alejó al galope por el fondo de la alameda.

Margarita siguió a Pedro con los ojos hasta que su sombra se confundió entre la tiniebla de la noche; y cuando ya no pudo distinguirle, se volvió lentamente al lugar, donde la aguardaban sus hermanos.

—Ponte tus vestidos de gala —le dijo uno de ellos al entrar—, que mañana vamos a Gómara con todos los vecinos del pueblo para ver al conde que se marcha a Andalucía.

—A mí más me entristece que me alegra ver irse a los que acaso no han de volver— respondió Margarita con un suspiro.

—Sin embargo— insistió el otro hermano—, has de venir con nosotros y has de venir compuesta y alegre: así no dirán las gentes murmuradoras que tienes amores en el castillo y que tus amores se van a la guerra.

II

Apenas rayaba en el cielo la primera luz del alba, cuando empezó a oírse por todo el campo de Gómara la aguda trompetería de los soldados del conde, y los campesinos que llegaban en numerosos grupos de los lugares cercanos vieron desplegarse al viento el pendón señorial en la torre más alta de la fortaleza.

Unos sentados al borde de los fosos, otros subidos en las copas de los árboles, éstos vagando por la llanura, aquéllos coronando las cumbres de las colinas, los de más allá formando un cordón a lo largo de la calzada, ya haría cerca de una hora que los curiosos esperaban el espectáculo, no sin que algunos comenzaran a impacientarse, cuando volvió a sonar de nuevo el toque de los clarines, rechinaron las cadenas del puente, que cayó con pausa sobre el foso, y se levantaron los rastrillos, mientras se abrían de par en par y gimiendo sobre sus goznes las pesadas puertas del arco que conducía al patio de armas.

La multitud corrió a agolparse en los ribazos del camino para ver más a su sabor las brillantes armaduras y los lujosos arreos del séquito del conde de Gómara, célebre en toda la comarca por su esplendidez y sus riquezas.

Rompieron la marcha los farautes, que deteniéndose de trecho en trecho, pregonaban en alta voz y a son de caja las cédulas del rey llamando a sus feudatarios a la guerra de moros, y requiriendo a las villas y lugares libres para que diesen paso y ayuda a sus huestes.

A los farautes siguieron los heraldos de corte, ufanos con sus casullas de seda, sus escudos bordados de oro y colores y sus birretes guarnecidos de plumas vistosas.

Después vino el escudero mayor de la casa, armado de punta en blanco, caballero sobre un potro morcillo, llevando en sus manos el pendón de ricohombre con sus motes y sus calderas (2), y al es-

tribo izquierdo el ejecutor de las justicias del señorío, vestido de negro y rojo.

Precedían al escudero mayor hasta una veintena de aquellos famosos trompeteros de la tierra llana, célebres en las crónicas de nuestros reyes por la increíble fuerza de sus pulmones.

Cuando dejó de herir el viento el agudo clamor de la formidable trompetería, comenzó a oírse un rumor sordo, acompasado y uniforme. Eran los peones de la mesnada, armados de largas picas y provistos de sendas adargas de cuero. Tras éstos no tardaron en aparecer los aparejadores de las máquinas (3), con sus herramientas y sus torres de palo, las cuadrillas de escaladores y la gente menuda del servicio de las acémilas.

Luego, envueltos en la nube de polvo que levantaba el casco de sus caballos, y lanzando chispas de luz de sus petos de hierro, pasaron los hombres de armas del castillo formados en gruesos pelotones, que semejaban a lo lejos un bosque de lanzas.

Por último, precedido de los timbaleros, que montaban poderosas mulas con gualdrapas y penachos, rodeados de sus pajes, que vestían ricos trajes de seda y oro, y seguido de los escuderos de su casa, apareció el conde.

Al verle, la multitud levantó un clamor inmenso para saludarle, y entre el confuso vocerío se ahogó el grito de una mujer, que en aquel momento cayó desmayada y como herida de un rayo en los brazos de algunas personas que acudieron a socorrerla. Era Margarita, Margarita, que había conocido a su misterioso amante en el muy alto y muy temido señor conde de Gómara, uno de los más nobles y poderosos feudatarios de la corona de Castilla.

III

El ejército de don Fernando, después de salir de Córdoba, había venido por sus jornadas hasta Sevilla, no sin haber luchado antes en Écija, Carmona y Alcalá del Río de Guadaira, donde, una vez expugnado el famoso castillo, puso los reales a la vista de la ciudad de los infieles.

El conde de Gómara estaba en la tienda sentado en un escaño de alerce, inmóvil, pálido, terrible, las manos cruzadas sobre la empuñadura del montante y los ojos fijos en el espacio, con esa

vaguedad del que parece mirar un objeto y, sin embargo, no ve nada de cuanto hay a su alrededor.

A un lado y de pie, le hablaba el más antiguo de sus escuderos de su casa, el único que en aquellas horas de negra melancolía hubiera osado interrumpirle sin atraer sobre su cabeza la explosión de su cólera.—¿Qué tenéis, señor?—le decía—. ¿Qué mal os aqueja y consume? Triste vais al combate, y triste volvéis, aun tornando con la victoria. Cuando todos los guerreros duermen rendidos a la fatiga del día, os oigo suspirar angustiado, y si corro a vuestro lecho, os miro allí luchar con algo invisible que os atormenta. Abrís los ojos, y vuestro terror no se desvanece. ¿Qué os pasa, señor? Decídmelo. Si es un secreto, yo sabré guardarlo en el fondo de mi memoria como en un sepulcro.

El conde parecía no oír al escudero; no obstante, después de un largo espacio, y como si las palabras hubiesen tardado todo aquel tiempo en llegar desde sus oídos a su inteligencia, salió poco a poco de su inmovilidad, y atrayéndole hacia sí cariñosamente, le dijo con voz grave y reposada:

—He sufrido mucho en silencio. Creyéndome juguete de una vana fantasía, hasta ahora he callado por vergüenza; pero no, no es ilusión lo que me sucede.

Yo debo de hallarme bajo la influencia de una maldición terrible. El cielo o el infierno deben de querer algo de mí, y lo avisan con hechos sobrenaturales.

¿Te acuerdas del día de nuestro encuentro con los moros de Nebrija en el aljarafe (4) de Triana? Éramos pocos; la pelea fué dura, y yo estuve a punto de perécer. Tú lo viste: en lo más reñido del combate, mi caballo, herido y ciego de furor, se precipitó hacia el grueso de la hueste mora. Yo pugnaba en balde por contenerle; las riendas se habían escapado de mis manos, y el fogoso animal corría llevándome a una muerte segura.

Ya los moros, cerrando sus escuadrones, apoyaban en tierra el cuento de sus largas picas para recibirme en ellas; una nube de saetas silbaba en mis oídos; el caballo estaba a algunos pies de distancia del muro de hierro en que íbamos a estrellarnos, cuando... créeme, no fué una ilusión, vi una mano que agarrándole de la brida lo detuvo con una fuerza sobrenatural, y volviéndole en dirección a las filas de mis soldados, me salvó milagrosamente.

En vano pregunté a unos y otros por mi salvador; nadie le conocía, nadie le había visto.

—Cuando volabais a estrellaros en la muralla de picas—me dijeron— ibais solo, completamente solo; por eso nos maravillamos al veros tornar, sabiendo que ya el corcel no obedecía al jinete.

—Aquella noche entré preocupado en mi tienda; quería en vano arrancarme de la imaginación el recuerdo de la extraña aventura; mas al dirigirme al lecho, torné a ver la misma mano, una mano hermosa, blanca hasta la palidez, que descorrió las cortinas, desapareciendo después de descorrerlas. Desde entonces, a todas horas, en todas partes, estoy viendo esa mano misteriosa que previene mis deseos y se adelanta a mis acciones. La he visto, al expugnar el castillo de Triana, coger entre sus dedos y partir en el aire una saeta que venía a herirme; la he visto, en los banquetes donde procuraba ahogar mi pena entre la confusión y el tumulto, escanciar el vino en mi copa, y siempre se halla delante de mis ojos, y por donde voy me sigue: en la tienda, en el combate, de día, de noche... Ahora mismo, mírala, mírala aquí apoyada suavemente en mis hombros.

Al pronunciar estas últimas palabras, el conde se puso en pie y dió algunos pasos como fuera de sí y embargado de un terror profundo.

El escudero se enjugó una lágrima que corría por sus mejillas. Creyendo loco a su señor, no insistió, sin embargo, en contrariar sus ideas, y se limitó a decirle con voz profundamente conmovida:

—Venid... salgamos un momento de la tienda; acaso la brisa de la tarde refrescará vuestras sienes, calmando ese incomprensible dolor, para el que yo no hallo palabras de consuelo.

IV

El real de los cristianos se extendía por todo el campo de Guadaira, hasta tocar en la margen izquierda del Guadalquivir. En frente del real y destacándose sobre el luminoso horizonte, se alzaban los muros de Sevilla. De la corona de almenas rebosaba la verdura de los mil jardines de la morisca ciudad, y entre las oscuras manchas del follaje lucían los miradores blancos como la nieve, los minaretes de las mezquitas y la gigantesca atalaya, sobre cuyo aéreo pretil alzaban chispas de luz, heridas por el sol, las cuatro

grandes bolas de oro, que desde el campo de los cristianos parecían cuatro llamas.

La empresa de don Fernando, una de las más heroicas y atrevidas de aquella época, había traído a su alrededor a los más célebres guerreros de los diferentes reinos de la Península, no faltando algunos que de países extraños y distantes vinieran también, llamados por la fama, a unir sus esfuerzos a los del santo rey.

Tendidas a lo largo de la llanura, mirábanse, pues, tiendas de campaña de todas formas y colores, sobre el remate de las cuales ondeaban al viento distintas enseñas con escudos partidos, astros, grifos, leonés, cadenas, barras y calderas, y otras cien y cien figuras o símbolos heráldicos queregonaban el nombre y la calidad de sus dueños. Por entre las calles de aquella improvisada ciudad circulaban en todas direcciones multitud de soldados, que, hablando dialectos diversos y vestidos cada cual al uso de su país, y cada cual armado a su guisa, formaban un extraño y pintoresco contraste.

Aquí descansaban algunos señores de las fatigas del combate sentados en escaños de alerce a la puerta de sus tiendas y jugando a las tablas, en tanto que sus pajes les escanciaban el vino en copas de metal; allí algunos peones aprovechaban un momento de ocio para aderezar y componer sus armas, rotas en la última refriega; más allá cubrían de saetas un blanco los más expertos ballesteros de la hueste entre las aclamaciones de la multitud, pasmada de su destreza; y el rumor de los tambores, el clamor de las trompetas, las voces de los mercaderes ambulantes, el golpear del hierro contra el hierro, los cánticos de los juglares que entretenían a sus oyentes con la relación de hazañas portentosas, y los gritos de los farautes que publicaban las ordenanzas de los maestros del campo, llenando los aires de mil y mil ruidos discordes, prestaban a aquel cuadro de costumbres guerreras una vida y una animación imposibles de pintar con palabras.

El conde de Gómara, acompañado de su fiel escudero, atravesó por entre los animados grupos sin levantar los ojos de la tierra, silencioso, triste, como si ningún objeto hiriese su vista ni llegase a su oído el rumor más leve. Andaba maquinalmente, a la manera de un sonámbulo, cuyo espíritu se agita en el mundo de los sueños, se mueve y marcha sin la conciencia de sus acciones y como arrastrado por una voluntad ajena a la suya.

Próximo a la tienda del rey y en medio de un corro de soldados, pajecillos y gente menuda que le escuchaban con la boca abierta, apresurándose a comprarle algunas baratijas que anunciaba a voces y con hiperbólicos encomios, había un extraño personaje, mitad romero, mitad juglar, que ora recitando una especie de letanía en latín bárbaro, ora diciendo una bufonada o una chocarrería, mezclaba en su interminable relación chistes capaces de poner colorado a un balletero, con oraciones devotas; historias de amores picarescos, con leyendas de santos. En las inmensas alforjas que colgaban de sus hombros se hallaban revueltos y confundidos mil objetos diferentes: cintas tocadas en el sepulcro de Santiago; cédulas con palabras que él decía ser hebraicas, las mismas que dijo el rey Salomón cuando fundaba el templo, y las únicas para liberarse de toda clase de enfermedades contagiosas; bálsamos maravillosos para pegar a hombres partidos por la mitad; Evangelios cosidos en bolsitas de brocatel; secretos para hacerse amar de todas las mujeres; reliquias de los santos patronos de todos los lugares de España; joyelas, cadenillas, cinturones, medallas y otras muchas baratijas de alquimia, de vidrio y de plomo.

Cuando el conde llegó cerca del grupo que formaban el romero y sus admiradores, comenzaba éste a templar una especie de bandolina o guzla árabe con que se acompañaba en la relación de sus romances. Después que hubo estirado bien las cuerdas unas tras otras y con mucha calma, mientras su acompañante daba la vuelta al corro sacando los últimos cornados de la flaca escarcela de los oyentes, el romero empezó a cantar con voz gangosa y con un aire monótono y plañidero un romance que siempre terminaba con el mismo estribillo.

El conde se acercó al grupo y prestó atención. Por una coincidencia, al parecer extraña, el título de aquella historia respondía en un todo a los lúgubres pensamientos que embargaban su ánimo. Según había anunciado el cantor antes de comenzar, el romance se titulaba el *Romance de la mano muerta*.

Al oír el escudero tan extraño anuncio, pugnó por arrancar a su señor de aquel sitio; pero el conde, con los ojos fijos en el juglar, permaneció inmóvil, escuchando esta cantiga:

I

La niña tiene un amante
que escudero se decía;
el escudero le anuncia
que a la guerra se partía.
—Te vas y acaso no tornes.
—Tornaré por vida mía.
Mientras el amante jura,
diz que el viento repetía:
*¡Malhaya quien en promesas
de hombre fía!*

II

El conde con la mesnada
de su castillo salía;
ella, que lo ha conocido,
con grande aflicción gemía:
—¡Ay de mí, que se va el conde
y se lleva la honra mía!
Mientras la cuitada llora,
diz que el viento repetía:
*¡Malhaya quien en promesas
de hombre fía!*

III

Su hermano, que estaba allí,
estas palabras oía:
—Nos ha deshonrado, dice.
—Me juró que tornaría.
—No te encontrará si torna
donde encontrarte solía.
Mientras la infelice muere,
diz que el viento repetía:
*¡Malhaya quien en promesas
de hombre fía!*

IV

Muerta la llevan al soto,
 la han enterrado en la umbría;
 por más tierra que la (5) echaban,
 la mano no se cubría:
 la mano donde un anillo
 que le dió el conde tenía.
 De noche sobre la tumba
 diz que el viento repetía:
*¡Malhaya quien en promesas
 de hombre fía!*

Apenas el cantor había terminado la última estrofa, cuando rompiendo el muro de curiosos que se apartaban con respeto al reconocerle, el conde llegó adonde se encontraba el romero, y cogiéndole con fuerza del brazo, le preguntó en voz baja y convulsa:

—¿De qué tierra eres?

—De tierra de Soria — le respondió éste sin alterarse.

—¿Y dónde has aprendido ese romance? ¿A quién se refiere la historia que cuentas?— volvió a exclamar su interlocutor, cada vez con muestras de emoción más profunda.

—Señor — dijo el romero clavando sus ojos en los del conde con una fijeza imperturbable —: esta cantiga la repiten de unos en otros los aldeanos del campo Gómara, y se refiere a una desdichada cruelmente ofendida por un poderoso. Altos juicios de Dios han permitido que al enterrarla quedase siempre fuera de la sepultura la mano en que su amante le puso un anillo al hacerle una promesa. Vos sabréis quizá a quién toca cumplirla.

V

En un lugarejo miserable y que se encuentra a un lado del camino que conduce a Gómara, he visto no hace mucho el sitio en donde se asegura tuvo lugar la extraña ceremonia del casamiento del conde.

Después que éste, arrodillado sobre la humilde fosa, estrechó en la suya la mano de Margarita, y un sacerdote autorizado por el Papa bendijo la lúgubre unión, es fama que cesó el prodigio, y *la mano muerta* se hundió para siempre.

Al pie de unos árboles añosos y corpulentos hay un pedacito de prado que, al llegar la primavera, se cubre espontáneamente de flores.

La gente del país dice que allí está enterrada Margarita.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.

Gustavo Adolfo Bécquer, uno de los mayores poetas románticos españoles. Fué sevillano, nacido en 1836, muerto en 1870. Además de sus *Rimas*, que lo han hecho famoso compuso hermosas *Leyendas*, de las cuales una es la que acaba de leerse, y las poéticas cartas tituladas *Desde mi celda*.—1. Fernando III, llamado *el Santo* (1200-1252), rey de Castilla, conquistó a los moros gran parte de la Andalucía.—2. *calderas*: aquí son las figuras artificiales que se pintan en el bláson con las asas levantadas, terminadas en cabezas de serpientes, y eran señal de ricahombría, antiguamente la primera nobleza de España.—3. *máquinas*: se trata aquí de las de guerra, destinadas a escalar y expugnar castillos y fortalezas.—4. *aljarafe* o *ajarafe*: terreno alto y extenso.—5. *la echaban*: nótese nuevamente el *la* usado como dativo y censurado como incorrecto por la Academia y autorizados gramáticos.—Convendría que los demás vocablos cuya significación el alumno ignore, por designar hombres y cosas de antaño, él mismo los busque en el diccionario.

DOS SABIOS

En el balneario de Aguachirle, situado en lo más frondoso de una región de España muy fértil y pintoresca, todos están contentos, todos se estiman, todos se entienden, menos dos ancianos venerables, que desprecian al miserable vulgo de los bañistas y mutuamente se aborrecen.

¿Quiénes son? Poco se sabe de ellos en la casa. Es el primer año que vienen. No hay noticias de su procedencia. No son de la provincia, de seguro; pero no se sabe si el uno viene del Norte y el otro del Sur o viceversa... o de cualquier otra parte. Consta que uno dice llamarse don Pedro Pérez y el otro don Alvaro Alvarez. Ambos reciben el correo en un abultadísimo paquete que contiene multitud de cartas, periódicos, revistas, y libros muchas veces. La gente opina que son un par de sabios.

Pero ¿qué es lo que saben? Nadie lo sabe. Y lo que es ellos, no lo dicen. Los dos son muy corteses, pero muy fríos con todo el mundo e impenetrables. Al principio se les dejó aislarse, sin pensar en ellos; el vulgo alegre desdeñó el desdén de aquellos misteriosos pozos de ciencia, que, en definitiva, debían de ser un par de chiflados caprichosos, exigentes en el trato doméstico y con berrinches

endiablados, bajo aquella capa superficial de fría buena crianza. Pero, a los pocos días, la conducta de aquellos señores fué la comidilla de los desocupados bañistas, que vieron una graciosísima comedia en la antipatía y rivalidad de los viejos.

Con gran disimulo, porque inspiraban respeto y nadie osaría reirse de ellos en sus barbas, se les observaba, y se saboreaban y comentaban las vicisitudes de la mutua ojeriza, que se exacerbaba por las coincidencias de sus gustos y manías, que les hacían buscar lo mismo y huir de lo mismo, y sobre ello, morena.

Pérez había llegado a Aguachirle algunos días antes que Alvarez. Se quejaba de todo: del cuarto que le habían dado, del lugar que ocupaba en la mesa redonda, del bañero, del pianista, del médico, de la camarera, del mozo que limpiaba las botas, de la campana de la capilla, del cocinero, y de los gallos y los perros de la vecindad, que no le dejaban dormir. De los bañistas no se atrevía a quejarse, pero eran la mayor molestia. “¡Triste y enojoso rebaño humano! ¡Viejos verdes, niñas cursis, mamás grotescas, canónigos egoístas, pollos empalagosos, indianos soeces y avaros, caballeros sospechosos, maníacos insufribles, enfermos repugnantes, ¡peste de clase media! ¡Y pensar que era la menos mala! Porque el pueblo... ¡uf! ¡El pueblo! Y aristocracia, en rigor, no la había. ¡Y la ignorancia general! ¡Qué martirio tener que oír, a la mesa, sin querer, tantos disparates, tantas vulgaridades que le llenaban el alma de hastío y de tristeza!

Algunos entrometidos, que nunca faltan en los balnearios, trataron de sonsacar a Pérez sus ideas, sus gustos; de hacerle hablar, de intimar en el trato, de obligarle a participar de los juegos comunes; hasta hubo un tontiloco que le propuso bailar un rigodón con cierta dueña... Pérez tenía un arte especial para sacudirse estas moscas. A los discretos los tenía lejos de sí a las pocas palabras; a los indiscretos, con más trabajo y alguna frialdad inevitable; pero no tardaba mucho en verse libre de todos.

Además, aquella triste humanidad le estorbaba en la lucha por las comodidades, por las pocas comodidades que ofrecía el establecimiento. Otros tenían las mejores habitaciones, los mejores puestos en la mesa; otros ocupaban antes que él los mejores apartados y pilas de baño; y otros, en fin, se comían las mejores tajadas.

El puesto de honor en la mesa central, puesto que llevaba anejo el mayor mimo y agasajo del jefe de comedor y de los dependientes,

y puesto que estaba libre de todas las corrientes de aire entre puertas y ventanas, terror de Pérez, pertenecía a un señor canónigo, muy gordo y muy hablador; no se sabía si por antigüedad o por odioso privilegio.

Pérez, que no estaba lejos del canónigo, le distinguía con un particular desprecio; le envidiaba, despreciándole, y le miraba con ojos provocativos, sin que el otro se percatara de tal cosa. Don Sindulfo, el canónigo, había pretendido varias veces *pegar la hebra* con Pérez; pero éste le había contestado siempre con secos monosílabos. Y don Sindulfo le había perdonado, porque no sabía lo que se hacía, siendo tan saludable la charla a la mesa para una buena digestión.

Don Sindulfo tenía un estómago de oro, y le entusiasmaba la comida de fonda, con salsas picantes y otros atractivos; Pérez tenía el estómago de acibar, y aborrecía aquella comida llena de insoportables *galicismos*. Don Sindulfo soñaba despierto en la hora de comer, y don Pedro Pérez temblaba al acercarse el tremendo trance de tener que comer sin gana.

—¡Ya va un toque!—decía sonriendo a todos don Sindulfo, y aludiendo a la campana del comedor.

—¡Ya han tocado dos veces!—exclamaba a poco, con voz que temblaba de voluptuosidad.

Y Pérez, oyéndole, se juraba acabar cierta monografía que tenía comenzada proponiendo la supresión de los cabildos catedrales (1).

Fué el sabio discolo y presunto minando el terreno, intrigando con camareras y otros empleados de más categoría, hasta hacer prometer, bajo amenaza de marcharse, que en cuanto se fuera el canónigo, que sería pronto, el puesto de honor, con sus beneficios, sería para él, para Pérez, costase lo que costase. También se le ofreció el cuarto de cierta esquina del edificio, que era el de mejores vistas, el más fresco y el más apartado del mundanal y *fondil* ruido. Y para tomar café, se le prometió cierto rinconcito, muy lejos del piano, que ahora ocupaba un coronel retirado, capaz de andar a tiros con quien se lo disputara. En cuanto el coronel se marchase, que no tardaría, el rinconcito sería para Pérez.

En esto llegó Alvarez. Aplíquesele todo lo dicho acerca de Pérez. Hay que añadir que Alvarez tenía el carácter más fuerte, el mismo humor endiablado, pero más energía y más desfachatez para pedir gollerías.

También le aburría aquel rebaño humano, de vulgaridad monótona; también se le puso en la boca del estómago el canónigo aquél, de tan buen diente, de una alegría irritante, y que ocupaba en la mesa redonda el mejor puesto. Álvarez miraba también a don Sindulfo con ojos provocativos, y apenas le contestaba si el buen clérigo le dirigía la palabra. Alvarez también quiso el cuarto que solicitaba Pérez y el rincón donde tomaba café el coronel.

A la mesa notó Alvarez que todos eran unos majaderos y unos charlatanes... menos un señor viejo y calvo, como él, que tenía enfrente y que no decía palabra, ni se reía tampoco con los chistes grotescos de aquella gente.

"No era charlatán, pero majadero también lo sería. ¿Por qué no?" Y empezó a mirarle con antipatía. Notó que tenía mal genio, que era un egoísta y maniático por el afán de imposibles comodidades.

"Debe de ser un profesor de instituto o un archivero lleno de presunción. Y él, Alvarez, que era un sabio de fama europea, que viajaba de incógnito, con nombre falso, para librarse de curiosos e impertinentes admiradores, aborrecía ya de muerte al necio pedantón, que se permitía el lujo de creerse superior a la turbamulta del balneario. Además, se le figuraba que el archivero le miraba a él con ira, con desprecio; ¡habría sido visto insolencia!"

Y no era eso lo peor: lo peor era que coincidían en gustos, en preferencias que les hacían muchas veces *incompatibles*.

No cabían los dos en el balneario. Alvarez se iba al corredor en cuanto el pianista la emprendía con la *Rapsodia húngara*... Y allí se encontraba a Pérez, que huía también de Liszt adulterado. En el gabinete de lectura nadie leía el *Times*... más que el archivero, y justamente a las horas en que él, Alvarez el falso, quería enterarse de la política extranjera en el único periódico de la casa que no le parecía despreciable.

"El archivero sabe inglés. ¡Pedante!"

A las seis de la mañana, en punto, Alvarez salía de su cuarto con la mayor reserva, para despachar las más viles faenas con que su naturaleza animal pagaba tributo a la ley más baja, y prosaica... ¡Y Pérez, obstruccionista odioso, tenía, por lo visto, la misma costumbre, y buscaba el mismo lugar con igual secreto... y ¡aquello no podía aguantarse!

No gustaba Alvarez de tomar el fresco en los jardines ramplo-nes del establecimiento, sino que buscaba la soledad de un prado

de fresca hierba, y en cuesta muy pina, que había a espaldas de la casa... Pues allá, en lo más alto del prado, a la sombra de su manzano... se encontraba todas las tardes a Pérez, que no soñaba con que estaba estorbando.

Ni Pérez ni Alvarez abandonaban el sitio; se sentaban muy cerca uno de otro, sin hablarse, mirándose de soslayo, con rayos y centellas.

Si el archivero supuesto tales simpatías merecía al fingido Alvarez, Alvarez a Pérez le tenía frito, y ya Pérez le hubiera provocado abiertamente si no hubiera advertido que era hombre enérgico y, probablemente, de más puños que él.

Pérez, que era un sabio hispanoamericano del Ecuador, que vivía en España muchos años hacía, estudiando nuestras letras y ciencias y haciendo frecuentes viajes a París, Londres, Rusia, Berlín y otras capitales; Pérez, que no se llamaba Pérez, sino Gilledo, y viajaba de incógnito, a veces, para estudiar las cosas de España, sin que éstas se las disfrazara nadie al saberse quién él era; digo que Gilledo o Pérez había creído que el intruso Alvarez era alguna notabilidad de campanario, que se daba tono de sabio con extravagancias y manías que no eran más que pura comedia. Comedia que a él le perjudicaba mucho, pues, sin duda por imitarle, aquel desconocido, boticario probablemente, se le atravesaba en todas sus cosas: en el paseo, en el corredor, en el gabinete de lectura y en los lugares menos dignos de ser llamados por su nombre.

Pérez había notado también que Alvarez despreciaba o fingía despreciar a la multitud insípida y que miraba con rencor y desfachatez al canónigo que presidía la mesa.

La antipatía, el odio se puede decir, que mutuamente se profesaban los sabios incógnitos crecía tanto de día en día que los disimulados testigos de su malquerencia llegaron a temer que el sainete acabara en tragedia, y aquellos respetables y misteriosos vejetes se fueran a las manos.

Llegó un día crítico. Por casualidad, en el mismo tren se marcharon el canónigo, el bañista que ocupaba la habitación tan apetecida y el coronel que dejaba libre el rincón más apartado del piano. Terrible conflicto. Se descubrió que el amo del establecimiento había ofrecido la sucesión de don Sindulfo y la habitación más cómoda, a Pérez primero, y después a Alvarez.

Pérez tenía el derecho de prioridad, sin duda; pero Alvarez... era un carácter. ¡Solemne momento! Los dos, temblando de ira,

echaron mano al respaldo. No se sabía si se disputaban un asiento o un arma arrojadiza.

No se insultaron, ni se comieron la figura más que con los ojos.

El amo de la casa se enteró del conflicto, y acudió al comedor corriendo.

—¡Usted dirá!— exclamaron a un tiempo los sabios.

Hubo que convenir en que el derecho de Pérez era el que valía.

Álvarez cedió en latín, es decir, invocando un texto del Derecho romano que daba la razón a su adversario. Quería que constase que cedía a la razón, no al miedo.

Pero llegó lo del aposento disputado. ¡Allí fué ella! También Pérez era el *primero en el tiempo*... pero Álvarez declaró que lo que es absurdo desde el principio, y nulo, por consiguiente, *tractu temporis convalescere non potest*, no puede hacerse bueno con el tiempo; y como era absurdo que todas las ventajas, por gollería, se las llevase Pérez, él se atenia a la promesa que había recibido... y se instalaba desde luego en la habitación dichosa; donde, en efecto, ya había metido sus maletas.

Y plantado en el umbral, con los puños cerrados amenazando al mundo, gritó:

—*In pari causa, melior est conditio possidentis* (2).

Y entró y se cerró por dentro.

Pérez cedió, no a los textos romanos, sino por miedo.

En cuanto al rincón del coronel, se lo disputaban todos los días, apresurándose a ocuparlo el que primero llegaba y protestando el otro con ligeros refunfuños y sentándose muy cerca y a la misma mesa de mármol. Se aborrecían, y por la igualdad de gustos y disgustos, simpatías y antipatías, siempre huían de los mismos sitios y buscaban los mismos sitios.

Una tarde, huyendo de la *Rapsodia húngara*, Pérez se fué al corredor y se sentó en una mecedora, con un lío de periódicos y cartas entre las manos.

Y a poco llegó Álvarez con otro lío semejante, y se sentó, enfrente de Pérez, en otra mecedora. No se saludaron, por supuesto.

Se enfrascaron en la lectura de sendas cartas.

De entre los pliegues de la suya sacó Álvarez una cartulina, que contempló pasmado.

Al mismo tiempo, Pérez contemplaba una tarjeta igual con ojos de terror.

Álvarez levantó la cabeza y se quedó mirando atónito a su enemigo.

El cual también, a poco, alzó los ojos y contempló con la boca abierta al infausto Álvarez.

El cual, con voz temblona, empezando a incorporarse y alargando una mano, llegó a decir:

—Pero... usted, señor mío... ¿es... puede usted ser... el doctor... Gilledo?...

—Y usted... o estoy soñando... o es... parece ser... es... el ilustre Fonseca...

—Fonseca el amigo, el discípulo, el admirador... el apóstol del maestro Gilledo, de su doctrina...

—De nuestra doctrina, porque es de los dos: yo el iniciador, usted el brillante, el sabio, el profundo, el elocuente reformador, propagandista... a quien todo se lo debo.

—¡Y estábamos juntos!...

—¡Y no nos conocíamos!...

—Y a no ser por esta flaqueza... ridícula... que partió de mí, lo confieso, de querer conocernos por estos retratos...

—Justo, a no ser por eso...

Y Fonseca abrió los brazos, y en ellos estrechó a Gilledo, aunque con la medida que conviene a los sabios.

La explicación de lo sucedido es muy sencilla. A los dos se les había ocurrido, como queda dicho, la idea de viajar de incógnito. Desde su casa Fonseca, en Madrid, y desde no sé dónde Gilledo, se hacían enviar la correspondencia al balneario, en paquetes dirigidos a Pérez y Álvarez, respectivamente.

Muchos años hacía que Gilledo y Fonseca eran uña y carne en el terreno de la ciencia. Iniciador Gilledo de ciertas teorías muy complicadas acerca del movimiento de las razas primitivas y otras baratijas prehistóricas, Fonseca había acogido sus hipótesis con entusiasmo, sin envidia; había hecho de ellas aplicaciones muy importantes en lingüística y sociología, en libros más leídos, por su idea el brillo de su vulgarización, ni Fonseca dejaba de reconocer la supremacía del iniciador, del maestro, como llamaba al otro sinceramente. La lucha de la polémica que unidos sostuvieron con

otros sabios, estrechó sus relaciones; si al principio, en su ya jamás interrumpida correspondencia, sólo hablaban de ciencia, el mutuo afecto, y algo también la vanidad mancomunada, les hicieron comunicar más íntimamente, y llegaron a escribirse cartas de hermanos más que de colegas.

Álvarez, o Fonseca, más apasionado, había llegado al extremo de querer conocer la *vera effigies* de su amigo; y quedaron, no sin confesarse por escrito la parte casi ridícula de esta debilidad, quedaron en enviarse mutuamente su retrato con la misma fecha... Y la casualidad, que es indispensable en esta clase de historias, hizo que las tarjetas aquellas, que tal vez evitaron un crimen, llegaron a su destino el mismo día.

Más raro parecerá que ninguno de ellos hubiera escrito al otro lo de la ida a tal balneario, ni el nombre falso que adoptaban... Pero tales noticias se las daban precisamente (¡claro!) en las cartas que con los retratos venían.

Mucho, mucho se estimaban Álvarez y Pérez, a quienes llamaremos así por guardarles el secreto, ya que ellos nada de lo sucedido quisieron que se supiera en la fonda.

Tanto se estimaban, y tan prudentes y verdaderamente sabios eran, que depuestos, como era natural, todas las rencillas y odios que les habían separado mientras no se conocían, no sólo se trataron en adelante con el mayor respeto y mutua consideración, sin disputarse cosa alguna..., sino que, al día siguiente de su gran descubrimiento, coincidieron una vez más en el propósito de dejar cuanto antes las aguas y volverse por donde habían venido. Y, en efecto, aquella misma tarde Gilledo tomó el tren ascendente, hacia el sur, y Fonseca el descendente, hacía el norte.

Y no se volvieron a ver en la vida.

Y cada cual se fué pensando para su colete que había tenido la prudencia de un Marco Aurelio, cortando por lo sano y separándose cuanto antes del otro. Porque ¡oh miseria de las cosas humanas! la pueril, material antipatía que el amigo desconocido le había inspirado... no había llegado a desaparecer después del infructuoso reconocimiento.

El personaje *ideal*, pero de carne y hueso, que ambos se habían forjado cuando se odiaban y despreciaban sin conocerse, era el que subsistía; el amigo real, pero invisible, de la correspondencia y

de la *teoría común*, quedaba desvanecido... Para Fonseca, el Gilledo que *había visto* seguía siendo el aborrecido archivero; y para Gilledo, Fonseca, el odioso boticario.

Y no volvieron a escribirse sino con motivo puramente científico.

Y al cabo de un año, un *Jahrbuch* alemán publicó un artículo de sensación para todos los arqueólogos del mundo.

Se titulaba *Una disidencia*.

Y lo firmaba *Fonseca*. El cual procuraba demostrar que las razas aquellas no se habían movido de occidente a oriente, como él había creído, influido por sabios maestros, sino más bien siguiendo la marcha aparente del sol... de oriente a occidente...

LEOPOLDO ALAS.

Leopoldo Alas, más conocido bajo el seudónimo de *Clarín*, fué un ilustre escritor español del siglo XIX. Nació en Oviedo en 1852, y falleció en 1901. La actividad literaria en la cual ganó mayor renombre fué la crítica. Fué también novelista y cuentista original. Sus novelas son *La regencia* y *Su único hijo*; y son varias sus colecciones de cuentos, muchos de ellos de intención filosófica. Hombre docto, enseñó derecho en la Universidad de Oviedo. — 1. *cabildo catedral*: cuerpo o comunidad de eclesiásticos de una catedral. A él pertenecen los canónigos. — 2. Significa: «en una causa pareja, es mejor condición la del poseedor».

DESDE ALLÁ

Don Javier de Campuzano iba acercándose a la muerte, y la veía llegar sin temor; arrepentido de sus culpas, confiaba en la misericordia de Aquel que murió por tenerla de todos los hombres. Sólo una inquietud le acuciaba, algunas noches de ésas en que el insomnio fatiga a los viejos. Pensaba que, faltando él, entre sus dos hijos y únicos herederos nacerían disensiones, acerbas pugnas y litigios por cuestión de hacienda. Era don Javier muy acaudalado propietario, muy pudiente señor, pero no ignoraba que las batallas más reñidas por dinero las traban siempre los ricos. Ciertos amarguísimos recuerdos de la juventud contribuían a acrecentar sus aprensiones. Acordábase de haber pleiteado largo tiempo con su hermano mayor; pleito intrincado, encarnizado, interminable, que empezó entibiando el cariño fraternal y acabó por convertirlo en odio sangriento. El pecado de desear a su hermano toda especie de males, de haberle in-

juriado y difamado, y hasta — ¡tremenda memoria! — de haberle esperado una noche en las umbrías de un robleal con objeto de retarle a espantosa lucha, era el peso que por muchos años tuvo sobre su conciencia don Javier. Con la intención había sido fratricida, y temblaba al imaginar que sus hijos, a quienes amaba tiernamente, llegasen a detestarse por un puñado de oro. La naturaleza había dado a don Javier elocuente ejemplo y severa lección: sus dos hijos, varón y hembra, eran mellizos; al reunirles desde su origen en un mismo vientre, al enviarles al mundo a la misma hora, Dios les había mandado imperativamente que se amasen; y herida desde su nacimiento la imaginación de don Javier, sólo cavilaba en que dos gotas de sangre de las mismas venas, cuajadas a un tiempo en un seno de mujer, podían, sin embargo, aborrecerse hasta el crimen. Para evitar que celos de la ternura paternal engendrasen el odio, don Javier dió a su hijo la carrera militar y le tuvo casi siempre apartado de sí; sólo cuando conoció que la vejez y los achaques le empujaban a la tumba, llamó a José María y permitió que sus cuidados filiales alternasen con los de María Josefa. A fuerza de reflexiones, el viejo había formado un propósito, y empezó a cumplirlo llamando a su hija, en gran secreto, y diciéndola (1) con solemnidad:

—Hija mía, antes que llegue tu hermano tengo que enterarte de algo que te importa. Óyeme bien, y no olvides ni una sola de mis palabras. No necesito afirmar que te quiero mucho; pero, además, tu sexo debe ser protegido de un modo especial y recibir mayor favor. He pensado en mejorarte, sin que nadie te pueda disputar lo que te regalo. Así que yo cierre los ojos... , así que reces un poco por mí... , te irás al cortijo de Guadeluz, y en la sala baja, donde está aquel arcón muy viejo y muy pesado que dicen es gótico, contarás a tu izquierda, desde la puerta, diez y seis ladrillos — fijate, diez y seis —, una onza de ladrillos, ¿entiendes?, y levantarás el que hace el diez y siete, que tiene como la señal de una cruz, y algunos más alrededor. Bajo los ladrillos verás una piedra y una argolla; la piedra, recibida con argamasa fuerte. Quitarás la argamasa, desquiciará la piedra, y aparecerá un escondrijo, y en él, un millón de reales en peluconas y centenes de oro. ¡Son mis ahorros de muchos años! El millón es tuyo, sólo tuyo; a ti te lo dejo en plena propiedad. Y ahora, chitón, y no volvamos a tratar de este asunto. ¡Cuando yo falte...!

María Josefa sonrió dulcemente, agradeció en palabras muy tiernas, y aseguró que deseaba no tener jamás ocasión de recoger el cuan-

tioso legado. Llegó José María aquella misma noche, y ambos hermanos, relevándose por turno, velaron a don Javier, que decaía a ojos vistas. No tardó en presentarse el último trance, la hora suprema, y en medio de las crispaciones de una agonía dolorosa, notó María Josefa que el moribundo apretaba su mano de un modo significativo, y creyó que los ojos, vidriosos ya, sin luz interior, decían claramente a los suyos? “Acuérdate, diez y seis ladrillos... Un millón de reales en peluconas...”

Los primeros días después del entierro se consagraron, naturalmente, al duelo y a las lágrimas, a los pésames y a las efusiones de tristeza. Los dos hermanos, abatidos y con los párpados rojos, cambiaban pocas palabras, y ninguna que se refiriese a asuntos de interés. Sin embargo, fué preciso abrir el testamento; hubo que conferenciar con escribanos, apoderados y albaceas, y una noche en que José María y María Josefa se encontraban solos en el vasto salón de recibir, y la luz desfallecida del quinqué hacía, al parecer, visibles las tinieblas, la hermana se aproximó al hermano, le tocó en el hombro, y murmuró tímidamente, en voz muy queda:

—José María, he de decirte una cosa..., una cosa rara..., de papá.

—Di, querida... ¿Una cosa rara?

—Sí, verás... No te admires... *Hay* un millón de reales en monedas de oro, escondido en el cortijo de Guadeluz.

—No, tonta — exclamó sobrecogido y con súbita vehemencia José María —. No has entendido bien. ¡Ni poco ni mucho! Donde está oculto ese millón es en la dehesa de la Corchada.

— ¡Por Dios, Joselillo! Pero si papá me lo explicó divinamente, con pelos y señales... Es en la sala baja; hay que contar diez y seis ladrillos a la izquierda, desde la puerta, y al diez y siete está la piedad con argolla, que cubre el tesoro.

— ¡Te aseguro que te equivocas, mujer! Papá me dió tales pormenores, que no cabe dudar. En la dehesa, junto al muro del redil viejo, que ya se abandonó, existe una especie de pilón donde bebía el ganado. Detrás hay una arqueta medio arruinada, y al pie de la arqueta, una losa rota por la esquina. Desencajando esa losa se encuentra un nicho de ladrillo, y en él un millón en peluconas y centenes...

—Hijo del alma, ¡pero si es imposible! Créeme a mí. Cuando papá te llamó estaba ya peor, muy en los últimos; quizás la cabeza

suya no andaba firme, ¡pobrecito! Yo tengo sus palabras aquí, escuchadas...

—María — declaró José cogiendo la mano de la joven, después de meditar un instante —, lo cierto es que hay dos depósitos, y sólo así nos entenderemos. Papá me advirtió que me dejaba ese dinero exclusivamente a mí...

—Y a mí que el de Guadeluz era únicamente mío...

—¡Pobre papá! — murmuró conmovido el oficial —. ¡Qué cosa más extraña! Pues... si te parece, lo que debe hacerse es ir a Guadeluz primero y a la Corchada después. Así saldremos de dudas. ¡Qué gracioso sería que no hubiese sino uno!

—Dices bien — confirmó María Josefa triunfante —. Primeró adonde yo digo, ¡porque verás como allí está el tesoro!

—Y también porque tuviste el acierto de hablar antes, ¿verdad, chiquilla? Has de saber... que yo no te lo decía porque temía afligirte; podías creer que papá te excluía, que me prefería a mí... ¿qué sé yo? Pensaba sacar el depósito y darte la mitad sin decirte la procedencia. Ahora veo que fui un tonto.

—No, no; tenías razón — repuso María confusa y apurada —. Soy una parlanchina, una imprudente. Debió prevenirseme eso... Debí buscar el tesoro y hacer como tú, entregártelo sin decir de dónde venía... ¡Qué falta de pesquis!

—Pues yo deploro que te hayas adelantado — contestó sinceramente José, apretando los finos dedos de su hermana.

De allí a pocos días los mellizos hicieron su excursión a Guadeluz, y encontraron todo puntualmente como lo había anunciado María Josefa. El tesoro se guardaba en un cofrecillo de hierro cerrado; la llave no apareció. Cargaron el cofre, y sin pensar en abrirlo siguieron el viaje a la Corchada, donde al pie de la derruida arqueta hallaron otra caja de hierro también, de igual peso y volumen que la primera. Lleváronse a casa las dos cajas en una sola maleta, encerráronse de noche, y José María, provisto de herramientas de cerrajero, las abrió, o, mejor dicho, forzó y destrozó el cierre. Al saltar las tapas, brillaron las acumuladas monedas, las hermosas onzas y las doblillas, que los dos hermanos, sin contarlas, uniendo ambos raudales, derramaron sobre la mesa, donde se mezclaron como Pactolos que confunden sus aguas maravillosas. De pronto María se estremeció.

—En el fondo de mi caja hay un papel.

—Y otro en la mía — observó el hermano.

—Es letra de papá.

—Letra suya es.

—El tuyo, ¿qué dice?

—Aguarda..., acerca la luz... Dice así: “Hijo mío, si lees esto a solas, te compadezco y te perdono; si lo lees en compañía de tu hermana, salgo del sepulcro para bendecirte...”

—El sentido del mío es idéntico — exclamó, después de un instante, sollozando y riendo a la vez, María Josefa.

Los mellizos soltaron los papeles, y por encima del montón de oro, pisando monedas esparcidas en la alfombra, se tendieron los brazos y estuvieron abrazados buen trecho.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Emilia Pardo Bazán, novelista y autora de celebradas obras de crítica e historia, fué una de las mujeres que más ilustraron la literatura española en el siglo XIX y a comienzos del presente. Nació en La Coruña en 1852 y falleció en 1921. Sus narraciones más leídas son *Los Pazos de Ulloa*, *La madre naturaleza*, *Un viaje de novios*, *Morriña*, *Historias y cuentos regionales*, etc.—1. *diciéndola*: nótese el *la* usado como dativo, del cual se trata en la lección 37.

RECUERDOS DE NIÑEZ

El colegio a que me llevaron no bien había dejado las sayas, era uno de los más famosos de la villa. Era colegio y no escuela —no vale confundirlos— porque las escuelas eran las de *de balde*, las de la villa, por ejemplo, a donde concurrían los chicos de la calle, los que se escapaban a nadar en los Caños, los que nos motejaban de *farolines* y llamaban padre y madre a los suyos, y no como nosotros papá y mamá (1).

Fué mi primer maestro, mi maestro de primeras letras, un viejecillo que olía a incienso y alcanfor, cubierto con gorrilla de borla que le colgaba a un lado de la cabeza, narigudo, con largo levitón de grandes bolsillos—el tamaño de los bolsillos de autoridad—algodón en los oídos, y armado de una larga caña que le valió el sobrenombre de *el pavero*. Los pavos éramos nosotros, naturalmente; y tan pavos!...

Repartía cañazos, en sus momentos de justicia, que era una bendición. En un rinconcito de un cuarto oscuro, donde no les diera la luz, tenía la gran colección de cañas, bien secas, curadas y mondas. Cuando se atufaba, cerraba los ojos para ser más justiciero, y cañazo por acá, cañazo por allá, a frente, a diestro y a siniestro, al que la cogía y luego la paz con todos. Y era ello una verdadera fiesta, porque entonces nos apresurábamos todos a refugiarnos del cañazo metiéndonos debajo de los bancos.

Esto era para el juicio general o colectivo; mas para el juicio individual, para las grandes faltas y para los grandulones, tenía guardado un junquillo de Indias, no hueco como la caña, sino bien macizo y que se cimbrea de lo lindo cuando sacudía el polvo a un delincuente.

¡Qué cosa más augusta era un castigo público! Nunca me olvidaré del que sufrió Ene.

Ello fué que una mañana llegó acongojada su madre diciéndole al maestro que el chico era de la mismísima piel del diablo, incorregible, completamente incorregible; que todo se le volvía hacer rabetas, tomar corajinas y pegar a la criada; que ella, su madre, estaba harta de mandarle a la cama sin cenar; que no cedía ni por ésas, y finalmente, que la noche anterior le había tirado a ella, a su madre, un plato. Y aunque de esto otro que voy a decir no me acuerdo, supongo que añadiría que con el padre no había que contar, pues con eso de tener que ir a su oficina se sacudía del cuidado de corregir al chico, y luego era un padrazo y lo encontraba todo bien y más de una vez había dado la razón al muchacho. Esto no lo recuerdo, repito, sino que lo añadido; pero a todo historiador debe serle permitido colmar las lagunas de la tradición histórica con suposiciones legítimas, fundadas en las leyes de la verosimilitud.

Y la madre acabaría con unas palabras por el estilo de éstas: "Yo no sé, no sé a dónde va a ir a parar, pero de seguro no a buen sitio... este chico, si no se corrige, acabará en presidio". Esto dicho delante del chico y para que éste lo oyera. Y el chico en tanto mirando al suelo y con las manos en los bolsillos para tenerlas más calientes y más seguras.

El maestro se encargó del escarmiento.

Me acuerdo de esto como si fuese de cosa de ayer mañana. Se dió fin a las tareas un poco antes, se rezó el rosario a carga cerrada, porque todos barruntábamos desusada solemnidad, y muy pronto

nos hallamos en la clase de los chiquitos y sentados en largos bancos. El maestro se sentó bajo las bolas ensartadas en varillas de alambre que sirven para aprender a contar. No se oía una mosca. Cuando llamó el maestro al delincuente, teníamos todos el alma colgando de un hilo. Ene se adelantó hosco, pero sin derramar una lágrima, atravesando el flecheo de las miradas todas. El maestro nos le mostró y pronunció más que dijo, unas palabras que nos llegaron al corazón, porque en estos momentos solemnes en la vida de los hombres y de los pueblos, las palabras se pronuncian, no se dicen. Ahí era nada ¡faltar así a su madre! ¡y a su propia madre! ¡tirarle un plato! Algunos lloraban con un nudo a la garganta; a otros el nudo les impedía llorar. Enseguida le hizo inclinarse y reclinar la cabeza en su regazo, el del maestro; mandó traer una alpargata y nos ordenó que uno por uno fuéramos desfilando y dándole un alpargatazo en el trasero. Y fuimos desfilando los verdugos y cumpliendo el mandato. Algunos ¡oh ligereza! se reían, pero los más graves como reclutas que se ven obligados a fusilar a un compañero. Era al fin, un semejante y todos sentíamos que aunque se debe odiar el pecado, el pecador no merece sino compasión. Hubo amigo del condenado que, pretextando una necesidad urgente e ineludible, huyó a refugiarse, como en un asilo, en el escusado, por no llenar la cruel consigna, y hubo también un tal Ese que le dió el alpargatazo con toda su alma y cerrando bien la boca al dárselo. Y esto nos indignó, porque era una venganza, una cochina venganza, y es infame convertir en venganza el castigo. El supliciado se diría, de seguro, viéndole por entre las piernas: ¡ya caerás! Y así fué, que bien lo pagó más tarde, pues no hay plazo que no llegue ni deuda que no se cumpla. Cuando el castigado levantó la cara, colorada de haber estado donde estuvo, exclamó el maestro compungido: ¿veis? ¡ni una lágrima! ¡ni una señal de pesar! este chico es de estuco. Y Ene se fué como había venido, con los ojos secos.

Decididamente, los castigos ejemplares son los que menos sirven de ejemplo por lo que tienen de teatro.

El colegio estaba en un antiguo caserón, hoy derruido para edificar una nueva casa sobre su solar, al concluir una vieja escalera de tramos desgastados y carcomidos y de anchas barandas lustrosas y renegridas por el roce de las manos y de las piernas. Porque era una delicia bajar la escalera, no a pie y escalón tras

escalón, sino montado en la baranda, dejándose deslizar, sin pisar los escalones.

Era el tal colegio una gran bohardilla, con salidas a los tejados y una ancha estancia atravesada, a modo de columna cuadrada, por una chimenea. Había una campanilla de cordel para que llamaran los sirvientes y criados al ir a buscarnos y para que arrancáramos o cortáramos el cordel de vez en cuando.

Aprendíamos allí muchas cosas, pero muchas... Entre ellas urbanidad. Al entrar, lo primero era detenerse en la puerta y agarrando a sus dos bordes con sendas manos, soltar el saludo: "buenos días tenga usted, ¿cómo está usted?", esto canturreándolo, acentuando mucho y alargando la última é, y allí, quieto, hasta recibir el cambio, el "bien ¿y usted? a lo cual se decía: "¡bien, para servir a usted!" y se podía ya pasar. Este saludo tradicional evolucionó poco a poco, como todo lo litúrgico y lo no litúrgico, hasta convertirse en un rápido y enérgico silabeo que sonaba algo así como: tas tas tas tas tausté!

Había días de visita, en los cuales salía el pasante y nos quedábamos esperándole. Tomaba fuera un sombrero, volvía, llamaba a la puerta, iba el maestro a abrirle, y apenas entraba, convertido en visita, con su correspondiente sombrero en la mano, nos poníamos todos de pie y a una voz le espetábamos el saludo. Con una seña de la mano nos invitaba a que nos sentáramos y seguía la visita con una gravedad admirable.

¿Y cuando la visita era de verdad?... ¿cuando venía alguien de veras a visitar la escuela? Entonces el maestro exhibía como a un bicho raro, a Vicente, uno de sus favoritos, que comía acíbar, extraño fenómeno, caso admirable. Y no era la única particularidad del tal Vicente, sino que, además, se le había dislocado el brazo por el hombro tres o cuatro veces, y él como si tal cosa. No sé qué relación guardaría lo de gustarle el acíbar con lo de tener tan dislocable el hombro, pero alguna debería ser.

Cuando concluía la clase se ahogaba el orden impuesto en una vocinglería fresca que resonaba vibrante por entre el polvo de la bohardilla. Las voces recobraban libertad. Levantábase una nube de polvo, gritábamos hasta desgañitarnos, tomábamos por asalto al pobre viejecillo, desarmado ya de su caña; algún pequeñuelo trepaba a él, le buscaba granos de alcanfor o *paciencias* en los bolsillos, guarecíanse otros bajo los amplios faldones de su enorme levitón

mientras cantaban: “Don Higinio... patrocinio... de las almas... que se acogen... a vuestro paternal amor!” Quedaba el pobre viejecillo convertido en un racimo de chicuelos frescos y vivos, oreándose con el aliento de la niñez. Él me enseñó los puntos cardinales y a orientarme por el mundo, cuando nos preguntaba: “¿por dónde sale el sol?”, y nosotros “¡por allá!”; y luego, poniendo aquel punto a nuestra derecha y poniéndonos cara al norte, exclamábamos, señalándolos con el brazo: “¡norte!, ¡sur!, ¡este!, ¡oeste!”. Él me enseñó las primeras lágrimas del arte; bajo su mano rompió mi mano a trazar aquellos palotes de que vienen estas letras; en aquel colegio me abrí a la vida social.

Viejo, chocho ya, vivía en la aldea de su última mujer — él había venido de una provincia lejana —, un antiguo discípulo suyo le visitó poco antes de él morirle, le vió él, el viejecillo, le reconoció ¡entre tantos como habíamos pasado bajo su caña!, le puso la mano sobre la cabeza al modo de los antiguos patriarcas bíblicos y tal vez recordando algún grabado de libros de lectura, le dió luego un beso, buscó en el bolsillo una paciencia y lloró el pobre recordando aquel polvoriento bohardillón, resonante con la bullanga infantil, donde tantas veces había aligerado el peso de sus años el de los chicuelos colgados de sus rodillas, cobijados bajo su levita. Medio Bilbao de entonces pasó en su niñez bajo la caña de don Higinio, y Dios no dió a éste hijos de ninguna de sus mujeres. ¡Bendita sea su memoria!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Miguel de Unamuno ha sido uno de los más famosos pensadores y escritores españoles del primer tercio de este siglo. Nació en Bilbao en 1864, y falleció en Salamanca en 1937. Fué un escritor marcadamente original, ensayista, novelista y poeta, prestigioso en toda Europa sobre todo por sus ensayos filosóficos y religiosos. Enseñó griego en la Universidad de Salamanca, de la cual fué largos años rector. Lo anterior es un capítulo de su ameno libro *Recuerdos de niñez y mocedad*. — 1. *Papá y mamá* eran entonces considerados galicismos, afectación de gente que se la daba de fina. Hoy día son corrientes aun entre el pueblo.

LA PERICANA

¡La siesta! Era el terror de nuestras familias. Nos encerraban y saltábamos por la ventana o forzábamos la puerta. Nos reprendía la palabra cariñosa de la madre o la severa y breve amonestación del padre, nos vigilaban, nos suplicaban... ¡Inútil! Cuando el pueblo entero se adormecía postrado por el vaho quemante de la siesta; cuando entre el ramaje de los árboles salía el ríspido cantar de las chicharras, único ruido que turbaba la calma desfallecida de la tarde; cuando las víboras y los lagartos abandonaban sus madrigueras para ir a regodearse sobre el reseco polvo de los caminos, nosotros, burlando prohibiciones y cárceles, ganábamos los viñedos reverberantes del sol.

Un cañaveral divisorio de las quintas adyacentes servíanos de punto de reunión. E íbamos llegando por turno: la Tijereta, chiquilla de doce años, hija del próximo chacarero, montaraz criatura, crecida como animal silvestre entre los yuyos, capitana de la banda y baqueana incomparable de cuanto intrincado vericuetto escondían los carrizales y las marañas de las cercanías; Felipe, avisgado galopín, lector de *Robinson* y las *Mil y Una Noches*, cuyos cuentos nos relataba; Enrique, Alberto, Eduardo... hasta media docena de forajidos de dos lustros más o menos de edad; que, durante nuestras vandálicas correrías, solíamos entretenernos en devastar los circunvecinos fundos.

La Tijereta nos dominaba. Era ella quien nos obligaba a ser puntuales a la diaria cita. Aquella selvática muchachuela ejercía sobre nosotros esa especie de fascinación con que arrastran a sus tropas los grandes capitanes. La admirábamos y la temíamos. Nadie como ella trepaba a un árbol, escalaba una barranca o acertaba una pedrada a treinta metros de distancia. Nadie tampoco sabía castigarnos con más eficacia. Ni las súplicas de nuestras madres, ni las reprimendas de nuestros padres, ni los encierros, ni las amenazas, ni los pescozones, alcanzaban el terrible efecto punitivo de esta sola palabra con la cual la Tijereta fulminaba al desertor de un día cuando se reincorporaba a la caterva:

—¡Mariquita!

Desde que uno de nosotros había merecido el formidable calificativo, quedaba estigmatizado por una semana. No se le hablaba, no se le señalaba puesto en los asaltos a chacras y perales, no se le participaba del botín. Si llegaba a clavarse una espina o a herirse entre las zarzas, la Tijereta lo abandonaba a su suerte, sin ir, como otras veces, a curarlo. Si se extraviaba, debía buscar por sí mismo el buen camino; si el cansancio lo rendía, nadie lo auxiliaba.

—¡Mariquita! Palabra de honor, era espantoso...

Sólo una acción heroica inmediata podía rehabilitar al penado. Para congraciarse con nuestra tirana implacable tuve yo cierta vez que abatir de un hondazo el pavo real de una vecina. ¡Y cómo rió la Tijereta! Premió mi hazaña con un puñado de ciruelas exquisitas que ella en persona se encaramó a tomar del árbol.

¡Oh, nuestras infantiles excursiones a través de los vastos viñedos sanjuaninos! Bajo un sol llameante, que enardecía la atmósfera y achicharraba la tierra, saltando tapias, transmontando cercos, la Tijereta guiaba por senderos misteriosos su escuadrón de pilluelos. Y eran aquéllos largos vagabundajes entre cepas y pastizales a caza de pájaros y nidos; eran rudas tareas para construir con cañas y malezas, en cualquier perdido rincón de la ancha viña, un rancho liliputiense donde descansaríamos por grupos, confortándonos con uvas de la cercana planta y sandías de la quinta próxima; eran horas de charlas y de ensueños, cuando Felipe nos contaba la historia de Robinson o Ali Babá, que nosotros escuchábamos boquiabiertos, mientras la Tijereta atendía gravemente aquellos inauditos relatos, incomprensibles para su obscura inteligencia de pequeña salvaje.

Luego, al caer la tarde, destrozados los trajes, el rostro encendido, llenas de arañazos las manos, extenuados, temiendo la represión segura, regresábamos a nuestras casas. La Tijereta marchaba al frente del pelotón, siempre la primera para vadear el arroyo y transponer las vallas, la primera siempre en despejar la ruta y orientar el rumbo. En el cañaveral de donde partiéramos, nuestra capitana nos despedía brevemente:

—Hasta mañana... Ah, y no falten, eh?

¿Faltar? La tremenda palabra cruzaba por nuestra memoria: ¡Mariquita!

No; con seguridad, no faltaríamos...

Escuchábamos a Felipe aquella siesta. A la sombra de una bóveda de pámpanos frondosos agobiados de racimos, recostados sobre el pasto húmedo y mullido, oíamos el cuento de Felipe. Era una historia aterradora... Figuraban en ella ogros y gigantes, genios y dragones. Por eso la atendíamos absortos, mientras el sol rutilaba sobre la verdegueante viña. Allí cerca, un pajarillo piaba tenaz y chillón en una cepa.

—...“Y entonces el monstruo —decía Felipe— penetró hasta el castillo donde estaban los dos principitos, para devorárselos...”

Alberto interrumpió. Él había oído a su mamá que un ser prodigioso, asesino y ladrón de niños, la Pericana, moraba en los viñedos y andaba ahora rondando la comarca. Hubo una pausa. Nos miramos sobresaltados... En la vecina cepa, el pajarillo seguía piando burlón y provocativo. Era aquel ruido el único que interrumpía la pesada calma circundante. Felipe prosiguió:

—...“Los principitos se hallaban solos cuando se les apareció el horrible monstruo con cuerpo de gigante, cara de león y largos dientes que relucían en su inmensa boca abierta. Echaba fuego por los ojos, empuñaba en la diestra un gran cuchillo...”

El orador nos fascinaba. Latían con violencia nuestros corazones y comenzábamos a sentir miedo. De pronto, ordenó la Tijereta...

—Alberto, andá, espantá ese pájaro... (1).

El aludido avanzó hasta la puerta de la rústica glorieta. Pero no alcanzó a salir. Lívido, tembloroso, castañeteándole los dientes se volvió y señalando hacia afuera prorrumpió en angustiosos alaridos:

—¡La Pericana! ¡La Pericana!

Allá, como a cincuenta pasos de distancia, vimos, ¡sí, vimos!, entre las verdes parras, una silueta negra, altísima, de rostro ensangrentado, roja barba y saltados ojazos amarillos. Avanzaba despacio, despacio, muequeando espantosamente...

Fué un desbande, una derrota, una fuga de pánico y demencia. Arrastrándonos para escapar de entre los enredados sarmientos, atropellándonos, arañándonos, enceguecidos, desesperados, nos lanzamos fuera y echamos a correr. No supe hasta después qué se hicieron mis compañeros. Yo corrí... corrí... Las espinas desgarraban mis ropas, los cactus se clavaban en mis pies. Yo corría... corría... Me llevaba por delante bosques de matas bravas erizadas de púas, penetraba como una bala de cañón en los compactos cañaverales,

saltaba de un solo impulso los arroyos, escalaba tapias, horadaba cercos... Y por último, jadeante, enloquecido, dando gritos de angustia y de socorro, fui a caer medio muerto entre los brazos cariñosos de mi madre...

Estuve enfermo en cama. Una intensa fiebre se apoderó de mí. Durante mis delirios veía docenas de enlutadas pericanas que daban furiosas rondas en torno de mi lecho y oía sin cesar el pío pío irónico de un invisible pajarillo.

Cuando hube sanado, busqué a la Tijereta.

—¿Sabés? (2) — me dijo. Era el peón encargado de cuidar la viña... Caminaba con zancos, se había envuelto en una capa y llevaba puesta una careta de carnaval.

—¡Cómo!... Pero, ¿y la Pericana? — pregunté.

—¡La Pericana!... ¡Salí diai! (3)... ¡Mariquita!...

Casi volví a enfermarme de vergüenza.

JUAN PABLO ECHAGÜE.

Escritor argentino contemporáneo, nacido en San Juan, conocido también bajo el seudónimo de *Jean Paul*, autor de muchos libros de crítica de teatro y literaria, de ensayos y narraciones. La presente pertenece a su libro *Tres estampas de mi tierra*. — (1) *Andá, espantá*: vulgarismos argentinos por *anda, espanta* (derivados de la segunda persona del plural, *andad, espantad*). (2) *Sabés*: vulgarismo por *sabes* (derivado de la forma *sabéis*). (3) *Salí diai*: vulgarismo por *sal de ahí*.

ESCENA DE ARREO

Por la carretera blanda y polvorosa que va de la estación Casablanca — límite de Córdoba y Santa Fe — a Colonia Vila, no lejos de Rafaela, marcha una tropa de novillos de buena casta y de buena laya. O, mejor dicho, toros, como lo expresan los reseros que conducen el contingente. Son animales en sazón, en plenitud. Se les encamina al mercado. Y ya tienen por delante más o menos veinte leguas que andar.

A ambos lados del camino se extiende la llanura santafecina, ligeramente ondulada. Las hondonadas y bordes no se aguzan en cuchillas, en las famosas "cuchillas" entrerrianas, sobre cuyas páginas oblicuas la caballería de Pancho Ramírez escribió con sus lanzas y

al ritmo de briosas cargas la gesta más admirable de nuestros tiempos preorgánicos. Sin embargo, por esta tierra, blanda y propicia como un regazo, se pasearon a galope tendido las huestes de Estanislao López.

Mansos, anchos, pardos son estos campos de Santa Fe, parcelados y alambrados en gran parte. Sobre el fondo moreno de la tierra ondean de trecho en trecho las áureas banderas de los trigos, y de trecho en trecho las verdes de la alfalfa y del heno. Por acá y por allá los sotos de paraísos, los álamos, los pinares. Y de distancia en distancia, firmes en su puesto, los molinos de viento, que parecen vigías custodiando el tesoro de las parvas.

La carretera se alarga y se hunde en la vastedad y profundidad de estos campos. Algunas matas de pasto duro y de hierba silvestre bordean el camino por donde marchan los vacunos. Pero los animales tienen hambre de pasto verde, de pienso fresco arrancado por ellos mismos en la amelga, en la dehesa, en el praderío: porque han venido encerrados y apretados en vagones desde Santiago del Estero, sin otro alimento que una dura gavilla de pasto seco. Mas la alfalfa y el heno están lejos de la carretera, cuando no resguardados por alambres de púa. Y los reseros no permiten ninguna desviación de la hacienda más allá de lo prudente.

El que marcha adelante en la yegua madrina, mozo de cortos años, pero de cuantiosa alegría en el corazón, se viene cantando una vidala, un aire de la selva, tan aborigen como su misma raza. La tonada y los sonidos del esquilón forman un acordado concierto. Y los toros, con la ilusión de que vuelven a la querencia, a los pagos de Santiago, caminan jubilosos, siguiendo las coplas, los desmayos y remontes de la vidala. Digamos el nombre del cantor: Serafin Ibarra se llama.

Por los costados del arreo marchan en caballos redomones, listos para un galope a fondo, por si fuera necesario volver animales descarriados, Jacinto Argüello, cordobés, y Atanasio Lucero, puntano. Y cambian palabras de circunstancias, que resbalan a través, sobre el lomo de los toros:

—Lindaza la hacienda, compañero. Parecen animales criados en Córdoba. Puede que en los campos de Achira, puede que en Río de los Sauces...

—Puede — le responde escuetamente Lucero.

—¡Hay que ver cómo se mestiza en mi tierra! — exclama Jacinto

Argüello —. La sangre del otro *lao* de los mares va echando *ajuera* a la criolla, a la guasa...

—Puede que así sea...

—Para mí que con el tiempo estaremos al tope de Buenos Aires.

—Lo mismo que en San Luis... Y perdone la *comparanza*.

—¿Es posible? — se admira Jacinto Argüello.

—¡De juro! Sobre todo en los campos del Sur.

Los reseros que marchan a la retaguardia azuzando al ganado son gente de Cuyo. Y vienen profiriendo ululantes gritos de arreo: “¡Eo, eo, aj!”, tan propios de la montaña, gritos que alternan con el “¡huella, huella!” de las anchas llanuras.

—¡Qué falta hacen los guardamontes! — le dice Tristán Moyano, mendocino, a su compañero Pedro Albarracín, oriundo de Jachal.

—¿Sabe que no me doy cuenta? En campos abiertos, sin breñas ni garabatos, ¿*pa* qué los guardamontes?

—*Pa* acompañar los gritos y palabras con golpes de azoterías. Así la hacienda camina más derecho y más sumisa.

—Tiene razón, amigo Moyano. Perdone el olvido. También va *pa* diez años que me ausenté de mis pagos sanjuaninos.

—Y yo no le digo nada: también por ahí anda la cuenta. Pero ya hemos de volver...

Esta palabra “volver” les ha despertado las más dulces añoranzas, y se callan, como quienes paladean en silencio el vino agrídulce de los recuerdos. Al cabo de un rato Albarracín dice:

—Vaya calculando el costo de cada toro.

—Entre setenta y ochenta pesos; tal vez más...

—Soy del mismo parecer. Y como quien dice, treinta mil pesos, más o menos, que marchan bajo nuestra custodia y honradez — afirma el sanjuanino.

—Eso mismo: honradez, la honradez de cuanta. (1) Por eso los dueños de hacienda, *pa* estar más seguros, casi siempre se fían de arrieros criollos.

—Y todo anda bien cuando uno es baquiano en el campo que va cruzando — razona Pedro Albarracín —. Ni más ni menos.

De pronto se callan, cual si un presentimiento hubiera pasado por sus mentes y sellado sus labios. Entonces desde lejos les llega la voz de los dos compañeros que costean el arreo y que gritan por turno el “Eo, eo, aj!” de las sierras y el “¡Huella, huella!” de las pampas.

Como los novillos, cada vez más faltos de individualidad, se en-

cajonan en la carretera con una mansedumbre de niños dóciles, los reseros llegan a despreocuparse de ellos y conversan.

—Una cosa es arrear en campo abierto y otra cosa en serranía — dice Pedro Albarracín.

—No hay comparación — corrobora Tristán Moyano.

—¿Ha *llevao* usted alguna vez hacienda a través de la Cordillera?

—Algunas veces.

—¿Con buena o mala suerte?

—De todo un poco, amigo Albarracín. Hasta que el tren, a grito *pelao*, nos dijo a los arrieros de ley que nos *vamos* con la música a otra parte.

—A mí no me echó el tren, sino la mala suerte. Nunca le había tenido miedo a la Cordillera, hasta que se me helaron doscientos toros bien invernados que conducía *pa* Chile. Después no quise saber nada más de la sierra y me ausenté de mis pagos, *rumbiando p'abajo*.

—¿Sabe, amigo Albarracín, que se están pareciendo mucho nuestras vidas?

—Está bueno... Como le decía, una cosa es el cerro y otra cosa muy distinta la tierra baja. Aquí, amigo Moyano, en las llanuras no hay nieve que cae y cae con paciencia de *enamorado*... Ni cóndores, ni águilas, ni pumas que le quitan reses, ni vientos que lo agarren a uno a traición al dar vuelta a un cerro, ni cardones, ni chaguares (2), ni caminos que van orillando precipicios, ni "lienzos" de hielo que desde arriba se abalanzan sobre los viajeros y los tapan de muerte.

—Creo lo mismo — corrobora Moyano —. En estos campos lo único que puede ocurrirle a un arriero, o mejor dicho, a un resero, como aquí se dice, es que la hacienda se le bote al monte, fuera del camino. Hasta que topa con un alambrado y sanseacabó. La hacienda se vuelve o hay que volverla.

—¿Nada más que eso?

—¡Ah! Me olvidaba una cosa. Diz que en las llanuras hay ciertas hierbas venenosas que matan a traición.

—También oí lo mismo — confirma Albarracín.

Diálogos de esta razón se entablan entre los arrieros. Son gente del oficio, aunque algunos más avezados que los otros. Arrieros... Para el caso ésta es la palabra, y no reseros, pues aquélla tiene más amplitud y más sentido histórico, bien que los arrieros que en un tiempo iban y venían a través de los Andes, llevando grandes caudales, pueden conducir hacienda de mercado, recuas de mulas, lotes.

de yeguarizos, cargamentos, y hasta servir de baquianos y amables escuderos.

¿De cómo se han juntado en la estación Casablanca para aquel arreo? Los detalles no interesan. Lo cierto es que, hombres nómades, desprendidos de las peonadas que van y vienen de una provincia a otra provincia, se han reunido formando un haz de sus vidas y destinos para marchar tras de las haciendas y recuas. Hasta que un día, fatalmente, han de desaparecer, cuando se tiendan los rieles que faltan y se multipliquen los camiones a nafta, y no haya ocasión de arrear a través de los campos, porque a la bajada del tren ya estarán el matadero y el frigorífico en vigilante espera.

A todo esto los novillos prosiguen la marcha. El sol de media tarde aprieta. La sed empieza a secarles la garganta y el hambre a morderles las entrañas, pero es un hambre de pasto tierno, de cogollos de alfalfa y de heno, que ellos desearían arrancar a blancas y anchas dentelladas. Mas como esto les está vedado, no tienen otro remedio que conformarse con las matas de una hierba silvestre que encuentran ahí cerca, a tiro de pescuezo. Tiene un sabor extraño esta hierba, y un dejo que no sólo place al paladar, sino que hasta les produce un estado de ensueño, de halagüeño sopor. Y la hierba engañadora, especie de nepento, les aplaca momentáneamente la sed y el hambre.

Transcurren las horas. Va a entrarse el sol tras de una alameda lejana. Y las matas de romerillo que la hacienda ha devorado con deleite, empiezan a hacer su efecto. Los pobres novillos santiagueños sienten que alguien les traba los remos y algo como una mole les pesa sobre el testuz. La marcha se hace ahora cansina, atáxica. Antes que una tropa joven, parecen bueyes cansados de arar. Quieren apoyarse los unos en los otros, y empiezan a distanciarse de grupo en grupo. No saben dónde pisan. No oyen. No ven. Y lo que antes fuera una briosa hacienda, se transforma en una larga caravana suplicante. Agachan entonces las cabezas hasta dejarlas colgando, y así prosiguen la marcha, pero ya sin aplomo ni fuerza, sin voluntad, tambaleándose.

—¿Qué pasa, que la hacienda se va quedando? — se pregunta Serafín Ibarra, que marcha adelante, sobre la yegua madrina.

Y al darse vuelta advierte que muchos toros, con las rodillas en tierra, puján por sostenerse y no caer. Pero en vano: uno tras otro se desploman silenciosamente, sin alientos para bramar, sin coraje para luchar contra ese enemigo invisible e inasible que les ha ganado las entrañas y los va matando con sus armas de sueño y maleficio.

Un silencio de tumba y una quietud de tragedia han caído sobre el campo. Un silencio turbado por el “¡Eo, eo, aj!” y el “¡Huella, huella!” de Jacinto Argüello, Anastasio Lucero, Tristán Moyano y Pedro Albarracín, que en vano azuzan a las bestias semidormidas ya en el sopor de una agonía seráfica e inconsciente.

—¡Esto es el acabóse! — le grita el puntano al cordobés —. Todos se van muriendo.

Y los dos, espoleando sus caballos, vuelven grupas y se reúnen a los cuyanos que vienen a retaguardia.

—¡Pior que gualicho! — sentencia Jacinto Argüello. —. La hacienda, según mi parecer, se vino comiendo matas de “romerillo”, y esto no tiene remedio. No salvará ni uno siquiera...

—¿Romerillo? — dicen en un grito los otros arrieros.

—Eso mismo, la hierba que mata al animal forastero.

Los cinco arrieros, que han alineado sus cabalgaduras y se empujan sobre los estribos, tienden la mirada en torno y la elevan al cielo en muda súplica. Pero nadie acude en auxilio de los pobres novillos, que hace rato yacen dispersos en el campo.

—¡Pobrecitos! — estalla Serafín Ibarra —. Y pensar que esta hacienda tan linda era de mis pagos...

Ahora los reseros ya no hablan. La emoción les sube a los ojos. No saben si proseguir la marcha a Colonia Vila o regresar a Casablanca. No saben si apearse o aplicar las espuelas a los ijares de los caballos y hundirse a todo galope en los vastos campos que ya se recogen a dormir bajo la penumbra de la tarde. Entonces Pedro Albarracín, temeroso de que la emoción y el silencio de la muerte los petrifiquen, acierta a decir:

—Es cosa de no creer. Aquí, en los campos de abajo, los toros se acuestan para morir; en cambio, en la Cordillera mueren de pie. Allá la nieve va cayendo, cayendo, sobre la hacienda en marcha. Hasta que la tapa, y ahí mismo los animales se quedan *finaos*. Después sólo se ven los bultos blancos, de uno en fondo, a lo largo de la quebrada: ni más ni menos que si fueran ánimas en pena.

Pronto las sombras rojizas del crepúsculo caerán sobre el campo del drama. Y Pedro Albarracín, que en la emergencia parece ser el de mejor discurso, hace una seña y un gesto a sus compañeros y toma la delantera. Y esta seña y este gesto dicen que es necesario llevar cuanto antes la noticia al dueño de la hacienda.

A galope tendido los cinco arrieros se alejan ahora rumbo a Colo-

nia Vila, y en una tregua en que acortan las riendas para no cansar los caballos, Albarracín razona:

—A lo mejor *tuavía* hay tiempo en salvarles el cuero...

—¡Quién sabe, amigo! — cavila Tristán Moyano.

Y siguen. Ya el galope se oye distante. Apenas es un rumor. Sobre el campo de la tragedia sólo reina la noche y lloran las estrellas.

CÉSAR CARRIZO.

Escritor, periodista y profesor argentino nacido en La Rioja. Ha cultivado con preferencia la novela, el cuento y el ensayo. Entre sus libros, *El domador*, *Caminos argentinos*, *Imágenes del país* y otros, muestran en él un agudo observador de nuestra vida rural, que ha evocado y animado en coloridas páginas. Esta escena de arreo es una de las muchas crónicas que ha publicado en *La Nación* sobre panoramas, problemas y caracteres argentinos. — 1. *la honradez de cuanta*: equivale a «la honradez de otro tiempo». Es expresión popular en la región andina y nortea. — 2. *chaguar*: especie de ágave o pita de algunas regiones de América.





ÍNDICE

Página

A los señores profesores I

NOTICIAS PRELIMINARES

La lengua castellana 1

LECTURAS: El imperio verbal de Castilla (*Francisco Grandmontagne*). La lengua española (*Amado Alonso*).

SINTAXIS Y MORFOLOGÍA

CAPÍTULO PRIMERO. *Clasificación y enlace de las oraciones*: Clasificación de las oraciones simples. Las oraciones interrogativas. Interrogación directa e indirecta. La interrogación retórica. Coordinación y subordinación de las oraciones. Clases de coordinación. Coordinación copulativa. Coordinación disyuntiva. Coordinación adversativa. Coordinación consecutiva y causal. Coordinación y subordinación causales. ¿Cómo distinguir la coordinación causal de la subordinación? 9

LECTURAS: Triolet (*Álvaro Melián Lafinur*). Fragmentos: Discurso sobre la Biblia (*Juan Donoso Cortés*). La vida es sueño (*Calderón*). La victoria de Junín. (*José Joaquín Olmedo*). — *No me mueve, mi Dios, para quererte...*

CAPÍTULO SEGUNDO. *La subordinación de las oraciones*:
 Clasificación de las oraciones subordinadas. Oraciones subordinadas a otra. Oraciones sustantivas que hacen oficio de sujeto. Oraciones subordinadas a un elemento oracional: oraciones especificativas o determinativas; oraciones explicativas o incidentales. ¿Qué diferencia hay entre las especificativas y las explicativas? Oraciones finales y causales ... 28.

LECTURAS: *Moriana cautiva* (Anónimo). José Manuel Estrada (*Martín García Mérou*).

CAPÍTULO TERCERO. *Subordinación de las oraciones* (Continuación): Las subordinadas de lugar. Oraciones temporales: uso y significación de los relativos temporales; relación temporal entre la subordinante y la subordinada. Oraciones subordinadas modales. Oraciones subordinadas comparativas. Oraciones subordinadas consecutivas 41

LECTURAS: *Reíd mucho, hermanitas* (Evaristo Carriego). *Caminos a los paredones* (Alfonsina Storni). *De cómo conocí al general Mitre* (Enrique Larreta).

CAPÍTULO CUARTO. *Subordinación de las oraciones* (Continuación): Oraciones condicionales. Correspondencia de los tiempos verbales entre la subordinante y la subordinada. Oraciones concesivas 56

LECTURAS: *Si* (Rudyard Kipling). *Soneto* (Sor Juana Inés de la Cruz).

CAPÍTULO QUINTO. *Sintaxis del sustantivo y del adjetivo*:
 Sintaxis del sustantivo: el sustantivo sujeto, predica-

do nominal, complemento del verbo, complemento determinativo, complemento explicativo, y vocativo. Modos adverbiales con las preposiciones *a* y *de*. Sintaxis del adjetivo: complementos del adjetivo; lista de adjetivos que se construyen con preposición. Colocación del adjetivo. Epíteto. Apócope del adjetivo 66

LECTURAS: Amira (*Carlos Guido Spano*). El buque en la botella (*Héctor Pedro Blomberg*). Fragmentos de *Núñez de Arce*, *Rodrigo Caro*, *Pío Baroja*, *Azorín* y *José Ortega y Gasset*.

CAPÍTULO SEXTO. *Oraciones impersonales*: Sin sujeto y de sujeto interminado. *Oraciones pasivas*: La llamada pasiva refleja. La forma refleja con valor impersonal. Algunos giros anómalos (*se admira a los héroes*, *se azotó a los delincuentes*). Conversión de oraciones activas en pasivas, y viceversa 88

LECTURAS: Verdes jardinillos (*Antonio Machado*). Cuadernos de infancia (*Norah Lange*).

CAPÍTULO SÉPTIMO. *El Verbo*: Uso metafórico de los tiempos verbales: presente histórico; presente por futuro; futuro de probabilidad. Construcciones con gerundio. Usos incorrectos del gerundio. Construcciones con participio. Conjugación de verbos irregulares: *Andar*. *Dar*. *Estar*. *Caber*. *Hacer*. *Satisfacer*. *Placer*. *Poder*. *Poner*. *Querer*. *Saber*. *Traer*. *Tener*. *Ver*. *Yacer*. *Asir*. *Erguir*. *Ir*. *Oír*. *Venir*. Verbos defectivos. Los participios irregulares. Formas arcaicas de la conjugación 105

LECTURAS: A Roma sepultada en sus ruinas (*Francisco de Quevedo*). El ángel (*José Pedroni*). Lectura (*Sarmiento*). Las aceitunas (*Lope de Rueda*).

CAPÍTULO OCTAVO. *Los complementos del verbo*: Complemento directo. Cuando lleva la preposición *a* el complemento directo. Complemento indirecto. Complementos circunstanciales. Los pronombres personales como complementos. Indecisión en el uso de los pronombres en el acusativo y dativo: El uso de *lo* y *le*, *los* y *les* en el complemento directo. Uso de *les* en el acusativo por *los*. Uso no recomendable de *la*, *las*, como complemento indirecto de persona. Doble función del pronombre *se*: las formas *se lo*, *se la*, *se los*, *se las*; el *se* reflexivo; distinción entre el *se* reflexivo y el *se* dativo personal. Dativo de interés. Los pronombres inacentuados: cuando se deben porponer al verbo. Modificaciones prosódicas y ortográficas en los verbos con los pronombres enclíticos 142

LECTURAS: Canción de cuna (*Juan Zorrilla de San Martín*). Balada del jinete muerto (*Conrado Nalé Roxlo*). Una madre (*Carlos Alberto Leumann*). Nocturno (*Juan Ramón Jiménez*). Refranes castellanos (*Manuel Mujica Láinez*).

NOCIONES DE ETIMOLOGÍA

CAPÍTULO NOVENO. *Formación de las palabras*: Significación de los sufijos principales en la derivación nominal. Sufijos de preponderancia afectiva. Aumenta-

tivos y diminutivos. Principales sufijos de derivación verbal. Prefijos más usuales: prefijos que también tienen valor de preposiciones separables; prefijos o partículas inseparables de procedencia latina; principales prefijos de procedencia griega. Palabras compuestas. La parasíntesis	167
Ejercicio de análisis lógico	195

LECTURAS: Canción de jinete (*Federico García Lorca*). La flauta (*Fernán Silva Valdés*). Las frutas (*Julio Camba*). Así (*Arturo Capdevila*). Torquemada en la hoguera (*Benito Pérez Galdós*). Canción (*Luis de Góngora*). El orden de las palabras en las lenguas (*J. Vendryes*).

FONÉTICA Y MÉTRICA

CAPÍTULO DÉCIMO. *Sílabas, acento, vocales y consonantes* (lección de recapitulación). Entonación: la enumeración; las incidentales; la subordinación. *El verso castellano*: nociones generales; medida y acentuación de los versos; principales combinaciones estróficas; combinaciones de versos desiguales; series indefinidas de versos (lecciones de recapitulación). Versificación sin rima: estrofas sáficas; el verso blanco. Versificación irregular. Versificación irregular moderna

201

LECTURAS: El acento castellano (*T. Navarro Tomás*). A la rosa (*Francisco de Rioja*). Cantarcillo (*Gil Vicente*). Defensa de la Gramática (*Leopoldo Lugones*).

TEMAS DE REDACCIÓN

Descripciones, narraciones, fantasías, disertaciones, diálogos. Biletos. Solicitudes escolares. Máximas, aforismos y sentencias. Refranes, proverbios y adagios. 237

LECTURAS

La promesa (*Gustavo Adolfo Bécquer*). Dos sabios (*Leopoldo Alas*). Desde allá (*Emilia Pardo Bazán*). Recuerdos de niñez (*Miguel de Unamuno*). La Pericana (*Juan Pablo Echagüe*). Escena de arreo (*César Carrizo*) 245

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

